

# DE ÑUÑO HUE A LA REINA

Viaje al patrimonio cultural e  
identidad de una comuna

Carlos Álvarez Cortés  
Juan Pablo Ormazábal Escobar

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA



SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

# DE ÑUÑO HUE A LA REINA

Viaje al patrimonio cultural e identidad de una comuna



**Carlos Álvarez Cortés**  
**Juan Pablo Ormazábal Escobar**

Agradecimientos especiales a Cristián Castillo, Patricia Tagle de Rokha, Bernardita Bianchi, Osvaldo Marín, Tita Parra, Mónica Echeverría, Santiago Marín Arrieta, Juan Pablo Arrieta; los arqueólogos Rubén Stehberg y Nuriluz Herмосilla; Oscar Ulloa; Cristián del Canto, concejal de La Reina; Carolina Gómez, Coordinadora de Organizaciones Culturales de La Reina; Fundación Neruda, Fundación Delia del Carril, Fundación Violeta Parra y a todos quienes, de algún modo u otro, contribuyeron a la realización de esta publicación.

Con especial afecto para los dirigentes de la Junta de Vecinos N°8 de La Reina, Lilian Olavarría, Patricio Bravo y Diego Flores y los entusiastas y participativos miembros de dicha organización social, para que siempre cultiven la vida comunitaria.

## **De Ñuñohue a La Reina**

Autores: Carlos Álvarez Cortés y Juan Pablo Ormazábal

Primera edición: abril de 2015

Segunda edición: agosto 2024

Asesor de investigación: Marcelo Chandía Báez

Edición general: Carlos Álvarez Cortés / Juan Pablo Ormazábal Escobar /  
Mariel Sagredo Berríos

Diseño general e impresión: Gráfica Lom

Fotografías: Juan Carlos Cáceres.

Portada: Casona de la familia Larraín en los altos de La Reina  
(Carlos Larraín De Castro, La Familia Larraín, editado por la  
Academia Chilena de La Historia, 1982)

Registro de propiedad intelectual N° 2024-A-8471

ISBN: 978-956-418-667-2

**Esta publicación e investigación asociada, fue posible gracias a un proyecto patrimonial y cultural financiado por el Gobierno Regional de Santiago y el Consejo Regional Metropolitano de Santiago, entregado a la Junta de Vecinos N° 8 de La Reina, el año 2023.**

*A mis hijos, nietas y mis amigos de barrio, del Carlos Mondaca Fútbol Club de La Reina.*

**Carlos Álvarez Cortés**

*Para Francisca, mis hermanos, mi madre y quien viene dando latidos.*

**Juan Pablo Ormazábal Escobar**

En memoria de esa gran mujer llamada Mónica Echeverría Yáñez.

A “los alegres pioneros de esta marcha hacia la altura, que es también una marcha hacia la soledad”.

Ricardo Boizard



*“De la identidad que seamos capaces de levantar y sostener depende y dependerá mucho el futuro del territorio que compartimos”*



# ÍNDICE

<b>Prólogo</b>	<b>11</b>
<b>Introducción</b>	<b>13</b>
<b>1. Los encantos de Ñuñohue</b>	<b>19</b>
Mapochoes e incas en Ñuñohue	21
El extenso territorio	29
El canal de Rabón (Ramón) y otras aguas locales	33
Abastecimiento de agua para beber	36
La Quintrala de Tobalaba	42
Los Estanques de La Reina: Un avance sanitario para Santiago	43
Los larraínes y la nobleza local	48
Ovejas, bueyes, caballos y vacas	50
La marca Larraín en el sector	52
Los traspasos claves de propiedad	59
Los nombres claves de la propiedad de la chacra Tobalaba	62
Los vascos ganan influencia	65
<b>2. Patrimonios, los Egaña y los Arrieta</b>	<b>71</b>
Los otros patrimonios	75
Los Egaña y su Quinta de Las Delicias	76
Las propiedades agrícolas de Tobalaba	79
La Quinta de las Delicias, hoy Parque Arrieta	83
La mejor librería	84
“Qué dirán en Chile”	88
El esperado embarque	90
La Plaza Egaña: un parque de especies foráneas	95
La profunda huella de la familia Arrieta	96
Lugar de encuentro: Egaña y Arrieta	98
Un patriarca preocupado del país	101
El percance de don Andrés	104
El Centro de Entretenimientos Populares	105
Un lugar para combatir los vicios de las clases populares	111
Un hijo con mirada artística	114

La reducción del antiguo fundo	117
Casa de Cultura de Ñuñoa: De los Gregorio Ossa a Víctor Jara	121
Víctor Jara y la influencia de Violeta Parra	126
El “Versalles de Santiago y la rival de Viña del Mar”	128
El transporte en la antigua Ñuñoa	131
La antigua Villa Grimaldi	132
La triste fama de La Reina en materia de Derechos Humanos	138
La Villa Grimaldi: de la alegría al horror	141
Cuartel Simón Bolívar: el más secreto	142
Aeródromo de Tobalaba: los vuelos de la muerte	143
Casa Maroto: Del adusto soldado español a la Cruz Roja	144
El legado de la familia Maroto	145
Ligados a la historia de Concón	150
Los patronos de Concón	151
Elena Velasco y la Cruz Roja	153
La actualidad: Restaurante y Club de Jazz	156
<b>3. El nacimiento de la nueva comuna</b>	<b>163</b>
Lo Hermida y La Faena	165
La Villa La Reina	171
Fernando Castillo Velasco	179
<b>4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, de Rokha y Neruda</b>	<b>185</b>
Paula Jaraquemada y la chacra San Carlos	189
La primera casa en La Reina	192
La epopeya de calle Segovia	196
Violeta, la productora radial	201
De la hepatitis a las arpilleras	202
El encuentro con Neruda	203
Viajes por Larraín y pololeos locales	208
El encuentro con el Amigo Piedra (de Rokha)	209
Víctor Jara en calle Segovia	211
La carpa del fin de sus días	214
Nicanor Parra: El padre de la constelación	220

Bandejas reininas y una casa-universidad	222
Otra estrella del firmamento: Margot Loyola	226
Pablo de Rokha: el Amigo Piedra y su irreductible soledad	227
Ojos profundos de un “verde campo”	231
Michoacán o “la casa de un joyero de la ilusión”	246
“Una marcha hacia la soledad”	249
Por las panderetas huyendo de González Videla	255
La Casa Bosque al fondo	262
La dura separación con Delia	265
Grandes pianistas: Vicente Bianchi y Roberto Bravo	273
<b>5. Reflexiones finales: Proyectando el futuro sobre el pasado</b>	<b>285</b>
<b>6. Bibliografía</b>	<b>288</b>



## PRÓLOGO

Soy un reinino de toda la vida, me siento entrañablemente ligado a este territorio, a su historia, a su gente.

Si dejo de lado mis largos años de exilio, he vivido toda mi vida en la misma calle de este espacio cordillerano. Una calle con pavimentos precarios que servían de cancha de fútbol, acequias que corrían de oriente a poniente y que servían como río en el cual dejar correr los botes de cartón o madera. Casas sin rejas que dejaban entrar a los vecinos y a los niños recorrerlas como si todas ellas les pertenecieran, una calle con vecinos que tenían nombre y que permitían construir amistades de esas que duran toda la vida.

Mis abuelos fueron quienes nos trajeron a este lugar. Eduardo Castillo Urizar y doña Elena Velasco Velásquez, esa pareja de jóvenes recién casados que se hacen parte de la historia de esta comuna cuando aún no lo era, vivieron toda su vida en esa parcela en Avenida Ossa con Simón Bolívar, cuando era los confines de la ciudad de Santiago, pero la entrada a la cordillera de los Andes, ese límite majestuoso de nuestro país. Allí criaron a una familia que se compromete, como él, alcalde en ese entonces de la comuna de Ñuñoa, con el destino de este lugar.

Los nogales, los castaños y los aromos de Simón Bolívar, son una muestra del siglo transcurrido desde que ellos llegaron a habitar La Reina, muchos de estos plantados por mi abuelo, señoreando aún, con la vida necesaria, como para mantener

abierta la memoria, contando, a través de sus hojas y sus frutos, la historia de quienes compartieron con ellos toda una vida.

La Casona de la Cruz Roja en la Plaza Egaña, la Gota de Leche en la casa original de la familia, son las obras que deja el trabajo interminable de mi abuela Elena por los vecinos de la comuna. Sus hijos, Eduardo, alcalde como su padre de la comuna de Ñuñoa; Jaime, con su historia de protección de los débiles y de los perseguidos; Elena, que habita en el corazón de la parcela; y Fernando, el más pequeño, el alcalde de nuestra comuna que le dio este carácter tan propio de quienes la habitamos. Mi madre, Mónica, que llega desde fuera, pero que hace suyo este lugar, como si hubiera nacido en él. Todos ellos vivieron y murieron en esta tierra, Ñuñoehue-La Reina, de la que siempre se sintieron parte, a la que siempre amaron sin reservas.

Nosotros, esta tercera generación, de los que ya somos abuelos, también hemos vivido, trabajado y soñado con un territorio que sentimos muy nuestro. Alcanzamos a jugar en sus calles y acequias y lo hemos visto transformarse en el tiempo sin nunca perder ese carácter campesino que siempre animó nuestro devenir. Nuestros hijos y nuestros nietos aún mantienen su presencia y siempre los animamos a que se reconozcan como parte de esta historia. Seguro muchos de ellos continuarán este relato.

No hay manera de agradecer a Carlos Alvarez y a Juan Pablo Ormazábal lo que han hecho al escribir esta obra. La Memoria, esa memoria escrita con mayúscula, que valida nuestra historia y que debemos mantener viva, se logra con esfuerzos como el que ellos han hecho para recuperarla, en largos días y noches de investigación en bibliotecas y archivos privados, pero también en el contacto con los habitantes de la comuna. Sin duda ninguna, se han ganado el apodo de «historiadores de La Reina y guardianes de nuestra memoria». Un abrazo lleno de reconocimiento para ellos.

**Cristián Castillo Echeverría**  
**Vecino de La Reina**  
**Arquitecto**  
**Premio Nacional de Arquitectura 2024**

## INTRODUCCIÓN

Muchas veces creemos, en el reino de la inmediatez y de las respuestas rápidas, que el presente es lo que nos define y lo que nos desafía permanentemente, sin tomar en cuenta que el futuro se construye en base al pasado. Estamos aquí y ahora, y a partir de eso debiéramos desarrollar nuestras vidas en lo inmediato. Frecuentemente, no vemos que otros han pasado por estos mismos lugares desde hace siglos y lo que han hecho o han dejado de hacer –cómo han modelado el paisaje, la vida social, cultural y política–; también han terminado definiendo las nuestras.

Hoy se discute que el habitante de la Región Metropolitana, muchos trabajadores y empleados, pasan casi dos horas en el transporte público para llegar desde sus casas a sus trabajos. Pero basta recordar que muchas de las casas donde vivimos en La Reina, Ñuñoa o Peñalolén eran antiguamente las “casas de campo” de familias acomodadas que vivían en el Santiago “centro” de la colonia y años posteriores, y que venir a estas tierras fue siempre “una aventura”. Esa aventura que hoy hacemos arriba de un atochado metro o de un bus y que antes era toda una odisea a bordo de un carruaje o calesín, un “carro de sangre”<sup>1</sup> y, posteriormente, en trenes eléctricos.

En otras palabras: nunca ha sido fácil vivir en los extramuros cordilleranos de la ciudad. Pero, al mismo tiempo, poderosas razones se han tenido siempre para alejarse de la vida citadina.

---

1 Se llamaba carros de sangre a los carros de transporte público tirados por caballos o buyes que corrían sobre un riel.

Es paradójico que mientras en el presente tratamos de controlar una y otra vez las aguas del canal de Ramón o *Rabón*, durante la temporada invernal, esas mismas aguas eran las que abastecían casi totalmente, durante los primeros años de la conquista española, a lo que entonces era una pequeña ciudad de Santiago. Luego, el visionario Vicuña Mackenna observó que la capital del país necesitaba de las aguas permanentes de la zona cordillerana del Cajón del Maipo y cambió la historia.

Esas mismas corrientes de agua sirvieron a una Violeta Parra para instalarse un día con su carpa y su proyecto de crear una Universidad de Folklore, el que nació –sin florecer– en lo que hoy se denomina Parque La Quintrala. Son las mismas tierras que solo un año más tarde vieron morir al poeta Pablo de Rokha. O desde donde un esquivo residente de la casona Michoacán de los Guindos, Pablo Neruda, a instancias de *La Hormigueta*, Delia del Carril, huía por las murallas traseras de la persecución del gobierno de Gabriel González Videla. Y los mismos territorios donde ayer, un visionario Nicanor Parra, trajo primero a casi toda su familia y después se instaló a vivir por años en el 242 de calle Julia Bernstein, en La Reina Alta.

Son las mismas tierras donde vivió el eximio pianista Roberto Bravo, donde reside el destacado cineasta Cristián Galaz y donde se instaló también Margot Loyola, y su Academia Nacional de Cultura Tradicional; Vicente Bianchi, con su hermosa casa que llamó “La Tonada”; y nos llenan de color y textura la memoria Nemesio Antúnez y Roberto Pohlhammer, así como, en las letras, exponentes de la generación del 80 como Pía Barros y Jorge Montealegre.

Pero mucho antes que ellos, dos siglos antes, en los albores de la Independencia, e incluso antes, durante la Colonia, personajes como Santiago Larraín y Vicuña o Juan y Mariano Egaña, y particularmente la familia Arrieta, que hoy dan nombre a algunas de las principales calles de la actual comuna de La Reina, en el contexto de una próspera aristocracia criolla y de un marcado asistencialismo social y cultural, traían a estas tierras vivas expresiones sociales o culturales, algunas de cuyas

herencias duran hasta el día de hoy. No por casualidad, el hoy llamado Parque Arrieta, al final de la avenida del mismo nombre, fue uno de los centros políticos y culturales más relevantes de Santiago, y donde se traía de preferencia a los extranjeros que llegaban al país.

Hay observadores que afirman, incluso, con una mirada histórica, que la casa de la madre de los Carrera, Paula Verdugo, durante la Independencia, la casa parque de Los Arrieta, a fines del siglo XIX, y la casona Michoacán de Los Guindos, de Pablo Neruda y *La Hormigueta*, a mediados de los 40, son tres lugares claves de tertulia política y literaria en la historia del país. Dos de los cuales se ubican en este sector de Santiago.

En rigor, es poco lo que podemos observar de años pretéritos en el ámbito patrimonial material en esta zona de la región capital y, por eso mismo, la relevancia de evocarlo. Entre los hitos importantes están la antigua Villa Grimaldi –bastante antes de que fuera el centro de tormentos en que la convirtió la dictadura del general Pinochet–; la casa de la familia de Gregorio Ossa, que hoy alberga la Casa de la Cultura de Ñuñoa, con sus hermosos jardines del Parque Juan XXIII; y con bastante posterioridad, la casa de la familia Maroto. Se suma el Monasterio San Rafael de las Carmelitas Descalzas, cuya campana más antigua data de 1711; el mismo Colegio La Salle, herencia de la fuerte presencia religiosa del sector y, bastante más adelante, la Villa Paidahue, aquella donde pasara sus últimos años de vida el expresidente Juan Antonio Ríos, en la calle Álvaro Casanova. Otro hito patrimonial –la Capilla Nuestra Señora de Loreto, de Av. José Arrieta, casi frente a la Villa Grimaldi–, muy importante en la historia local, terminó de colapsar para el terremoto del 2010.

Otro hito patrimonial relevante son los estanques de agua potable, que se abastecían de las Aguas de Ramón, en la parte baja del hoy Parque Alberto Hurtado, que datan de 1865, que representaron un adelanto fundamental para la salubridad pública en Chile.

Lo demás corre con brillo y esplendor, hasta la actualidad incluso, por parte de la familia Arrieta y, antes, por quien les vendió esas propiedades, la familia Egaña.

E incluso muchísimo antes que ellos, en la época prehispánica, habitada desde 10.000 años antes de Cristo por distintas comunidades indígenas trashumantes y después más establecidas, con los *mapochoes* y posteriormente con los incas, que dejaron una huella fundamental en estas tierras, convirtiéndola en un paraje verde y apto para la agricultura. Además de sacralizar y dejar importantes adoratorios en la cordillera que vemos todos los días, sin sospechar de aquello.

Son los mismos paisajes cuyas autoridades, en lo contemporáneo, antes decidían hasta dónde llegarían los carros de sangre, y después los trenes eléctricos: si hasta la esquina de lo que hoy es Av. Ossa con Tobalaba –subiendo por la actual Av. Irrarázaval–, y que después debatieron hasta dónde llegaría el tren subterráneo de Santiago (Metro): si hasta Av. Larraín con Tobalaba, o adentrándose por las antiguas tierras de don Santiago de Larraín y Vicuña, personaje clave de mediados del 1700 que descubriremos más adelante.

Este esfuerzo de investigación y seguimiento de algunos de estos temas surgió por la constatación de la escasa bibliografía existente sobre el particular, no obstante el trabajo que se ha venido haciendo al respecto. Hemos reflexionado que todo lo que se haga por recopilar antecedentes en la materia agregará contenido a la escasa documentación existente. Y principalmente motivará a otros a investigar con estricto rigor historiográfico estas historias y paisajes, escudriñando en lo que algún día fue una vasta zona campestre, de la cual se exportaban frutas y hortalizas incluso hacia los países vecinos, y que hoy es la residencial, verde y cordillerana comuna de La Reina.

Nos hemos colocado, para el efecto, una pregunta central. ¿Qué trajo hasta las tierras o *lugar de ñuños*, que después sería esta comuna, a personajes tan ilustres de la política y la cultura? ¿Por qué personajes como la familia Larraín, los Egaña, la familia Arrieta y, muy posteriormente, un Nicanor Parra,

su hermana Violeta, los dos Pablos (Neruda y de Rokha) eligieron estas tierras para residir años importantes de su vida y crear parte de su trabajo y su obra? ¿Por qué presidentes de la República como Michelle Bachelet, Ricardo Lagos y antes el candidato Pablo Neruda y Juan Antonio Ríos, varios de ellos en su momento perseguidos, vivieron parte de sus vidas en estos parajes?

¿Sería su tranquilidad y apego a la montaña, o su condición de balcón con vista hacia la gran ciudad? ¿Tal vez fueron sus campos, de los cuales antes se extraían arvejas, porotos y otras legumbres, y que hoy se heredan en la forma de importantes áreas verdes? ¿Influyó ese carácter en que residentes del sur profundo, como Neruda (Temuco), de Rokha (Licantén), los Parra (Chillán) y Loyola (Linares), terminaran parte de su obra en estas tierras e incluso dejaran la vida en ellas? Todos estos representantes provenientes del mundo campesino, y muchos más, parecen haber llegado acá tratando de emular sus condiciones de origen, ubicando varios de ellos sus casas “definitivas” tras errar por arriendos y conventillos, como era bastante normal en la época.

Esto es parte de los que hemos querido averiguar con este “*Viaje al patrimonio cultural e identidad de una comuna, de Ñuñohue a La Reina*”, en su segunda edición. La tierra que, de un modo u otro, hemos contribuido a concebir, a hacer o dejar de hacer, en esta construcción colectiva, que –conscientemente o no–, modela el transitar de todos quienes la han habitado y habitarán.

Y a partir de este ejercicio nos surgen pocas respuestas, y más bien nuevas interrogantes: ¿qué dejaremos nosotros a las próximas generaciones? ¿Nuestra debatida educación pública logrará que nuevos premiados en literatura como Neruda, de Rokha o Parra lleguen a estas tierras? ¿Colapsará algún día la falla de Ramón cambiando para siempre el bello paisaje de la antigua Ñuñohue? ¿Centros de consumo como los *malls* –espejo del tipo de sociedad que hemos construido– serán parte del paisaje de ese entonces? ¿Lograrán estas tierras no sucum-

bir al furioso desarrollo inmobiliario de la ciudad? ¿Podremos aprovechar de mejor modo nuestros espacios cordilleranos? ¿Habrá personas y recursos para cuidar lo que algún día los Egaña, los Arrieta, los Ossa, concebían como infraestructura para las clases populares y que hoy son parte del escaso patrimonio que nos queda de esos años?

¿Podrían llegar a convertirse las casas donde habitaron un Neruda y una Delia del Carril, un de Rokha, Nicanor y Violeta Parra, una Margot Loyola o un Vicente Bianchi –todas ellas con sendas fundaciones, creadas o en formación, que velan por su legado– en eventuales casas museo a los cuales se lleve, para empezar, a todos los jóvenes que estudien en la comuna? ¿Habrá alguien con la visión de rescatar –partiendo por declararlo zona de conservación histórica– lo que era el hermoso teatro y sala de espectáculos que los Arrieta dejaron en la esquina de calles José Arrieta con Vespucio?

Por último, aunque no se diera cuenta mayormente de su patrimonio, ¿podrán estas tierras mantener sus características de “lugar de reposo y reflexión”, cuando no de “creación”, para las generaciones venideras? Es simple y duro a la vez: de nosotros –de nuestra sabiduría o estupidez– y de nadie más, dependerá. Y mucho hará por ello la identidad que seamos capaces de construir, levantar y sostener. No se trata de un mero chauvinismo local, sino de un entender de dónde venimos, para ayudar a visualizar hacia dónde vamos o dónde queremos ir.

**Carlos Álvarez Cortés**  
**Juan Pablo Ormazábal**

**Nota de los autores:** el trabajo de investigación está sostenido en publicaciones y documentación histórica de carácter pública; entrevistas a familiares y descendientes directos, visitas a los lugares históricos comentados; registros especializados, y otras acciones que han buscado la mayor fidelidad posible en la narración de los hechos, anécdotas y vivencias históricas. Siendo la recopilación histórica esencialmente subjetiva, los autores agradecen cualquier aporte o comentario sobre lo expuesto.

# 1.

## LOS ENCANTOS DE ÑUÑOHUE

Son muy pocas las referencias que dan cuenta de la antigua Ñuñohue, como denominaban los indígenas prehispánicos al “lugar de ñuños”, que era esta zona, al centro oriente de un país ubicado al fin del mundo, como se ha dicho, la colonia más pobre de la España colonizadora.

Menos aún, sobre la presencia de culturas relevantes como el Imperio Inca, que solo gracias a investigaciones recientes, se ha logrado dimensionar en su impacto y relevancia en la modelación de este territorio.

Se cuenta que comenzaron a cambiar sus hermosos parajes para siempre, luego del arribo de los españoles comandados por un brioso Pedro de Valdivia. Ya en ejercicio de sus funciones, en una zona que creía objeto de su completa influencia, se dice que don Pedro envió hacia los cuatro puntos cardinales columnas de caballeros y una de estas se dirigió hacia el oriente, subiendo por la orilla sur del río Mapocho. Al recorrer el lugar, los enviados se toparon con un bello paisaje coronado de majestuosos robles, canelos y alerces, pero donde predominaba “una pequeña planta de talloso ramo que ostenta sus flores de un hermoso amarillo orlado de escarlata”, como cita René León Echaiz en su brillante “Ñuñohue”<sup>1</sup>. De esta hermosa planta derivaría entonces el nombre de este territorio que se denominó Ñuñoa –posteriormente La Reina– en el sector oriente de Santiago.

## 1. Los encantos de Ñuñohue

Los españoles también se topan algunos conjuntos de ruinas, pero que no serían tan numerosas como las que encontrarían posteriormente en sus incursiones hacia la zona sur del país<sup>2</sup>. Aunque no hay claridad respecto a la población existente al momento de su llegada, algunas publicaciones hablan de unos 80 mil indios, que poblaban un extenso territorio comprendido entre el Mapocho y lo que hoy denominaríamos Cajón del Maipo. Y seis eran los pueblos o zonas de influencia que dominaban el lugar, según Echaiz: Vitacura (Buta Cura, nombre del curaca o jefe de colonos del inca; o piedra grande, en mapuche); Apoquindo (en inca, Apu kintu o lugar de adoración de ese Apu, el cerro El Plomo); Tobalaba (Tobalahue, lugar de thopas, manchas de flores); Ñuñohue (lugar de ñuños); Peñilohue (camino “hacia la tierra de las nieves”, aunque popularmente se refiere “reunión de hermanos”) y Macul (que en quechua significa mano derecha)<sup>3</sup>.

Ñuñoa, a la sazón Ñuñohue, recibía ese nombre por encontrarse en el centro de la comarca, en un sector que podríamos ubicar hoy en el área de Plaza Ñuñoa, y era comandado por el cacique Longomavico. Tobalahue era liderado por el cacique principal Catacingo, de quien dependían seis caciques subalternos<sup>4</sup>.

Dichas autoridades indígenas ya convivían con la cultura inca, formaban incluso familias, y coexistían con una importante población de mitimaes y yanacunas, vinculados al imperio asentado en Perú. Si bien esta relación puede haber sido conflictiva y abiertamente belicosa al adentrarse los incas hacia el sur, donde se toparon con la resistencia mapuche, al menos en el Valle del Mapocho, se habría generado una relación de colaboración, donde los *mapochoes* y otros grupos asentados en el lugar, aceptaron los adelantos que representaba la cultura inca, partiendo por sus conocimientos sobre cómo generar cauces de agua, que cambiarían para siempre el paraje de la antigua Ñuñohue.

Luego de reconocer la región, Pedro de Valdivia, quien ya había sido advertido del lugar por el primer viaje de Diego de Almagro, e incluso habría estado consciente de la presencia e influencia inca en la zona, convocó a una reunión o parlamento a los caciques, al que concurrieron Apoquindo, Vitacura, los principales del área y Huara-Huara, este último correspondiente a la otra orilla del Mapocho, donde posteriormente se instaló una dehesa destinada a la crianza de caballos, que después pasaría a llamarse La Dehesa.

Hoy quedan pocas dudas de que Pedro de Valdivia estaba muy claro de que estaba fundando la ciudad de Santiago, sobre antiguas instalaciones incaicas que ya habían dejado su marca, delineando una pequeña ciudad, con caminos hacia todas las direcciones y ciertamente hacia lo que hoy denominamos *Camino del Inca*, en el sector de Avenida Independencia, precisamente por donde llegarían las tropas españolas.

## MAPOCHOES E INCAS EN ÑUÑOHUE

Adentrémonos, un poco, en lo que era la realidad de estos territorios antes de Cristo, y mucho después con la llegada de los conquistadores incaicos, porque ello ya comienza a dar cuenta de lo que serían estos territorios con posterioridad.

Como se sabe, en el periodo del llamado *Tawantinsuyo*, comprendido entre el 1400 y el 1536 d.C., los incas buscaron anexar a su imperio prácticamente la mitad del territorio continental chileno actual y la evidencia al respecto está sembrada desde Arica hasta el río Maule. Hay un total de 113 hallazgos arqueológicos que dan cuenta de dicha presencia<sup>5</sup>, desde Mollapampa, casi en el límite con Perú, hasta Palquibudi en las cercanías de Curicó.

De ellos, unos ocho hallazgos se encuentran relativamente cerca de Santiago y uno, al menos, específicamente en lo que hoy es la comuna de La Reina. En realidad, son más de uno, como veremos más adelante, y además con características muy

## 1. Los encantos de Ñuñohue

especiales. La mayoría de estos sitios arqueológicos se encuentran conectados o asociados a lo que fue la ruta principal del Camino Imperial Inca o *Qhapaqñan*, en el territorio chileno.

En los valles centrales del país, hay que tener presente que muchísimo antes que los incas ya rondaban estas tierras cazadores recolectores, 10.000 años a.C. (periodo arcaico), y posteriormente, desde los años 100 a 200 d.C., las culturas CAI, Bato, Lloleo y Aconcagua, en lo que los arqueólogos denominan los periodos alfarero temprano, intermedio y tardío.

De hecho, y para dar cuenta que la cordillera de la actual La Reina y concretamente la quebrada de Ramón lleva siglos y miles de años habitada y posiblemente sacralizada por distintas y antiguas culturas indígenas, en la parte baja del canal de Ramón, léase en las cercanías del hoy condominio La Quintrala, donde contemporáneamente se instalaron algunas áreas deportivas, fue descubierto en 1976-77 el llamado cementerio del Parque la Quintrala, con diez tumbas (nueve adultos y un niño) y piezas culturales (cerámica, collar) que datarían de la cultura Molle –lo que en todo caso ha sido discutido–, la que se ubica siglos antes de la llegada de los incas, incluso algunas décadas antes de Cristo, es decir, con más de dos mil años.

En el lugar se encontraron las tumbas de cinco mujeres y cuatro hombres, además de un niño o niña. Siglos de sedimentos de la quebrada de Ramón se encargaron de taparlas bajo toneladas de arcilla, rocas y tierra, hasta que excavaciones desarrolladas con otros motivos dieron con ellas. Se habla de al menos el periodo alfarero temprano, correspondiente a las culturas Molle, Bato y Lloleo, entre el 200 a.C. y el 400 d.C.<sup>6</sup> Los incas llegarían un milenio después.

“Asociadas a la más antigua ocupación (de principios de nuestra era) se encontró un total de diez tumbas asociadas a ajuares que indican su pertenencia a poblaciones indígenas locales de tipo agroalfarero temprano (250 a.C.- 900 d.C.). En los estratos superiores también se encuentran restos que no han sido descritos en detalle, pertenecientes a tiempos agroalfarero

stardíos (cultura Aconcagua/Pikunche) e históricos, mostrando una larga ocupación del área (900–1600 d.C.)”, explica la arqueóloga y vecina de La Reina, Nuriluz Hermosilla, respecto de dichos hallazgos.

Como vemos, estas tierras han estado ocupadas por miles de años por diferentes culturas indígenas, que las recorrían de mar a cordillera, sin embargo, aunque bastante breve en el tiempo –unos 60 años aproximadamente–, la presencia inca cobra mucha importancia tratándose del principal imperio regional, cuyos caminos se extendieron desde Colombia hasta el sur de Chile. Asimismo, porque estos, como veremos, dejaron una huella fundamental en estos territorios, donde se vincularon en una convivencia aparentemente pacífica con las poblaciones de *mapochoes* y otros grupos indios cordilleranos y costeros.

Entre los lugares de hallazgos incas que se ubican en la actual Región Metropolitana están los de Colina, Quilicura, cerro El Plomo –donde se encontró el famoso niño incaico, intacto a más de 5.400 metros de altura–, “Santiago”, La Reina y Chena, lugar este último de los conocidos *pucarás* incaicos. Precisamente las tesis de los investigadores hablan de que existiría una conexión entre los adoratorios incaicos de la actual La Reina, el cerro El Plomo, y el Chena, “con una cierta orientación astronómica y visualidad dirigida al cerro El Plomo, principal adoratorio de la cuenca”<sup>7</sup>.

Involucrando al propio centro de Santiago y hasta eventualmente el cerro Huelén o Santa Lucía, las instalaciones incas iban desde asentamientos, tambos (o lugares de descanso de los viajeros del camino del inca) y pucarás, lugares fortificados ubicados estratégicamente con fines preferentemente de defensa bélica y, por cierto, los lugares de adoración sagrados, o *huacas*.

“Respecto de los cementerios, en Santiago destacan los enterramientos de La Reina, a los pies de la cordillera, correspondientes a las tumbas de una posible élite incaica, cuyos individuos fueron sepultados en cámaras funerarias y acompañados

## 1. Los encantos de Ñuñohue

por un ajuar que incluía alfarería, metales, *queros* de madera e inclusive andas o rampas. En este sentido, se trata del contexto más exclusivo conocido en la región”, se sostiene en la publicación visada por la Sociedad Chilena de Arqueología<sup>8</sup>.

En lo que corresponde al Valle de Santiago, se cita los cementerios de Quilicura, Conchalí, Carrascal, Quinta Normal y Matucana y otros sitios funerarios en Plaza Italia, Marcoleta, Bandera, Catedral y Compañía, en pleno centro de Santiago, “y alrededores de la Plaza de Armas, donde pudo ubicarse un gran asentamiento cusqueño arrasado por el crecimiento urbano de la capital”<sup>9</sup>. Investigadores como el arqueólogo Rubén Stehberg agregarían otro factor fundamental para la afectación posterior de dichos sitios arqueológicos: las constantes y fuertes crecidas del río Mapocho, que solo muy posteriormente lograron ser relativamente controladas.

A esta concentración de yacimientos de connotación ceremonial se agregan los adoratorios de altura, ubicados en los cerros El Plomo y Peladeros y, por cierto, los descubrimientos realizados en la quebrada de Ramón, donde al ser “los adoratorios más australes conocidos, se sugiere una sacralización de todo este espacio”<sup>10</sup>.

Pero fue la doctora Grete Mostny, en 1947, la que dio cuenta de un cementerio incaico en Chile central, ubicado en lo que mucho después fue La Reina<sup>11</sup>, considerando aquello como “de interés especial para la arqueología chilena, porque es la primera vez que ha sido posible excavar sistemáticamente en Chile central un yacimiento arqueológico, previamente no tocado”.

El lugar donde se hizo el descubrimiento de este cementerio incásico –relata Mostny– se encuentra en la precordillera, a los pies del cerro de Ramón, a pocos kilómetros al suroeste de la capital chilena. Agrega que los trabajos de excavaciones se extendieron sobre un área de 20 por 16 metros, en la cual se descubrieron un total de cinco tumbas, arregladas en dos hileras. En una de las tumbas, el ocupante, “del cual se salvó nada

más que una parte maxilar superior con algunos dientes, era aparentemente un hombre joven, que tenía alrededor del cráneo cuatro láminas delgadas de oro. Además, se encontraron a su alrededor una manopla de cobre, un *tumi* (instrumento ceremonial del Perú precolombino) del mismo material y una barreta igualmente de cobre”<sup>12</sup>.

Mostny hace todo un análisis de la alfarería encontrada, destacando la influencia diaguita e incaica, “lo que indica una larga ocupación incásica de la región diaguita, antes de que se procediera a la conquista del Chile central”.

Stehberg, quien ha estudiado por años la presencia inca en el valle del Mapocho, y en particular en el área de Apoquindo y el espacio comprendido entre el Mapocho y la quebrada de Ramón, estando involucrado en todos los estudios y trabajo, en terreno al respecto, no duda en afirmar que los enterratorios investigados en lo que hoy es la comuna de La Reina pueden corresponder a algunas altas autoridades incásicas del valle del Mapocho.

“Por las características de las tumbas se considera que el cementerio correspondió a la élite cuzqueña del valle del Mapocho”, sostiene Stehberg<sup>13</sup>, quien detalla y explica los hallazgos de Mostny, destacando que en la tumba II del hallazgo, a diferencia del resto, no había un cuerpo de un difunto, “pero sí un bulto envuelto en género, adornado con cistas, simulando el cadáver”. Estaba rodeado de ofrendas, cuatro láminas de oro, huesos de llama y numerosas vasijas de cerámica. Agrega el experto que “la ausencia del cuerpo y la existencia en la tumba de una *sepultura simulacro*, sugirieron a la arqueóloga (Mostny) la hipótesis que esa tumba fue realizada en memoria del gobernador Inca del valle del Mapocho, Quilacanta, decapitado el 11 de septiembre de 1541, durante el asalto a la ciudad de Santiago y cuyo cuerpo desapareció en medio de la refriega”. Se precisa, al respecto, que la “autoridad máxima a la llegada de los conquistadores castellanos Diego de Almagro y Pedro de Valdivia, era el gobernador Quilacanta” y posiblemente, “tam-

bién habría que incluir en esta lista al cacique Vitacura, sucesor en el cargo del fallecido gobernador inca”.

Es decir, no solo en la cordillera frente a lo que hoy es La Reina –y la extensión de la quebrada hacia Las Condes– se realizaron enterramientos incaicos, sino que estos estuvieron reservados para lo que en la época eran las principales autoridades incas del todo el valle del Mapocho. Tamaño descubrimiento.

Entre fines de 2015 y principios de 2017, Stehberg subió a la cordillera que se ubica frente a La Reina y hacia Las Condes e investigó los adoratorios de la quebrada de Ramón. En un texto escrito sobre el particular, se destaca que “para los grupos de agricultores asentados en el valle del Mapocho-Maipo, durante el periodo *Tawantinsuyu*, el culto a la montaña constituyó una parte esencial de sus vidas. Allí se encontrarían, entre otros, la divinidad solar que aseguraba la legitimidad del Inca y sus representantes (Mostny, 1957) e Illapa, dios del trueno, del relámpago, del rayo y el hacedor de las lluvias cordilleranas, que garantizaba el suministro de agua” (Stehberg, 2016).

“En la cosmovisión inca la habilitación de adoratorios en las cumbres nevadas y la veneración de vertientes, aguas termales, salto de aguas y lagunas, representó la introducción de sus principales creencias y cosmovisión y una clara relación entre el poder, la ritualidad y el agua”, se indica.

Refiriéndose específicamente a la quebrada de Ramón, se señala que: “Esta quebrada presenta cerca de su desembocadura o boca una fuente termal (baños de Apoquindo) y sendas instalaciones arquitectónicas *Tawantinsuyu* emplazadas a 1.800 y 3.000 metros de altura que sugieren fuertemente que la totalidad de la quebrada fue sacralizada durante el periodo *Tawantinsuyu*”<sup>14</sup>.

Hay que hacer notar que las investigaciones de Stehberg en la quebrada de Ramón lo llevan hacia lo que hoy es Las Condes y él precisa que lo que conocemos como *Pueblito de*

*Los Dominicos*, por ejemplo, no es otra cosa que un antiquísimo asentamiento incaico, donde esa congregación religiosa se instaló precisamente porque allí había población indígena de esas características por evangelizar.

Citando un mapa encontrado en el Archivo de la Recoleta Dominica, datado en 1604 aproximadamente, se da cuenta de la relevancia que tenía el estero de Rabón en el área, su relación con diversas instalaciones indígenas prehispánicas y “se abre una interesante posibilidad respecto a que la quebrada de Ramón conectó, durante el periodo *Tawantinsuyu*, el desarrollado mundo agrícola del valle del Mapocho con el complejo mundo de los guanacos, llamas y vicuñas de la cordillera”.

De hecho, las investigaciones de Stehberg realzan que la cultura inca no solo ocupó y sacralizó estos sectores, frente a lo que sería su principal instalación en el valle del Mapocho, sino que lo dotó de un importante número de cauces de agua que significaron un cambio fundamental en el desarrollo agrícola del sector. Lo que hoy es La Reina, y en realidad todo el sector que en su minuto sería Ñuñohue, entre el Maipo y el Mapocho, no sería tal, ni habría sido el sitio de producción agrícola que fue, sin la decisiva intervención de los incas.

Los españoles, de hecho, profundizaron lo que ya venían haciendo hace años los incas en materia de cauces de agua, así como ocuparon las instalaciones que ya tenían estos en el valle, y no sería sino hasta la Colonia, cuando el canal San Carlos, bautizado así en honor a Carlos III de España, comenzaría a intentar unir definitivamente los cauces del Maipo y el Mapocho, la obra de regadío de mayor envergadura de ese tiempo, construido entre 1796 y 1820.

Stehberg, con otros investigadores, tiene otra serie de trabajos<sup>15</sup> respecto de los cauces de agua que la cultura inca desarrolló ocupando las aguas del Mapocho, en conjunto con las aguas del estero de Ramón, citando en particular un plano de las tierras de Apoquindo, de fines del siglo XVIII, perteneciente al Archivo de Santo Domingo de Santiago, y también

## 1. Los encantos de Ñuñoa

cita al agrimensor Ginés de Lillo cuando el 17 de septiembre de 1603 procedió a entregarles a los indios que identificó las tierras comprendidas entre el pie del cerro Apoquindo “hasta las tierras y río de Rabón, *tomando por costado la cordillera por lo alto* y por lo bajo la acequia antigua de Tobalaba”.

Por su parte, en el campo de la arqueoastronomía, los estudios realizados por el entomólogo Alexis López indicaron en referencia a los adoratorios de la quebrada de Ramón que “de todas las alineaciones arqueoastronómicas observadas en el sitio, la única que dice relación con marcadores de horizonte significativas, es la salida del sol durante el solsticio de invierno o su puesta durante el solsticio de verano, ambas vinculadas con la dirección de los rayos solares o desde el Pucará de Chena”. Por su parte, en otro de los sitios arqueológicos, “el regolito, la quebradilla, la instalación arquitectónica y el afloramiento rocoso ritualizado enfrenta directamente el adoratorio del cerro El Plomo”.

El hecho es que estos territorios deberían a la cultura inca sus importantes cursos de aguas y el gran desarrollo agrícola que de ello se derivó. Además, que la sacralización de los altos de la cordillera en los puntos citados, El Plomo, El Chena y los sitios de la quebrada de Ramón, darían cuenta de un sistema de adoratorios, con uno principal y otros del tipo “satélite”, una práctica que los incas desarrollaron en gran parte de los Andes.

En definitiva, la investigación realizada por los especialistas Rubén Stehberg y Gonzalo Sotomayor, dio cuenta de otros lugares o testimonios más precisos de presencia incaica, aparte de los ya citados en la cordillera, indicándose que “esta ruta permitió, a través de senderos laterales, conectar los lugares donde se han encontrado vestigios materiales incaicos: cementerio La Reina; Reina II, calle Pérez Rosales con Av. Larraín; calle Javiera Carrera 346 (Tobalaba) y Los Guindos (Ñuñoa). Suponemos que este sendero siguió el trazado del canal Apochame y

Tobalaba, sirviendo como su camino de servidumbre, es decir, desde el cual se hacía su mantención”<sup>16</sup>.

Se subraya la particularidad relevante de los cementerios ubicados en La Reina en el sentido de que en ellos se encontraron piezas de metales preciosos, en el cuerpo de un joven tendido de espaldas. “Entre las ofrendas destacaron, ‘dos tazas’ del tipo Diaguita Clásico y una lámina rectangular de plata en su mentón. La tumba cinco contenía un esqueleto con un cintillo de oro sobre la frente (Mostny, 1947). No cabe duda de que en este cementerio se sepultó la élite incaica del Mapocho”. Una hipótesis que nos muestra lo mezquina que ha sido la mirada contemporánea de aquel territorio y cordillera, respecto de lo que representa tal descubrimiento.

► Diversas formas cerámicas de cementerios (incaicos) del tipo descubiertos en La Reina. Colección Museo Nacional de Historia Natural.



## EL EXTENSO TERRITORIO

Pero volvamos a la rica historia de estos territorios del sector oriente de Santiago. En lo que al sector oriente de esta nascente ciudad correspondía, por muchos años se entendió Ñuñoa, o Ñuñoa, como prácticamente todo el sector oriente de Santiago. Para ser más precisos, se trataba del vasto territorio comprendido entre los ríos Mapocho y el río Maipo, cauces que posteriormente se verían unidos por el famoso canal San Carlos, que surgió de la necesidad de entregar regadío más permanente a la importante zona agrícola comprendida entre

## 1. Los encantos de Ñuñoa

ambos, que como decíamos, fue mucho antes desarrollada por los incas. De ese territorio nacerían después –a medida que se fueron habitando– las comunas de Las Condes, Providencia, Ñuñoa, Macul y, mucho después, La Reina. Y estas tierras, según constatan los testimonios, se fueron habitando y construyendo paralelamente a la cordillera, desde el Mapocho hacía el sur, de lo cual surgieron las posteriores *chácaras*, loteos de terrenos, calles y avenidas del sector.

A la toma de posesión de los territorios vino el establecimiento de encomiendas, es decir, territorios asociados a los indios que las habitaban. El sector de Apoquindo fue concedido por Pedro de Valdivia a su compañera Inés de Suárez, que a la muerte de Valdivia pasó a manos de Rodrigo de Quiroga. Ñuñoa dejó de existir como pueblo indígena, en un momento de su historia antigua, por lo que no fue entregado en encomienda, nos indica René León Echaiz. Más cerca de lo que mucho después sería La Reina, la encomienda de Tobalaba, en 1546, fue concedida a Juan Fernández de Alderete y Jerónimo de Alderete. Los pocos indios del poblado de Ñuñoa habrían estado en manos de Jerónimo de Alderete. Según Echaiz, esta encomienda duró hasta el siglo XVIII, y a principios de este, pertenecía a don Antonio de Carvajal y Saravia.

La hermosura de las tierras ñuñoínas, su fertilidad y el regadío introducido por los indígenas, atrajeron rápidamente la atención de los conquistadores. Se empezó así a distribuir lotes de terreno, a los que se les dio el nombre de *chácaras*, para diferenciarlas de las *estancias*, que se consideraban más extensas y ubicadas más lejos de la ciudad. Las *chácaras*, más tarde *chacras*, eran más pequeñas –aunque algunas bien extensas– y más cercanas a las ciudades. Tan cerca, que después tendrían que dar espacio al crecimiento de esta, como sucedió después con todo el sector de Ñuñoa hacia el oriente y faldas cordilleranas incluidas.

Como se señalaba, el oriente de Santiago se fue construyendo paralelamente a la cordillera, de norte a sur, con grandes

extensiones que comenzaban en las riberas del Mapocho (aún hay algunas notables casas patronales, como la ubicada en Las Condes N° 11.956), y terminaban en un fondo de cercos de piedras y maderas, que con el paso de los años, al juntarse una propiedad a la otra, fueron conformando un camino natural hacia la cordillera que se llamaría primero *Camino de Ñuñoa* y mucho después Av. Irrarázaval. Algunas de las concesiones de tierras consignadas en la Mensura General de Ginés de Lillo (1603)<sup>17</sup>, nos traen a la memoria nombres que se repiten en las principales calles locales, como por ejemplo, Francisco de Villagra, Diego de Almagro y la propia Pedro de Valdivia. También en este último sector es posible observar algunas antiguas casonas de tipo colonial.

Y los españoles que acompañaban a Valdivia y los descendientes de estos, que recibieron sus tierras y chacaras, se dedicaron intensificar la agricultura, la crianza de los animales, levantaron casas, plantaron viñas, establecieron bodegas e industrias, y trazaron caminos. En 1546, ya existía, por ejemplo, el Camino Real que va a Peñalolén, que se cita como la actual avenida Grecia.

Las famosas tierras tan fértiles de la entonces amplia Ñuñoa, que en los tiempos indígenas ya producían maíz, quínoa y papas, ahora producían trigo (que introdujeron los españoles), cebada y porotos. Una costumbre que se arrastraría hasta nuestros días sería la de contar con árboles frutales en la mayoría de los terrenos. ¿Qué casa de la actual La Reina o Ñuñoa no tiene parras de uva, naranjas o limones, cuando no grandes nogales, paltos e higueras? Una cierta herencia del fuerte pasado agrícola del sector y ciertamente, de las costumbres españolas. Los viñedos tuvieron especial propagación y hasta nuestros días persiste esa tradición en la Viña Cousiño de Macul, que hoy produce 300 mil cajas de cepas, vinificadas y embotelladas en origen<sup>18</sup>. Hace muchos años esos terrenos en la colindante Peñalolén podrían haberse destinado a desarrollos inmobiliarios, pero hoy –no sabemos hasta cuándo– siguen haciendo honor

## 1. Los encantos de Ñuñoa

al pasado fuertemente agrícola del sector y a las aristocráticas familias que los habitaron.

La crianza de animales también fue intensa, con vacunos, caballares, cerdos y ovejas. Para el desarrollo agrícola se ensancharon los antiguos cauces de aguas construidos por los indios y también se aprovechaban las aguas que venían de la cordillera, como ya explicamos en líneas anteriores.

Según se cree, muchos de los canales y acequias, antiguos y presentes, como los que pasan actualmente por las calles Ossandón, Vicente Pérez Rosales y Álvaro Casanova, también pueden derivarse de antiguos cursos de agua en el sector. Como se ha citado en alguna oportunidad, los territorios de La Reina y antes Ñuñoa, tenían en ese sentido características fluviales, ya que la bajada del agua de la cordillera representó siempre una característica del área.

En 1577, solo treinta años después de la fundación de Santiago, en un hito fundamental del abastecimiento de agua de la ciudad capital, se empezó a trazar un cauce para conducir agua bebestible hasta la ciudad, que corría a tajo abierto desde la cordillera. Para el efecto se construyó un estanque surtidor en el cerro Santa Lucía y desde allí el agua corría cubierta por calle Monjitas hasta la Plaza de Armas, donde una fuente la disponía para que “bebiera el común”. Era el famoso *canal de Ramón*, que por años la comuna de la Reina intentaba controlar cuando anegaba sectores residenciales adyacentes —en calle Príncipe de Gales y cercanías— durante los inviernos. La existencia de estas aguas hizo que a Tobalaba se le denominara durante la Colonia como *Todalagua*. Antes de eso, como indica Gonzalo Piwonka en su *Las Aguas de Santiago de Chile*<sup>19</sup>, los santiaguinos se abastecían de un entonces medianamente cristalino río Mapocho.

## EL CANAL DE RABÓN (RAMÓN) Y OTRAS AGUAS LOCALES

La historia de la relevancia del canal de Ramón, para efectos del abastecimiento de agua de una ciudad de Santiago ocupada por no más de dos mil habitantes, después de la llegada de los españoles, merece mención aparte. El canal de Rabón o Ramón (hay una discusión sobre el origen del nombre, que abordaremos) tuvo una relevancia clave en el aprovisionamiento de agua “potable” de Santiago desde la Conquista y hasta la segunda parte del siglo XIX. Y la fuente a la cual llegaban estas puras aguas de La Reina estaría empotrada en lo que hoy es Museo Histórico Nacional, en la Plaza de Armas. Dado que había dos fuentes principales de las cuales se abastecía la población santiaguina de agua, otros –como Gonzalo Piwonka– dicen que en realidad esa fuente específica es la que está ubicada hoy en el interior del Palacio de La Moneda.

Tal era la importancia de ese curso de agua para la ciudad de Santiago que en 1894 se expropió toda la hoya de la quebrada de Ramón, y a los propietarios de los fundos, señores Ossa y Larraín, “se les compensó adecuadamente con el beneficio de otras aguas”<sup>20</sup>. La llegada de esa agua a la ciudad de Santiago, en agosto de 1578, fue recibida al vuelo de campanas y los prohombres de la ciudad se reunieron para beberla.

La disyuntiva sobre la denominación de Ramón o Rabón está dada porque para algunos el nombre viene de cuando el gobierno de García de Ramón hizo algunas obras relacionadas con el cauce, pero no hay mayor constancia de ello. Se ha usado la expresión agua de *Ramón*, vertientes de *Ramón*, el cerro de *Ramón*, en homenaje –se cree– al gobernador García de Ramón. “Sin embargo, creemos que el verdadero nombre es el de *Rabón*, de origen popular, conservado algún tiempo por la tradición y deformado después en *Ramón*”<sup>21</sup>, dice León Echaiz.

También Gonzalo Piwonka da cuenta de esta disyuntiva y llega a una conclusión similar. Dice de partida que el go-

bernador García Ramón llegó a Chile “recién el año 1583” –siendo el periodo en que más se ocupó la vertiente entre 1578 y 1609– y que en realidad el nombre es derivado de la voz indígena tradicional de *Rabón*. Y agrega que el acta de mensura del juez visitador de tierras, capitán Ginés de Lillo, de fecha 17 de septiembre de 1630, se refiere al “estero o río de Rabón”, así como al “cerro e indios de Apoquindo” y a la “acequia antigua de Tobaraba”. La publicación comenta –a mayor abundamiento– que Benjamín Vicuña Mackenna citaba al hombre público Joaquín Tocornal, muy conocedor de la historia del lugar, quien comentaba que “la verdadera denominación de las vertientes era de *Rabón*”.

“Yo, como sesentón, no bebo sino del agua de aquella fuente de *Rabón*, en cuya vecindad tengo mi chacara”, decía Joaquín Tocornal, prominente propietario del lugar<sup>22</sup>.

En tanto, como vimos, a principios del 1800, es decir algo antes de la Independencia, ya se avanzaba, tras varios tropiezos, con el canal San Carlos, que uniría el Maipo con el Mapocho, partiendo en dos el amplio terreno de la antigua Ñuñoa, y que solo se terminó de construir casi veinte años después, en 1820.

Veamos con mayor detalle la historia e importancia de las Aguas de Ramón, de lo que poco se tiene conciencia en la actualidad.

Una parte importante de la historia de la zona, que hoy pertenece al Parque Natural Aguas de Ramón, al pie de monte de la cordillera frente a lo que hoy es La Reina, está vinculada a vestigios y construcciones asociadas a los incas e indígenas de la zona central precordillerana. Sin embargo, para explicarlo de manera más precisa, es necesario comprender de forma geográfica la región a estudiar. Como se mencionó anteriormente, el parque se encuentra en la confluencia de las comunas de La Reina y Las Condes, dentro del parque se encuentra la quebrada de Ramón (o Rabón), quebrada que limita por el norte con la zona de Apoquindo.

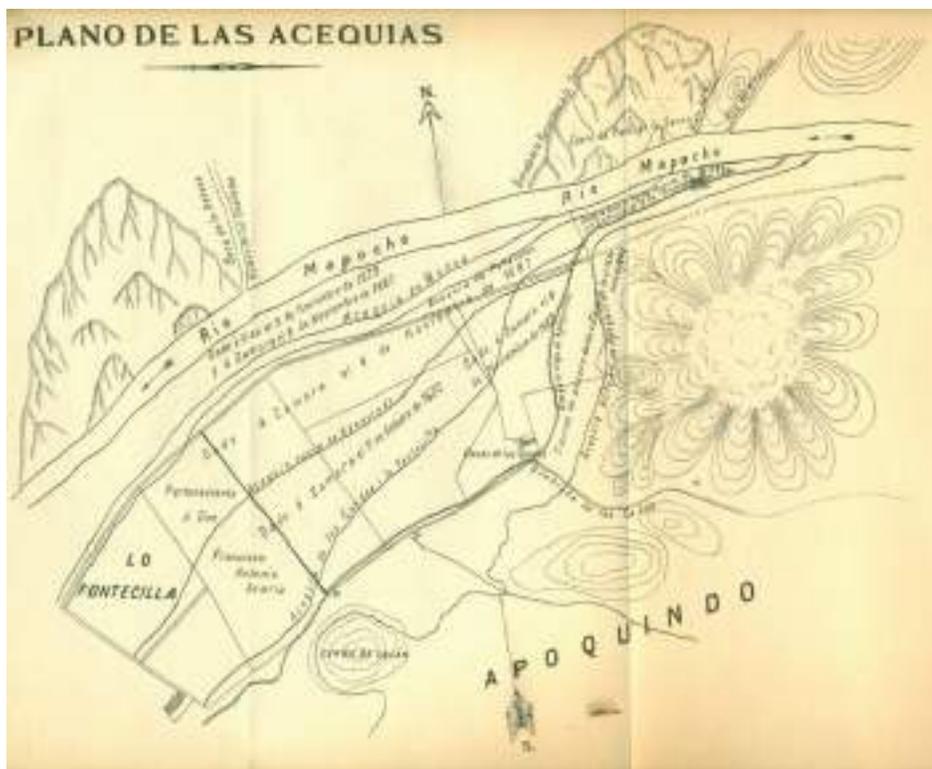
El effluente de la quebrada de Ramón dice relación con otras obras fluviales que fueron creadas con el apoyo técnico de los incas durante el *Tawantinsuyu*. El arqueólogo Rubén Stehberg plantea que entre los años 1410 y 1540 fueron construidas tres acequias en la zona oriente: “la acequia antiquísima de Apoquindo fue la primera en ser construida y sirvió para regar las tierras situadas desde el río Mapocho hasta el cerro Apoquindo, en una extensión de 7.320 metros aproximadamente. La segunda y la tercera se extendieron desde el mismo río hasta la quebrada de Rabón”<sup>23</sup>.

La importancia de estas acequias radicaba en muchas razones, pero la principal era que servía de sustento para los habitantes del “tambo viejo de Apoquindo” y a posterior del “tambo nuevo de Apoquindo”. Ambos sectores se encontraban entre los cerros Calán, Apoquindo y el estero de Rabón y hacían alusión directa a una instalación *Tawantinsuyu*, es decir, de personas relacionadas con el Estado Inca<sup>24</sup>.

Todo esto tiene más sentido cuando leemos la llamada “medida del Pueblo de Indios de Apoquindo”, que efectuaría el ya citado agrimensor (persona dedicada a medir tierras) Ginés de Lillo en 1603. Lillo contabilizó, como vimos, “37 indios y viejos indios residentes en dicho pueblo, de servicio personal y tres viudas”, y procedió a entregarles “las tierras comprendidas entre el pie del cerro Apoquindo hasta las tierras del río de Rabón, *tomando por costado la cordillera por lo alto*, y por lo bajo la acequia antigua de Tobalaba”.

Entonces, los incas –lo que fue más tarde aprovechado ciertamente por los españoles– se encargaron de proyectar las aguas del Mapocho hacia otros sectores del sector oriente de Santiago, entre el Mapocho y el Maipo, que fue lo que permitió el posterior desarrollo de la agricultura en la zona. En esa conjunción de effluentes, el rol del canal de Ramón fue siempre relevante, especialmente cuando, a diferencia de la actualidad, ese curso de agua era mucho más abundante en tiempos antiguos, según se desprende de los escasos registros disponibles.

## 1. Los encantos de Ñuñoaue



► Plano mostrando las acequias de Apoquindo y Ñuñoa (Stehberg, Osorio, Cerda, Mapocho Incaico Central: distritos prehispánicos de irrigación, publicación ocasional 71/2021, Museo Nacional de Historia Natural).

### **ABASTECIMIENTO DE AGUA PARA BEBER**

Antes del año 1578, los conquistadores que se asentaron en la zona se abastecían exclusivamente de las aguas del río Mapocho, así lo afirma Ernesto Greve en su Historia de la Ingeniería en Chile: “Desde la fundación de Santiago del Nuevo Extremo, en el año 1541, hasta el de 1578, los habitantes de ella solo hicieron uso, para la bebida, del agua del río Mapocho”. Esto se lograba mediante canales que fueron vistos por numerosos viajeros, como J.M. Gillis, quien lo recuerda en una de sus memorias documentadas en el libro Historia de los Servicios de Agua Potable y Alcantarillado de Santiago de Chile<sup>25</sup>.

“En el centro de la plaza, hay una fuente octogonal de 30 a 35 pies de diámetro y de una profundidad de alrededor de 3 pies. El conjunto descansa sobre una plataforma elevada una grada por sobre el terreno circundante. El agua para el abastecimiento de esa parte de la ciudad se saca del Mapocho, a más de una milla río arriba, desde donde es conducida por tubos de greda”<sup>26</sup>.

Es sabido también que históricamente estas aguas del Mapocho se caracterizaban por no ser “potables” e insuficientes para el riego de la zona, bajo ese contexto se comenzaron a buscar nuevas fuentes de agua potable y de mejor calidad, como las aguas de la quebrada de Ramón, tal como lo señala el acta del Cabildo:

“Por esta causa, y por lo insalubre que era para la bebida, el Cabildo empezó a preocuparse de una solución más cabal del problema, y la corporación, como estipula el acta del 15 de febrero de 1577, vale decir solo 36 años después de la fundación de Santiago, determinó estudiar la factibilidad de llamar a propuesta pública para surtir a la ciudad, mediante la construcción de una acequia conductora y de un pilar o fuente comunitaria, de otro venero que el Mapocho y en mejores condiciones arquitectónicas”<sup>27</sup>.

Fue tal la necesidad en la época de encontrar una fuente de agua limpia, y tantos los recursos económicos y humanos empeñados en llevar cabo esta faena, que Piwonka señala que, en el último trimestre del año 1578, cuando por fin se consigue llevar el agua del “arroyo de Tobalaba” —que nace en la quebrada de Ramón— al centro de la ciudad, “se echaron al vuelo las campanas y los prohombres de Santiago se congregaron en torno a ella a beberla e inaugurarla en esa forma”<sup>28</sup>.

Así, se daría por comenzado un largo camino de idas y venidas, en las que —entre otras razones— debido a la gran calidad física y química del agua, y al ser visualmente cristalinas en comparación a las del Mapocho, el estero de Ramón abaste-

## 1. Los encantos de Ñuñohue

cería a los vecinos de la ciudad de Santiago desde 1578 hasta finales del siglo XIX, proyecto que sería toda una epopeya.

Abastecerse de estas nuevas aguas tampoco era tarea sencilla, pues su lejanía con respecto al centro de la ciudad significaba un gran costo de tiempo y recursos. El primer acercamiento de la ciudad de Santiago a traer las aguas de la quebrada fue bajo la construcción de una fuente, la de San Saturnino, a un costado del cerro Santa Lucía, que abastecería de agua potable a Santiago desde 1578 hasta 1609, de forma muy discontinua, pues la acequia que llevaba el agua a la fuente frecuentó reiteradas reparaciones y trabajos de limpieza. De hecho, cuando el agua de Ramón no llegaba, se echaba mano al río Mapocho.

Por varias décadas, quedó como un lejano y soñado recuerdo de cuando llegaba agua fresca y de calidad desde la cordillera al centro del valle. Recién en 1664 se hicieron intentos reales por volver a abastecer a los santiaguinos con el agua de Ramón y dejarla nada más y nada menos que en la misma Plaza de Armas.

El fundamental y primer ramal histórico del agua potable del Santiago colonial, proveniente de la quebrada de Ramón, llegó hasta las cercanías orientales del cerro Santa Lucía; de allí seguía rumbo norponiente hacia “El Alto del Puerto” (estribación del Santa Lucía ubicada en la actual calle José Miguel de la Barra). Luego caía hacia Plaza de Armas (y a fines del siglo XVIII hasta Santa Ana), en el siglo XVII y parte del XVIII por calle Merced, ulteriormente, desde mediados del siglo XVIII, corrió por calle Monjitas. Su curso era subterráneo y entubado<sup>29</sup>.

Este nuevo intento tendría desafíos mayores de ingeniería debido a la modificación de la ciudad respecto de los primeros años de la Conquista. Una ciudad que iba creciendo hacia el sur de La Cañada (actual Alameda) y que, debido a la buena fama de sus componentes, los vecinos solicitaban a la gobernación acceder específicamente al agua de Ramón, no a otra.

A su vez, a nivel global también se produjeron cambios estructurales que hicieron que el proyecto de aguas de Ramón no diese abasto:

“[...] el proceso de desintegración de la encomienda, el paso de una economía exclusivamente ganadera a una mixta agroganadera exportadora, la necesidad progresiva de mano de obra cada vez más escasa para las crecientes labores intensivas cerealistas, la masa flotante temporalmente ociosa y el menor costo de la mano de obra libre que la encomendada, son factores económico-sociales que subyacen en el aumento de los problemas urbanos a fines del siglo XVII; y dentro de ellos, naturalmente, la escasez de agua tanto para el riego como para el consumo humano”<sup>30</sup>.

A esto, se suma un componente político, pues los hacendados que estaban en los pies de la cordillera, en los terrenos de Ramón, Tobalaba, Apoquindo y Macul, se opusieron a que estas aguas llegasen hasta la ciudad. La situación provocó que no se insistiera en el histórico proyecto, y se dio lugar a intentos de traer aguas de Vitacura y del río Maipo, pero como siempre fue el Mapocho el encargado de dar solución a la necesidad.

Se comenzó a hablar nuevamente de estas aguas en 1759, bajo la gobernanza del Capitán General Guill y Gonzaga se intentaría impulsar un proyecto con el fin de devolver las aguas de Ramón a Santiago, bajo el establecimiento de una plaza de toros. El obispo de la capital, Manuel Alday, se opuso al proyecto, ya que en la zona se encontraba una gran cantidad de locales de expendio que proporcionaban importantes ingresos al cabildo, logrando en su momento que el proyecto se suspendiera.

No fue entonces hasta 1781 que el proyecto comenzó a financiarse de forma prioritaria, según Piwonka, bajo tres básicas condiciones a seguir:

## 1. Los encantos de Ñuñohue

- 1° “Para que trayéndose por el lugar más proporcionado que deliberase Su Señoría se pueda abastecer la Pila de la Plaza Pública”.
- 2° “Que se dejase competente porción para que se levante otra pila en La Cañada por ser el promedio de la ciudad y hallarse poblada de la mayor parte de conventos y vecinos que padecen la incomodidad de celebrar y tomar la que corre por La Cañada [la acequia del Socorro]”.
- 3° “Considerando el crecido costo que puede reparar la obra, le parece medio conveniente se destinen los presos de la cárcel que no tienen delito capital, para que trabajen dicha obra”.

Fue entonces que se encomendó la dirección del trabajo a José Clemente Traslaviña, quien fue uno de los oidores del cabildo convocado por el presidente Guill y Gonzaga. “Se deliberó en Junta de Balanza traer esta agua por una cañería cubierta de cal y ladrillo de toda fortaleza comisionando yo para una obra de tanta entidad esta, al oidor José Clemente de Traslaviña que, a más de su inteligencia, actividad, celo y desinterés, tiene dadas pruebas de su acierto y buena conducta en varias comisiones de esta naturaleza”, cita Piwonka.

Tres años después se “consiguió” llevar las aguas del Ramón a la ciudad, pero ni más ni menos que a nueve cuadras del objetivo inicial, en la Alameda de los Tajamares. El proyecto presentó reiterados retrasos, sobre todo provocados por los desbordes del Mapocho en el año 1783. Otro factor que dificultó la obra fue la agitación política de la época, que impidió que las autoridades pudieran preocuparse de la problemática que significaba el abastecimiento de agua potable, para centrarse en otras materias.

En resumen, de los tres objetivos anteriormente mencionados solo se cumplió uno: el trabajo de los presos, quienes fueron destinados después a la construcción del puente Cal y

Canto. El objetivo de abastecer la Plaza Mayor no se consiguió hasta tres décadas más tarde.

Jorge Von Bennewitz<sup>31</sup>, explica que el 14 de febrero de 1824 la Sociedad Médica, con conocimientos en salubridad y aún en busca de abastecer de agua potable a la capital, revocó un informe que resaltaba la calidad y pureza de las aguas de “Lo Castillo” (Vitacura en estos días), y en cambio, ratificó nuevamente la calidad de las aguas de Ramón, impulsando a la Municipalidad a rehacer las obras que permitían captar las aguas de la quebrada de Ramón para abastecer a la población de la capital.

Nuevamente este proyecto no estuvo exento de complicaciones, pues la Corte de Apelaciones de la época mandó a suspender la obra debido a la demanda del señor José Toribio Larraín (personaje del cual hablaremos más adelante), cuyo fundo era regado con el agua de la quebrada de Ramón. El fallo dictaminó entonces que el agua efectivamente pertenecía al señor Larraín, pero que este debía entregar una cantidad suficiente para abastecer una fuente.

Bajo estas condiciones Santiago comenzó a disponer nuevamente de las aguas de la quebrada, pero solo abastecía a una fracción de la población, aproximadamente un 30%<sup>32</sup>.

En 1859 se aprobó por decreto de la Municipalidad de Santiago la creación de la “Empresa de Agua Potable de Santiago”, entidad destinada a proyectar avances en la materia. Uno de los proyectos fue crear los estanques de La Reina. “Se hizo la construcción de dos estanques en La Reina, uno rectangular de 12,269 m<sup>3</sup> y otro circular de 15,300 m<sup>3</sup> y el mejoramiento de la captación de la quebrada de Ramón”<sup>33</sup>. Estas obras fueron inauguradas a fines de 1865.

Como bien se ha dicho, estos estanques (ver recuadro) sirvieron para captar de mejor forma las aguas de Ramón, de igual forma que las aguas de los manantiales de Vitacura, que en 1824 habían sido revocadas por la Sociedad de Médicos,

pero que finalmente se entendió que eran vitales para lograr abarcar un mayor número de ciudadanos abastecidos, llegando a abastecer entre ambas hasta a 2/3 de la población de Santiago. “El ingeniero don Valentín Martínez, autor de los proyectos de drenaje en Vitacura y el Estanque de la Providencia, estima que el agua de Ramón suministra a la ciudad o se puede hacer suministrar como mínimo 20,000, m.cc. diarios, y para buscar los 55,000 restantes fue que se proyectó y llevó a cabo las obras de Vitacura”<sup>34</sup>.

Si bien faltaban aproximadamente 28.000 m<sup>3</sup> diarios para abastecer al 100% de la población santiaguina, la situación fue comparativamente mucho mejor a épocas anteriores. Desde primera mitad del siglo XX, con la previa construcción de Laguna Negra y posteriormente el Embalse El Yeso en la década del 50, y si bien los estanques de La Reina se utilizaron hasta 1980, comienza a marcarse el fin de rica historia de las aguas de Ramón como fuente hídrica para la ciudad de Santiago.

Una vez referida la rica historia de esta fuente fundamental del agua como lo fue el canal de Ramón o Rabón, seguimos adentrándonos en la herencia de estos territorios.

En el siglo XVII se produce una subdivisión importante de chacaras agrícolas con el consiguiente aumento de los cultivos y la producción. En el sector de Ñuñoa propiamente tal, los Jufre de Loaysa, y en particular Luis Jufre, era quien tenía la propiedad central del sector, según nos indica René León Echaiz.

### **LA QUINTRALA DE TOBALABA**

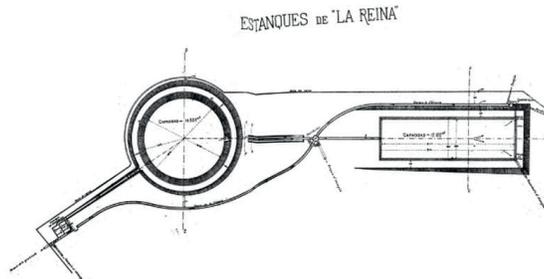
Y acá comienzan a entrar personajes claves de la historia de estas tierras. En el sector de Tobalaba la propiedad central correspondía a doña Águeda Flores, “que comprendía extensas campiñas, hermosas y fértiles”<sup>35</sup>, que corrían desde la chacara Ñuñoa de Luis Jufre hasta los faldeos cordilleranos y desde Macul hasta Apoquindo. Ella, que heredó estas tierras de su padre, las incrementó con otra porción que heredó de su esposo Pedro Lisperguer, quien a su vez las había adquirido a

Santiago, a lo largo del siglo XIX, fue testigo de grandes avances en materia de higiene y saneamiento, marcando un punto de inflexión en la calidad de vida de sus residentes. En este contexto, la construcción de los Estanques de La Reina (1860 a 1865) impulsados por la visión de Manuel Valdés Vigil, representa un hito crucial en la historia de la ciudad en la medida que sentaron las bases para futuros proyectos encaminados a garantizar un suministro de agua seguro y confiable para la población.

Las “piscinas”, una circular y otra rectangular, están ubicadas en el predio de Príncipe de Gales con Poeta Ángel Cruchaga. Poseen una estructura con muros de mampostería en piedra y, se dice, fueron pioneras en el abastecimiento de agua en Latinoamérica.

Su construcción respondió a la corriente que hace años se venía dando en materia de políticas públicas, avanzando hacia una mayor conciencia sanitaria y que se consolidó en las décadas finales del siglo XIX.

Por ejemplo, entre 1882 y 1886, la reforma del plan de estudios de medicina incorporó la higiene como una disciplina esencial para los futuros médicos, y la epidemia de cólera de 1886 subrayó la necesidad urgente de mejorar las condiciones sanitarias. En respuesta, se realizaron importantes proyectos de infraestructura: los Estanques de Antonio Varas (1894) y las Vertientes de Vitacura (1895) aseguraron el abastecimiento de agua potable, mientras que el Alcantarillado de Santiago (1887-1910) mejoró la gestión de aguas residuales. Finalmente, el Acueducto Laguna Negra, iniciado en 1899 y terminado entre 1913 y 1917, amplió significativamente la capacidad de suministro de agua, satisfaciendo las necesidades de la población hasta 1935.



► Plano de los estanques elaborado en 1901. Instituto de Ingenieros de Chile.

## 1. Los encantos de Ñuñohue

sucesores de Jerónimo de Alderete. La finca tenía valiosos viñedos y cosechaba porotos, trigo, aceitunas, almendras, papas, chacarería, etc. Un dato interesante, hasta nuestros días, es que al fallecimiento de doña Águeda, la chacara de Tobaraba pasó a su nieto Nicolás Lisperguer, para que se ordenara sacerdote, pero este terminó por cederla a su prima Catalina de los Ríos y Lisperguer, la famosa *Quintrala*, “quien la poseyó hasta el fin de sus días”<sup>36</sup>. Hoy un conjunto habitacional de edificios recuerda la presencia de La Quintrala en tierras de lo que muchísimo después sería La Reina.

Cuando más adelante veamos la historia de Santiago Larraín y Vicuña, haremos referencia también a los diversos trasposos de propiedad ocurridos en estas tierras.

Según refiere León Echaiz, en poder de La Quintrala (más allá de las fechorías que se le atribuyen), el sector continuó siendo una valiosa propiedad, de importante producción agrícola. Se cita que de ella, a la muerte de su dueña, emanaban “14 arrobas de vino de cuatro años”, además de “varios quintales de almendras, trojes de trigo y fanegas de frijoles”<sup>37</sup>.

Los ascendientes de La Quintrala provenían del concubinato entre Bartolomé Flores, carpintero de origen alemán, que acompañó a Pedro de Valdivia –y, por ende, recibió importantes tierras de las conquistadas– y la cacica (inca) Elvira, de la zona de Talagante. Su única hija, la mestiza Águeda Flores, a la que hicimos referencia arriba, heredó una enorme fortuna y vivió por espacio de un siglo para administrarla y heredarla. Ella se casó con Pedro Lisperguer, de los cuales nacieron María y Catalina Lisperguer y del matrimonio de esta última con Gonzalo de Los Ríos, nació Catalina de Los Ríos y Lisperguer, La Quintrala. Lo anterior da cuenta también de cómo las familias fueron mezclando la descendencia inca, en este caso, con la española, siendo las familias anteriores claves para entender la historia local.

Por si quedara alguna duda de la presencia del temido personaje en lo que después sería La Reina, Benjamín Vicuña

Mackenna, que además de ser un destacado político fue un insigne historiador, consigna expresamente, en una publicación de 1877, que Bartolomé Flores –bisabuelo de la particular vecina de estas tierras–, “adquirió en seguida (sic)... la famosa propiedad de Tobalaba, que regaba el ‘río de Ramón’, entonces solitario arroyo, que hoy empapa en dulces ondas las más albas gargantas del Mapocho”<sup>38</sup>.

Como veíamos, nuestra Catalina de los Ríos, este personaje cercano a la mitología, pero al final de carne y hueso, era hija del importante terrateniente de la sociedad colonial santiaguina, excorregidor de Santiago al inicio de los años 1600, Gonzalo de Los Ríos, que tenía muchas propiedades: una hacienda muy próspera en Longotoma, en el norte de la actual V Región, plantaciones en La Ligua y otra hacienda en Cabildo, denominada *El Ingenio*. Al morir su padre, Catalina de los Ríos, la temida Quintrala, se convirtió en terrateniente de esas propiedades, adquiriendo luego otras tantas en Argentina (Cuyo) y en Chile. Entre sus propiedades menores se encontraban las que poseía en la precordillera del Santiago oriente, en lo que hoy es la comuna de La Reina. Se dice que le gustaba recorrer sus propiedades montando a caballo; viviendo en general en el campo, haciéndole el quite a la vida de la ciudad. Una característica que, como veremos, ha influido en muchos de sus connotados habitantes.

Según el sitio de referencia histórica *Memoria Chilena*, de la Biblioteca Nacional de Chile, La Quintrala aprendió las malas artes de su madre y otras fémias de la familia, pero siendo sospechosa de varios asesinatos, nunca fue condenada debido a su importante fortuna y la influencia que ejercía entre jueces y letrados. En otra oportunidad, fue acusada de asesinar a un distinguido caballero de la Orden de Malta, pero habría inculpado a un esclavo y este murió ahorcado en la Plaza de Santiago.

Catalina de los Ríos, además, “solía azotar y quemar a sus sirvientes, los cuales muchas veces morían bajo sus torturas.

## 1. Los encantos de Ñuñohue

Se dice que a los sirvientes hombres les cortaba la lengua y a las mujeres los pechos, que le cercenó la oreja a uno de sus amantes y que apuñaló a un sacerdote<sup>39</sup>. En una oportunidad habría azotado tanto a una esclava que no le dejó piel en la espalda y luego vertió cera hirviendo en ella. Los gritos de la víctima de su odio –cuenta la historia o la leyenda– habrían generado la caída del famoso Cristo de la Agonía o Señor de Mayo. La figura, un antiguo Cristo que tiene una expresión inquisidora y unos ojos muy abiertos, como puede observarse aún en la Iglesia San Agustín de Santiago, habría sido mandada fuera de la casa por La Quintrala, que sentía que esta la miraba persistentemente y ella no aguantaba que ningún hombre la mirara con ojo cuestionador. “Yo no quiero en mi casa hombres que me pongan mala cara. ¡Fuera!”, se dice que espetó.

Un tiempo después la misma figura religiosa estaba puesta en la única muralla que no se cayó en la citada Iglesia, producto de un fuerte terremoto que azotó Santiago, bajo la cual ella se albergó junto a su familia (su residencia se encontraba cerca), por lo que –como buena creyente que se sentía–, mandó a prender velas sempiternamente al antiguo crucifijo.

Esta es la leyenda de la mujer que hoy da el nombre al conjunto habitacional ubicado entre las actuales calles de La Cañada y Príncipe de Gales. Mucho más apropiado habría sido quizá, en dicho conjunto de viviendas, el nombre de Violeta Parra, quien en esos mismos terrenos –debajo de unas hermosas araucarias– instaló muchos años después, la carpa donde pensaba enseñar folklore a todo el que le interesara y donde finalmente se quitaría la vida. El nombre de La Quintrala –que no se sabe si proviene del hecho de que era colorina o de que solía azotar a sus esclavos con ramas de quitral– aún es cuestionado cuando intenta colocarse en alguna calle o plaza, como ocurrió en el 2014 en la ciudad de Cabildo, en las cercanías de donde estaba su fundo *El Ingenio*. Los vecinos lo objetaron e hicieron una campaña en las redes sociales para cuestionarlo.

Vicuña Mackenna deja constancia en su libro sobre la particular familia Lisperguer que “la chacara de Tobalaba, llamada por el vulgo campesino Toda-la-agua, fue hasta hace 20 años (él habla en 1877) propiedad de las monjas agustinas. Esta misma chacara o del valor de su imposición fue reclamada por los padres agustinos en 1758, según un escrito del procurador de esa orden, que se conserva en la Curia”<sup>40</sup>.

Al final de sus días, como consta en los escritos de Mackenna, en 1655, Catalina de Los Ríos y Lisperguer todavía era visitada en su chacara de Tobalaba. Vino a fallecer “al parecer naturalmente”<sup>41</sup> —se dijo en la época—, en 1665. Tres años antes había redactado su testamento legando casi toda su fortuna en beneficio de su alma con la esperanza de ser rescatada del purgatorio. Según sus instrucciones, “en los días siguientes a su muerte se oficiaron más de mil misas en su memoria, además de quinientas misas por el descanso de los indios que habían muerto debido a sus malos tratos”<sup>42</sup>.

En sus funerales, entre las ofrendas que se colocaron, estuvieron cuatro fanegas de trigo que se trajeron de la chacara de Tobalaba<sup>43</sup>. En el cálculo de su herencia estaba valorizado el vino, el trigo y la chacarería que provenía también de allí. El albacea de La Quintrala, Martín de Urquiza, cuenta Mackenna, terminó pidiendo para sí las haciendas de La Ligua y Tobalaba, pero no está claro qué ocurrió en definitiva con esas tierras en lo inmediato. En su primer testamento, ella había ordenado que esas tierras —y los esclavos y ocho negros que las trabajaban— se vendieran para pagar las misas que debían ofrecerse después de muerta<sup>44</sup>.

Lo que sí aparece como singular es que en los años posteriores, parte de estos bienes y propiedades, por cesión o venta, pasaron —de transacción en transacción— a manos de familias como los Hermúa y de la Cerda<sup>45</sup>, apellidos que se conectan después con otro personaje relevante de estas tierras y que cobrará particular importancia en la historia del sector: Santiago de Larraín y Vicuña, o simplemente, Santiago Larraín Vicuña.

En el lenguaje actual él era yerno de Juan de la Cerda y Mariana de Hermúa, que tenían estas tierras gracias a Jerónimo de Alderete; y que a través de un testamento terminaría haciéndose de estos territorios en la antigua Ñuñohue.

El citado personaje de alcurnia, del que se tienen pocos antecedentes históricos, es quien da su nombre a una de las principales avenidas de la actual comuna de La Reina y de quien incluso se sitúa como el origen de la denominación de la comuna: uno de los patriarcas de los *larrainés*, que acompañarían a la política y los negocios del país hasta nuestros tiempos.

### LOS LARRAÍNES Y LA NOBLEZA LOCAL

Según consigna León Echaiz y otros seguidores del tema, en el siglo XVIII, el amplio sector ubicado al noroeste de la Ñuñoa de ese entonces, donde en siglos anteriores –desde la llegada de los españoles en adelante– habían campeado los Bartolomé Flores, los Jerónimo de Alderete, Águeda Flores y su heredera La Quintrala, continúa llamándose Tobalaba, siendo este el sector del área oriente de Santiago que más podría asimilarse a lo que hoy se entiende por La Reina. De hecho, los escritos que hablaban de las aguas del estero de Rabón, se refieren a las aguas de “nacimiento e manantial de Tobalaba”. Aguas que, si se considera el territorio actual de La Reina, se ubican más o menos al centro de la comuna.

Sin embargo, según León Echaiz y otros, la mayor parte de este territorio pertenecería posteriormente, como decíamos, a Juan de la Cerda, quien la heredaría a su viuda doña Mariana de Hermúa. “En 1723 doña Mariana otorgó testamento, legando la propiedad de Tobalaba a su nieta María Josefa Larraín de la Cerda, religiosa profesa, quien la cedió a su padre don Santiago Larraín Vicuña”<sup>46</sup>, indica.

La hacienda habría adquirido gran importancia con la administración de Santiago Larraín y Vicuña, que era un personaje bien importante de la época. Era de los primeros de

una larga lista de descendientes que posteriormente se incorporarían al mundo empresarial, el arte y la política en Chile, que llegó de España en 1685, desde la ciudad de Aranaz en Navarra. Incluso uno de sus descendientes –en cuarta generación–, reclamó ante la Corona de España el título de Marqués de Larraín: José Toribio de Larraín y Guzmán, el mismo que se oponía que se usara el agua del canal de Ramón para Santiago. Y otros descendientes más contemporáneos han seguido incluso en esos afanes ligados a los títulos de nobleza.

Murió en Chile en 1748 y, como se acostumbraba a quien podía lograrlo (y pagarlo, aunque se consideraban donaciones), se le enterró (igual que a La Quintrala) en la Iglesia de San Agustín, en el centro de Santiago, la más antigua de Chile (1609), después de la Iglesia de San Francisco.

Según sitios de investigación de la genealogía de las familias chilenas<sup>47</sup>, el citado personaje “pasó a Indias en el galeón del General Gonzalo Chacón (1685) a la casa de su tío Francisco Larraín”; llegando a ser Capitán de Infantería; Alcalde ordinario del Cabildo de Santiago; Procurador del Cabildo de Santiago y Comisario General del Reino. Fue también Presidente de la Real Audiencia de Quito; uno de sus cargos más importantes de la época, y en lo que a nosotros compete, dueño de “una mansión en Santiago, de 1500 cuerdas en Malloa y de la de Viña del Mar, de la chacra de *Tobalaba* y la hacienda de *Cauquenes*”<sup>48</sup>.

Asimismo, para asegurar su descendencia sobre el citado territorio, fundó mayorazgo –que consistía en que sus tierras solo podían ser heredadas a sus familiares, a través del hijo mayor– sobre sus casas en calle Huérfanos esquina noroeste con la calle Bandera, Santiago y de sus tierras de Cauquenes y Ñuñoa<sup>49</sup>.

El antecesor del Marqués de Larraín<sup>50</sup>, Santiago de Larraín y Vicuña, el patriarca de la familia, una vez en Chile, fue un hombre cercano a las ideas realistas durante la lucha por la independencia, de Chile y su larguísima descendencia en el país da cuenta de un apellido –los Larraín– que nunca abandonó la

## 1. Los encantos de Ñuñohue



► Vestimenta y firma de José Toribio de Larraín y Guzmán como Marqués de Larraín, descendiente de Santiago Larraín y Vicuña, propietario de los territorios de La Reina, entonces Ñuñohue, a principios del 1700.

política (podrían citarse varios ejemplos, pero no nos aventuraremos), básicamente desde posiciones conservadoras, y el mundo de los negocios, donde, por ejemplo, algunos descendientes son históricos operadores de la Bolsa de Comercio de Santiago. La religión y las artes tampoco escaparon a su influencia.

### **OVEJAS, BUEYES, CABALLOS Y VACAS**

Don Santiago de Larraín, pese a tener una mansión en Santiago, pasaba “largas temporadas”<sup>51</sup> en su hacienda de Tobalaba, en cuyos campos mantuvo una amplia crianza de animales y extensos viñedos. “Según los inventarios practicados a su fallecimiento, tenía allí 500 ovejas, yuntas de bueyes, caballos, vacas lecheras, sesenta tinajas para la producción de las viñas, que era de 1.700 arrobas y un alambique”<sup>52</sup>, se indica. Más adelante ahondaremos sobre la vida de don Santiago en estas tierras, dada la relevancia

histórica de dicha familia en la zona.

Vivía “con cierta opulencia” dentro de los moldes sencillos de la época. “En sus casas de Tobalaba tenía numerosas habitaciones bien amobladas, con estrado en la sala, cujas, escaños, escaparates, cortinajes, braseros, sillas de baqueta, sillas aprendadas”<sup>53</sup>. También tenía en los patios interiores –a la usanza del campo en la zona centro sur del país– un cepo o estructura de madera y fierro para apresar las piernas, “para mantener el orden entre esclavos y servidores”<sup>54</sup>.

“Para los viajes a Santiago usaba un calesín (carruaje liviano, tirado por un caballo) con mula calesera y el avío correspondiente (equipamiento para el viaje y alimentos)”<sup>55</sup>. Fiel a su linaje, para montar a caballo mantenía dos aperos de montar: “uno de terciopelo carmesí con franjas de plata y otro verde bordado de oro con estriberas de bronce dorado”<sup>56</sup>. En el Museo Histórico Nacional, de la Plaza de Armas, se conserva un original o réplica de lo que era este tipo de calesines, en ese caso, el que usaba el último gobernador español, el odiado Marcó del Pont.

A la usanza del campo profundo en la zona sur, también mantenía en Tobalaba un oratorio o lugar de oración que reemplazaba, cuando no había, una iglesia, para que los devotos feligreses tuvieran un lugar donde realizar sus oraciones.

Y don Santiago de Larraín y Vicuña se preocupó que sus tierras en la antigua Ñuñoa no pasaran a cualquiera, sino que a alguien de su familia, ello mediante la constitución de los denominados *mayorazgos*. Era una institución del derecho civil, posteriormente circunscrita en España a títulos y derechos honoríficos, que tenía por objeto perpetuar en la familia la propiedad de ciertos bienes, que iban pasando al hijo mayor, de generación en generación.

Esto último terminó enfrentándolo –más bien a sus descendientes, porque él falleció bastante antes de que se concretara la Independencia– nada menos que al nuevo gobierno patriota, el que abolió este tipo de prebendas. Decía el instrumento de mayorazgo respectivo en su momento: “También asigno y señalo al vínculo y mayorazgo dicho la chacra que al presente poseo en pago de Ñuñoa, dos leguas de esta ciudad, poco más o menos, merced hecha de dichas tierras al capitán Jerónimo de Alderete... cuya chacra habiendo pasado de poseedor en poseedor a poder de mis suegros que fueron el Licenciado don Juan de la Cerda, abogado de esta Real Audiencia y doña Mariana de Hermúa, se le adjudicó a mi hija doña María Josefa de Larraín, religiosa profesada...”<sup>57</sup>.

## 1. Los encantos de Ñuñohue

Según detalla León Echaiz, don Santiago Larraín otorgó testamento el 2 de junio de 1784 ante un escribano. A su fallecimiento el mayorazgo pasó a su hijo Juan Francisco Larraín y Cerda, quien llegó a ser así el dueño de la hacienda de Tobalaba, avaluada en veinte mil pesos de la época. Posteriormente, pasó a don Agustín Larraín y Lecaros, quien agregó al mayorazgo el título de Marqués de Larraín, que le fue concedido en 1781. Finalmente llegó a su hijo don José Toribio Larraín y Guzmán, heredero –como vimos– del título de Marqués. Luego de la llegada de la Independencia y los gobiernos patriotas, además de la Constitución Política de 1828, el mayorazgo de los Larraín se extinguió. No obstante, hasta hace poco algunos representantes de la familia han seguido bregando por los títulos honoríficos.

### **LA MARCA LARRAÍN EN EL SECTOR**

Dada la historia y herencia fundamental que tienen los Larraín en esta parte de Santiago, desde la Colonia hasta nuestros días, ya que una parte no menor de las características de la actual comuna se forjan en esos tiempos, profundizaremos en dicha historia familiar.

Primero citemos algo del contexto histórico imperante en aquellos años para situarnos adecuadamente. Ha pasado un siglo desde la fundación de Santiago en 1541. De una ciudad de entre dos y tres mil habitantes, ya pasamos a varias decenas de miles. Para revisar el contexto se requiere situarse en el ámbito internacional, especialmente el más relevante: la situación en España.

De dominar una parte muy importante de Europa y los lugares del mundo colonizado, en el siglo XVII se vivía en Europa el ocaso del Imperio español, forjándose un nuevo orden en el continente europeo. Las guerras eran una constante, como lo demuestra la guerra de los 30 años (1618-1648) y, ligada a la anterior, la guerra franco-española (1635-1659).

En muchos de los conflictos bélicos, franceses e ingleses atacaban las posesiones españolas en América.

La importancia del ejercicio de la guerra explica por qué eran tan importantes los cargos y la formación militar, la que citaremos al hablar de figuras y señores que dejaron una marca imperecedera en los territorios de la actual La Reina, antes Ñuñohue.

El siglo XVII fue un periodo de crisis económica en Europa, y en particular en la península ibérica, realidad que explica mucho el interés de familias españolas de renombre por instalarse y hacer actividades comerciales en la América colonial. En lo social y cultural, la sociedad española siguió marcada por los valores aristocráticos y religiosos del siglo anterior, huella que quedaría reflejada en la aristocracia que llegaría a estas tierras. Una característica especial era que se vivía de las tierras, la agricultura o del comercio (y cuando se podía de la minería) y los trabajos manuales se consideraban empleos “viles”. No obstante, también se vivió el *Siglo de Oro* español, con el *Quijote de la Mancha* de Cervantes, Lope de Vega y su *Fuente Ovejuna* y las obras de Calderón de la Barca.

En este contexto nace y se desarrolla un joven Santiago Larraín y Vicuña, que da su nombre, y el rango de nobleza asociada, los Larraín, a la principal avenida de la comuna de La Reina y además, nada menos que el nombre mismo de la comuna, al derivarse –como veremos– del apellido Larraín, la denominación posterior “Lo Larraín”, “La Rain” y después, sencillamente, “La Reina”.

“El hijo primogénito de D. Juan Larraín y Zozaya y de Doña Gracia de Vicuña, nació en Aranaz, en la casa secular de sus mayores y fue bautizado en la iglesia parroquial de 21 de noviembre de 1666, siendo sus padrinos D. Diego de Vicuña y Aranibar, su tío, quien le impuso en nombre, y Doña Domela de Galarza”, se relata en el libro *La Familia Larraín*, de Carlos Larraín de Castro (editado por Academia Chilena de La Historia, 1982).

## 1. Los encantos de Ñuñohue

No se cuenta con documentación que refiera a las primeras etapas de la vida de don Santiago de Larraín, se advierte. “Sus infantiles años se deslizaron, sin duda, alternando la austera vida patriarcal con juegos y algazaras en las agrestes montañas pirenaicas y en las risueñas márgenes del Berroarán. Este ambiente adusto, el alimento sobrio, y la vida sana, desarrollaron su contextura y modelaron su espíritu, formándole una naturaleza fuerte y un carácter altivo y emprendedor”, se relata<sup>58</sup>.

Valga señalar que Aranaz es en la actualidad un pueblo con solo 700 habitantes, en el extremo norte de España, cerca de Pamplona y difiere –como lugar de origen de la conquista española y posteriores– de los primeros llegados de España, que venían fundamentalmente de Castilla.

“Es indudable que D. Santiago debió recibir en Lima una educación superior a la de su ambiente de Aranaz, como se manifiesta en sus cartas, comunicaciones y despacho. El carácter de su escritura denota autoritaria seguridad y su firma resuelta y altanera, una energía poco común”, destaca la publicación relativa a la familia Larraín, generosa en adjetivos positivos para dicha estirpe familiar.

Otro elemento que ha llegado hasta nuestros días, dice relación con que las familias de la nobleza española tenían como signo de distinción y marca familiar un escudo nobiliario, en este caso el de los Larraín. El diseño de ese escudo, en sus características centrales (ya que tuvo una evolución en el tiempo), se mantiene hasta nuestros días en el escudo de armas de la comuna de La Reina, como marca indeleble de la presencia de dicha familia en estos territorios.

Como veíamos, en España, tras la muerte de Felipe IV, se vivía un momento de decadencia política y económica, lo que explica la llegada de don Santiago a tierras que ofrecían ilimitadas posibilidades, tal como lo hicieran antes otros familiares suyos. Todos ellos vivían en encumbradas posiciones, fundamentalmente en Perú, y tenían negocios en Cartagena, Quito, Lima y también en Santiago de Chile.



Se estima que, en junio de 1695, es decir, con cerca de 30 años, Santiago Larraín llega a puertos chilenos en el navío “San Fermín” y poco tiempo después se le ubica en Concepción desarrollando negocios, y posteriormente en Valparaíso, lo que da cuenta de su acendrado espíritu emprendedor. Asimismo, se indica que su acelerada carrera comercial y marítima le valió ser nombrado capitán de Infantería por el gobernador de la época, marqués de Cañada Hermosa. Ya vimos la importancia que tenían los cargos militares.

► Último escudo nobiliario de los Larraín en España y el actual escudo de armas de la Municipalidad de La Reina, con las águilas características de la marca familiar.

“Provisto del poder general de su tío D. Francisco (1696) y ya con experiencia personal, dedicóse de lleno el capitán Larraín a sus empresas comerciales de intercambio con Perú para lo cual disponía de una serie de navíos que pertenecían a sus parientes y compatriotas que predominaban ampliamente en las costas del Pacífico”, se relata.

Ya en la sociedad colonial de la época, don Santiago Larraín se vincula, entre sus connotadas relaciones locales, con el Licenciado D. Juan de la Cerda, destacado miembro de la élite criolla, y termina casándose, en 1699, con su única hija, María Teresa. Ello lo vincularía con las más relevantes familias de la época y con ella, que fue la acaudalada heredera de su padre al

## 1. Los encantos de Ñuñoa

fallecer él en 1713. En la oportunidad, ambos, como se acostumbraba en la época, precisaron sus millonarios dotes, expresándole él que además entregaba “por la honra de su linaje, y limpieza y por todas las demás juntas y honestas causas (sic)”<sup>59</sup>.

“La apreciable dote de su esposa y las influencias de su familia, acrecentaron notablemente las empresas comerciales del capitán Larraín y lo llevaron a ocupar un asiento en el Cabildo, que le designó para desempeñar el cargo de Alcalde Ordinario en 1702”, lo que da cuenta de lo encumbrado de los cargos que debió desempeñar en la sociedad colonial de la época.

Y aquí tenemos un momento clave para efectos del territorio de lo que entonces era Ñuñoa: “A fin de arraigar a su yerno en Chile, D. Juan de la Cerda y su esposa Mariana de Hermúa, le hicieron donación, en 1705, de 21 cuerdas de terreno en su chacra de Tobalaba, situada en el pago de Ñuñoa, y le facultaron para que edificase un molino y dispusiese del agua necesaria para su funcionamiento y para el regadío de sus siembras”<sup>60</sup>. Don Santiago Larraín se instala con ello de lleno en los terrenos de Ñuñoa, después La Reina, y desarrolla sus actividades como autoridad local, volviendo a desempeñar un asiento en el Cabildo en 1707 y a la par ejerciendo sus actividades comerciales y, además, con su ganado prestigio, numerosos vecinos le nombran como albacea y tenedor de bienes.

Para efectos de la venta de los productos que recibía del Virreinato (en Perú) dispuso de una tienda en la plaza pública, y por si alguien dudase de la honorabilidad de sus negocios, sus bibliógrafos se apuran en citar una carta dirigida al Rey, por el gobernador de entonces, Francisco Ibáñez de Peralta, que precisa: “En este reino solo hay dos aplicaciones, que es la de mercader, primero y la de estanciero; el que no tiene caudales para poder comerciar, es preciso que se aplique a cultivar la tierra para pasar la vida”.

Designado en el cargo de procurador general de la ciudad en 1709, que ejerció por seis años, le corresponde recibir al nuevo presidente y gobernador de Chile, Juan Andrés de Uztariz, con quien Larraín establece la mejor de las relaciones

y quien después lo nombraría comisario general, otro de sus cargos ejercidos.

En 1711 adquiere una cómoda casa en la calle atravesada de la Compañía (hoy Bandera esquina norponiente de Huérfanos) “donde pudiera solazarse la numerosa prole que aumentaba cada año”. En la portada de la misma luciría el escudo de la familia, hasta que O’Higgins mandó a retirar los escudos de las casas solariegas. La ocuparon por más de un siglo los Larraín y sus descendientes. Tenía, por supuesto, una capilla familiar, donde llegaban sus veintisiete esclavos negros, que compartían trabajo en sus haciendas. Contaba con más de ochenta cuadros, sillas de cuero labrado y una lujosa vajilla, mientras que un gran brasero de plata calentaba la tetera para el mate, bebida predilecta durante la Colonia. Existen algunas fotografías –y físicamente, en poder de sus descendientes– del atril de plata y del precioso bargueño (mueble de madera de origen español, fabricado entre los siglos XVI al XVIII, concebido para escribir o archivar papeles) del lugar.

Y un aspecto relevante para nuestros efectos y la denominación posterior de la comuna de La Reina: el citado atril de plata dice en el borde superior: “Señor don Santiago de *La Rain*, Caballero de la Orden de Santiago, Presidente y Cn. Gl. de Quito”, cuando se mandó a hacer en Quito en 1717. Es decir, ya se estaba, producto de la transmisión y escritura del lenguaje (o por simples errores gramaticales, como sucedía mucho, tratándose de latitudes distintas), transformando *Larraín* en *La Reina*. A ello habrían contribuido también elementos lingüísticos de la lengua vasca, en la que ciertas vocales terminan pareciendo más “La Reina” que “Larraín”. Valga señalar que en euskera el sufijo “-ain” es común en apellidos vascos y que “Larraín” se puede traducir como “Larraintza”.

Pese a su lujosa vida en dicha mansión, la casa ubicada en el centro de Santiago no traería buenas nuevas para don Santiago, ya que a los pocos meses de ocuparla, en ella fallecería su esposa doña Mónica de la Cerda, a fines de 1711, siendo enterrada en la Iglesia de San Agustín, donde después sería también enterrado su esposo. Y pese a que le sobrevivió por

## 1. Los encantos de Ñuñohue



► Boceto del presunto retrato de doña Mónica de la Cerda, esposa de Santiago Larraín y Vicuña (Museo Histórico Nacional).

treinta y siete años más, nunca quiso volver a contraer un compromiso conyugal, precisan sus biógrafos.

Tras estos hechos Larraín adquiere algunas propiedades en la localidad de Malleo y, posteriormente, entra en un litigio de tierras por nada menos que unos terrenos, que después valdrían una fortuna, ubicados en una gran estancia denominada “La Viña del Mar”. Se extendía desde el estero que atraviesa la ciudad de Viña del Mar hasta Reñaca, y desde la costa hasta Quilpué, no obstante, no queda claro que don Santiago haya salido victorioso de su participación en el referido litigio legal. Imaginémonos lo que serían y el valor de esos terrenos hoy en día, con la floreciente Viña del Mar actual. Otro personaje, pero de fines de la Colonia,

que tendría tierras en la actual Quinta Región, en la zona de Concón, como veremos más adelante, sería el general realista Rafael Maroto, ascendiente de quienes construirían después la Casa Maroto de La Reina.

Las preocupaciones de Santiago Larraín y Vicuña eran, con posterioridad, cómo asentar definitivamente su autoridad y abolengo y por ello solicitó al Rey el hábito de la Orden del Apóstol Santiago, que era uno de los honores más importantes de la época. Felipe V firmó en 1711 la documentación respectiva, la que hacía referencia a un riguroso procedimiento sobre el particular, el que consideraba la opinión de testigos que reportaran que no había ejercido “ningún ejercicio vil, mecánico e indecente”, entre otros requisitos, para lo cual había que visitar su villa natal en Aranaz, y hacer seguimiento de la vida de sus antepasados, para constatar, entre otros factores, no haber sido “condenado por la Santa Inquisición, ni haber tenido vinculaciones con moros, judíos ni conversos”.

Una vez superadas todas las exigentes pruebas, el monarca español dio instrucciones para que en Chile se le nombrara caballero y le diesen el hábito e insignia correspondiente (1712). La ceremonia se llevó a cabo con toda la pompa del caso el 10 de octubre de 1713, en la Iglesia de San Agustín, en el centro de Santiago (la misma donde yacen sus restos), con presencia de las más altas autoridades coloniales de la época, miembros de la Real Audiencia, del Cabildo, etc. “Queréis ser caballero”, se le preguntó tres veces y la espada se le colocó en la cabeza y hombros, indicando la frase sacramental “Dios os haga buen caballero y el Apóstol Santiago”.

Poco tiempo antes había fallecido Juan de la Cerda y el devenir le deparaba un prolongado viaje, puesto que había sido nombrado en la presidencia de la Real Audiencia de Quito, que lo mantuvo en esa ciudad por cerca de quince años, aunque en el intertanto sufrió contratiempos, que lo hicieron regresar temporalmente, para con posterioridad retomar sus altas funciones allí. Le acompañaron sus tres hijos mayores: Juan Francisco, Tomás y Santiago, este último de solo ocho años. Rafael y María Josefa quedaron en Chile a cargo de su abuela, doña Mariana de Hermúa.

Una vez de regreso en Chile, el terremoto de julio 1730 afectó grandemente su residencia en el centro de Santiago, amén de que sus propiedades en la chacra de Tobalaba, que pertenecía a su hija María Josefa, perdieron la mayoría de sus edificaciones. Ella ingresa como novicia al Convento del Carmen de San José, donde renunció a sus bienes y “dejó a su padre de universal heredero”.

## **LOS TRASPASOS CLAVES DE PROPIEDAD**

“La chacra de Tobalaba, que por disposición de su hija pasaba a poder de don Santiago de Larraín, había sido heredada por aquella de su abuela Mariana de Hermúa. En sus tierras residieron los indios del cacique Alongománico (Longomavico, según León Echaiz), con que don Pedro de Valdivia había favorecido a sus amigos, los primos Juan Fernández y Jerónimo de Alderete

## 1. Los encantos de Ñuñohue

(8 de febrero de 1546), en recompensa de los buenos servicios que prestaron en la conquista de Chile”<sup>61</sup>.

“Doña Esperanza de Rueda, viuda de Jerónimo de Alderete, heredó de su esposo las tierras de Tobalaba. Después pertenecieron a Martín López de Guérnica y, más tarde, fueron de Hernando de Balmaceda, a quien fueron vendidas en subasta pública, adquiriéndolas en \$600 Pedro de Lisperguer, el fundador de esta familia tristemente famosa, esposo de Águeda Flores, hija de una cacica de Talagante. Nieta de los anteriores, doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, la célebre Quintrala, fue más tarde dueña de esta chacra, que menciona en sus dos testamentos”, se indica.

“Cuando murió la Quintrala esta propiedad fue rematada en \$7000 por el canónigo Juan de Hermúa y Contreras, al mismo tiempo que la hacienda del Ingenio, situada en La Ligua. Posteriormente vendió estas dos propiedades a su primo hermano y cuñado Don Juan de la Cerda y Contreras, suegro de Don Santiago”.

“En las particiones de los bienes de este último (don Santiago), su esposa doña Mariana de Hermúa, solicitó para ella la chacra de Tobalaba, que estaba tasada entonces en todo su contenido en \$36.076, con lo que más tarde mejoró a su nieta”.

“Se recordará que el Licenciado de la Cerda había donado a su yerno una parcela en la chacra referida, de modo que con la herencia de su hija completó D. Santiago de Larraín la propiedad tal como había sido primitivamente deslindada. En sus dilatadas praderas que sombreaban numerosos árboles frutales, pacían quinientas ovejas y otros animales y había diversas plantaciones y una viña nueva. Contaba también este predio con un molino y los respectivos enseres, vasijas y útiles de labranza”<sup>62</sup>, se relata al respecto.

“La casa habitación era holgada y contenía numerosos muebles. Naturalmente, con amos tan fervientes, no podía faltar adoratorio guarnecido con ornamentos y objetos de plata destinados al culto. El altar de la capilla ostentaba un valioso retablo de la Virgen de las Mercedes”.

“La chacra de Tobalaba permaneció siglo y medio en poder de los descendientes de D. Santiago de Larraín que disfrutaban su mayorazgo y se la designaba con el apellido de su dueño o sea la chacra de Larraín o *Lo Larraín*. Este nombre fue paulatinamente alterándose hasta convertirse en “La Reina” con que es hoy conocido este hermoso predio, que ha sido recientemente parcelado”<sup>63</sup>.

Posteriormente, y haciendo gala de su amor por la agricultura, Santiago Larraín adquiere otra hacienda en Cauquenes, porque hay que recordar la ascendencia euskara, que vivió por siglos del cultivo y el rendimiento de la tierra y por lo tanto, su amor por la tierra y la agricultura.

Valga una explicación histórica a la cual se le atribuye una importante separación de las ramas familiares: a su regreso de Quito, D. Santiago hizo venir de Aranaz al hijo mayor de su hermano Francisco, llamado Martín José, que prosperó con su ayuda y se radicó definitivamente aquí, formando su hogar con doña María Josefa de Salas. Los hijos y yernos de este matrimonio tuvieron la más preponderante actuación en la época de la Independencia y, por lo numerosos, fueron motejados con el apodo de la familia de “los ochocientos”.

Tío y sobrino, además de sus descendientes –se precisa–, tuvieron las mejores relaciones, pero los conflictos propios de la Independencia y la divergencia de ideas políticas al respecto “separó radicalmente estas dos ramas, hasta el extremo de desconocer y negar su origen común”. Para nuestros efectos lo relevante es que “a falta de herederos directos, D. Santiago de Larraín llamaba en segundo lugar a suceder en su mayorazgo a los hijos de su hermano Francisco y en tal eventualidad correspondería el usufructo, en primer término, a su sobrino D. Martín José”.

Recordemos que D. Santiago de Larraín y Vicuña, fundador de la familia, se casó en Santiago, el 24 de julio de 1699 con doña Mónica Teresa de la Cerda y Hermúa, y del matrimonio nacieron ocho hijos, según relatan los biógrafos de la familia:

## Los nombres claves de la propiedad de la chacra Tobalaba

Con las anteriores referencias se vislumbran los datos fundamentales de los traspasos de propiedad ocurridos en los territorios de la actual La Reina, que podríamos referenciar en ese entonces como la chacra de Tobalaba, desde la llegada de los españoles hasta Santiago Larraín y Vicuña, cuyos protagonistas son: Juan Fernández y Jerónimo de Alderete; la viuda de este último, Esperanza de Rueda; Martín Gómez de Guérnica; Hernando de Balmaceda, Pedro Lisperguer y su esposa Águeda Flores; su hija Catalina de Los Ríos; Juan de Hermúa y Contreras; Juan de la Cerda y su esposa Mariana de Hermúa; su hija Mónica de la Cerda, y finalmente el esposo de esta última, Santiago Larraín y Vicuña. Solo falta recordar que Águeda Flores, personaje clave del área, era hija de Bartolomé Flores (que, como Alderete, llegó con Pedro de Valdivia) y de la cacica inca de Talagante, de nombre Elvira.



- Juan Francisco de Larraín y Cerda, 1700, que generó descendencia.
- Tomás de Larraín y Cerda, 1703, sacerdote jesuita en Quito.
- María Josefa de Larraín y Cerda, 1706, religiosa del Carmen.
- Santiago de Larraín y Cerda, 1707, sacerdote jesuita en Lima.
- Rafael de Larraín y Cerda, 1708, murió soltero.
- María Bárbara de Larraín y Cerda, 1709, fallecida en la infancia.
- José Nicolás de Larraín y Cerda, 1711, fallecido en la infancia.

Como se observa, en la época no solo había una importante mortalidad infantil, sino que muchos hijos se dedicaban a la vida religiosa, tanto hombres como principalmente mujeres. Con ello se reducía mucho la posibilidad de fundar mayorazgo y de descendencia de la familia, propiamente tal. En este caso solo quedó el mayor, Juan Francisco, para proseguir su estirpe.

La fundación del respectivo mayorazgo, consignó la “prohibición de enajenar en forma alguna la casa solariega de la calle atravesada de la Compañía, que se estimaba con sus mejoras y refacciones en \$20.000; la chacra Tobalaba, tasada en \$23.000 y la estancia de Cauquenes avaluada en \$7.820”. Como vemos, el bien más valorado era la chacra en Tobalaba.

Para el usufructo de su mayorazgo, D. Santiago señala primeramente a su hijo don Juan Francisco, “por el mucho amor que le tengo y porque me ha sido y es obediente y ha procedido y procede a sus obligaciones y confío en él lo continuará en servicio de Dios y del Rey, nuestro Señor y de la causa Pública”. En segundo lugar, llamaba a los hijos y descendientes legítimos de D. Juan Francisco y, en caso que nos los tuviese a los de su hermano Francisco de Larraín y Vicuña.

## 1. Los encantos de Ñuñohue



► Imagen de la Casona Larraín en los altos de Ñuñoa, después La Reina (Fuente: Carlos Larraín de Castro, *la Familia Larraín*, Academia Chilena de Historia, 1982).

“Desembarazado de los afanes del mundo, D. Santiago de Larraín se retiró a vivir apaciblemente, residiendo largos meses en la chacra de Tobalaba, que era el sitio de su predilección. Su ambiente le recordaría, sin duda, las etapas más felices de su vida, sus años de matrimonio y la infancia de sus hijos, el panorama de nuestra maravillosa cordillera, las nieves eternas se transforman a veces en un sueño de luz, que trae las añoranzas de la patria lejana y de su pueblecito de Aranaz, enclavado allá en las risueñas montañas pirenaicas que no volvería a ver”<sup>64</sup>.

Afincado en la chacra Tobalaba algunos años más tarde otorgó su poder para testar a su hijo don Juan Francisco y “en esta oportunidad también manifiesta su sentimiento de abuelo cariñoso haciendo donación de unos esclavos negros a sus nietecitos”. Solamente en seis años, ya octogenario, su salud se deteriora notoriamente.

Después de haber vivido más de 81 años, algo bastante excepcional para la época, el domingo del 26 de febrero de

1748, Don Santiago de Larraín “entregó santamente su alma a Dios”. Así dejó esta tierra este Caballero de la Orden de Santiago, gobernador y presidente de la Real Audiencia de Quito y, quizá lo más relevante, fundador del linaje de la Familia Larraín en Chile.

El 25 de julio de 1948, el obispo de Talca, Manuel Larraín Errázuriz, descendiente de la familia, destacaba en el púlpito de la Iglesia de San Agustín, cuando se conmemoró los dos siglos de su fallecimiento: “Desde las suaves laderas de Tobaraba entonó el poema de belleza del campo chileno, donde el rojo del atardecer cordillerano, se quiebra en el blancor de la nieve andina y el verde esmalte de los prados se pierde hasta confundirse con el oscuro azul del firmamento”.

## **LOS VASCOS GANAN INFLUENCIA**

René León Echaiz refiere sobre esta época: “En 1720 empezaron a llegar a Chile los vascongados, especialmente vizcaínos, quienes como los franceses pesaron también fuertemente en el cuadro de las costumbres santiaguinas. También como aquellos la gran mayoría se radicó en Santiago, dedicados preferentemente al comercio. Por su empuje, por su sobriedad, adquirieron prontamente considerables fortunas y gran influencia social”<sup>65</sup>.

Pesaron en tal forma en el ambiente santiaguino, que bien pronto constituyeron la base más sólida de la clase aristocrática, no solo en la época colonial, sino también después bajo el régimen independiente, se destaca.

La antigua aristocracia castellana, que venía imperando desde los tiempos de la Conquista, fue claramente supeditada por los vascos en la ciudad de Santiago y solo mantuvo su preponderancia en las otras regiones del país, especialmente en las ciudades, aldeas y lugares más apartados, refiere León Echaiz.

## 1. Los encantos de Ñuñoa



► Lápida de la tumba de Santiago Larrain y Vicuña en la Iglesia de San Agustín, en Santiago, junto a su esposa Mónica de la Cerda. Un homenaje realizado en 1948, a doscientos años de su muerte, por los numerosos descendientes de la familia en Chile.

Marqués, que afectó a la chacra Manquehue (1744); el mayorazgo de Larrain, con título de Marqués, que afectó a la propiedad de Tobalaba (La Reina) 1736; y el mayorazgo de Quinta Alegre, con título de Conde, que afectó a la chacra de Quinta Alegre (1798)<sup>66</sup>.

La Constitución Política de 1828 comenzó con el trabajo de abolir los mayorazgos, pero en virtud de sus disposiciones solo se extinguieron los de Lecaros y el que afectaba a los terrenos de La Reina de entonces: el de Larrain (que después intentaron recuperar).

La Constitución de 1833 –que como veremos, se terminó de redactar y firmar en la casa de los Arrieta en la antigua Ñuñoa– mantuvo los mayorazgos, pero dispuso que se dictaría

Precisa que, a diferencia de los inmigrantes franceses, no contribuyeron los vascos a fomentar el género de vida de lujo y ostentación, sino que, por el contrario, sus costumbres austeras, sencillas y de trabajo. “No se conocen refinamientos introducidos por ellos, ni en las habitaciones, los amoblados, ni las vestimentas. Solo la reja vizcaína que desde entonces empezó a ser ornamento casi obligado de las casas, se debe a su influencia”.

Valga decir que solo había cuatro mayorazgos en el sector de Ñuñoa antigua, unidos a títulos de Castilla (en el caso Larrain, de Marqués): el de Sierra Bella, con el título de Conde, que afectó a la Hacienda de Las Condes (1693 y 1716); el de Montepío (Familia Aguirre), también con título de

una ley sobre exvinculación de propiedades. Así nacieron las leyes que vinieron a poner fin a esa institución. Nótese que los Egaña, que fueron connotados protagonistas de la redacción de estas leyes, tenían también intereses relevantes en materia de propiedades, porque como veremos más adelante, ellos mantuvieron la llamada Hacienda de Peñalolén, colindante con lo que hoy es La Reina y de hecho, en el límite superior, al borde de la cordillera levantaron su famosa Quinta de las Delicias, que después pasaría a ser el Parque Arrieta.

Así fue como una de las familias más influyentes de la política y la economía nacional –los Larraín– se vinculó a este territorio del sector oriente de Santiago y como los reininos de hoy caminamos por la amplia Avenida Larraín, ahora denominada en otro tramo Fernando Castillo Velasco, muchas veces sin saber que se trata de una tierra de condes y marqueses.

## 1. Los encantos de Ñuñohue

### NOTAS

- 1 René León Echaiz, *Ñuñohue*, Buenos Aires-Santiago, Editorial Francisco de Aguirre, 1972.
- 2 Para profundizar en el tema, ver José Bengoa, *Historia de los antiguos Mapuches del Sur. Desde antes de la llegada de los españoles hasta las paces de Quilín*, Catalonia, 2007.
- 3 *Ñuñoa, Identidad y Memoria*, Ediciones Casa de Todos de Ñuñoa, 1992.
- 4 René León Echaiz, *Ibíd.*, p. 5.
- 5 Fernanda Falabella, Mauricio Uribe, Lorena Sanhueza, Carlos Aldunate y Jorge Hidalgo (editores), *Prehistoria en Chile, desde sus primeros habitantes hasta los incas*, Editorial Universitaria, Sociedad Chilena de Arqueología, 2019, p. 529.
- 6 Thomas W., C., Benavente A., M. A., & Durán M., A. (1980). Análisis crítico comparativo del cementerio Parque La Quintrala, La Reina. *Revista Chilena De Antropología*, (3). Recuperado a partir de <https://revistadeantropologia.uchile.cl/index.php/RCA/article/view/17717>, julio 2024.
- 7 Fernanda Falabella, Mauricio Uribe, Lorena Sanhueza, Carlos Aldunate y Jorge Hidalgo (editores), *Prehistoria en Chile, desde sus primeros habitantes hasta los incas*, Editorial Universitaria, Sociedad Chilena de Arqueología, 2019, p. 555.
- 8 *Ibíd.*, p. 556
- 9 *Ibíd.*, p. 556
- 10 *Ibíd.*, p. 557
- 11 Grete Mostny, *Un cementerio incásico en Chile Central*, 1947.
- 12 *Ibíd.*, p.2
- 13 Rubén Stehberg, *El Tawantinsuyu en el área de Apoquindo*, 2021 y entrevista personal.
- 14 Rubén Stehberg, Carolina Gatica, Fernanda Torrijos, *Habitantes del Mapocho sacralizan Quebrada de Ramón durante el Periodo Tawantinsuyu*, 2018.
- 15 Rubén Stehberg, Gonzalo Osorio y Juan Carlos Cerda, “Mapocho Incaico Central: Distritos prehispánicos de irrigación, publicación ocasional Museo Nacional de Historia Natural”, N°71, 2021.
- 16 Stehberg, R. y Sotomayor, G. *Mapocho Incaico*, en *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, Boletín 61, 2012, p. 137.
- 17 *Mensuras de Ginés de Lillo*, edición 1941, citado por René León Echaiz en *Ñuñohue*, documento que da base a prácticamente todas las investigaciones sobre propiedad de la época, siglos XVI y XVII.
- 18 *Diario La Tercera*, “ESE premia a la sexta generación de los Cousiño en los negocios”, 30 de octubre de 2013.
- 19 Gonzalo Piwonka, *Las Aguas de Santiago de Chile*, Tomo 1, 1541 a 1741, Editorial Universitaria, 1999.
- 20 Gonzalo Piwonka, *Ibíd.*, p. 113.
- 21 René León Echaiz, *Ibíd.*, p. 50.

- 22 Gonzalo Piwonka, *Ibíd.*, p. 121.
- 23 Rubén Stehberg, *El Tawantinsuyu en el área de Apoquindo*. Dirección de Desarrollo Comunitario. Municipalidad de Las Condes, 2021, p. 7.
- 24 *Ibíd.*, p. 8
- 25 Greve. E. *Historia de la Ingeniería en Chile*. Tomo I. p. 313. Citado por Jorge Von Bennowitz B. *Historia de los servicios de agua potable y alcantarillado de Santiago de Chile, 1959*, Seminario (arquitecto). Universidad de Chile, p.30.
- 26 J.M. Gillis, *US Naval Astronomical Expedition to the Southern Hemisphere, 1854*, p. 196.
- 27 Gonzalo Piwonka, *Las Aguas de Santiago de Chile*, Tomo 1, 1541 a 1741, Editorial Universitaria, 1999, p. 104.
- 28 *Ibíd.*, p. 114.
- 29 *Ibíd.*, p. 255.
- 30 *Ibíd.*, p. 328.
- 31 Jorge Von Bennowitz B. (1959) *Historia de los servicios de agua potable y alcantarillado de Santiago de Chile*. Seminario (arquitecto)-Universidad de Chile.
- 32 *Ibíd.*, pp. 49-51
- 33 Horacio Mery (nn), *Mejoramiento del Agua Potable de La Reina*.
- 34 Jorge Calvo Mackenna, “Juicio crítico sobre las obras de agua potable de Santiago”. *Anales del Instituto de Ingenieros de Chile*, 1901, p. 544.
- 35 René León Echaiz, *Ibíd.*, p. 45.
- 36 *Ibíd.*, p. 45
- 37 *Ibíd.*, p. 46
- 38 Benjamín Vicuña Mackenna, “Los Lisperguer y La Quintrala”, imprenta de *El Mercurio*, Valparaíso, 1877.
- 39 <http://www.memoriachilena.cl/> consultado en mayo de 2015.
- 40 Benjamín Vicuña Mackenna, *Ibíd.*, p. 136.
- 41 *Ibíd.*, p. 142, notas.
- 42 <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-97333.html> consultado en mayo de 2015.
- 43 Benjamín Vicuña Mackenna, *Ibíd.*, p. 146.
- 44 *Ibíd.*, p. 238.
- 45 *Ibíd.*, p. 152 y 153.
- 46 René León Echaiz, *Ibíd.*, p. 84.
- 47 [www.genealog.cl](http://www.genealog.cl), que cita, a su vez, una cantidad importante de otras referencias históricas, consultado en mayo 2015.
- 48 *Ibíd.*
- 49 René León Echaiz, *Ibíd.*, p. 85.

## 1. Los encantos de Ñuñohue

- 50 Domingo Amunátegui Solar, *Sociedad Chilena del Siglo VIII, Mayorazgos y Títulos de Castilla, Memoria Histórica* presentada a la Universidad de Chile, 1879, p. 426.
- 51 *Ibíd.*, p. 84.
- 52 *Ibíd.*
- 53 *Ibíd.*, p. 85.
- 54 René León Echaiz, *Ibíd.*, p. 85.
- 55 *Ibíd.*
- 56 *Ibíd.*
- 57 *Ibíd.*
- 58 Carlos Larraín de Castro, *La familia Larraín*, Academia Chilena de Historia, 1982, capítulo VIII, p. 87.
- 59 *Escribanos de Santiago*, vol. 405, foja 253, donde se enumeran los bienes y créditos otorgados por Larraín. Citado en: Carlos Larraín de Castro, *La familia Larraín*, Academia Chilena de Historia, 1982.
- 60 *Escribanos de Santiago*, vol. 443, fojas 353.
- 61 Carlos Larraín de Castro, *La familia Larraín*, Academia Chilena de Historia, 1982, vol. VIII, p. 111.
- 62 *Ibíd.*, p. 112.
- 63 *Ibíd.*
- 64 *Ibíd.*, p. 116.
- 65 René León Echaiz, *Historia de Santiago*, 1975, p. 231.
- 66 René León Echaiz, *Ñuñohue*, 1972, p. 93.

## 2.

# PATRIMONIOS, LOS EGAÑA Y LOS ARRIETA

Como señalábamos con anterioridad, cuando uno se detiene a observar qué nos queda de los tiempos de las familias Larraín, Egaña y Arrieta, por no citar años más pretéritos, en el territorio de la antigua Ñuñoa, hoy La Reina, no es mucho lo que podemos observar. Solo algunas casas patronales de los antiguos fundos que poblaban el territorio de la actual Ñuñoa, la Reina y cercanías de lo que hoy es Peñalolén, son los mudos testigos de esos tiempos. No obstante, aún nos queda la quinta de los Arrieta, al final de lo que hoy es Avenida Arrieta, y lo que es la aún vigente Fundación Arrieta, estadio José Arrieta para ser más precisos, con su club de fútbol Arrieta-Guindos, fundado el 15 de agosto de 1915. Se da el caso que la Casa Parque de los Arrieta, que hoy es propiedad de los dueños de la Universidad SEK y colegios del grupo, pertenece a la comuna de Peñalolén, mientras que la antigua Fundación, estadio y Teatro-Circo Peñalolén, están ubicados en La Reina, por estar situados al oriente de Av. Arrieta.

Dado que los Arrieta compraron la casa a los Egaña en Peñalolén, eso es lo que nos queda también de la rica herencia de los Egaña en el sector. Ello sin contar los árboles y especies vegetales que trajo Mariano Egaña de Europa y que aún se visualizan –como enormes testigos vivos y naturales– en algunos sectores de la comuna. La Plaza Egaña, por ejemplo, en sus orígenes, como veremos más adelante, buscaba ser un parque

de especies forestales foráneas, aunque siempre fue un centro neurálgico del transporte público que llegaba a estas tierras.

Con bastante probabilidad, la infraestructura de lo que fue la Casona del Cabildo, hoy Casona Nemesio Antúnez, por su estilo arquitectónico y especialmente por su ubicación “panorámica” sobre el canal San Carlos, en la esquina de Av. Ossandón con Larraín (ahora Av. Fernando Castillo Velasco) e incluso el actual Centro Cultural Vicente Bianchi, en calle Santa Rita, pueden haber sido lugares, espacios o hitos de ascendencia patrimonial<sup>1</sup>, aunque se desconocen mayores detalles de su data de construcción y la función que cumplieron en años pretéritos.

Saliéndonos un poco del territorio que hoy conforma La Reina, al borde de nuestra vecina Peñalolén, encontramos lo poco que nos queda de la Villa Grimaldi, mucho antes por cierto que se convirtiera en un centro de tormentos durante la dictadura del general Pinochet. Muy poco queda de las hermosas estructuras de ese entonces, salvo algunos sectores, parte de la entrada y la piscina, porque entre el paso de los años y las acuciosas labores de ocultamiento de lo allí ocurrido, lo que queda hoy es solo una sombra del original.

En lo que hoy es Ñuñoa, por otra parte, encontramos la casa patronal de lo que era la antigua chacra San Nicolás, donde funciona actualmente la Casa de la Cultura de Ñuñoa, que era cabeza de un enorme fundo que partía desde allí hacia el sur, comprendiendo lo que hoy es también el actual Parque Juan XXIII, la hermosa construcción de jardines que cruza varias calles de esa comuna. Más allá tendríamos lo que actualmente es el sector de Santa Julia. Y al oriente también son testigos de esos tiempos los amplios viñedos cercanos a Macul. Recordemos que Santiago se levantó y se fue dividiendo después de norte a sur, desde el Mapocho hacia el Maipo. Aún hay en Las Condes, por ejemplo, grandes casonas como la que se ubica en Avenida Las Condes 11.956, frente al Estadio Las Condes, con

árboles centenarios y caballerizas, que se ubica justamente a las orillas del río Mapocho, orientada de norte a sur.

Por otro lado, se da la situación de que lo que hoy son hermosas casas y propiedades (o lo que queda de ellas), antes fueron las rústicas viviendas de quienes ejercían de cuidadores o *llaveros* de estas grandes propiedades agrícolas. Se indica, por ejemplo, que los orígenes de la Villa Grimaldi están en que allí se ubicaba una de las entradas principales al fundo o hacienda de los Egaña y donde vivía la familia del cuidador de esos terrenos, posteriormente adquiridos por los Arrieta. Lo mismo ocurre en el famoso sector que denominaban (*Nueva*) *Los Guindos*, cercano a lo que hoy es Plaza Egaña, en donde la antigua casa de Michoacán, posterior morada de Neruda y su mujer La Hormiguita (Delia del Carril), también era originalmente la rústica casa de campo de la familia que cuidaba esos fundos y territorios.

Más contemporáneamente, hacia principios de 1900, viniéndonos al nororiente de lo que hoy es La Reina, encontramos la Casa Maroto, poseedora también de una rica tradición y que afortunadamente aún se conserva en bastante buen estado —no obstante un ataque de termitas y posterior reconstrucción—, como mudo e impotente testigo ante los templos de nuestra actual modernidad: el enorme *mall* que da la entrada a la comuna.

Como vimos con anterioridad, forman parte también del escaso recurso patrimonial del sector, el Colegio de La Salle y el Convento San Rafael de la Carmelitas Descalzas, que en realidad son bastante posteriores en su llegada a los sectores que después se denominarían Ñuñoa y La Reina. Otro tanto aporta, desde aproximadamente 1940, la Villa Paidahue, donde pasó sus últimos años de vida el presidente Juan Antonio Ríos, en el sector de Álvaro Casanova norte.

Y no hay mucho más que eso como testimonio arquitectónico y patrimonial de esas épocas, al menos a este lado de la ciudad. El caso más complejo es el de lo que queda de la

Fundación Arrieta, específicamente el antiguo Teatro-Circo Peñalolén –centro de una importante actividad recreativa y cultural, a principios del siglo pasado, como veremos más adelante–, un regalo de esa familia a la comunidad, que hoy está casi derruido y ocupado por un local de venta de materiales de construcción.

Y siendo escaso y deteriorado ese patrimonio con mayor razón es prioritaria su conservación. No obstante, desde el punto de vista más sociológico, son patrimonios testigos de una época de profunda segregación social, donde el apoyo a la comunidad eran muchas veces esfuerzos asistencialistas y de beneficencia. Hoy parte de esos terrenos, antes solo poblados por terratenientes –y más antiguamente por condes y marqueses–, son residencia de sectores de clase media y media baja, gracias a la posterior democratización del territorio, uno de cuyos ejemplos más señeros fue el levantamiento, bajo el sistema de autoconstrucción, de la Villa La Reina, que es un verdadero “monumento” a la integración social en Santiago.

Otro tanto haría después Peñalolén, que hoy por hoy tiene una variedad social más heterogénea, posiblemente, que La Reina, entre otros factores por lo que ocurrió con los territorios de Lo Hermida y La Faena, que nacieron de tomas poblacionales.

Por ahora solo adelantemos que al menos tres de los testigos patrimoniales antes citados: la casa de descanso de los Arrieta y su Fundación el espacio patrimonial donde hoy se ubica la Casa de la Cultura de Ñuñoa, y la Casa Maroto fueron, han sido, o serán, objeto de importante actividad cultural. La primera es parte formal del patrimonio histórico, la segunda sirve de albergue a la Casa de la Cultura de Ñuñoa y es también un monumento histórico; y la tercera, la Casa Maroto, será también objeto de actividad cultural en un futuro cercano, según han comprometido los dueños del *mall* que la circunda.

## LOS OTROS PATRIMONIOS

Quienes se dedican a este tipo de seguimientos, critican que los que miramos estas reliquias arquitectónicas tendemos a enfocarnos en los patrimonios materiales, inmobiliarios, en los edificios; y no en los patrimonios inmateriales, de identidad cultural, del lenguaje, etc. Y tienen razón. Quizá, como lo han sostenido algunos historiadores,<sup>2</sup> el principal patrimonio de estos territorios no lo constituyen estos aspectos materiales, sino las características de su gente, y sus organizaciones comunitarias, en tanto han logrado mantener a lo largo de su historia sus principales características y el carácter e identidad local.

También podríamos haber agregado perfectamente, como patrimonio cultural de la comuna, la actual casa Michoacán, de Delia del Carril, bastante más contemporánea, donde vivió junto a Pablo Neruda, que también busca tener una relevante actividad cultural.

Podríamos hablar, mucho más contemporáneamente, de patrimonios culturales no abordados como las casas donde vivió Violeta Parra en la comuna, o aquella donde falleció Pablo de Rokha o la del Premio Cervantes, Nicanor Parra; pero nada de aquello tiene calidad de tal, ni tampoco la comunidad local se la ha atribuido, podríamos decir. Simplemente están allí: algunas muy abiertas a la comunidad, otras legítimamente resguardadas por sus familias. Simplemente, bajo el cuidado y celo familiar, por consciente decisión de sus integrantes.

En las siguientes líneas pasaremos a tratar de reconstruir lo que eran esos patrimonios materiales e inmateriales y las familias que los representaron en estas tierras, mudos testigos —y en otros casos no tan mudos— de esas épocas donde estos territorios tenían muy pocos habitantes, y solo un puñado de familias ricas eran dueñas de grandes extensiones de tierras, que producían frutas y verduras, enviándolas incluso a países vecinos y desarrollaron una práctica de convivencia social basada en la beneficencia y la caridad, sin cuestionamientos de fondo a

la estructura social imperante, pero que aun así, ello nos sirve para reconstruir la historia de un territorio que hoy es espacio de relevante actividad social y cultural y una mucho más heterogénea integración social.

A partir de ese patrimonio histórico, entonces, reconstruiremos en algo la historia de personajes claves de hace más de dos siglos atrás, que también contribuyeron al perfil e identidad de este sector de Santiago, como los Egaña y los Arrieta. Más adelante trataremos, por separado, la vida de personajes como Violeta Parra, Pablo Neruda, Pablo de Rokha y otros, que en una dimensión más contemporánea, sin duda contribuyeron y en algunos casos aún lo hacen, directamente o a través de sus descendientes, o las fundaciones que llevan su nombre, al acervo cultural de lo que hoy es La Reina.

### **LOS EGAÑA Y SU QUINTA DE LAS DELICIAS**

Pasamos de la Colonia de Santiago Larraín y Vicuña y sus contemporáneos a los albores de la Independencia, cuando comienza a gestarse la huella de otra familia fundamental en el sector: los Egaña.

Aunque nació y estudió en Perú (en la época en que dicho país y Chile estaban bajo el mismo dominio español, con el virreinato instalado en Perú) ya en 1791, es decir, a veintisiete años de la Independencia de Chile –considerando esta en 1818–, Juan Egaña Risco llegó a estas tierras y terminó contrayendo matrimonio y graduándose como abogado en la única universidad de prestigio que existía en esos años: la Universidad de San Felipe.

A pesar de haberse criado bajo el dominio español, Egaña, quien llegó a ser redactor de la Constitución de 1823, participó desde el inicio en el proceso de Independencia de Chile. Fue uno de los impulsores del Instituto Nacional y colaboró en la *Aurora de Chile*. Fue también miembro de la Junta de Gobierno de 1813 y, por lo mismo, desterrado a la isla Juan

Fernández, en el periodo de la Reconquista que encabezó el odiado Marcó del Pont. Pagó caro haber apoyado el movimiento independentista, porque estuvo en la isla hasta 1817, junto a su hijo –que después también tendría una destacada participación en los hechos posteriores, Mariano Egaña–, en honor a quien una de las principales calles de La Reina lleva ese nombre.

“¡En este lugar, y postrado de las enfermedades más penosas, he de concluir los últimos días de mi existencia! Yo que jamás hice derramar una lágrima a mis semejantes, y que empleé mis estudios y mis facultades en el alivio de los afligidos, aprisionado en este horroroso peñasco, y rodeado de inmensos mares”<sup>3</sup>, escribe Juan Egaña, desde la isla Juan Fernández a sus hijos Mariano e Isabel Egaña.

Juan Egaña no fue solo un destacado patriota, sino además un afamado escritor que siempre se ligó a la actividad cultural, de hecho, hay analistas que ven en su obra –vinculada a escritos de sus experiencias con los indígenas de la época, entre otros múltiples temas–, los primeros indicios de la ficción chilena. Junto a Camilo Henríquez y Manuel de Salas formaban el llamado “Trío de las Luces”.

Años después de la Independencia, en 1829, publica en Inglaterra el libro *Ocios Filosóficos y Poéticos en la Quinta de las Delicias*, con escritos de ese carácter; y donde la “Quinta de las Delicias” de la que habla es la Hacienda de Peñalolén, que es el sector donde más tarde construiría su afamada Casa Parque y que con posterioridad, su hijo Mariano Egaña, vendería a otros conocidos de estas tierras: José Arrieta y su hijo Luis Arrieta Cañas.

“El primer asalto que sufrí en las vísperas de mi prisión, fue que hallándome en mi *hacienda de campo*, se apareció allí con gente armada un oficial del regimiento de Talavera nombrado Palomo, persiguiendo a toda fuerza a un infeliz para quitarle un brioso caballo que llevaba”<sup>4</sup>, cuenta Juan Egaña haciendo referencia a su “hacienda de campo” o chacara

en lo que entonces era Ñuñoa, cuando contaba las primeras persecuciones que sufrió.

“Amado padre” –le escriben sus hijos desde Santiago–, “habiéndose negado absolutamente a mi madre algún socorro de los víveres que produce nuestra chacara, hoy la han sacado a rematar. Creíamos que la presencia de nuestra miseria compadecería a los postores, y dejarían que la arrendásemos por un precio moderado; pero nos engañamos; no solo la han disputado entre sí hasta un punto que nos arruinaría competirlo, sino que para quitar toda esperanza, nos han dicho que franqueaban adelantado el precio de dos años, y hemos quedado sin ella”<sup>5</sup>.

Y le agrega su familia: “También se han vendido en pública subasta los ganados de V. (sic) a pesar de los recursos que hicimos para que no se vendiesen, sin ser V. juzgado, O siquiera se nos asignasen algunos alimentos: pero todo se ha depreciado; y a más nos han embargado los muebles de nuestra casa. Oficiosamente han ofrecido doscientos pesos porque se presente un postor a nuestra quinta que hay quien la pretenda por ser una propiedad distante, y de puro recreo”<sup>6</sup>.

El origen de los recursos que le permitían una vida más o menos acomodada a los Egaña estaba, entre otros, aparte de sus actividades profesionales como abogado y profesor, en el hecho de que el padre era –como otros grandes políticos de la época– dueño de una mina de plata en el cerro Parral y otras pertenencias en Combarbalá. Aparte de sus propiedades en Peñalolén tenía otras en Melipilla, por donde fue diputado, y en Renca. Como parte de su carrera política, la Primera Junta de Gobierno le encargó nada menos que la redacción del primer proyecto constitucional que fuera promulgado en el naciente Chile independiente.

Pese a las penurias vividas por los Egaña, padre e hijo tendrían una destacadísima intervención en la vida independiente del país. Como vemos –a pocas cuerdas hoy–, mientras Santiago de Larraín y Vicuña –y sus descendientes–, así como los primeros Maroto, fueron hombres conservadores y apegados

al realismo (del Viejo Continente venían), Juan Egaña y su descendencia padecieron increíbles persecuciones y maltratos por apoyar la Independencia.

En 1793 nace Mariano Egaña en Santiago de Chile y muere en 1846, quien fue abogado como su padre, además de ministro de Estado, diplomático y senador. Fue el más conocido por la clase política entre sus siete hermanos. Haciendo honor a su apellido llega a ser el principal redactor de la Constitución de 1833, la misma que –se dice–, terminó de redactar en su Casa Quinta de Peñalolén y que duró prácticamente un siglo, al modificarse solo en 1925.

Tuvo solo una hija, Margarita, de su matrimonio con Rosario Zuazagoitia Astaburuaga. Tras enviudar se casó con una hermana de esta, Carmen, con la cual sí tuvo una gran descendencia. Fue elegido senador, pero no cumplió su periodo porque murió joven, a los 53 años. Después del desastre de Rancagua, Mariano acompañó a su padre en la isla Juan Fernández entre 1814 y 1817, cuando fueron liberados tras la batalla de Chacabuco.

## **LAS PROPIEDADES AGRÍCOLAS DE TOBALABA**

En lo que a las propiedades agrícolas se refiere, hacia el siglo XIX, en el sector Tobalaba estaban constituidas entonces por Larraín (La Reina), vinculadas también a Carmen Ossa de Dávila y que tenía “630 hectáreas regadas, 34 hectáreas de viñas y 470 hectáreas de bosques”<sup>7</sup>. Por otro lado, estaba Tobalaba (Eugenio Ossa, hijo de Gregorio Ossa, el dueño de la chacra San Nicolás, donde se formaría la Plaza Ñuñoa, casado con Julia Lynch Borgoño, unión que generó siete hijos Ossa Lynch) y finalmente, Los Guindos (vinculados a José Arrieta y los hermanos Tocornal Cruchaga). También estaba el sector de Lo Hermida, al poniente de lo que se conocía como Peñalolén, que perteneció en esta época a Guillermo Errázuriz y tenía una extensión 314 hectáreas de terreno.

Nótese cómo comienzan a vincularse aquí apellidos que hoy están en las principales calles de La Reina: Av. Ossa, Av. Egaña, Arrieta, la calle Lynch y por supuesto Larraín, Echeñique y muchas más. También aparece el apellido Borgoño, que se vincularía a un linaje que veremos más adelante, la familia Maroto.

En el caso del sector Peñalolén, desde 1813 esta propiedad pasó a poder de don Juan Egaña, por testamento de su propietaria doña Ana de Vicuña y Garmendia. Posteriormente pasó a su hijo don Mariano Egaña. “Los Egaña formaron en la propiedad un extraordinario y hermoso parque, que en gran parte ha llegado hasta los años actuales, con gran variedad de árboles frutales, plantas y árboles ornamentales, como igualmente con hermosos adornos y esculturas (actual Casa Parque Arrieta). Don Mariano Egaña, mientras permaneció en Europa, se preocupó de enviar desde allá especies vegetales desconocidas en Chile. Personajes ilustres, como don Andrés Bello, visitaban con frecuencia esta propiedad y se dice que este escribió allí la *Oración por Todos*”<sup>8</sup>.

“Ruega por mí, y alcánzame que vea, en esta noche de pavor, el vuelo de un ángel compasivo, que del cielo traiga a mis ojos la perdida luz”<sup>9</sup>, diría Bello, tal vez, en las tranquilas y oscuras noches de Peñalolén alto en 1843.

María Graham, la inglesa –amiga de Lord Cochrane– que recorrió y describió un Chile que buscaba consolidar su Independencia, en tiempos del gobierno de O’Higgins, en su *Diario de mi Residencia en Chile*, que desde Valparaíso se trasladó a Santiago, se refirió así a la zona: “Después de una agradable cabalgata de unas cinco millas al oriente de la ciudad, llegamos a Ñuñoa, pintoresco pueblo, en que reside un obispo y donde pasamos un día delicioso en una chacra, que con este fin se nos había ofrecido. Es un lugar lindísimo, lleno de huertos y jardines y rodeando de sementeras de trigo. El espléndido círculo de montañas que lo rodea, los nevados Andes, hacen resaltar aún más la belleza de los floridos campos de Ñuñoa”<sup>10</sup>.

Más adelante –cuando veamos la vida de un personaje singular del sector, José Arrieta, y después su hijo Luis Arrieta Cañas–, nos adentraremos en los detalles de su influencia en el área y en particular los roles fundamentales en la vida política y cultural del Santiago de ese entonces, que jugaron espacios de política y cultura como la Quinta de Delicias, hoy el Parque Arrieta, además de la Fundación Arrieta, que hizo una importante contribución en el plano de la cultura, la entretención y el deporte, al sector y a la ciudad de Santiago, en general.

Por ahora veamos cómo estos terrenos pasaron a manos de los Egaña, que fueron los anteriores dueños de este sector agrícola, colindante a lo que hoy es La Reina, y artífices de la Casa Parque ubicada todavía al final de la calle José Arrieta, hoy considerada patrimonio histórico.

Como vimos con anterioridad, estas tierras habrían estado vinculadas, en los tiempos de don Pedro de Valdivia, a don Juan Bautista Pastene, aunque hay quienes las relacionan más bien a Juan Dávalos Jofré. No obstante, puede tratarse de distintos sectores dentro de un mismo amplio territorio y este último más bien vinculado al sector más al poniente del mismo. Según se estima, en algún momento del 1600, Tomás Pastene, hijo de Juan Bautista Pastene, adquirió gran parte de estos terrenos. De allí habrían pasado a la familia de Francisco Rodríguez del Manzano y Ovalle como dote matrimonial de María Pastene y Lantadilla. Las famosas Actas de Ginés de Lillo, en la cual se basan los únicos datos disponibles al respecto, incluso dan la fecha: el 5 de mayo de 1603, es decir, hace más de cuatrocientos años.

Posteriormente estas tierras tuvieron que ver con el famoso sacerdote jesuita Alonso de Ovalle, quien fue uno de los tres hijos del matrimonio de Francisco Rodríguez y la ya comentada María Pastene. Luego de la muerte de Francisco Rodríguez, en 1649, la propiedad de lo que hoy conocemos como Peñalolén pasó a su nieto Antonio Ovalle, pero debido a los altos impuestos en 1685 estas pasaron a manos de la Congregación Jesuita, a quien el padre Alonso Ovalle había legado sus

derechos de herencia. En 1686, aún en el ámbito religioso, el Monasterio Santa Clara compra la hacienda y la utiliza hasta 1730, año en que vende las tierras al comerciante español Miguel Antonio de Vicuña.

Al morir este último, su única hija, Ana Vicuña, queda como heredera de la hacienda. Ella enviuda joven y fallece sin descendencia. Pero un paso clave es que deja a su abogado, Juan Egaña, la orden de crear una casa de Ejercicios Espirituales y pagar oraciones y misas en favor de su alma, una práctica que, como vimos, hasta personajes como La Quintrala tenían costumbre de hacer (cuando tenían los recursos pertinentes). Para cumplir con ello, los Egaña mandan a construir una capilla, Nuestra Señora de Loreto, situada en la actual avenida José Arrieta. Esta última existió hasta muy recientemente, pero el terremoto de febrero de 2010 la dañaría a tal punto que sus propietarios decidieron demolerla. Quedaba más o menos al frente a lo que hoy es Villa Grimaldi, una propiedad de la cual hablaremos más adelante.

En 1813, en pleno conflicto independentista, la famosa y disputada Hacienda Peñalolén pasa a manos de nuestro conocido Juan Egaña, quien procede a cercar doce cuadradas y una casa con una avenida para realizar el proyecto de un parque y una casa de descanso para su familia, construyendo en los faldeos precordilleranos un hermoso lugar para disfrutar de la naturaleza campestre, a la que llamaron Quinta de las Delicias. Ese famoso parque, aún existente, es muchas veces ignorado por los propios residentes, siendo posible de visitar previo aviso a sus actuales dueños, el grupo propietario de la Universidad SEK y colegios asociados.

Durante el siglo XIX, el fundo o hacienda de Peñalolén fue un lugar de reunión y descanso de personalidades como Camilo Henríquez, el prolífico director de la *Aurora de Chile*; Manuel de Salas, en cuyo honor un destacado establecimiento educacional de Ñuñoa lleva su nombre; José Miguel de la Barra, exintendente de Santiago; Ignacio Domeyko, estudioso

de la minería chilena; y el primer rector de la Universidad de Chile, Andrés Bello.

Valga señalar que los límites de lo que antes se conocía como hacienda de Peñalolén no coincidían con lo que hoy entendemos como la división entre Peñalolén y La Reina, puesto que el antiguo fundo llegaba por el norte hasta más o menos lo que hoy es calle Blest Gana (hasta Av. Grecia) y no hasta la calle Arrieta como ocurre hoy, la que prácticamente la dividía en dos, subiendo hasta la Quinta de las Delicias.

## **LA QUINTA DE LAS DELICIAS, HOY PARQUE ARRIETA**

Pero ¿cómo llegó a constituirse uno de los patrimonios arquitectónicos más relevantes de Santiago, en los faldeos de la cordillera de Peñalolén? ¿Cómo llegaron allí sus hermosas estatuas y fuentes de agua hechas en Europa? Según relata la propia familia Arrieta, muchos de los hermosos equipamientos del hoy Parque Arrieta fueron saqueados y las hermosas estatuas robadas, no obstante, la estructura general del parque se conserva más o menos según los términos originales, casi dos siglos después.

Los Arrieta conservaron y potenciaron con creces el extraordinario equipamiento y alhajamiento de la Quinta de las Delicias, pero el esfuerzo original correspondió a los Egaña y, concretamente, al hijo, Mariano Egaña. Él, luego de la Independencia y de los terribles años que pasaron con la reconquista española, pasó largas estadías en Europa, en sus labores diplomáticas, oportunidad en la que fue recopilando gran parte del equipamiento que hoy muestra el Parque Arrieta, que en realidad es una sombra de lo que llegó a ser en su momento.

Las famosas cartas que Mariano le escribía a su padre, entre 1824 y 1829, dan cuenta de cómo el hijo de don Juan Egaña aprovechó en parte su cargo diplomático para traer a Chile el increíble alhajamiento de la casa.

“Esta casita de Peñalolén me ha quebrado; pero yo debo cumplir mi palabra de llevarle todos sus adornos; y por otra parte, jamás veo una cosa que me parezca bien o de cualquier modo me interese, sin que al momento no lo tenga a Ud. presente y me llene de deseos de proporcionársela. (...) ¡Cuánto no sería mi gusto si pudiese yo contribuir a que Ud. pasase unos ratos agradables! ¡Qué mejor empleo podrían tener mis esfuerzos y mi dinero! (...) tengo yo para con Ud. una deuda tan grande de oficios de supererogación, que por mucho que yo hiciese, jamás podría pagar dignamente. (...) Vamos a nuestra casita”<sup>11</sup>, dice Mariano a su padre en las misivas fechadas en París entre julio y agosto de 1828.

“Ésta va a ser nuestro lugar de retiro, nuestro recreo, nuestro museo, y a confirmarlo a Ud. en los deseos que ya tenía antes de que lo desterrasen a Peñalolén”<sup>12</sup>, agrega. Incluso, las cartas de Mariano a su padre revelan una cierta preocupación porque los chilenos no fueran a ver algo impropio en tanto alhajamiento de su Casa Quinta –hay que recordar que era funcionario público en ese entonces–, tema que finalmente resulta superado por los hechos y la verdad Mariano trae cajas y cajas desde Europa, a sabiendas que por su rango diplomático no sería sometido a gran revisión en Aduana, ni tendría que pagar mayores impuestos por ello.

En sus cartas Mariano sueña y va construyendo, a medida que adquiere los bienes, cómo va a ser esa “casita” (Casa Quinta) donde, a su regreso a Chile, compartirá alegremente con su padre y hermanas.

### **LA MEJOR LIBRERÍA**

“Tiene la casita primeramente la mejor librería de Chile, una de las mejores que puedan hallarse en América, y que sería muy decente en Europa. En esta parte me he excedido, porque sin poderme contener he comprado muchos más libros de los que me había propuesto comprar. Pasan de 4.000 los volúme-

nes que llevo, y creo que completaremos 6.000 con los que hay en ésa (...) ¡Qué tesoro literario! (...) Nuestra librería excede en gusto, elección y verdadera riqueza literaria a la de los señores Medina, Salas, Rojas, etc, etc.”<sup>13</sup>, señala Mariano.

“¡Qué repuesto para los días que nos restan en la tranquilidad de Peñalolén!”<sup>14</sup>, exclama preparándose para lo que tendrían en su Quinta de las Delicias.

Y sigue, entusiasmado, relatando cómo será su “casita”.

“Esta librería se colocará en dos salones que dispondrá el dueño de la casita. Estos se empapelarán con un papel que contenga varios cuadros y figuras análogas. Los estantes estarán todos cubiertos con cristales y sus llaves. Por todo el derredor irán colocados sobre pequeñas columnas los bustos en mármol de Demóstenes, Cicerón, Virgilio, Homero, Platón, Sócrates, Montesquieu, Buffon, Rousseau, Voltaire y Napoleón. En la testera irá un buró o mesa de escribir grande con sus atriles y sillas al derredor, el pavimento estará alfombrado, y en medio de los salones una araña de bronce”<sup>15</sup>.

“Tiene la casita su museo que será una sala donde colocaremos todos los instrumentos, físicos, ópticos, astronómicos y geográficos en sus estantes con cristales; los mapas, atlas, libros de grabados y pinturas, algunos cuadros, y todo lo que sea curiosidades literarias y científicas”<sup>16</sup>.

“Tiene la casita una imprenta muy bonita y regularmente abundante (que) servirá para las producciones literarias y traducciones, diarios y papeles que queramos publicar”<sup>17</sup>.

“Tiene la casita un gran faro construido en el último y perfeccionado estilo de los puertos de Inglaterra y Francia, su luz se percibe a ocho leguas de distancia. Su destino, es, después, de alumbrar las cercanías de la casita con una luz vivísima, hacer señales a Santiago; a cuyo efecto estableciendo un lenguaje de convención, se avisa lo que se quiere por medio de los

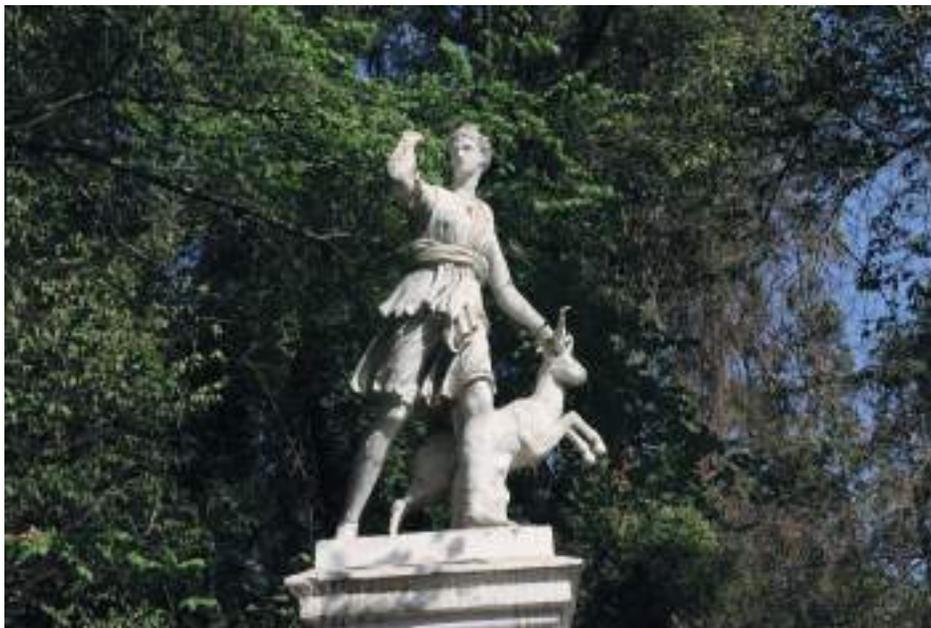
## 2. Patrimonios, los Egaña y los Arrieta

vidrios de diferentes colores que se mudan a voluntad, sin más que tirar desde abajo una cuerda”<sup>18</sup>.

“Tiene la casita para su jardín ocho hermosísimas estatuas de mármol artificial (...) Estas estatuas son el Apolo de Belvedere; la Diana cazadora; la Venus de Médicis; la Hebe de Canova; Flora; Baco; Aristeo, y un Fauno. El Apolo y la Diana son colosales y cosa muy buena, y todas perfectas imitaciones. La Venus y la Hebe son destinadas para fuentes. La primera arrojará el agua por el Delfín que tiene a los pies, y la segunda por el jarro con que hace ademán de verter el néctar. No han alcanzado mis fuerzas para llevar más, principalmente unos hermosos leones que tenía yo vistos para otra fuente; pero he tratado con el Director de la Fábrica el modo con que, si necesito más estatuas de Chile, me las ha de remitir”<sup>19</sup>.

► La Diana cazadora en la casa de campo de los Arrieta en Peñalolén.

Cabe recordar que parte de estas estatuas de las que habla Mariano aún se conservan en el Parque Arrieta o fueron reproducidas en su momento por la propia familia Arrieta y otras fueron tomadas por algunos de los descendientes de



la familia. La famosa Fundación Arrieta (de Av. Egaña con Arrieta), que vendría con posterioridad, a su entrada aún tiene dos leones, pero se desconoce si son originales de los que trajo Mariano Egaña.

Y sigue un entusiasmado Mariano Egaña en sus cartas desde Europa: “Tiene la casita para su jardín también, diez vasos etruscos o grandes floreros de mármol de colores para acompañar las estatuas y situarse a sus lados; obra magnífica y que sentará bien en los jardines de Versalles y Tullerías”<sup>20</sup>.

“Tiene la casita nada menos que doce cosmoramas, y cada uno con tres lienzos o cuadros, es decir, hay cuarenta representaciones de vistas de ciudades, puertos, jardines, palacios, templos, campos, montes, que jurarán Uds. mil veces que están viendo por sus propios ojos los objetos que se representan”<sup>21</sup>.

“Tiene la casita un soberbio billar de caoba, grande y con todo su aparato de arañas, guarda-tacos, reglas del juego, etc., etc. Es alhaja para un sitio real. (Además de) una colección de todos los juegos que aquí se usan para entretenerse en el campo, y entre ellos una mesa que sirve para escribir, jugar baraja, damas, ajedrez, craquete, etc”<sup>22</sup>.

“Tiene la casita un gran cuadrante solar hecho en mármol a la latitud de Peñalolén, otro más pequeño, un reloj de sala y otro despertador. (Así como) dos magníficos cuadros, pintura de mano maestra y que han estado en la exposición del Louvre: uno que representa el amor durmiendo, y otro a dos ninfas. A este se agregará el que Rosales habrá entregado a Ud. que es de mano superior, hecho por el pintor del Duque de Orleans, artífice de nombre, y que también estuvo en la exposición del Louvre”<sup>23</sup>.

“Tiene la casita para su oratorio, o para el lugar donde Ud. quiera colocarla, una hermosísima Virgen de Dolores. (También) muy buenos cuadros grabados y entre ellos dos imitaciones de Tiziano, una representando al Salvador y otra a la Virgen Santísima, la transfiguración de Rafael, la bajada de la Cruz de Rubens, etc, etc”<sup>24</sup>.



► Aspecto del Parque Arrieta, parte trasera, con los leones que inspiraron a los Egaña.

### “QUÉ DIRÁN EN CHILE”

“Tiene la casita una colección de retratos de los personajes más célebres de todo el mundo; y por separado una colección de hombres ilustres de América; y tiene también varios cuadros de grabados de objetos literarios y curiosos, como estados comparativos de las montañas del mundo, de los ríos, de la cronología de los pueblos, de su origen, del sistema del Dr. Gall, etc., etc. Tiene además en esta línea, la casita, una alhaja que estoy seguro que no posee ningún establecimiento ni persona particular de América. Esta es la Galería de Florencia con figuras *avant la lettre*. Qué dirán en Chile cuando sepan que aquí hay obras de que cada volumen cuesta 200 pesos”<sup>25</sup>.

“Tiene la casita una hermosísima mesa de caoba inglesa para comer en número considerable de personas; y su servicio completo de manteles, servilletas, cucharas, tenedores, y cuchillos de todas clases, así como un servicio completo de loza y

cristales para comida, *dessert*, café, té y helados, inclusive tarros de estaño a la parisiense (que no están sujetos a agujerarse como los de lata que se usan en Chile) para helar, y moldes para helados”<sup>26</sup>.

Mariano también le sugería a su padre cómo distribuir las habitaciones e incluso algunas inscripciones en latín que escribiría a la vista en ellas.

“La casita, como Ud. ve, tiene sus principales menesteres y decoraciones, y me prometo pasar en ella en compañía de Ud. ratos muy tranquilos y gustosos. Tengo aquí un considerable repuesto de instrumentos que añadir a los que ya están en ésa, y otras mil pequeñas curiosidades que sería largo enumerar ahora”<sup>27</sup>, destaca Mariano.

► Interior de la actual Casa Parque Arrieta, antes casa de descanso de los Egaña.



## EL ESPERADO EMBARQUE

“A Dios, mi padre muy amado; prepárese Ud. para recibir con mucha ternura a su Mariano”<sup>28</sup>, le escribe a su padre en la medida en que se acerca el momento de volver a Santiago, en Londres, el 18 de marzo de 1829.

Él se preocupó de advertir a su padre la delicadeza con que debía tratarse en Valparaíso tan relevante cargamento y detallando caja por caja, cómo debía cuidarse cada una. Algunas cajas recomendaba enviarlas directamente a la hacienda en Peñalolén.

“Aunque mis cajones no están sujetos a registro en la aduana, según el expreso tenor del decreto del caso (del que remití a Ud. copia la vez pasada), sin embargo si se hace algún registro convendría tener mucho cuidado con tanta porción de pequeñas cositas sueltas que van dentro”<sup>29</sup>, le puntualiza.

“Cuando alrededor de nuestra chimenea de Peñalolén tomando sendos mates y excelente café de Moka estemos todos reunidos en una dulce tranquilidad, como lo espero, recordaremos los males después de pasados para dar gracias a Dios”<sup>30</sup>, le detalla con esperanza a su padre.

A los finos regalos para su madre y sus hermanas, Mariano agrega lo que probablemente era un bien muypreciado en ese entonces: una calesita, “un cochecito de un caballo, muy bonito, para que Dolores lo regale a mi nombre a su nueva hermana y sirva a ellas y a mi madre para los paseos al Tajamar o a la Cañada (...) Es muy hermoso el viajar en ellos por el campo”<sup>31</sup>.

“Es tanto el deseo que tengo de estar con Ud. que casi no puedo escribir una carta a Ud. porque me da una especie de flato, esto es, una irritación en los nervios o una sensación no dolorosa, sino de un placer mezclado con qué sé yo qué, que no me deja quieto, porque me parece que estamos conversando, paseándonos por el jardín de Peñalolén, etc”<sup>32</sup>, le expresa.



► Algunas de las estatuas que aún existen en el Parque Arrieta, donde antes había una laguna artificial.



“Todo el tiempo de mi permanencia en Europa, ha sido el más triste de mi vida, incluso Juan Fernández y el castillo de Valparaíso. Todas estas historias son para contarlas en nuestras tertulias de las Delicias, pasados ya los males”<sup>33</sup>, escribe Mariana a su padre, en Londres el 16 de junio de 1829.

“Cuánta no será mi satisfacción, si como lo espero del favor de Dios, veo que he contribuido a que Ud. pase algunos días contento con los libros, instrumentos, estatuas, muebles, coche y estupenda silla poltrona y demás baratijas que llevo”<sup>34</sup>.

“Como nuestra mansión en las Delicias requiere que tomemos dulces, helados, buen chocolate, café, etc (...) Yo no tomo vino; pero un buen Málaga y un buen Jerez con un café y un chocolate que no se toma en Chile a dos tirones, no nos harán daño después de una excursión por aquellos campos o de un rato de biblioteca”<sup>35</sup>, adelanta Mariano.

E insiste: “Ya Ud. sabe y tiene copia del decreto en que está mandado que mi equipaje, esto es, el de todo Ministro chileno que regresa, no sea registrado ni pague derechos. Lo primero no me importa, porque no va una sola pluma que no sea para mi uso, y aún puede convidarse a que los registren. Lo segundo es lo que importa y en que Ud. ha de insistir si acaso se pone alguna dificultad”<sup>36</sup>.

Así fue cómo se alhajó en forma extraordinaria la Quinta de las Delicias que los Egaña tenían en Peñalolén, en el límite con La Reina, la que aún mantiene la elegancia de aquellos días, aunque su extraordinario equipamiento fue en parte distribuido posteriormente entre los múltiples descendientes de quienes adquirieron con posterioridad la quinta, la familia Arrieta, además de los extravíos y saqueos que sufrió la propiedad.

Pero sigamos desentrañando la historia del lugar. De don Mariano Egaña, este sector del hoy Peñalolén, pasó a su hija doña Margarita Egaña, quien la vendió en 1870 a don José Arrieta Perera, diplomático uruguayo que se radicó en Chile, vinculándose en forma extraordinaria a la vida de Ñuñoa y

cuya huella también toca a la actual La Reina, como veremos más adelante. Transformó las antiguas casas de la propiedad y creó diversas instituciones benéficas, como un teatro popular, sala de conferencias, salones de entretenimientos, escuela, instituciones que fueron posteriormente mantenidas y ampliadas por su hijo Luis Arrieta Cañas.

Si se considera que la propiedad pasó a los Arrieta en 1870 y Mariano terminó de alhajar la quinta cerca del 1830, luego de volver a Chile, querría decir que los Egaña disfrutaron del lugar por unos cuarenta años. Dado que el padre Juan Egaña murió en Santiago en 1836, se infiere que juntos disfrutaron solo unos cinco años de esta y que posteriormente por unos treinta y cinco años perteneció solo a Mariano.

El tema es que de un lugar patrimonial y más bien dedicado —después de muchos padecimientos— al disfrute de la familia, con los Egaña, ya en manos de la familia Arrieta este se convierte en un gravitante centro cultural y de las artes de la capital.

Adelantemos que ya más contemporáneamente, en 1935, el hijo de José Arrieta, Luis Arrieta Cañas —quien antes había comprado parte de los terrenos correspondientes a las quebradas, el parque y la casa— cede parte de sus terrenos de la quebrada para la instalación del colegio Nido de Águilas, destinado a una educación al aire libre. En 1940, en tanto, Luis Arrieta Cañas distribuye sus tierras entre sus once hijos y en, 1954 —cuando ya estaban en la comuna personajes como los Parra Sandoval, partiendo por Nicanor y Violeta Parra—, y ya se habían instalado también Delia del Carril y Pablo Neruda, la casa principal y cinco hectáreas de parque son puestos a la venta.

Desde entonces el hoy Parque Arrieta fue muy descuidado en manos de diferentes propietarios, tanto públicos como privados, perdió a lo largo de esos treinta años gran parte de su equipamiento, fueron robadas sus estatuas hechas en Europa, hasta que a principios de los 90 es declarado Monumento Histórico, tanto lo comprendido por la casona como el parque.

## 2. Patrimonios, los Egaña y los Arrieta

Sin embargo, en esas mismas fechas había sido adquirido por la Universidad SEK, que hoy lleva su administración y cuidado e instaló allí uno de sus campus de estudio y después un colegio del grupo.

► “El Zorro Negro”, uno de los tranvías que recorría el trayecto hacia Ñuñoa y Tobalaba, en 1915. Ese viaje en particular estaba repleto de scouts. Catálogo Fotografía Patrimonial, Museo Histórico Nacional.

Previa autorización de la citada casa de estudios, el famoso Parque Arrieta, que manejara la familia Arrieta y antes la familia Egaña, puede ser visitado hoy en día. En las siguientes líneas veremos qué hizo la familia Arrieta con este precioso patrimonio y quiénes fueron ellos en realidad, como testigos de su época, que proyectaron vivamente ese patrimonio hacia la comunidad, como para que su familia lleve el nombre de la importante Av. José Arrieta.



Si hay un hito que reininos y ñuñoinos tienen como una referencia es la Plaza Egaña. Este lugar fue siempre un espacio de reunión, de alguna actividad comercial y sobre todo un punto urbano ligado a las principales vías de transporte tanto desde el centro de Santiago, a través del Camino de Ñuñoa, que posteriormente sería Irarrázaval, como hacia los terrenos completamente rurales de alrededor.

Fue un centro cívico neurálgico porque entre otras cosas allí Juan Egaña y su hijo Mariano instalaron un parque de especies arbóreas y vegetales foráneas, que venían de los viajes que, en particular este último, hizo a Europa. Con posterioridad llegarían allí los “carros de sangre” que subían por el Camino de Ñuñoa –desde Maestranza (calle Portugal) y Canal San Miguel (10 de julio)–; y más tarde los tranvías eléctricos, refiere León Echaiz.

El 1875 se inician los trabajos para la instalación de la línea 3 del ferrocarril urbano de ese entonces, con carros de sangre, que tendrían como trayecto la Estación Central, Alameda, Vicuña Mackenna, Irarrázaval y Av. Ossa; y concluiría su viaje más al norte, en la esquina de Av. Ossa con Tobalaba. Los días festivos esta línea tenía gran movimiento debido a las numerosas quintas de recreo situadas al final de Av. Ossa, además del gran número de personas que se dirigían a fundos y haciendas del sector. Estas personas hacían combinación con coches de carretas y caballos que esperaban en el terminal para llevarlos a estos lugares. En 1902 los carros de sangre son reemplazados por el tranvía eléctrico.

Esta ligazón a la actividad del transporte público local explica por qué los terrenos colindantes a la plaza fueron adquiridos en 1894 por la Sociedad del Ferrocarril de Sangre de Ñuñoa, siendo traspasados posteriormente a la Sociedad del Ferrocarril Eléctrico de Ñuñoa de propiedad de la Empresa D&A Parrish de Londres y, finalmente en 1899, a la compañía Chilean Electric Tramway and Light Company Ltda. Los terrenos venían del loteo que significó la población Nueva Los Guindos, para diferenciarla de la antigua Los Guindos que estaba al oriente de la Plaza Ñuñoa, todo según las referencias de León Echaiz.

## LA PROFUNDA HUELLA DE LA FAMILIA ARRIETA

Una de las avenidas más importantes de esta comuna, y que marca el límite con el vecino Municipio de Peñalolén, es la Av. José Arrieta, que hace honor a una la familia que, sin duda, dejó una huella imborrable en estas tierras.



► José Casimiro Arrieta Perera, el patriarca de la familia.

Vamos adentrándonos en la vida de esta familia tan ligada al pasado de este sector de Santiago. Su importancia se vislumbra cuando en 1911, a avanzada edad, muere José Arrieta y en su funeral lo despiden desde representantes del gobierno hasta las personas más humildes del país realizando un cortejo fúnebre por las calles de la capital. Dicho cariño fue construido lentamente en toda su estadía en Chile, pues nacido en Uruguay en 1833, llegó a la edad de 11 años a Santiago por instancia de sus padres que buscaban un ambiente más seguro para su familia. Acá fue generosamente acogido por la conocida familia santiaguina de

los Tocornal, apellido de origen español que se nos repite en el territorio. Rápidamente José Arrieta se adaptó a la sociedad chilena, pues con solo 20 años se hizo de diplomas universitarios en el área de las humanidades y las ciencias exactas.

Corría el año 1858 cuando José Arrieta “a los veintiséis años de edad constituyó su hogar en unión de la noble dama chilena doña María Mercedes Cañas. Esta alianza significó que la suerte de Arrieta estaba fijada, en el sentido de su arraigo en el suelo chileno que desde entonces debía tornarse definitivo”<sup>37</sup>. Se formó así una especial familia de cuatro hijos que aportarían al desarrollo cultural y artístico no solo de la ciudad, sino que de todo el país.

La vida pública del patriarca de la familia Arrieta estuvo marcada bajo los conceptos del intelectualismo y el alta moral. Su visión económica comenzó a rendir frutos en 1865 al fundar el Banco Chileno Garantizador de Valores, institución que financió importantes obras públicas y privadas de la época. Así, “su talento de financista halló la fórmula que le iba a permitir vincular el desarrollo de la fortuna privada con el fomento de la riqueza pública, convencido de que esta última no puede ser sino una resultante de la primera”<sup>38</sup>. Según nos relata Santiago Marín Arrieta, bisnieto de José Arrieta, “él tuvo la visión de darse cuenta que, desde el punto de vista financiero, el país por su estabilidad política podía desarrollarse económicamente por sobre el resto de Latinoamérica. Así que se dedicó a organizar empresas y desarrollar la industria”<sup>39</sup>.

La destacada carrera de José Arrieta lo llevó al área de las relaciones diplomáticas, siendo nombrado Cónsul de la República Oriental del Uruguay, posteriormente Ministro Residente, y finalmente Ministro Plenipotenciario ad honorem y ad perpetuam. También fue representante del Principado de Mónaco en Chile y decano del Cuerpo Diplomático por casi veinte años. En varias de estas altas ocupaciones no recibió remuneración alguna, destaca la familia.

La buena fama adquirida provocó que su opinión fuese consultada en las más importantes decisiones del país. Ejemplo de esto fue cuando “su ilustre amigo don Benjamín Vicuña Mackenna, siendo Intendente de Santiago, le designó para integrar una comisión de personalidades que debía determinar acerca de los problemas que afectaban entonces la vida y la cultura de la ciudad, desde su deuda municipal hasta la transformación del cerro Santa Lucía en uno de los paseos más bellos del mundo”<sup>40</sup>.

La larga trayectoria diplomática y financiera de José Arrieta adquirió un elemento diferenciador de otros personajes de la época: su interés por el arte y la difusión cultural. Este especial gusto se aprecia en su Casa-Parque ubicada en los confines

cordilleranos de la avenida que hoy lo homenajea y por la actividad intelectual que allí se desarrolló. También por lo que posteriormente sería el Centro de Entretenimientos Populares José Arrieta, ubicado en las actuales Av. Arrieta con Vespucio, hasta la actual calle Francisco Villagra.

No obstante, los terrenos de los Arrieta en el sector poseen una historia mucho más antigua como vimos anteriormente. Debido a su ubicación estratégica que otorgaba una vista de todo el valle del Mapocho, la existencia de aguas y la calidad del suelo, la zona adquirió rápidamente un gran valor y fue apetecida por los nobles de la época para construir sus casas de reposo y desarrollar actividades agrícolas y ganaderas.

Como se señalaba anteriormente, los terrenos pertenecieron originalmente a los Egaña. Hasta que José Arrieta “en 1869 compró a la señora Egaña de Tocornal, el fundo de Peñalolén que había pertenecido sucesivamente a los Jesuitas, a la señora Ana Josefa Vicuña, a D. Juan y a Don Mariano Egaña”, dice Luis Arrieta Cañas, hijo de José Arrieta, en documentación de la época<sup>41</sup>. Como vemos, los Egaña y los Tocornal se vincularon familiarmente.

### **LUGAR DE ENCUENTRO: EGAÑA Y ARRIETA**

Para entender el proceso que convertiría a la actual Casa Parque en un centro de la cultura nacional, es necesario conocer algunos datos históricos. Por ejemplo, como vimos anteriormente, en 1829 se termina de construir en la zona la Quinta de Las Delicias, un espacio de descanso y recreación adornado por hermosos jardines, piletas y esculturas que imitaban los palacios europeos de la época. Incluso, con la colaboración del hijo de Juan Egaña, don Mariano Egaña, se da vida a una de las bibliotecas más importantes del periodo. Y no solo eso, pues para aumentar el inigualable valor de la hacienda hay quienes afirman “que la Constitución de 1833 se redactó prácticamente en estos terrenos, incluso dicen que se firmó aquí, el mismo



► Laura Tocornal Egaña, con un disfraz. Fotografía patrimonial, Museo Histórico Nacional.

ministro Portales la firmó acá para presentarla al Congreso”<sup>42</sup>. Asimismo, visita ilustre del lugar fue el fundador de la Universidad de Chile, don Andrés Bello, quien veía en la hacienda un lugar donde podía encontrarse con amigos y desconectarse del abrumador ritmo de la vida citadina. Hoy la Constitución de 1833 es mirada como conservadora y aristocrática, fiel reflejo de su tiempo.

Incluso hay una anécdota no muy glamorosa del fundador de la casa de Bello, en la que este habría sido sorprendido por su esposa en brazos de otra mujer, cuestión que por respeto al ilustre caballero solo tocaremos tangencialmente más adelante. Asimismo, el autor del Himno Nacional, Eusebio Lillo, perteneció al selecto grupo de visitantes.

De igual modo, y volviendo al ámbito político, durante la guerra civil del año 91 don José pidió a su hijo Luis Arrieta Cañas que cuidara de varios balmacedistas que se refugiaron en

## 2. Patrimonios, los Egaña y los Arrieta

la casona de Peñalolén, entre ellos Diego Barros Arana y el ministro Pedro Nolasco Gandarillas, quien al recibir la noticia del suicidio del presidente Balmaceda se quitó la vida esa misma noche en la habitación que ocupaba en la Casa Parque Arrieta.

Por último, la casona sirvió “de base para la inspiración de poetas y lucimiento de músicos, lo fue también de artistas pintores; muchos son los que cogieron sus rincones de belleza y entre estos conviene recordar a Alejandro Cicarelli (quien pintó justamente una conocida obra que mira Santiago desde las alturas de Peñalolén) y al paisajista Antuco Smith”<sup>43</sup>.

► Vista de Santiago desde Peñalolén, pintura de Alessandro Cicarelli, visitante de la Casona Arrieta, siglo XIX, que da cuenta de lo campestre del lugar.

Como vimos con anterioridad, el carácter vanguardista y la función de centro social de la élite santiaguina que poseía la Casa Parque se ve reforzada cuando en 1870<sup>44</sup> la propiedad es comprada a Margarita Egaña, hija de don Mariano, por José Arrieta Perera.

La llegada de los Arrieta trajo consigo una serie de significativas transformaciones a la propiedad, “pero conservando el



carácter de residencia de placer y descanso que esta tenía. La remodelación de la casa fue total y se hizo en algún momento posterior a 1875. Acortada en longitud, la planta adquirió forma de 'L' al añadirle un cuerpo lateral, perpendicular al eje de la vivienda; al primer piso se le agregó un segundo nivel<sup>45</sup>. Todo esto se hizo para aumentar el confort y embellecer un inmueble que, como se señaló anteriormente, fue escenario de las más importantes celebraciones y por la que desfilaron reconocidos personajes públicos de la segunda mitad del siglo XIX.

## UN PATRIARCA PREOCUPADO DEL PAÍS

Debido al importante rol de financista y gestor cultural de don José Arrieta, no es extraña la valoración y respeto que generaba su figura entre la élite chilena de la época. El mismo presidente Balmaceda, antes de suicidarse, deja una nota en la que pide expresamente que José Arrieta se hiciera cargo de su funeral.

Santiago Marín Arrieta, bisnieto de don José Arrieta, relata con orgullo que en la última carta de Balmaceda, al momento en que se refugia en la legación argentina antes de suicidarse, “hay un párrafo que dice al final: pidan a Arrieta, que es bueno, el servicio de atender mis funerales”<sup>46</sup>. Agrega que su bisabuelo fue a la primera persona que le avisaron del fallecimiento del presidente e incluso debió llegar allá a retirar los restos y “los escondió en la gruta de la familia nuestra y allí estuvo resguardándolo varios meses para evitar que fueran a profanar el cadáver”<sup>47</sup>, una escabrosa costumbre de la época.

En realidad, hablar de la familia Arrieta, tanto del padre como del hijo, es hablar de la historia de Chile. Entre los ascendientes de la familia están nada menos que los tutores de Bernardo O'Higgins (Juan Albano Pereira y su esposa Bartolina de la Cruz); por el lado de los Marín, está José Gaspar Marín, secretario de la Primera Junta de Gobierno. Hombres muy vinculados a la política nacional, desde una mirada claramente

liberal, que desconfiaba del Estado y los políticos, pero que tenían una perspectiva desarrollista para el país, que coincidía con la mirada de hombres como Balmaceda, apoyando la constitución de una industria nacional. El hijo, Luis Arrieta Cañas, que no era un hombre de negocios como su padre, sino vinculado a la música y las artes, fue uno de los primeros alcaldes de la comuna de Ñuñoa cuando esta incluía lo que hoy es La Reina y Peñalolén (1900-1912). Este último también compartió mucho con Arturo Alessandri, aunque se pelearon cuando los Arrieta consideraron que este había caído en el “populismo”.

Ambos conocieron a Eduardo Castillo Urizar, padre, entre otros, de Eduardo Castillo Velasco (que da nombre a uno de los principales ejes viales de la actual Ñuñoa), quien también fue alcalde de Ñuñoa (1943-1945), y de Fernando Castillo Velasco, que sería por varios periodos alcalde de La Reina. Otro Arrieta, Gonzalo, también fue alcalde de Ñuñoa entre 1939 y 1940. Es decir, se trata de una familia vinculada profundamente a este sector de Santiago.

El patriarca de la familia, José Arrieta Perera, se casa con María Mercedes Cañas Calvo, unión de la que nacen cuatro hijos: Mercedes, Luis, Inés y José Arrieta Cañas. Del hijo más destacado en términos de su ascendencia política, social y cultural y quien tomó el legado de don José, Luis Arrieta Cañas, tras la unión con Rosa Pereira Guerrero, nacieron nada menos que once hijos. De entre ellos, Jimena Leonor Arrieta Pereira se casó con Sergio Marín Correa y tuvieron cuatro hijos, entre ellos don Santiago Marín Arrieta, quien ha sido uno de los principales actores de la familia preocupados de velar por el recuerdo, obra y proyección del apellido Arrieta. Ello junto a su primo hermano, Juan Pablo Arrieta.

Santiago Marín Arrieta es un profesional que se ha dedicado al estudio de la familia, y que además se ha desarrollado por años en el ámbito histórico por haber sido parte de la dirigencia de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, además del Instituto de Conmemoración Histórica de Chile. Además, el año 2014 fue nombrado también integrante del Consejo

de Monumentos Nacionales, en representación de esta última institución. Él no escatima elogios a su bisabuelo a quien describe como “una buena persona” que prosperó y que buscó hacer de esa prosperidad algo de lo que los demás también pudieran beneficiarse. Como señalábamos, participó en la fundación de algunos de los principales bancos del país, uno de ellos el Banco de Valparaíso, financió los primeros hornos de ladrillo de Huachipato y propició la creación de la Empresa Sudamericana de Vapores, porque estaba consciente del potencial marítimo del país. Le preocupaba el nivel de indefensión en que quedaba la gente modesta al llegar a la vejez y, por ende, buscaba la creación de un sistema previsional privado (“El Porvenir de las Familias”, al estilo de las actuales AFP), idea que sus amigos empresarios tildaron de una locura, pero que hoy se ve convertida en realidad.

Otro familiar directo, Juan Pablo Arrieta, es quien ha estado en claros afanes por mantener el legado de la familia e incluso activar la Fundación Arrieta, que como veremos, es pieza clave en el legado de la familia. También se ha mantenido siempre activo en el rescate patrimonial de este y otros hitos en la comuna de La Reina.

“Se decía de él que era una buenísima persona y que llegaba a todo el mundo, incluso cuando murió llamó la atención la cantidad de gente comunista que fue al funeral porque él se preocupaba de varias instituciones de beneficencia, de ayudar a la gente, de crear instituciones financieras para ayudar a la gente modesta”<sup>48</sup>, enfatiza Santiago Marín Arrieta. “Él era muy humano, consideraba que los que han tenido suerte en la vida tenían la obligación de ayudar a los que no, eso casi como un deber moral, a pesar de que no era cristiano, sino ateo”, agrega. Refiere que cuando se creó en Chile la Gran Loggia Masónica –había varias y después se unificaron–, “el primer templo en Santiago que tuvieron fue la casa de mi bisabuelo allá en el centro, que se ubicaba en Agustinas con San Antonio (1865-1872)”<sup>49</sup>. Hay que recordar que los hombres de fortuna de aquella época poseían palacios en el centro de Santiago y además sus “casas de descanso” en el sector precordillerano.

## 2. Patrimonios, los Egaña y los Arrieta



► El Palacio Arrieta en el centro de Santiago, frente al Teatro Municipal, en Agustinas con San Antonio. Allí funcionaron las logias masónicas de Santiago entre 1865 y 1872. Este último año sufrió un incendio, se reconstruyó con posterioridad, y fue finalmente demolido en 1950.

### El percance de don Andrés

No se sabe si es mito o realidad, pero la anécdota es citada. Entre los destacadísimos invitados de la Casa Parque de los Arrieta, estaba como hemos dicho el connotado intelectual Andrés Bello. Ocurrió en una jornada que su mujer, que se suponía saldría a un largo viaje, retornó intempestivamente a la casona, donde él se encontraba –como era su costumbre–, pasando algunos días de descanso.

El problema es que lo habrían encontrado durmiendo con una institutriz de los niños, la que después fue su segunda mujer. Lo divertido fue que su primera mujer le dijo “¡Oh, Andrés, estoy sorprendida!”, entonces él salió de la cama y le dijo –en el tono académico que le caracterizaba–, “¡Mujer, usa bien el lenguaje, el sorprendido soy yo! (...)”. La anécdota, insistimos, se cuenta, pero –en honor al afectado–, no se sabe a ciencia cierta si es verídica.

Para él, “un país con pobres era un país que no crecía”<sup>50</sup>, dice Santiago Marín. Había una tradición de la élite chilena —explica— de prácticas paternalistas que a final ayudó a evitar estallidos sociales, y que además estaba en línea con la postura de la Iglesia Católica que buscaba redimir al los sectores más pudientes mediante la acción social. No obstante, los Arrieta, como grandes liberales, eran profundamente críticos del asistencialismo estatal.

Como decíamos, José Arrieta fue un hombre vinculado a la actividad artística y a las letras, al punto de que aumentó con creces la biblioteca, ya enorme, que habían dejado los Egaña, constituyéndola en una de las más completas del país junto con la Biblioteca Nacional. Esta llegó a tener más de 17.000 volúmenes, en épocas donde no había familia, que se preciara, que no tuviera una cantidad importante de bibliografía. Además, don José escribía poesía y cantaba —con estilo de barítono— acompañado del piano que tocaba su mujer.

Los importantes terrenos de Peñalolén, hoy colindantes con La Reina, eran quinientas “cuadras” —Santiago Marín las cita como quinientas hectáreas— a la redonda. Él establece que si hubiera que ubicar los terrenos en un mapa de calles actuales, se ubicaría más o menos con límites en Av. Egaña por el poniente, más allá de Av. Grecia por el sur; calle Talinay, y más allá (porque parte del terreno del actual Aeródromo de Tobalaba también era del fundo), por el norte y prácticamente el pie de monte por el oriente, donde en definitiva se levantó una refaccionada Casa Parque, antes propiedad de los Egaña.

## **EL CENTRO DE ENTRETENIMIENTOS POPULARES**

Sin embargo, ¿cómo se explica el grado de simpatía y cariño que José Arrieta despertó —según la familia— en las clases populares? Para ello debemos adentrarnos en dos instituciones forjadas y pensadas por don José: el Centro de Entretenimientos Populares José Arrieta y el “Porvenir de las Familias”, esta última una institución del tipo previsional que, para Santiago Marín

Arrieta, es el “antecedente de las actuales AFP”<sup>51</sup>. Se debe hacer referencia que tanto “El Porvenir de las Familias” como el Banco Garantizador de Valores tenían sede en el Palacio de los Arrieta en el centro de Santiago, casi frente al Teatro Municipal.

Dejado hoy en el olvido por parte de los vecinos, el Centro de Entretenimiento y Fundación Arrieta se ubica en la actual intersección de la Av. Arrieta con Américo Vespucio y abarcaba toda la manzana. En sus dependencias se dio vida al “Centro de Entretenimientos Populares José Arrieta”, que consistió en, según una edición de la antigua revista *En viaje*, “un edificio, en el cual funcionaba un teatro-circo; una sala para conferencias; una escuela popular gratuita; una cancha para ejercicios atléticos y un jardín infantil”<sup>52</sup>. Es decir se trataba de toda una infraestructura, un especie de complejo, destinado a actividades deportivas, educativas y culturales<sup>53</sup>.

Un documento sobre el Centro concebido por su padre dejó Luis Arrieta Cañas, donde detalla el funcionamiento e infraestructura de este, como heredero de su funcionamiento. En este precisa que el gran espacio, tipo teatro, ubicado justo en la intersección de Av. Arrieta con Vespucio (destinado en su momento a la venta de materiales de construcción) está concebido como un teatro-circo, porque efectivamente allí se realizaban expresiones artísticas de esa índole “y también espectáculos cultos y morales encaminados a crear en el corazón del pueblo el amor a la práctica de las virtudes cívicas y domésticas y a combatir el hábito de la embriaguez”<sup>54</sup>.

A esto se sumaba una sala de conferencias que llevaba el nombre de Sala Blas Cañas (cuñado de José Arrieta), un departamento en el cual esperaba funcionar una escuela popular gratuita, bajo el nombre de sala María Mercedes Cañas de Arrieta (su señora); un local compuesto por tres grandes salones, “en el cual se instalará un Salón de Temperantes formado por vecinos, artesanos y obreros de la localidad (...) donde encontrarán entretenimientos honestos, lecturas patrióticas, morales y útiles”<sup>55</sup>. Además, una casa habitación para el médico de la comuna y otra a quien regentaría la escuela popular. A esto se

sumaba una extensión de terrenos, donde se ubicaba una “cancha para ejercicios atléticos, entregada a la liga José Arrieta, formada por varios club de foot-ball”<sup>56</sup> y un jardín infantil para los niños de las escuelas públicas.

Al momento de la muerte de José Arrieta, en 1911, solamente se habían construido, en una superficie de 900 metros cuadrados, el edificio del teatro-circo, que tenía una capacidad para 2.500 espectadores y faltaba implementar el jardín infantil y la cancha de ejercicios atléticos, todas obras que tomó a su cargo el hijo Luis Arrieta Cañas.

El teatro ha pasado años en deterioradas condiciones, aunque aún son visibles el nombre de la fundación y las bases de lo que un día fueron dos leones que recuerdan el noble pasado del edificio. Se dice que el delicado diseño de la techumbre de madera es una de sus principales riquezas. Dicho estado del inmueble afecta no solo estéticamente, sino que acierta un duro golpe al valor patrimonial de la comuna, pues oculta a los vecinos la rica historia que hay detrás de la hoy deteriorada infraestructura.

► Aspectos de la deteriorada situación del teatro de la Fundación Arrieta, que aún conserva los leones con que la familia identificaba el lugar, abril 2015.





Asimismo, en la antigua cancha de ejercicios se ubica hoy el Estadio José Arrieta, en el que juega un club deportivo con el mismo nombre de su hijo ilustre: Luis Arrieta Cañas. Con esta información, dicha esquina debiese haberse constituido en un centro patrimonial de la comuna y resulta paradójico que lo que un día fue un espacio para el encuentro y recreación de los vecinos haya servido para vender arena y ripio. Sin embargo, se sabe que la familia ha discutido las posibilidades de retomar de algún modo las actividades de la Fundación, lo que recuperaría ciertamente uno de los pocos hitos patrimoniales que existen en este sector de Santiago.

La Liga José Arrieta de Fútbol, fundada en 1917, pero cuya idea se concibió el 11 de agosto de 1913, en el club Presidente Balmaceda, de Huérfanos 824, por parte de una decena de entusiastas deportistas residentes en la comuna de Ñuñoa, es un hito aparte, del que el espacio de que disponemos en esta publicación no nos permite extendernos. El documento Centro de Entretenimientos Populares “José Arrieta”, de 1921, ya

nombrado en su capítulo referido al tema, abunda en detalles sobre la liga, que partió con siete clubes locales, siendo los fundadores el Primavera Football Club y el Gold Cross Football Club. Los clubes se disputaban una copa denominada Luis Arrieta y once medallas de plata. Se competía a nivel nacional y también internacional, aunque no en una escala como la actual obviamente, y en 1917 la Liga José Arrieta se afilió a la Asociación de Fútbol de Chile.

El club deportivo Arrieta-Guindos, propiamente tal, se considera fundado, como lo recuerda una placa que existía hoy en el lugar, el 15 de agosto de 1915. Santiago Marín estima que es de los primeros clubes deportivos del país, siendo presidente honorario de la Liga Luis Arrieta Cañas. De hecho, clubes como el Santiago Wanderers, con más de 120 años, fueron fundados en 1892, y el popular Colo-Colo, data de fecha posterior, 1925, cuando se le conocía como *Colo Colo Foot Ball Club*.

Sin adquirir la notoriedad de otros equipos, que la tuvo en su momento, sí puede rescatarse que el estadio y espacio deportivo que lo albergó se ha mantenido vigente a través de los años, siendo una cancha de gran actividad hasta nuestros días y que albergó a muchos equipos de barrio del sector, constituyéndose en un gravitante lugar de confluencia social local.



► Una vista desde adentro del Teatro de la Fundación Arrieta, con la salida como fondo. La delicada arquitectura de la techumbre es una de las mayores riquezas del lugar, según la familia, foto de abril 2015.

## 2. Patrimonios, los Egaña y los Arrieta



► Vista del Estadio José Arrieta.



► Placa que fecha en 1915 la constitución del famoso club local Arrieta-Guindos.

José Arrieta Perera y su hijo Luis Arrieta Cañas eran liberales de tomo y lomo –todo unos progresistas para la época, pero conservadores mirados con ojos actuales– y así lo reafirma un documento del hijo, fechado en 1921, donde se explica el sentido de la creación del Centro de Entretenimientos Populares “José Arrieta”.

Se apunta allí que el objeto de este Centro era “combatir los vicios de las clases populares, especialmente la embriaguez y fomentar los sentimientos de amor a la familia, a la propiedad, al ahorro, a la libertad y a la Patria”.

De la Fundación Arrieta “deben mantenerse alejadas todas las discusiones sobre cuestiones políticas y religiosas” –crítica en particular la acción de las federaciones populares (especie de sindicatos) de la época–, dado que su acción es “eminentemente social y moralizadora”.

Luego de detallar los trabajos emprendidos por la Fundación Arrieta para completar la obra que el patriarca de la familia concebía en el Centro de Entretenimientos Populares, Luis Arrieta especifica lo que entiende por Acción Social: “Decimos Acción Social porque creemos que el problema social no es un problema político y que ese problema debe ser resuelto por la sociedad misma”.

Y expone: “La política social, que constituye el atrogantamiento de moda en la actualidad, es un gran peligro, porque, por su naturaleza misma, es inclinada a degenerar en un paternalismo gubernativo, en un tutelaje absorbente y exagerado”.

Luis Arrieta afirma que la extensión del sufragio hizo que los políticos – crítica incluso a Alessandri Palma en su momento– sucumbieran a “halagar las aspiraciones igualitarias de ciertas clases electorales”.

“El tutelaje gubernativo, a que nos conduce fatal e instintivamente la política social, debilita en los individuos el poder de sus facultades de libre determinación y de propia responsabilidad, al mismo tiempo que les hace perder la confianza en su propia iniciativa y en los beneficios de la libertad”, remata.



► **Visita del presidente Arturo Alessandri al Teatro Peñalolén de la Fundación Arrieta. Atrás se visualizaría el entonces coronel Carlos Ibáñez del Campo, quien también llegaría a ser la primera autoridad del país.**

Luis Arrieta Cañas potenció la Fundación, especialmente el Teatro Peñalolén, al que dotó de una importante actividad cultural. De sus viajes a Europa Luis traía las últimas novedades musicales y posteriormente también comenzó a exhibir películas.

En plena Primera Guerra Mundial, para el 18 de septiembre de 1916, en la celebración de las Fiestas Patrias, el Teatro Peñalolén ofrecía a su público, una sinfonía denominada “Movilización Francesa”, además de una obra de teatro, como “grandiosa velada” de celebración patria.

Un momento estelar vivió el Teatro Peñalolén, y por ende la Fundación Arrieta, cuando asiste al Teatro nada menos que el Presidente Arturo Alessandri Palma –se dice acompañado del entonces coronel Carlos Ibáñez del Campo, que sería ministro de Guerra y posteriormente presidente de la República– cerca del año 1920, respondiendo a una invitación del también político liberal Luis Arrieta Cañas.

De hecho, tal como relata Santiago Marín, el hermano de don Arturo, José Pedro Alessandri, cuyo nombre da la denominación a una importante avenida de la comuna de Ñuñoa y Macul, también era uno de los financistas de las actividades de la Fundación.

“Aquí en el fundo se siguió la política de estar preocupado por la gente, por eso crean la Fundación en 1910. Existía de antes como servicios, pero no como fundación, tenía la función de ayudar a la gente del sector de forma gratuita. Tenían matronas, peluqueros, un practicante, un colegio, el teatro para la entretención”, dice al respecto Santiago Marín.

Agrega que Luis Arrieta, “cuando fue alcalde de Ñuñoa, donó los terrenos para la primera posta en la calle Villavicencio, donó la primera ambulancia, y todo lo financiaba por un lado mi familia y los García, de la casa García, que tenían propiedades en Ñuñoa y también José Pedro Alessandri: todos ellos tenían que aportar”. La casa García es una construcción histórica de estilo español, también en Ñuñoa (frente a Juan Moya), que hoy ocupa la Corporación Cultural de ese Municipio y que perteneció hasta 1966 a la familia García, dueños entre otros emprendimientos de la famosa tienda Los Gobelinos.

Aunque padre e hijo crearon la Fundación propiamente tal, que parte legalmente en 1910, fue básicamente el hijo,

**Teatro Peñalolen**

Hoy Lunes 18 de Setiembre de 1966

Grandiosa velada en conmemoración de las  
FIESTAS PATRIAS

Función Gratuita subvencionada por la  
I. Municipalidad

**PROGRAMA**

Escuela  
MOVILIZACION FRANCESA  
De actualidad de la Guerra Europea  
**La Antorcha de la Guerra**  
Drama en 6 partes de actualidad guerrera.

Auto. HOBBYNE en  
**LAS LAGRIMAS DEL PERDON**

Patricio Filippi en 12 actos. Escenas de la vida  
críata sobre la novela de los señores F. Zola y H.  
Leprieux.

Los actores del «Colegio de una Señora» nos  
presentan con las LAGRIMAS DEL PERDON  
una novela de trágica actualidad, la del hijo en  
su juicio de divorcio.

**KRI-KRI Y SUS TRES COMPADRES**  
Muy divertida farsa.

**PRECIOS**

Asiento de Palco \$ 0,80—Galería..... \$ 0,40  
Platos..... 0,20— M. Niños..... 0,20

Luis Arrieta Cañas, quien la desarrolló como tal, pues el patriarca de la familia, don José, murió el año siguiente (1911).

### UN HIJO CON MIRADA ARTÍSTICA

Luis Arrieta, nacido en 1861, estudió en la Universidad de París y Derecho en Santiago, fue un pensador liberal preocupado de la política y de la difusión de las artes, siendo su mayor interés la música. De hecho, se especializó en la interpretación del violín.

Y si abajo, en la Fundación, los Arrieta tenían una línea de trabajo cultural más “popular”, en la Casa Parque se proyectaba una actividad artística más selectiva y de élite.

A la muerte de su padre, Luis Arrieta, quien ya poseía una parte de la hacienda, se traslada definitivamente a ella decidido en convertirla en el centro de la cultura santiaguina. Pues, como señala el Diccionario Histórico y Biográfico de Chile, escrito por Virgilio Figueroa, Luis Arrieta “a pesar de que detenta el título de abogado desde 1886, no se ha dedicado a las controversias forenses: el arte y la literatura lo han retenido en sus redes”<sup>57</sup>.

Para cumplir con su propósito, Luis Arrieta realizó diferentes innovaciones en la infraestructura de la Casa Parque, “en la entrada construyó un monumental portón de muros de ladrillo y reja de hierro, decorados con la representación alegórica de las cuatro musas de las artes. Tras el portón fue elevada una colosal escalinata flanqueada por esculturas que representan la Justicia y la República, seguidas por un conjunto de cráteras (vasijas griegas para mezclar el agua con el vino). El lago, creado por Egaña, que puede verse en antiguas fotografías del lugar, fue sustituido por un estanque circular con un surtidor central, siendo este rodeado por dos caminos que conducían al palacete. El entorno se vio enriquecido por la incorporación de nuevas esculturas. En la parte posterior del parque las transformaciones estuvieron orientadas a un mejor aprovechamiento

en la recogida y conducción de las aguas”<sup>58</sup>. Todas estas innovaciones son posibles de apreciar en la actualidad, no obstante, el visitante debe ir preparado para observar un recuerdo bastante menor de lo que alguna vez fue un magnífico centro cultural.

Luis Arrieta fue precursor de escuelas de artes, autor de diversos artículos de política y música, y quien logró llevar a la Casa Parque a lo más alto de la cúspide cultural chilena, siendo este un escenario vanguardista de múltiples conciertos y producciones artísticas, ya que él “siempre traía lo que se estaba escuchando en Europa.

Aquí en Chile la actividad musical era muy pobre, él mandaba artículos a la prensa para dar a conocer qué es lo que se estaba haciendo allá; y en el año 1889 empezaron a organizar conciertos públicos para presentar música que no se conocía en Chile”<sup>59</sup>, recuerda el nieto Santiago Marín Arrieta. Al mismo tiempo, modernizó la arquitectura del parque y de las casas colindantes, construyendo en la comuna un foco de difusión de cultura y modernidad.

Entre los visitantes destacados de la Casa Parque estuvieron el relevante crítico literario Hernán Díaz Arrieta (Alone, que según dice la familia, no era pariente), el músico y director de orquesta Víctor Tevah, en cantante lírico Ramón Vinay, el destacado escritor Pedro Prado, la pianista Rosita Renard, la escritora Inés Echeverría, el compositor checo Jan Kulelik, el violinista del Imperio ruso, nacionalizado estadounidense, Nathan Milstein, y el filósofo español José Ortega y Gasset.



► Luis Arrieta Cañas, el hijo pródigo y uno de los fundadores del Partido Liberal en Chile.

Era un intelectual que generó polémica con escritos de corte liberal como “Un manuscrito: algo sobre el hombre y otros escritos” (1927), donde rebate los postulados tradicionales sobre la inmortalidad del alma. Asimismo, cuestionó a clásicos de la música como Giuseppe Verdi.

En esta línea, don Luis, con la colaboración de su padre, convencen a algunos especialistas para realizar en Chile los primeros conciertos de música clásica, el primero de los cuales se realizó en 1889 en la Universidad de Chile. Un año después, para las Fiestas Patrias de 1890, este tipo de recitales se comienzan a realizar también en la Casa Parque en Peñalolén. Este tipo de jornadas musicales se extendieron exitosamente por más de cincuenta años, destaca Santiago Marín. De hecho, Luis Arrieta forma la agrupación musical denominada Conjunto Peñalolén, compuesta por músicos del Conservatorio Nacional de Música y donde él tocaba el violín.

Según la familia, una de las primeras vitrolas de música que llegaron a Chile la trajo Luis Arrieta, y algunos discos de música le eran solicitados especialmente por la conocida Radio Chilena.

Asimismo, para continuar el trabajo social de su padre, se hizo patrono del Centro de Entretenimientos Populares “José Arrieta” y mantuvo las actividades que ahí se realizaban a través de las fundaciones Arrieta y Arrieta Cañas, donde incluso “amplió la obra generosa con amor filial, como aconteció con el servicio de carros mortuorios y ambulancia ‘Peñalolén’, que hasta 1913 atendía gratuitamente a los pobres de la comuna”<sup>60</sup>.

De este interés da cuenta Virgilio Figueroa al señalar que Luis Arrieta “se ha dedicado, en la famosa heredad de Peñalolén, a ejecutar las disposiciones hereditarias de su ilustre padre y ha ampliado los propósitos del legatario, ha hecho valiosas construcciones destinadas al recreo, a la moralización y al desarrollo intelectual y cultural de la clase proletaria. Tiene escuela, teatro, canchas de atletismo y una serie de espectáculos gratuitos y moralizadores”<sup>61</sup>.

## LA REDUCCIÓN DEL ANTIGUO FUNDO

La uniformidad del proyecto de los Arrieta empezó a fisurarse al correr la cuarta década del siglo XX, cuando en esos años se inicia el proceso de subdivisión de aquel enorme terreno que alguna vez abarcó una parte importante de este sector de Santiago. La agricultura ya no era un negocio rentable y se empezaron a buscar nuevas formas de darle sustentabilidad económica al terreno, incluso se llegó a arrendar una parte para la construcción de un basural ubicado en Las Parcelas con Tobaraba. Por suerte —dice Santiago Marín—, esta iniciativa no prosperó y se optó por la opción más lógica en la época: vender “paños” de terreno para su urbanización. Con el pasar de los años, la gloria alcanzada por la Casa Parque y la Fundación entra en franco deterioro hacia la mitad del siglo XX, cuando ya dividida entre los once hijos de Luis Arrieta y reducida por la expansión inmobiliaria de la ciudad, ya no fue posible sostener económicamente las actividades. “Cuando muere mi abuelo en 1961, él sostenía todo lo relacionado con la Fundación, entonces ya no había recursos para mantenerla y dejó de tener actividad como tal”, agrega Santiago Marín Arrieta. Pocos años antes del deceso de Luis Arrieta, la antigua casona es comprada por “Domingo Fuenzalida, en 1954, en nueve millones de pesos”<sup>62</sup>. Ahí se inicia un rápido proceso de desmantelamiento del patrimonio material existente, a pesar de que la conocida agrupación musical

Despedida de la Compañía  
de Marionetes Mecánicas  
**DELL'ACQUA**



**Grandioso Programa**  
PRIMERA PARTE  
ESTRENO de la preciosa ópera en tres actos titulada:  
**Embajador a los infiernos**  
Obra del gran autor Arlequin.  
Lujosa presentación de vestuario y virtuosos decoracioneros.

SEGUNDA PARTE  
1.º—Novera.  
2.º—Entrada de la simpática española conocida en un acto  
titulado:  
**Arlequin Peluquero de la Muerte**  
El gracioso Arlequin se afilará al mal lo devorará

**Ultima Funcion**

**Teatro Peñalolen**

**Hoy - Sábado 20 de Mayo - 1922**

**NOCHE O P. M.**

**Colosal Espectáculo de BOX**

Patrocinado por el conocido Centro Boxe-  
ril «Eduardo Castillo»



El Directorio del Centro Boxe-  
ril «Eduardo Castillo» B. C. presenta la noche  
del Sábado 20 del pte. un  
colosal programa boxe-  
il, en donde tomarán parte los  
mejores aficionados de los  
centros afiliados a la Asocia-  
ción de Centros de Box de  
Santiago.

El programa de esta noche  
será financiado por la Asocia-  
ción de Centros de Box y  
por el Jurado de la Ilustr.  
Municipalidad de Santos.

El Programa es el  
siguiente:

- 1.º—Apertura por la banda.
- 2.º—Gran Batlle Royal, pels Americanos  
entre 5 pelearones infértiles de las centros Talman, Ur-  
sua, Levi y Castillo. Premio una medalla de oro y el  
recuerdo.
- 3.º—Match a 3 rounds entre Pedro Alvia y  
Domingo Poidete, ambos del club «Eduardo B. C.»
- 4.º—Match a 5 rounds, entre Desiderio Alfi-  
ro discípulo de P. Maldonado, y Miguel Encina  
discípulo de J. Alvia. Premio medalla de plata.
- 5.º—Presentación de la 1.ª Asociación Real A meri-  
cana en 2 vueltas de pelea y 3 de entrenamiento.
- 6.º—Match de semi-fondo a 5 rounds entre  
Manuel Cruz del «Eduardo Castillo» y Gilberto Ho-  
rrero, del «Garibaldi B. C.» Premio una medalla de  
bronce y recuerdo.
- 7.º—Match de Fondo a 8 rounds, en caso de empate  
de 10 min. por una medalla de oro donada por don  
Miguel MENAIZA, del Centro «Eduardo Castillo» y  
DAVID BRYLA, del Centro «José Tosi B. C.»

Los puntos corresponden a los 2 P. M. en punto y los  
centros estarán a la salida de la industria del Teatrón  
de las 7 de la noche de la pelea.

**Precios**

Alfite ... \$ 3.00 | Plata ... 2.00 | Arfiliteas ... 1.50  
Galera ... 1.00 | Niños ... 0.50

Los Jaivas habita el inmueble en la década del 70 e inclusive proyectos educativos se instalaron en los terrenos<sup>63</sup>. Este proceso perdura hasta 1991, cuando el Estado se preocupa de la paupérrima condición del inmueble y lo declara Monumento Nacional. Ese mismo año la Universidad SEK compra el terreno para instalar una de sus sedes, y posterior colegio del mismo grupo.

En la actualidad, el legado de los Arrieta no está del todo desvinculado de su antiguo fundo, ya que a pesar del constante proceso de subdivisión de tierras aún se conservan en propiedad de la familia pedazos de terreno colindantes a la casona en el que vive precisamente Santiago Marín Arrieta, además de otros integrantes de la familia. A la vez, la hija de Santiago, Jimena Marín, licenciada en conservación y restauración patrimonial, trabaja justamente en el área de patrimonio.

Recorrer hoy la Casa Parque Arrieta es un pequeño, pero interesante, viaje al pasado. Hoy en desuso, las piscinas y canales secos son reflejo de una cierta desconexión del lugar con la comunidad.

Por ello, promisorio es que la familia, o integrantes de esta, hayan estado debatiendo la forma de recuperar el Teatro Fundación, y “la Fundación Arrieta, propiamente tal, ya se encuentra legalmente operativa y estamos en la etapa de proyectos”, indica Santiago Marín. Lo mismo refrenda Juan Pablo Arrieta, su primo hermano, con quien

en conjunto se preocuparon por reactivar las actividades de la Fundación ofreciendo nuevos espectáculos artísticos al público.

A pesar del estado ruinoso en que se encuentra actualmente el Teatro y otras dependencias de la Fundación – producto de años de malas decisiones, falta de recursos y ocupaciones ilegales de estos espacios–, la Fundación Arrieta, a través de su patrono Juan Pablo Arrieta y su primo Santiago Marín Arrieta, han realizado diversas actividades culturales, reviviendo las antiguas “Tertulias” realizadas por su fundador Luis Arrieta Cañas, lo que ha permitido a la institución mantener en parte las actividades que la caracterizaron.

El año 2022 marca un hito en la historia de esta Fundación, pues producto de algunas gestiones realizadas por años y de algunos hechos fortuitos, la familia Arrieta logró recuperar gran parte de los terrenos de la misma, especialmente las instalaciones deportivas, lo que les ha permitido soñar y proyectar en el tiempo un nuevo renacer de la misma.

Nieto directo de Luis Arrieta Cañas, el arquitecto Juan Pablo Arrieta, acompañado por su hijo e hija José Manuel y Candelaria Arrieta del Río y del permanente trabajo histórico de Santiago Marín Arrieta, son los encargados en esta generación y de la próxima de mantener el legado Arrieta en el sector, por lo que han estado trabajando vivamente para la recuperación de los diversos espacios de la Fundación y facilitar estos a la comunidad, tal como lo hicieran antes sus antepasados.

“Llevamos tres años trabajando en esa línea”, dice Juan Pablo Arrieta, quien sueña con la recuperación integral del lugar, incluido el famoso Teatro Fundación. Relata que recientemente,

Teatro Ecuéstre Peñalolen  
 Circo  
 Empresa, Marcial Vargas  
 Director y Representante Carlos Aguirre e.  
 Hoy Domingo Hoy  
 2 Funciones Matinée a las 3: P.M.  
 Para las familias y niños que no puedan venir de noche, con 5.000 confites de regalo  
 Noche grandiosa funcion con nuevo programa sobresaliente y estrenos de nuevos números.  
 Nadie debe faltar a estas 2 funciones  
 PRECIOS REBAJADOS  
 GRAN SORPRESA POR PIPIRIPI  
 Lunes Gran Novedad Ojo Ojo



## **CASA DE CULTURA DE ÑUÑO A: DE LOS GREGORIO OSSA A VÍCTOR JARA**

Si se van escudriñando los lugares patrimoniales de la antigua Ñuñoa, muy cercanos a lo que hoy es La Reina, es imposible no hacer referencia a una casa demasiado singular: la Casa Parque (ese era el concepto, en definitiva) de los Gregorio Ossa en lo que hoy es la Casa de la Cultura de Ñuñoa. En ese sentido, nos iremos al poniente de la actual La Reina, pero solo para efectos de revisar una matriz patrimonial que cruzaba estos territorios desde que eran uno solo en Ñuñoa, además que el apellido Ossa resulta familiar, como sabemos, en La Reina, de hecho, uno de sus hijos Eugenio Ossa, tenía propiedades en el sector y por ello la denominación de Av. Ossa.

Personaje singular era don Luis Gregorio Ossa, porque no solo dejó esta casa para la posteridad, la que algunos trabajos de restauración mediante, aún se mantiene en términos más o menos originales, sino que en realidad tuvo que ver con todo lo que es el sector de la actual Plaza Ñuñoa, la parroquia local y barrios contiguos, porque su visión para otorgar terrenos que resultaron determinantes para ese espacio público han terminado por consagrar lo que con los años sería un espacio comunitario fundamental en este sector de Santiago.

Para ubicarnos en el tiempo, digamos que Mariano Egaña y su padre, Juan Egaña, ya llevaban algunos pocos años en su Casa Parque de Peñalolén, cuando en el año 1859, Luis Gregorio Ossa –hombre que como se acostumbraba en la época tenía su riqueza vinculada a las actividades mineras, agrícolas y financieras– compró la chacra de San Nicolás, ubicada más o menos en lo que se consideraba el centro-poniente de la zona conocida como Ñuñoa, que según se estima fue concedida por el mismísimo Pedro de Valdivia a Juan Jufre, cinco años después de fundar Santiago, en 1546.

Para seguir contextualizando, digamos que solo diez años después de que los Ossa se instalan en el sector de Ñuñoa, en

## 2. Patrimonios, los Egaña y los Arrieta

1870, la heredera de los Egaña, Margarita Egaña, vendió la Casa Parque de Peñalolén al diplomático José Arrieta, con lo que no es aventurado afirmar que ambas casas-parque fueron el centro de importante actividad social en la sociedad chilena que habitaba el Santiago de fines del siglo XIX. Recordemos que personajes como los Egaña, los Arrieta o los Ossa, eran distinguidos santiaguinos que poseían muchos de ellos casa en lo que llamaríamos hoy el “centro de Santiago” –que en ese entonces era bastante pequeño–, y además estas casas “de campo” ubicadas hacia la cordillera, hacia la antigua Ñuñoa.



► Retrato familiar en un paisaje campestre junto a una carreta tirada por bueyes. Aparecen en la fotografía: Eugenio Ossa Ossa, Rosario Ossa Lynch, Eliodoro Matte Gormaz, Recareda Ossa, Julia Ossa, Eugenio Ossa, Carlos Ossa, Blanca Ossa (con guitarra), Patricio Ossa y Julia Lynch de Ossa, Dávila Ossa y José Manuel Borgoño. Fundo propiedad de Don Eugenio R. Ossa Ossa en Apoquindo, Santiago, Región Metropolitana (Fotografía patrimonial, Museo Histórico Nacional). No obstante, podría tratarse de sus terrenos en la antigua Ñuñoa, lo que hoy es La Reina, dadas las propiedades de la familia Ossa en el sector.

Solo un año después de comprar la chacra de San Nicolás, Luis Gregorio Ossa, en 1860, manda a construir la “casa de campo” que se mantiene casi sin variación hacia nuestros días. Dinero para ello tenía, porque era dueño de una fortuna familiar vinculada entre otras cosas a la actividad financiera y el mismo Gregorio Ossa era presidente del Banco Ossa y Compañía, que contaba con sedes en Santiago y Valparaíso, otrora –como se sabe– centro de la actividad comercial del país.

Los estudios arquitectónicos que se han hecho respecto del notable inmueble indican que la que hoy es la Casa de la Cultura de Ñuñoa, en su particular estilo, se distanciaba del diseño rural que caracterizaba a las casas patronales chilenas, al igual como ocurría con el Parque Egaña, después Parque Arrieta. Por ejemplo, la casa que levantaron los Gregorio Ossa tiene toques claramente europeos (ingleses). Sus cinco *bow windows* o ventanas en arco; y el corredor galería tipo veranda, serían elocuente prueba de ello.

Pero veamos cómo llegó Luis Gregorio Ossa a estas tierras y lo que su presencia significó posteriormente para estructuras simbólicas claves de este sector ñuñoino tales como la actual Iglesia de la Plaza Ñuñoa y la plaza misma.

Como relata con viveza René León Echaiz, la Plaza de Ñuñoa se forma a fines del siglo XIX. “Hasta esa fecha la parroquia, ubicada a la orilla de la avenida de Ñuñoa y dándole frente, contó solo con un reducido espacio junto a su templo. Estaba rodeada por propiedades ajenas y en especial, por la chacra llamada *San Gregorio de Ñuñoa*, que pertenecía a don Luis Gregorio Ossa”<sup>64</sup>.

En 1894, cuando recién comenzaba a funcionar el municipio de Ñuñoa, don Luis Gregorio Ossa concibió la idea de formar una población en los alrededores de la Parroquia, “que diera mayor incremento a la descolorida aldea que por ese sector se mantenía”<sup>65</sup>. Inició para este efecto la venta de sitios en su propiedad, al tiempo que al nuevo municipio le ofreció donarle una cuadra de terreno al poniente de la parroquia,

“para que allí se trazara una plaza, bajo la condición de que el Municipio, a su vez, le comprara en el precio de nueve mil pesos, otra cuadra contigua para edificios municipales”<sup>66</sup>. Se comprometía don Luis Gregorio Ossa, además, a proporcionar plantas y un jardinero que las cuidara.

Como vimos también en el caso de los Egaña, la donación de especies arbóreas y vegetales era parte muy relevante de la construcción de espacios privados y públicos, al punto de que Egaña trajo nuevas especies de Europa para plantar en Chile. La misma Plaza Egaña actual nació del original parque de especies arbóreas creado en el sector por Juan Egaña y su hijo Mariano. Se desconoce, en realidad, si las antiguas especies de árboles que hoy se encuentran en el sector de la actual Plaza Ñuñoa habrán sido plantadas en este periodo de fines del siglo XIX, pero ello no sería raro, porque su simple observación da cuenta de que algunas de ellas son claramente centenarias, como algunas palmeras y otras especies. Lo mismo ocurre, por ejemplo, con la plaza Pedro de Valdivia, que también cuenta con centenarios árboles.

Entonces, la municipalidad acordó aceptar la propuesta de Ossa en 1894, “estableciendo que el señor Ossa debía entregar las dos cuadras a principios del año siguiente”<sup>67</sup>. De esta forma pudo construirse, en su momento, la actual Plaza Ñuñoa. Junto con ello Ossa vendió numerosos sitios en los contornos de esta. Claro que se reservó el enorme espacio para su Casa Parque, llena de estatuas clásicas –como la de Egaña-Arrieta–, y con un jardín “trasero” que hoy es admirado y disfrutado por miles de vecinos del sector: el hoy denominado Parque Juan XXIII, un oasis de tranquilidad en medio de la comarca ñuñoina actual. Solo ese parque, lleno de extensos parronales y antiguos árboles, hoy es atravesado por dos calles de intenso tráfico, Dublé Almeyda y Eduardo Castillo Velasco, y remata al final –ya casi en Av. Grecia–, con un teatro, a ras de suelo y concebido estilo anfiteatro griego, que parece ser una estructura más contemporánea.

De hecho, el parque mismo –de 28.870 metros cuadrados y más de 300 metros de largo–, fue rediseñado en 1955 por el arquitecto y paisajista Álvaro Covacevich, y su planteamiento paisajístico buscaba recrear un parque europeo.

Muchas anécdotas han ocurrido en este famoso parque del sector oriente de Santiago, solo una de ellas habla de que en este se grabó la película de finales de los 60 “Morir un poco”. “En ella el protagonista –un obrero municipal– se sumerge en una gran pileta de agua que antes existía en el lugar y donde hoy solo quedan jardines y pasto. El director del film fue Álvaro Covacevich, uno de los creadores de esta área verde ñuñoína”<sup>68</sup>, indican referencias de empresas privadas vinculadas al sector. Sin actores profesionales, la película fue vista por más de 200 mil personas, pero extrañamente sus copias desaparecieron después del golpe Militar.

Pero volvamos a nuestro relato antiguo. En 1910, Luis Gregorio Ossa hijo, quien la había heredado, vende la chacra a José Pedro Alessandri Palma –gran amigo como vimos de José Arrieta–, y la chacra toma el nombre de Santa Julia. Hijo de Pedro Alessandri Vargas y Susana Palma Guzmán, y hermano del expresidente de la República Arturo Alessandri Palma, el nuevo dueño de la chacra ñuñoína tenía justamente como origen de su fortuna la compra, loteo y edificación de extensos terrenos en este sector del Santiago antiguo. Fue un importante contratista de obras públicas de los gobiernos de ese entonces.

En honor a su figura, su nombre lleva la avenida Macul, al ser él quien la abrió y procedió a vender sitios a ambos lados, incluso consiguiendo préstamos para los compradores. Con olfato para los negocios inmobiliarios, a diferencia de su hermano, solo en los últimos años se dedicó a la política. Erigió en el centro de Santiago la Galería Alessandri, lo que le significó grandes ganancias. Se casó con Julia Altamirano Talavera y tuvieron varios hijos.

En 1952, en tanto, la Comunidad Alessandri-Altamirano, heredera de la chacra, parcela la propiedad y dona a la

## 2. Patrimonios, los Egaña y los Arrieta

Municipalidad de Ñuñoa la casa y el parque. Finalmente, en 1953, el 9 de mayo, la Municipalidad inaugura en el edificio la Casa de la Cultura de Ñuñoa, entidad que la mantiene hasta el día de hoy.

► Casa Parque Gregorio Ossa, actual Casa de la Cultura de Ñuñoa.



### **VÍCTOR JARA Y LA INFLUENCIA DE VIOLETA PARRA**

Desde entonces, e incluso antes, la citada infraestructura ha tenido una importante actividad cultural y en ella, por ejemplo, un joven Víctor Jara se desempeñaría en 1963 como director de la Academia de Folklore de la Casa de Cultura de Ñuñoa.

Según relatan las bibliografías de la vida del connotado cantautor, en 1963, Gregorio de la Fuente, en ese entonces director

de la Casa de la Cultura de Ñuñoa, se acercó a él para pedirle que formara una escuela de folklore dentro de esa institución. Con ayuda de Maruja Espinoza, integrante del conocido grupo Cuncumén, Víctor organizó los talleres y enseñó las danzas folklóricas que más le gustaban, mientras Maruja enseñaba la guitarra. “En un par de años un grupo de alumnos numeroso y entusiasta hizo posible la formación de un conjunto de folklore muy animado, del que posteriormente surgieron algunos solistas”<sup>69</sup>, consignan las notas bibliográficas.

“Víctor además animaba a los alumnos a ir al campo los fines de semana para recopilar canciones folklóricas locales, además de hacerlo personalmente cada vez que podía. Con una botella de vino y una guitarra, una sesión de investigación se convertía en un auténtico intercambio de vivencias”<sup>70</sup>. En el año 1968, sin embargo, lo apartaron de la Casa de la Cultura de Ñuñoa por razones políticas, dado el fuerte debate ideológico que se vivía en ese entonces.

Como veremos con posterioridad, Violeta Parra vivía en esos años en La Reina, donde tenía su pequeña casa “de palos”. Víctor la visitaba con mucha frecuencia —lo separaban no demasiadas cuadras entre la Casa de la Cultura en Ñuñoa y la casa de calle Segovia de la famosa folklorista— y pasaba tardes enteras con ella, incluso pernoctando. Violeta se interesaba por su estilo en la guitarra y su manera de cantar. “Lo animó a seguir adelante e incluso concibió la idea de que él y su hijo Ángel tocaran juntos. El proyecto no alcanzó a concretarse, pero Víctor y Ángel se convirtieron en grandes amigos”<sup>71</sup>.

Violeta Parra ejerció gran influencia sobre la creación musical de Víctor. “Ambos compartían además las mismas ideas sobre el papel que debería jugar el folklore en la creación artística”<sup>72</sup>. En otras palabras, Víctor recogía las enseñanzas de Violeta Parra para efectos de la labor de docencia que ejercía en la casona de Ñuñoa.

## EL “VERSALLES DE SANTIAGO Y LA RIVAL DE VIÑA DEL MAR”

Pero volvamos a los tiempos de los Gregorio Ossa. Cita León Echaiz que el periódico *El Adelanto*, en su número de marzo de 1896, refiriéndose al progreso de Ñuñoa y elogiando la labor del municipio –a diferencia de otras publicaciones que se quejaban, por ejemplo, del mal servicio de los “carritos de sangre” que circulaban por el Camino de Ñuñoa y otros problemas– dice en una nota editorial: “Pocas comunas en Chile habrán avanzado tan rápidamente como Ñuñoa, en todos los servicios locales. Si damos una ojeada al pasado, es decir, antes de promulgarse la ley de Comuna Autónoma, vemos a Ñuñoa figurar entre las más obscuras (sic) y olvidadas aldeas de la República. Hoy es una población que va en camino a ser en pocos años el Versailles de Santiago y la rival de Viña del Mar”<sup>73</sup>.

Valga explicitar que, tras la chacra de San Gregorio de Ñuñoa, siguiendo hacia el sur, estaba la antigua hacienda de Macul, dividida ya en varias porciones y en sus proximidades Peñalolén y Lo Hermida. Pequeños núcleos urbanos en Macul y Peñalolén, “ponían un tinte humano en la gran extensión rural”<sup>74</sup>.

La avenida de Ñuñoa o el Camino de Ñuñoa, que después sería Avenida Irarrázaval, “era amplia, sinuosa y polvorienta”<sup>75</sup> y por ella transitaban carretas, carruajes y cabalgaduras y después, varias veces al día, los conocidos carros de sangre que corrían por una pequeña línea férrea. “La Plaza Ñuñoa, cuyos terrenos se habían desprendido de la chacra San Gregorio, era un potrero totalmente rústico y solo en las postrimerías del siglo empezó a aderezarse con plantaciones y arboledas”<sup>76</sup>. Además, la parte norte de la plaza, incluido el edificio consistorial donde hoy se ubica el municipio, fue levantada con bastante posterioridad.



Al término de la avenida de Ñuñoa y tras frondosos árboles que le daban aspecto de alameda, empezaba la antigua y gran hacienda de Tobalaba, “que en una gran proporción recibía el nombre de La Reina y que tenía también sectores parcelados y poblados”<sup>77</sup>.

Y por pasatiempos no se quedaban. En la Villa de Ñuñoa había una banda de música municipal –de allí las instalaciones actuales al respecto–, también un hipódromo, en el cual los domingos se celebraban carreras a la chilena y topeaduras. “En la villa Los Guindos hay una famosa quinta de recreo llamada Quinta Europea, que ofrece juegos de tiro al blanco, canchas de bolas, columpios, almuerzos y refrescos (y en Peñalolén) gracias a la Fundación Arrieta, hay pasatiempos de variada especie”<sup>78</sup>.

La Villa de Ñuñoa, incrementada ahora por la población San Gregorio y con la plaza, estaba prácticamente envuelta por la chacra San Gregorio. Y algo semejante ocurría con la Villa Los Guindos y con los poblados de Peñalolén, Macul y Tobalaba. Aún de marcado carácter rural, ocasiones como

► Vista de Plaza Ñuñoa en 1940, obsérvese cómo la inexistencia de edificios en la época dejaba ver la majestuosa cordillera nevada.

la vendimia eran un “destacado acontecimiento”. Incluso hasta 1915 la zona aparece trazada con caracteres urbanos solo hasta el canal San Carlos. “Más al oriente es en forma absoluta terreno rural”<sup>79</sup>. Posteriormente, Ñuñoa viviría un fuerte aumento demográfico, porque pasó de 7.519 habitantes en 1902 a 62.370 en los años 40; a 125.967 en los 50 y a 201.788 en los años 60.

Como veremos más adelante, fue este lento proceso de urbanización el que atrajo a singulares personajes a estas zonas de Santiago, considerando que la comuna de la Reina se escindió de Ñuñoa a mediados de los 60. Pero ya a principios y mediados de los 40, habían llegado familias como los Parra Sandoval –con Nicanor y Violeta a la cabeza– y Pablo Neruda a su casa de Michoacán, en lo que sería el lento poblamiento de esta zona de Santiago, a diferencia de Ñuñoa, definitivamente pegada a las montañas.

Fue justamente el gran crecimiento de Ñuñoa y lo que esto significaba para muchos vecinos que vivían más al oriente de la comuna, que comenzaron a quejarse severamente de la falta de servicios en el sector, donde por ejemplo había varios sectores convertidos en basurales, lo que comenzó a motivar la carrera “independentista” de La Reina, cuyos vecinos querían decidir por sí mismos y no por una autoridad municipal que percibían distante y copada de muchos otros asuntos. Algo de eso veremos más adelante.

Concluamos con que la Casa Parque de los Gregorio Ossa, con sus notables más de 150 años a costas, ha experimentado varias refracciones y reparaciones para lucir como está hoy día. En 1982 y 1984 la interviene la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica, y la última vez se restaura la actual zona de la biblioteca en el sector oriente. Dado que las obras contemplaban la construcción de un subterráneo, se descubrió en la oportunidad restos de antiguos muros de adobe de la construcción original, que fueron rescatados en el proyecto. El conjunto de obras, tanto las de ese entonces, como las

siguientes, han permitido que este impresionante testigo de la vida de la antigua Ñuñoa aún resista terremotos e inviernos.

Y un punto no menor: a diferencia de la Casa Parque Arrieta –antes Egaña–, este patrimonio histórico tiene hoy libre acceso al público, al punto que alberga la biblioteca municipal y es visitada por cientos, sino miles, de vecinos al año, dado que allí se realizan múltiples actividades culturales, tales como los festivales de teatro de la comuna.

**El transporte en la antigua Ñuñoa**

Los medios de transporte fueron un asunto fundamental para una zona como Ñuñoa, cuyos límites, antes de constituirse La Reina, llegaban hasta las zonas precordilleranas. Primero se trató de carruajes y carretas, después de los famosos “carros de sangre” (1871-1876) que llegaban hasta Avenida Ossa y finalmente, de los tranvías eléctricos desde el 1902.

El ferrocarril de sangre, que recorría un total de 9 kilómetros, tenía como estaciones Santiago (Maestranza), Capilla de Ñuñoa (4 km); Los Guindos (6 km) y Punta de Rieles (Av. Ossa, 9 km), consigna León Echaiz.

Los viajes estaban llenos de anécdotas, porque los pasajeros se quejaban de la lentitud de los caballos (les decían “rocinantes”) y el recorrido era largo y tedioso, con prolongadas paradas en cada una de las estaciones, donde el conductor solía conversar con sus amistades. Su horario era de las 6 de la mañana hasta las 9 de la noche.

En el largo trayecto no faltaba quien se tomaba unas copas de más, produciéndose borracheras y desórdenes y en una oportunidad, por problemas locales, fue apedreado el carro que traía al cura de Ñuñoa, don Ramón Cañón (que ejerció allí entre 1892-1911). Este último era todo un personaje local, porque criticaba fuertemente y desde el púlpito a todos quienes se opusieran a sus ideas de tipo conservador. Una vez calificó de “borrachos” a la policía local, que asistía a la misa, la que debió soportar estoicamente sus descalificaciones. Otras veces cruzaba duros diálogos con la prensa que le cuestionaba sus actuaciones.

## LA ANTIGUA VILLA GRIMALDI

Sin lugar a dudas, al hablar de la Villa Grimaldi el matiz de la conversación gira hacia el recogimiento. Imposible olvidar lo ocurrido allí durante la dictadura cívico militar, lo que nubla la vista del rico pasado del lugar.

Ubicada en Av. Arrieta 8401, la historia de la villa ha pasado por momentos de esplendor y oscuridad, pero más allá de aquello es un patrimonio histórico de este sector de Santiago.

Se trata de una infraestructura de un importante pasado en términos de lugar de convivencia y recreación, cuando no de exquisita elegancia –cuando allí funcionaba su notable restaurant–, donde los visitantes ilustres recibían una pequeña manzana de oro de recuerdo, como ocurrió en una ocasión.

Más adelante comentaremos algo de aquel oscuro pasado por el que el sitio es tristemente conocido, no solo en Chile, sino en el mundo.

A esta altura sabemos que desde el periodo de la conquista española el territorio en el que se emplazan las comunas de Ñuñoa, La Reina y Peñalolén tuvo gran importancia y fue objeto de interés y codicia por los soldados del Viejo Continente. El famoso marino genovés, al servicio de los españoles, capitán Juan Bautista Pastene, fue uno de los primeros dueños del terreno donde se ubica la actual Villa Grimaldi –y de toda esa zona en realidad–, dando inicio a una tradición italiana que acompañaría por largos años a este sector específico<sup>80</sup>.

Durante la época colonial, el sector pertenece a las monjas del Convento Santa Clara, situación que perduró hasta 1730, “fecha en la que la enajenaron a don Miguel Antonio de Vicuña, de quien pasó a poder de doña Ana Vicuña y Garmendia, que la conservó hasta el siglo siguiente”<sup>81</sup>. Esta situación cambió cuando en los primeros años del siglo XIX se consolida la propiedad de la familia Egaña en este extenso fundo que luego, como ya vimos, pasó a las manos de los Arrieta.

Habrá que esperar hasta el inicio del siglo XX para la construcción de la antigua casona central de la villa que, punto no

menor, sirvió como residencia del administrador del antiguo fundo de los Egaña y Arrieta. De hecho, se dice que en Villa Grimaldi se situaba uno de los portones de entrada a los terrenos de la Casa Parque Arrieta.

Avanzando por el siglo XX es necesario recordar que desde los años 40 empezó un proceso de subdivisión de los grandes terrenos que componían el paisaje de La Reina y Peñalolén, y de todas las zonas semirurales, ciertamente. Poco después, más precisamente en la década de 1950, uno de los descendientes de José Arrieta, Iván (Arrieta) vende la casona a Iván Altamirano Orrego. Después de un breve periodo en las manos del señor Altamirano, en 1964 adquiere la propiedad su último dueño civil, el señor Emilio Vassalo Rojas, quien vuelve a darle esa impronta itálica de los primeros años de la Conquista, pues al ser descendiente del italiano Rodolfo Vassalo Grimaldi bautiza la propiedad como “Villa Grimaldi”.

Ciertamente Vassalo Rojas jamás imaginó que el nombre de la villa, puesto a modo de homenaje al país de sus antepasados, sería reconocido como uno de los símbolos más característicos de un periodo oscuro de la historia de Chile. Pues en aquellos años Villa Grimaldi destaca por una belleza admirada por toda la comunidad. De esa época es la piscina central del lugar adornada con hermosos mosaicos que aún son visibles, y también los magníficos jardines y múltiples terrazas de agua que daban a la villa un innegable aspecto de la época victoriana.



► La entrada a la Villa Grimaldi en su aspecto original.

## 2. Patrimonios, los Egaña y los Arrieta

El mismísimo Emilio Vassalo Rojas señala en su libro *Villa Grimaldi. Historia y características de las grandes mansiones*, las propiedades del parque: “La mansión fue concebida con magnificencia y pulcritud. Quienes hayan conocido en Inglaterra las viejas mansiones tienen que estar de acuerdo que las líneas guardan armonía perfecta con el estilo victoriano. Todo está calculado para una vivienda confortable, alegre, cómoda, con ausencia total de lo monótono y vulgar...”<sup>82</sup>.

Esta hermosa infraestructura invitaba, como no podía ser de otra manera, al descanso y la recreación. Quizás fue eso lo que pensó el señor Emilio Vassalo al convertir la casona en el restaurante “Paraíso Villa Grimaldi”, proyecto que a pesar de tener poco éxito económico, en su corta vida sirvió como centro de encuentro “al cual concurrían tanto artistas e intelectuales como altos personeros de la Unidad Popular”<sup>83</sup> (el hermano de Emilio Vassallo fue embajador de Chile en Italia durante el periodo presidencial de Salvador Allende), dando así continuidad a la antigua tradición cultural que caracteriza a las comunas que colindan con la villa.

► La antigua Villa Grimaldi, construida con impronta itálica.



La casona fue construida en el siglo XIX para dar la bienvenida a los visitantes de la antigua Casa Parque Arrieta. En la segunda mitad del siglo XX y tras la subdivisión del fundo se convirtió en un espacio destinado al ocio que reunía a conspicuos personajes políticos y de la intelectualidad de los años 50 y 60. De bella arquitectura campesina, gruesas paredes de barro, techos de tejas y con un amplio corredor que la circundaba, estaba rodeada de un parque con estatuas de mármol de Carrara y una pequeña piscina de azulejos. En su interior había objetos de arte y exquisitas terminaciones, que hacían del lugar un refugio ideal en los faldeos precordilleranos de Santiago.

Existe conciencia entre los seguidores del tema en el sentido de que el último propietario legítimo de la Villa Grimaldi fue Emilio Vassallo Rojas. En su interés por dejar registro del pasado del lugar, don Emilio publicó un pequeño libro en que se muestran fotografías de las esculturas y de la arquitectura colonial que formaba parte del lugar, que según su dueño se asemejaba a una mansión de la época victoriana. Allí existió una discoteca y un restaurante, y se dice, sin confirmación de aquello, que el último dueño entregó la propiedad a los militares a cambio de la seguridad de su hija Victoria Vassallo, quien fue una de las adherentes a la campaña nacional por el Parque por la Paz, en el que se convertiría el lugar con posterioridad.

Como se sabe, la larga y honorable identidad cultural del sector se vio bruscamente alterada con el golpe Militar. Se dice que a los pocos días del 11 de septiembre de 1973 la propiedad en la Av. Arrieta es allanada por las fuerzas de seguridad debido a la relación de la casona con algunos personeros del gobierno de Allende. “Más tarde, su dueño se vio obligado a venderla ante la presión del jefe de la Inteligencia Militar, Manuel Contreras. Entonces empezó a funcionar ahí la Brigada de Inteligencia Militar (BIM) y se instaló el “Cuartel Terranova”, dependiente de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA). Alrededor de mayo 1974 comenzaron a funcionar las brigadas Caupolicán y Purén integradas por diferentes grupos operativos”<sup>84</sup>.

Faltaría espacio para nombrar las atrocidades que se cometieron en la Villa Grimaldi durante este periodo. No obstante, en honor a las víctimas y al rescate patrimonial es preciso mencionar que este cuartel de detención, según todas las investigaciones disponibles, se configuró como uno de los más grandes centros de tortura y por el que pasó la mayor cantidad de detenidos. La importancia de la Villa Grimaldi se ve aumentada cuando se considera que el centro “fue destinado a lo más grande del personal de la DINA y los oficiales que, con posterioridad, alcanzaron la más triste celebridad”<sup>85</sup>. En 1975, como se sabe, por dichas instalaciones pasó como prisionera política Ángela Jeria, esposa del general Alberto Bachelet, junto a Michelle Bachelet, expresidenta de Chile y destacada vecina de La Reina.

El Cuartel Terranova permaneció hasta 1978, después de eso la villa fue abandonada y posteriormente vendida al Servicio Médico Legal, que a su vez usufructa de la propiedad al venderla a una empresa constructora en 1988. “La misma que se encargó de arrasar el lugar antes de abandonarlo, con el propósito, sin duda, de eliminar toda prueba posible, de borrar el pasado, de poner obstáculos a la memoria”<sup>86</sup>. Una serie de publicaciones sobre DD.HH, como por ejemplo, las de la periodista Nancy Guzmán, se han encargado de investigar al respecto<sup>87</sup>.

No obstante, la memoria colectiva es obstinada y con la vuelta de la democracia comenzó un movimiento ciudadano de vecinos y víctimas de violaciones a los DD.HH que buscaba recuperar la propiedad con el objetivo de “rescatarla” y transformar el sitio donde se vivió dolor y sufrimiento, en un monumento a la vida<sup>88</sup>. Deseo que finalmente se vio cumplido el 22 de marzo de 1997 al inaugurarse, en emotiva ceremonia, el Parque por la Paz Villa Grimaldi.

En la actualidad la villa está considerada como Monumento Histórico Nacional, también existe una Fundación que administra la propiedad y realiza continuas actividades ligadas

a la memoria y la cultura. Por último, las puertas del parque están abiertas para la comunidad y, sobre todo, a los colegios que quieran transmitir su legado histórico.

Y, como vemos, no solo es un lugar de pasado trágico, sino que lo fue de alegría y convivencia en un pasado no muy lejano, convirtiéndose también en otro hito patrimonial de esta zona de Santiago.

De hecho, prácticamente frente a la Villa Grimaldi se ubicaba la histórica parroquia Nuestra Señora de Loreto, la misma que Juan Egaña, abogado de los antiguos dueños del sector, la familia Vicuña, mandó a construir para crear una casa de ejercicios espirituales y pagar oraciones y misas a favor del alma de los antiguos propietarios.

► Aspectos de la antigua Villa Grimaldi.





► Acá se observan las estatuas que tenía la villa.

## LA TRISTE FAMA DE LA REINA EN MATERIA DE DERECHOS HUMANOS

*Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos<sup>89</sup>.*

Como hemos visto, la historia de Chile cruza en forma muy relevante estos territorios. Lo hizo cuando llegaron los incas poco antes de los españoles, después con los conquistadores europeos. Lo hizo también causando estragos en familias y tal vez generaciones, en el periodo de la Independencia y también en periodos de la República, como la guerra civil de 1891, que terminó en el suicidio de Balmaceda, de cuyo cuerpo se encargó José Arrieta. Lo hizo en las persecuciones del gobierno de Ibáñez que denunciara férreamente Violeta Parra, y después González Videla con la Hormiguita y Neruda.

También lo hizo, y por espacio de diecisiete años, la dictadura militar que comenzó en septiembre de 1973, los que dejaron una marca especialmente dolorosa en estas tierras. En este sentido, la comuna de La Reina o sus cercanías más directas tienen el amargo privilegio de haber albergado, por ejemplo, dos de los centros de detención y tortura más tristemente famosos de la dictadura del general Pinochet: la Villa Grimaldi, como vimos, y el Cuartel Simón Bolívar.

En realidad, por su carácter estratégico y su visión privilegiada de la ciudad, estas tierras han estado desde tiempos pretéritos ligadas a actividades de tipo militar. Valga señalar que las FFAA. han sido por años propietarias de extensos territorios precordilleranos, los que solo en el último tiempo se han estado devolviendo para uso civil.

Así como se levantó el nuevo Hospital Militar en la comuna (que costó unos US\$90 millones de dólares de la época, con fondos de la Ley Reservada del Cobre), hace muchos más años atrás se instaló en el límite entre La Reina y Peñalolén el Comando de Telecomunicaciones del Ejército. Como destaca Nancy Guzmán, periodista del ámbito de los derechos humanos, este Comando habría sido el centro de operaciones del general Pinochet para desarrollar el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Desde allí se coordinó, por ejemplo, el bombardeo a La Moneda y las acciones vinculadas a la suerte del presidente Allende.

Y al frente de este –hasta hace muy poco– estaba el famoso Penal Cordillera, el mismo que albergaba a jefes como los jefes de la DINA, Manuel Contreras y Pedro Espinoza. Se dice que el propio Contreras terminó teniendo una casa particular en la comuna.

Pero si hay algo que en realidad marca la historia entre las instalaciones ligadas a violaciones a los DD.HH en la comuna fue el Cuartel Simón Bolívar. De este centro de detención y tortura –a diferencia de la Villa Grimaldi– se entraba, pero no se salía. El detenido que llegaba allí sería torturado hasta la

muerte y sus restos eran lanzados, ensacados y amarrados a rieles, al mar o a lugares poco accesibles, como la Cuesta Barriga.

Como cuenta Nancy Guzmán, la propiedad nunca se inscribió como Simón Bolívar 8.800, sino como Echeñique 8.767. En febrero de 1974 el Instituto Arica de Chile inscribió la propiedad a su nombre y el año 82 lo propio hizo la Fundación Mi Casa. El año 89 la citada Fundación se la vendió a la CNI y esta última a Western Trust Inversiones Ltda. En 1991 se subdividió la propiedad en doce lotes y se le dio la numeración oficial de Simón Bolívar 8.800.

Hablamos de la memoria como una función social, dispuesta a recordar, reconocer, reflexionar y conmemorar, ya que se considera que la memoria abre y cierra puertas de nuestro pasado, presente y futuro, ya que nos habla de la importancia de no olvidar, pues, como señala Norbert Lechner, “la memoria es un acto del presente, pues el pasado no es algo dado de una vez y para siempre”<sup>90</sup>.

Ahondaremos en tres lugares de los citados, especialmente para consideración de las futuras generaciones.

Villa Grimaldi, como vimos, era una antigua casona colonial, que previo al golpe militar funcionaba como centro de esparcimiento de alegrías y tertulias, la cual se llamaba por aquel entonces “Restaurante Paraíso Villa Grimaldi”<sup>91</sup>, donde en los últimos años concurrentemente asistían miembros de partidos políticos de izquierda, artistas e intelectuales.

Entre finales de 1973 y principios de 1974, mediante la utilización de la fuerza, un grupo de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) ocupa la casona para ponerla al servicio del régimen, operando en primera instancia como Brigada de Inteligencia Metropolitana (BIM), y posteriormente –teniendo en consideración su cercanía con el Regimiento de Telecomunicaciones y Aeródromo Tobalaba<sup>92</sup>, sumado a la lejanía de la ciudad de Santiago y su características de zona agrícola–, se generaba las condiciones propicias, para operar como centro secreto de detenciones y tortura, pasando a ser llamado el Cuartel Terranova.

Durante aproximadamente cuatro años, Villa Grimaldi fue un lugar que recibió prisioneros/as de distintas ideologías políticas de izquierda. Una infraestructura especial era La Torre y su principal función era tener a las víctimas en aislamiento, luego de haber sido sometidos a largas horas de fuertes interrogatorios y torturas<sup>93</sup>.

Entre 1974 y 1978, habrían sido 226 los detenidos desaparecidos y más de 4.500 prisioneros<sup>94</sup>, los que vivieron atrocidades inimaginables, que son extraídas de los relatos de los y las sobrevivientes del lugar y que se pueden encontrar hoy en el memorial Parque por La Paz.

En 1997 es inaugurado el citado Parque por La Paz, oportunidad en la que se expresa: *“Este lugar de memoria, que no conserva casi ninguna de las edificaciones originales de lo que fue el Cuartel Terranova de la Dina, más bien es un memorial, o una superposición de memoriales”*.<sup>95</sup>

El Cuartel Simón Bolívar se consideró uno de los secretos mejor guardados de la dictadura en términos de lugares de represión, y sus prácticas eran básicamente someter a tormentos, sacando la mayor cantidad de información posible, sabiendo que el destino final sería la muerte.

Al interior de las instalaciones existían celdas para encarcelar a los detenidos que arribaran al lugar, no obstante, la extensión de tiempo de su estadía era mínima debido a que el nivel e intensidad de las torturas aplicadas daban muerte a los detenidos, y si no era este el caso, simplemente se daba la orden para ejecutar al detenido<sup>96</sup>.

El cuartel Simón Bolívar mantuvo sus secretos hasta el año 2007, cuando “el mocito”, Jorgelino Vergara, exmozo personal de Manuel Contreras, que era llevado a dicho cuartel para que realizara labores de limpieza y alimentar a los presos que se encontraban en el cuartel, como también atender las necesidades de los funcionarios del régimen, desclasificó los sucesos ocurridos en el cuartel Simón Bolívar, entre 1974 y 1977. Allí se concentran, por ejemplo, las muertes y desapariciones de Víctor Díaz, subsecretario general del Partido Comunista, Jorge Muñoz, esposo de Gladys Marín; Fernando Ortiz, secretario general del Comité Central del PC, y Waldo Pizarro, esposo de Sola Sierra y padre de Lorena Pizarro, expresidenta de la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y diputada de la República.

El aeródromo Eulogio Sánchez Errázuriz, conocido popularmente como Aeródromo Tobalaba, ubicado en la Avenida Fernando Castillo Velasco 7941, comuna de La Reina, fue inaugurado el 6 de noviembre de 1956, bajo la presidencia de Carlos Ibáñez del Campo, con la idea de fomentar la aeronáutica civil. Se trata de un lugar que podríamos considerar patrimonial en cuanto característico de La Reina.

En la dictadura militar el aeródromo Tobalaba queda en manos del Comando de Aviación del Ejército, y si bien no hay documentación oficial, se estima que entre 700 y 900 cuerpos pasaron por estas instalaciones aeronáuticas para ser lanzados al mar<sup>97</sup>. Tras eventualmente hacer una parada en Peldehue, Colina, se orientaban hacia la costa de la Quinta Región, y, a la altura de Quintero, la máquina tomaba dirección mar adentro<sup>98</sup>.

Agrupaciones pro DD.HH, como la agrupación AMAT (Agrupación Memorial Aeródromo Tobalaba), intentan situar el aeródromo Tobalaba bajo un proyecto de ley que autoriza erigir un memorial y circuito de memoria en La Reina, en recuerdo de los cientos de víctimas arrojadas al mar durante la dictadura cívico-militar<sup>99</sup>.

Coral Pey (hija de Víctor Pey, ingeniero y profesor español quien se exilió en Chile tras luchar en la guerra civil española, siendo parte del famoso barco Winnipeg, que trajo Neruda en 1939), de la Agrupación Memorial Aeródromo de Tobalaba (AMAT), comenta que “la comunidad todavía resiente y conmemora, cada vez que es posible, lo ocurrido con helicópteros y naves que partieron desde ahí y que tiñe al aeródromo de dolor. Estamos seguras y seguros que tendremos apoyo transversal para defender la vida y la memoria, que es una forma de entender la democracia y avanzar en ella”<sup>100</sup>.

## CASA MAROTO: DEL ADUSTO SOLDADO ESPAÑOL A LA CRUZ ROJA

Volvamos a nuestros patrimonios contruidos. Hace algunos años, cuando comenzó la edificación de un *mall* en los alrededores de la Plaza Egaña, no fueron pocas las luces de alerta que se encendieron para advertir sobre el incierto futuro de un inmueble considerado como patrimonio urbano de la ciudad, a saber, la Casa Maroto.

Conocida por mucho tiempo como la “Cruz Roja”, la propiedad despertó el interés de los vecinos por su defensa ante la amenaza que representaba el gigante comercial. No obstante, el importante valor histórico de la casona, que está declarada como Inmueble de Conservación Histórica, posibilitó que pasase a ser administrada precisamente por la empresa dueña del *mall*, con el compromiso de trabajar en su conservación y otorgarle un uso cultural. Un objetivo que está por verse, considerando la relevancia patrimonial involucrada, uno de los muy escasos que se conserva en pie, para su época, en este sector de Santiago.

Sin embargo, y más allá de los juicios de valor estéticos, lo que pretendemos en este relato es dar a conocer algunos elementos que expliquen por qué dicha casona posee el carácter de patrimonio urbano.

Como habíamos visto anteriormente, a fines del XIX y comienzos del siglo XX, la ciudad capital empieza a expandirse hacia todos los sectores, y así como nuevos contingentes humanos comienzan a desplazarse hacia este sector de Santiago, la zona en que se ubica la actual comuna de La Reina inicia un proceso de urbanización en el que las familias acomodadas ya no solo ven la zona como un lugar donde pasar la primavera y el verano, sino que aspiran, y de hecho lo hacen, a construir sus casas pensando en radicarse definitivamente en estos parajes.

Este puede haber sido el deseo que impulsó en 1920 a don Rafael Maroto Hurtado a construir la casona Maroto en las

actuales avenida Ossa con Hannover. Vale la pena señalar, acerca de los primeros años de vida de este inmueble, que este se inspiró en las antiguas construcciones del siglo XIX y los especialistas atribuyen a la casa un estilo italiano propio de ese siglo.

Pero el vínculo entre el jefe de familia, Rafael Maroto Hurtado, y el agitado siglo XIX chileno, no se limita al estilo con el que este construyó su residencia. Pues si seguimos su historia familiar nos daremos cuenta de que es nieto de Rafael Maroto Yserns, un experimentado soldado español que libró diversas batallas tanto en el Viejo como en el Nuevo Continente.

## EL LEGADO DE LA FAMILIA MAROTO

Maroto Yserns nace en España en 1783 en el seno de una familia militar y tempranamente participa en diversos conflictos bélicos en Europa. En este sentido, y ello no es menor, nace un siglo después que Santiago Larraín y Vicuña, que como vimos fue el gran señor de estas tierras, y por lo tanto él y su descendencia ya habrían divulgado a sus compañeros de armas y de aventuras desde España, la belleza de estos territorios, como para que en ellos se instalaran, siglos después, otros personajes históricos como los integrantes de la familia Maroto.

El desempeño de Maroto Yserns en estos enfrentamientos en Europa le dio tal reconocimiento que es destinado para integrar el ejército realista que enfrentaba a los movimientos independentistas en América. El general llega en 1814 a Perú y ese mismo año se traslada a Chile para hacer frente al ejército de Bernardo O'Higgins. Entre victorias y derrotas, Rafael Maroto Yserns pasó su estadía en Chile hasta que el 17 de febrero de 1817 se enfrentaron el ejército realista y el ejército de los Andes, al mando de José de San Martín. Dicha batalla terminó con la victoria de los criollos y significó la definitiva Independencia de Chile<sup>101</sup>.

Después de perder en la batalla de Chacabuco, Maroto Yserns se dirige hasta Perú y Bolivia para seguir defendiendo los dominios que hasta entonces estaban en manos de la

Corona española. Tras la fallida misión viaja hasta España para seguir con su carrera militar, historia que no nos compete en esta investigación.

Lo que es de gran interés hace referencia al legado del apellido Maroto en Chile. Para ello es preciso mencionar que hacia 1815 este importante militar contrae matrimonio con Antonia Cortés García, mujer perteneciente a la oligarquía criolla y con quien tuvo siete hijos. Debido a la actividad militar de Rafael Maroto Yserns él y su familia tuvieron que moverse constantemente por diversos países. No obstante, hacia 1846 el militar ya retirado decidió asentarse definitivamente en Chile, principalmente en sus terrenos de la localidad costera de Concón (cuya propiedad se atribuye más a bien a su señora Antonia Cortés García). En esta ciudad poseía una amplia casona de campo, cuya estructura básica se mantiene en nuestros días (ver recuadro). Allí pasaría su vejez hasta enfermar, etapa en la que es trasladado a Valparaíso, donde muere finalmente en 1853. En su lápida se hace constatar su rango de teniente general del Ejército español y, para no ser menos, sus títulos nobiliarios de vizconde de Elgueta y conde de Casa Maroto. Ya vimos como la familia Larraín, un siglo antes, bregaba por los títulos nobiliarios.

Posteriormente, en el contexto de los actos conmemorativos de la batalla de Chacabuco sus restos fueron trasladados al Mausoleo del Ejército el 2 de junio de 1918 y ubicados en el nicho número 77 con la inscripción: *“El Ejército de Chile al brigadier del Ejército español D. Rafael Maroto”*.

Son escasos los antecedentes que hay del linaje de Maroto Yserns, tal como señala el investigador Manuel Torres Marín, esto se debe a “la temprana desaparición y escasa descendencia inmediata de los dos hijos varones del general. El mayor, Rafael, pasó gran parte de su vida en Valparaíso y no se casó. (...) El segundo hijo fue quien afianzó el apellido en Chile. Víctor Maroto Cortés (...) contrajo matrimonio el 11 de abril de 1858 en la parroquia del Sagrario de Santiago con doña Adela Hurtado Alcalde”<sup>102</sup>. El matrimonio es breve debido a

que un año después fallece Víctor Maroto Cortés, sin embargo, el apellido permanece en la vida del recientemente nacido Rafael Maroto Hurtado y de una de sus hijas, doña Margarita Maroto, quien se familiarizará con el clan liberal de los Borgoño. Estos últimos tendrán una destacada participación en la fundación y proyección futura de la comuna de Concón, Quinta Región.

Sin embargo, Isabel Larraín Maroto, vinculada en quinta generación con el patriarca de la familia, clarifica las ramas del clan que llegaría hasta nuestros días y que no solo dejaría huella en lo que es la conocida Casa Maroto en La Reina, sino que también en un hermoso parque y casona ubicada en Concón, donde vivió sus últimos años el general Maroto.

La madre de Isabel Larraín Maroto, María Angélica Maroto Pérez, era a su vez hija de Víctor Maroto Eguiguren, cuyo padre –Rafael Maroto Hurtado Alcalde–, era hijo de Víctor Maroto Cortés, quien fue quien aseguró la descendencia del apellido Maroto en Chile, como uno de los dos hijos varones del general español Rafael Maroto Yserns.

El citado Rafael Maroto Hurtado se casó con Matilde Eguiguren Larraín, dando vida a cuatro hermanos: Carmela, Adela, María y Víctor Maroto Eguiguren. Este último se casó con Rebeca Pérez, dando vida a la familia compuesta, a su vez, por cinco hermanos: María Angélica (madre de nuestra fuente, Isabel Larraín Maroto), Rebeca (su melliza), Carmen, Víctor y Rafael Maroto Pérez. Este último fue un sacerdote que optó por una fuerte defensa por los DD.HH y opción por los pobres durante la dictadura del general Pinochet, ingresando incluso al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR. Más adelante hablaremos de algunos de los personajes de la familia, que como veremos dejaron una huella tanto en La Reina como en la localidad de Concón.

Valga señalar que hermanos de Isabel Larraín Maroto son Octavio (el mayor de los hijos), María del Pilar, Carmen, María Angélica, Rafael, Juan y Hernán. Es relevante señalar a Octavio, porque que es él quien recuerda las andanzas que

tenía junto a su abuelo cuando llegaban de visita a la famosa Casa Maroto.

De esta manera se extiende el vínculo familiar hasta 1920, año en que se edifica la Casa Maroto en los alrededores de Plaza Egaña y la historia de Chile se encuentra con el relato de la historia comunal. No obstante, poco sabemos del traspaso de la propiedad desde los Maroto hasta sus dueños más contemporáneos. El único registro existente, pero que resulta clave para hilar la historia del inmueble, señala que Adela Maroto (hija de Rafael Maroto Hurtado) muere sin dejar descendencia, quedando la casona como un asilo de ancianos hasta la década del 60, periodo en que es vendida a la Cruz Roja<sup>103</sup>.

Según relata nuestra descendiente del general Maroto, patriarca español de la familia, Isabel Larraín Maroto, los materiales para la construcción de la casa –según le han relatado sus hermanos– fueron traídos desde Europa. “Recuerdo que mi hermano mayor Octavio relataba que la casa tiene un sistema de muralla ancha, que tenía como un espacio entremedio de las dos murallas, que debe haber sido para aislación. Ellos entraban por allí, se metían por unos corredores y salían por una chimenea y Octavio se fascinaba porque era como toda una aventura con mi abuelo (Víctor Maroto Eguiguren, hijo de quien construyó la casa)”<sup>104</sup>.

Un aspecto anecdótico e histórico del apellido Maroto es que a fines de la década de los 80, los descendientes de la familia fueron invitados por la Empresa Nacional de Petróleo (ENAP), refinería de Concón, “a conocer la casa del general Maroto, que estaba refaccionada, arreglados los techos, pero adentro sigue todo igual. Los muebles no están, porque es un club ahora, pero todo el parque (se mantiene en términos similares)”<sup>105</sup>. En la oportunidad, los descendientes de la familia se reunieron, compartieron un asado y jugaron un partido de fútbol con los representantes de la empresa.

“Pero somos los únicos Maroto, ahora somos nosotros y nuestros primos, no hay más familia Maroto. Somos los únicos descendientes”<sup>106</sup>, indica Isabel.

Pero volvamos a los Maroto Pérez, entre quienes había personas singulares. Entre ellos el padre Rafael Maroto, jesuita y cura obrero, amigo y compañero de personajes como el exfundador de la ANEF y de la CUT, Clotario Best, y quien falleció en 1993. La Iglesia Católica chilena no toleró los postulados cercanos a lo que posteriormente sería la Teología de la Liberación y lo suspendieron de sus funciones sacerdotales en 1984, tras lo cual fue apresado y relegado en Tongoy. Vivió sus últimos años con un amigo y compañero de obras que conoció en las primeras labores de construcción del Metro.

“Creo que fue un cura muy consecuente con sus ideas, que optó por ser un cura para los pobres”<sup>107</sup>, indica Isabel Larraín Maroto, quien agrega que a veces le tocó llevarle comida al sacerdote, en los tiempos en que él debió vivir en la clandestinidad.

“Él fue muy consecuente en su vida sacerdotal, podía haber seguido por el lado de la jerarquía de la iglesia, sin embargo él optó por los pobres, fue carpintero, pintaba calles, se ganaba la vida...”<sup>108</sup>, destaca nuestra informante.

Isabel Larraín, tal vez sin quererlo, tuvo un lugar protagónico en el desenlace de la vida de Rafael Maroto Pérez. “Yo creo que yo le di la última cucharada de comida que él comió, porque a él lo llevamos a las Hermanitas de los Pobres y murió allá. Yo me recuerdo haber estado con él en momentos que estaba mal y las últimas cucharadas de sopa se las di yo en la boca. De eso me recuerdo”<sup>109</sup>.

Volviendo a la casa Maroto, Isabel recuerda las andanzas del abuelo Víctor en la casa con el mayor de los ocho hermanos de ella, Octavio, en la que recorrían los recovecos de la enorme casona en búsqueda de aventuras. Asimismo, tiene claro que los materiales de la casa, los artesanados y otros implementos fueron traídos directamente de Europa, como se citaba con anterioridad.

## LIGADOS A LA HISTORIA DE CONCÓN

Margarita Maroto Cortés, hija del general español y patriarca de la familia, se casó con José Luis Borgoño Vergara en 1847, un destacado político local, diputado por Limache-Valparaíso y senador por Valparaíso. Los Borgoño Vergara y su ascendencia, como se sabe, darían vida en su momento a lo que fue la *belle époque* de la antigua Viña del Mar, incluida por cierto su más famoso ícono: la Quinta Vergara.

► El famoso cuadro del general Maroto y su nieta Margarita, hija del matrimonio de su hija Margarita Maroto Cortés con el político liberal de la zona Valparaíso, José Luis Borgoño Vergara.

Aunque existen diferentes versiones al respecto, porque algunas hablan de solo dos hijos de la pareja y otras refieren la existencia de cinco, una de las hijas de la pareja es la protagonista del famoso cuadro pintado por el pintor Raymond Monvoisin, donde aparece en pose adusta el general español y su nieta Margarita Borgoño Maroto.



En la historia local es relevante señalar que un hermano (de Margarita, la nieta del general), Domingo José Luis Borgoño Maroto fue nada menos que el fundador del balneario de Concón, y en su momento, muy vinculado a la Hacienda de Concón Bajo, donde antes pasó sus últimos años el general realista Rafael Maroto Yserns. En 1917, el nieto del general fue el pionero en lo que a conectividad de los caminos costeros entre Viña del Mar y Concón se refiere.

Fue en la tranquila localidad costera de Concón donde el general Maroto Yserns –quizás cansado de tantas batallas– eligió para pasar sus últimos días. Su hija, Margarita, también se radicó en la zona y formó su familia junto al político liberal José Luis Borgoño Vergara. Y uno de los hijos del matrimonio, Domingo José Luis Borgoño Maroto, es reconocido como uno de los constructores del balneario y quien ideó y llevó a cabo el proyecto que –a punta de explosiones–, abriría un camino para conectar Reñaca con Concón.

Este proyecto vial tuvo su momento de gloria el 23 de septiembre de 1917, pues solo bastaba una última explosión para terminar de abrir la ruta. El propio presidente Juan Luis Sanfuentes –equipado por un supuesto “complejo sistema eléctrico”– accionó el botón que detonó los cerca de 120 quintales de pólvora necesarios para despejar el camino. En nuestros días, dicha ruta recibe el nombre de Av. Borgoño. Y otra de las avenidas principales de Concón lleva el nombre de los Maroto.

En la actualidad, el sitio donde se asentaba la antigua casona es un lugar muy cuidado en sus jardines que funciona como paseo familiar a cargo de la empresa propietaria, la refinería de petróleo de Concón (hoy Aconcagua), una filial de ENAP. Fidel López, cuya familia trabajara en otros años con los Borgoño en esas tierras, conoce muy bien la historia familiar y es requerido con frecuencia por quienes llegan al lugar.

La casona, circundada por amplias redes de parronales, está muy bien conservada, pese a que por un descuido sufrió un incendio en parte del segundo piso en la década de los 90. Al lado de la casa aún se conserva una calesita que usaban para trasladarse por la zona. La enfierradura de la casa también sería original, así como los antiguos parronales.

En el lugar se puede presenciar una lechería adornada por centenarios árboles y donde las tierras abarcaban hasta lo que hoy es incluso parte del aeródromo local. Lugareños cuentan que los herederos de los Borgoño Maroto, que aún residen en el sector de Santa Rosa de Colmo, estarían en proceso de reclamación de algunas tierras.

## 2. Patrimonios, los Egaña y los Arrieta



► Casona de campo de Los Maroto en la localidad costera de Concón, donde el patriarca de la familia pasó sus últimos días de vida.

► La calesita que aún se conserva en el lugar y que era utilizada para los traslados de la familia.



## ELENA VELASCO Y LA CRUZ ROJA

Pero volvamos a Santiago, La Reina, y años más contemporáneos. Como se dijo anteriormente, el edificio de la Casa Maroto fue conocido por décadas bajo el nombre de la “Cruz Roja”. Fue así como los vecinos del sector la nombraban y reconocían. Mas, como todo en la vida, las edificaciones también poseen su historia y sus usos y nombres no son más que una fotografía de un vasto álbum de diversas vivencias. Por ello, y en honor a la verdad histórica —si es que existe algo llamado así—, es preciso indagar sobre el proceso que convirtió a la antigua morada de los Maroto en una sede de la más famosa institución de socorro y asistencia médica a nivel mundial.

En Chile, según el sitio web oficial, la agrupación “fue fundada el 18 de diciembre de 1903 en la austral ciudad de Punta Arenas, como ‘Cuerpo de Salvavidas y Guardias de Propiedad’, por iniciativa de Vittorio Cucuini Nannelli, de nacionalidad italiana. Allí, junto a un grupo de chilenos e inmigrantes de diferentes nacionalidades, crearon lo que más tarde sería la Cruz Roja Chilena”<sup>110</sup>.

Hacia 1914, y debido al estallido de la Primera Guerra Mundial, el Comité Internacional de la Cruz Roja convoca a sus afiliados a organizarse nacionalmente para prestar ayuda a sus pueblos en caso de catástrofes bélicas y/o naturales, “este llamado motivó a una mujer aristócrata, Amalia Errázuriz de Subercaseaux, quien, asesorada por Monseñor Rafael Edwards, obispo inpartibus de Dodona y Vicario Castrense, citó a una reunión, a la cual concurrieron las damas más distinguidas de Santiago, para ver el modo de organizar en Santiago una entidad de Cruz Roja”<sup>111</sup>. De forma rápida y eficaz, el 30 de noviembre de 1914 el gobierno chileno reconoce legalmente la creación de la Sociedad Cruz Roja de las Mujeres de Chile.

Las primeras décadas de la organización presentaron un veloz crecimiento y las diversas sedes se dispersaron por todo el territorio nacional. Ya hacia los años 30 es posible apreciar indicios que dan cuenta de la presencia de la Cruz Roja en la aún inexistente comuna de la Reina. La persona que se situaría como

## 2. Patrimonios, los Egaña y los Arrieta

abanderada de esta causa sería doña Elena Velasco, esposa de Eduardo Castillo Urizar y madre de Fernando Castillo Velasco, quien sería después una importante figura en la historia comunal.

Elena Velasco es como aquellos personajes secundarios, alejados de las luces, pero que a la postre es imposible concebir la historia sin ellos. Incomprensiblemente relegada al alero de lo conseguido por su marido e hijos intentamos que este relato sea, en una pequeña medida, un acto de justicia para revalorizar el aporte que doña Elena entregó a toda la comunidad.

Hacia la década de 1930 se integra a la Cruz Roja, y como señaló su hijo Fernando Castillo en una entrevista, ella “atendía público en su propia quinta, que quedaba en la calle Simón Bolívar, detrás de lo que hoy es el Cine Hoyts”<sup>112</sup>. En esta época las mujeres no participaban demasiado del espacio público, como bien señala doña Mónica Echeverría, nuera de doña Elena Velasco, “no era mucho lo que las mujeres podían hacer”<sup>113</sup>, más allá dedicarse a estudiar algunas pedagogías o enfermerías.

► Aspecto del  
frentis de la Casa  
Maroto, con el mall  
que la circunda  
(2015).



Hacia 1934 Elena Velasco fundó la filial Ñuñoa-Los Guindos que se ubicaba en la avenida Larraín, y que posteriormente pasó a llamarse filial Ñuñoa-La Reina-Macul-Peñalolén. No se sabe a ciencia cierta el año en que se traslada la agrupación hasta la casona de Plaza Egaña, pero se dice que doña Elena tuvo que vender parte de su antigua quinta de Simón Bolívar para poder comprar la Casa Maroto hacia fines de la década de 1960<sup>114</sup>.

Como veremos en lo referido a la historia de los Castillo Velasco en este sector de Santiago, ellos tenían acá importantes propiedades en el sector de Nueva de Los Guindos, donde quien llegaría a ser alcalde de la comuna, Fernando Castillo Velasco, se instaló con su familia, pero mucho antes jugaba en un fundo prácticamente agrícola lleno de animales de campo, que eran la delicia de los niños de la familia.

Este espíritu de solidaridad y empatía con las personas que necesitasen ayuda marcó la vida de Elena Velasco, “una mujer llena de energía”<sup>115</sup> como bien la define Mónica Echeverría. Este compromiso tendrá sus frutos cuando en el año de 1963 la honorable labor de Elena Velasco se ve reconocida por el Comité Internacional de la Cruz Roja al otorgarle la Medalla Florence Nightingale, en premio a su entrega en las labores de enfermería a los damnificados del terremoto de Valdivia en 1960.

Desde que se asentó en la Casa Maroto, se extendió la popularidad y asistencia de la agrupación que prestaba servicios médicos a la población del sector, poniendo inyecciones, realizando cirugías ambulatorias, primeros auxilios, entre otros. De hecho, en la misma casona se dio inicio a la Gota de Leche “Fernando Castillo Velasco”, proyecto que alimentaba a niños de hasta dos años, “misión que fue ampliada con servicios prenatales, centro de madres, auxilio social, ropero y alfabetización”<sup>116</sup>.

Entregando servicios que iban en ayuda de la población se mantuvo la Cruz Roja en el inmueble de Plaza Egaña. No

obstante, nada es eterno y el paso del tiempo fue corrompiendo los cimientos de la edificación. El terremoto de 1985 y una plaga de termitas fueron incontrarrestables y no tuvieron piedad alguna con la noble misión que se llevaba a cabo en la casona. Finalmente, en el año 2006 la agrupación traspasa la casona a la administración del centro comercial que ya se proyectaba a su alrededor, con la misión, eso sí, de restaurarla, mantenerla y convertirla en un lugar de interés cultural.

### **LA ACTUALIDAD: RESTAURANTE Y CLUB DE JAZZ**

En honor a la verdad, cuando la casona llega a manos del centro comercial estaba en pésimas condiciones estructurales, porque el paso del tiempo y el ataque de las termitas le habían hecho gran mella. De ahí que la administración del *mall* decide invertir en ella reparando gran parte de su interior y fachada<sup>117</sup>.

Hoy luce refaccionada y bella –al menos así se ve externamente–, y se dice que los arquitectos tuvieron cuidado de restaurarla con algunos de los materiales originales y otros lo más parecidos a ellos.

Aunque los integrantes de la familia Maroto que pasan por el lugar suelen preguntarse cómo es posible que se instale un local de comida italiana en un lugar de clara ascendencia española, dada por el general Maroto, hay quienes lo defienden por el estilo italiano de la edificación.

Sin embargo, como vimos, lo más importante es la conservación del lugar y su proyección cultural. Ya fue un paso no menor la instalación del Club de Jazz de Santiago<sup>118</sup> (entidad que existe desde 1943) y, de los vecinos dependerá, una vez más, que este espacio haga honor a su pasado y se instale como centro de difusión cultural y patrimonial para todos los habitantes de la comuna.

## NOTAS

- 1 Raúl Donckaster, ex alcalde de La Reina, entrevista personal, noviembre 2013.
- 2 Historiador Gabriel Salazar, en exposición realizada en la comuna.
- 3 Juan Egaña, *El chileno consolado en los presidios o filosofía de la religión: Memorias de mis trabajos y reflexiones escritas en el acto de padecer y de pensar*, Tomo I, 1826, p. 1., donde explica sus pensamientos de la independencia y cuenta su persecución y la dura vida en el exilio en Juan Fernández.
- 4 *Ibíd.*, p. 6.
- 5 Juan Egaña, *Colección de algunos escritos políticos, morales, poéticos y filosóficos*, 1826, p. 120.
- 6 *Ibíd.*, p. 121.
- 7 René León Echaiz, *Ibíd.*, p. 145.
- 8 René León Echaiz, op. cit., p. 145.
- 9 Andrés Bello, *Oración por Todos*, 1843.
- 10 María Graham, *Diario de mi Residencia en Chile en 1822*, Editorial Francisco de Aguirre, 1972, p. 149.
- 11 Mariano Egaña, Carta a su padre. Paris, julio-agosto 1828. Extraída de Fuentes Documentales y Bibliográficas para el Estudio de la Historia de Chile. <http://www.historia.uchile.cl>
- 12 *Ibíd.*
- 13 *Ibíd.*
- 14 *Ibíd.*
- 15 *Ibíd.*
- 16 *Ibíd.*
- 17 *Ibíd.*
- 18 *Ibíd.*
- 19 *Ibíd.*
- 20 *Ibíd.*
- 21 *Ibíd.*
- 22 *Ibíd.*
- 23 *Ibíd.*
- 24 *Ibíd.*
- 25 *Ibíd.*
- 26 *Ibíd.* Contenido del paréntesis pertenece texto original.
- 27 *Ibíd.*
- 28 Mariano Egaña, Carta a su padre. Londres, 18 de marzo de 1829. Extraída de Fuentes Documentales y bibliográficas para el Estudio de la Historia de Chile. <http://www.historia.uchile.cl>

## 2. Patrimonios, los Egaña y los Arrieta

- 29 *Ibíd.*
- 30 *Ibíd.*
- 31 Mariano Egaña, Carta a su padre. Londres, 20 de abril de 1829. Extraída de Fuentes Documentales y bibliográficas para el Estudio de la Historia de Chile. <http://www.historia.uchile.cl>
- 32 *Ibíd.*
- 33 Mariano Egaña, Carta a su padre. Londres, 16 de junio de 1829. Extraída de Fuentes Documentales y bibliográficas para el Estudio de la Historia de Chile. <http://www.historia.uchile.cl>
- 34 *Ibíd.*
- 35 *Ibíd.*
- 36 *Ibíd.*
- 37 Luis Azarola Gil, Don José Arrieta, Impresión Universitaria, 1935, p. 4.
- 38 *Ibíd.*, p. 5
- 39 Santiago Marín Arrieta, entrevista personal, noviembre 2013.
- 40 Luis Azarola Gil, *Ibíd.*, p. 6.
- 41 Luis Arrieta Cañas, *Centro de Entretenimientos Populares José Arrieta*, 1921, p. 5.
- 42 Santiago Marín, entrevista personal, noviembre 2013.
- 43 *Revista En viaje*, n°192, p. 36. El texto entre paréntesis pertenece al autor del libro y no al texto original.
- 44 La fecha de compra que más se repite en los textos referenciados es 1870. No obstante, existen algunas versiones que la ubican en 1869.
- 45 <http://www.monumentos.cl/>
- 46 Santiago Marín Arrieta, entrevista personal, noviembre 2013.
- 47 *Ibíd.*
- 48 Santiago Marín Arrieta, entrevista personal, noviembre 2013.
- 49 *Ibíd.*
- 50 *Ibíd.*
- 51 *Ibíd.*
- 52 *Revista En viaje*, n°192, p. 36.
- 53 Luis Arrieta Cañas, *Centro de Entretenimientos Populares José Arrieta*, 1921.
- 54 *Ibíd.*, p. 6.
- 55 *Ibíd.*
- 56 *Ibíd.*
- 57 Virgilio Figueroa, *Diccionario histórico, biográfico y bibliográfico de Chile*, Santiago: Impr. y Litogr. La Ilustración, 1925-1931. p. 618.
- 58 <http://www.monumentos.cl/>

- 59 Santiago Marín, entrevista personal, noviembre 2013.
- 60 *Revista En viaje*, n°192, p. 36.
- 61 Virgilio Figueroa. *Ibíd.*, p. 618.
- 62 Universidad Internacional SEK, Parque Arrieta. Monumento Histórico Nacional. 1995, p. 15.
- 63 Santiago Marín Arrieta, entrevista personal, noviembre 2013.
- 64 René León Echaiz, *Ñuñohue*, Editorial Francisco de Aguirre, 1972, p.123.
- 65 *Ibíd.*
- 66 *Ibíd.*
- 67 *Ibíd.*
- 68 <http://www.almagro.cl/> junio 2015.
- 69 <http://www.fundacionvictorjara.cl/cuncumen-victor-jara.php> Junio 2015.
- 70 *Ibíd.*
- 71 *Ibíd.*
- 72 *Ibíd.*
- 73 René León Echaiz, *Ñuñohue*, Editorial Francisco de Aguirre, 1972, p. 163-164.
- 74 *Ibíd.*, p. 171.
- 75 *Ibíd.*
- 76 *Ibíd.*
- 77 *Ibíd.*
- 78 *Ibíd.*, p. 172.
- 79 *Ibíd.*, p. 177.
- 80 Carmen Gloria Soto, Hoy un parque para la paz... ayer, un lugar para la muerte. Villa Grimaldi, ex Cuartel Terranova. Chile, 1974-1978: un espacio para la memoria colectiva. *Revista Sans Soleil*. 2012. p. 230.
- 81 René León Echaiz, *Ibíd.*, p. 90.
- 82 Vassalo Rojas, *Villa Grimaldi. Historia y características de las grandes mansiones*, Imprenta Siglo XX, 1967.
- 83 Margarita Romero, Un Museo en Villa Grimaldi: Espacio para la Memoria y la Educación en Derechos Humanos / Seminario Internacional. Municipalidad de Peñalolén, 2005, p. 37.
- 84 Romero, *Ibíd.*, p. 37.
- 85 Gabriela Salazar, *Villa Grimaldi (Cuartel Terranova). Historia, testimonio, reflexión*. LOM, Santiago, 2013, p. 108.
- 86 Margarita Romero. *Ibíd.*
- 87 Para profundizar sobre el tema: Nancy Guzmán, Una luz sobre la sombra, 2010, y Los crímenes que estremecieron Chile, coautoría, 2013.
- 88 Margarita Romero, *Ibíd.*, p. 39.
- 89 Jorge Luis Borges, Poema Cambridge (extracto).

## 2. Patrimonios, los Egaña y los Arrieta

- 90 Norbert Lechner, *Las Sombras del mañana*, Editorial LOM, Chile, 2002, p. 526.
- 91 <https://villagrimaldi.cl/historia/antes-de-1973/> julio de 2024.
- 92 <https://villagrimaldi.cl/historia/cuartel-terranova/> julio de 2024.
- 93 <https://villagrimaldi.cl/historia/red-de-recintos-de-detencion/> julio de 2024.
- 94 Corporación Parque por La Paz, Ciudad y Memoria, Desarrollo de sitios de conciencia en el Chile actual, Universidad Academia de Humanismo Cristiano. 2022
- 95 Carolina Aguilera Insunza, Proyecto de Museo en Villa Grimaldi. Una apuesta participativa de construcción. En Corporación Parque por La Paz, Ciudad y Memoria, Desarrollo de sitios de conciencia en el Chile actual, Universidad Academia de Humanismo Cristiano. 2022, p. 102.
- 96 Isidora Riveros Cubillos, El desvanecimiento forzado de la memoria. La transformación de los centros de detención y tortura en Santiago de Chile posterior a la dictadura militar: El caso del cuartel Simón Bolívar, Tesis para optar al cargo de Licenciada en Historia. Universidad de Chile, 2020. p. 17.
- 97 <https://radio.uchile.cl/2018/06/11/aerodromo-de-tobalaba-el-terminal-de-donde-salian-los-vuelos-de-la-muerte/> julio de 2024.
- 98 *Diario La Nación*, 2023, en <https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-u/ugarte-roman-marta-lidia/> Julio de 2024.
- 99 Proyecto autorización construir un memorial y circuito de memoria en la comuna de La Reina, en recuerdo de las víctimas de la caravana de la muerte. 17-08-2022, La Reina, Chile. Boletín N° 15278-24
- 100 Coral Pey, en <https://eldesconcierto.cl/2022/08/18/ingresan-proyecto-para-crear-sitio-de-memoria-para-victimas-de-vuelos-de-la-muerte> Julio de 2024.
- 101 Manuel Torres Marín, Chacabuco y Vergara, sino y camino del teniente general Rafael Maroto Yserns. Impresión Andrés Bello. Santiago. 1981.
- 102 *Ibíd.*, p. 326
- 103 <http://diario.latercera.com/2012/07/06/01/contenido/santiago/32-113188-9-una-casona-en-medio-de-un-mall.shtml> junio 2015.
- 104 Isabel Larraín Maroto, entrevista personal, mayo de 2014.
- 105 *Ibíd.*
- 106 *Ibíd.*
- 107 *Ibíd.*
- 108 *Ibíd.*
- 109 *Ibíd.*
- 110 <http://www.cruzroja.cl/organizacion/historia> , junio 2015.
- 111 María Morales Alliende, *100 años de la Cruz Roja Chilena*. Santiago, 2004, p. 60.
- 112 <http://diario.latercera.com/2012/07/06/01/contenido/santiago/32-113188-9-una-casona-en-medio-de-un-mall.shtml> junio 2015.
- 113 Mónica Echeverría, entrevista personal, diciembre 2013.

- 114 <http://diario.latercera.com/2012/07/06/01/contenido/santiago/32-113188-9-una-casona-en-medio-de-un-mall.shtml> , Junio 2015.
- 115 Mónica Echeverría, entrevista personal, diciembre 2013.
- 116 María Morales Alliende, *Ibíd.*, p. 162.
- 117 <http://papeldigital.info/lt/2013/08/16/01/paginas/040.pdf> , junio 2015.
- 118 <http://www.latercera.com/noticia/santiago/2012/12/1731-501255-9-el-club-de-jazz-cumple-70-anos.shtml> , junio 2015.



### 3.

## EL NACIMIENTO DE LA NUEVA COMUNA



► Avda. Larraín casi esquina de la actual Américo Vespucio, frente a Plaza Egaña, en la imagen se ve el depósito de licores que data del año 1870 aproximadamente, fue demolido posteriormente para facilitar los trabajos del paso de tranvías año 1923 (Facebook, Así era y Así es La Reina).

Ya hemos visitado bastante lo que fueron los antiguos territorios de Ñuñohue, después Ñuñoa. Queremos adentrarnos brevemente ahora en lo que es la historia, muy contemporánea tratándose de un municipio con solo sesenta años de vida (hasta esta edición), de la creación de la comuna de La Reina.

Como vimos, al contrario de lo que puede pensarse, nada tiene que ver con algún vínculo monárquico el nombre de la comuna, salvo que su nombre deriva del apellido Larraín. Esta

### 3. El nacimiento de la nueva comuna

se instala, en parte, en el antiguo fundo perteneciente a esa familia que otorgó reconocimiento a la zona como la tierra de los *La-rrain*, y en tanto lenguaje vivo, mutó su nombre hasta La Reina.

Asentada a los pies de la cordillera, La Reina posee una corta, pero vertiginosa vida. Mucha de esa historia la hemos visto ya al tratar las vidas de los Larraín, los Egaña, los Arrieta y los Maroto, cuando estos territorios en realidad eran parte de una extensa comuna de Ñuñoa, que comprendía parte importante de todo el sector oriente de Santiago.

Debido a la expansión urbana producida hacia las primeras décadas del siglo XX, las antiguas chacras de La Reina y Tobalaba se vieron en la necesidad de iniciar un proceso de parcelación comenzando a vender “paños” (pequeños sitios rectangulares) que formarían las actuales cuadras que organizan la comuna. En estos primeros años, debido a los beneficios geográficos, como la vista al valle y cordillera, la calidad del aire y la seguridad, fueron familias acomodadas quienes tuvieron la posibilidad de comprar las primeras parcelas. Los grupos que podríamos calificar de clase media se instalaron en lo que hoy conocemos como Av. Ossa y Plaza Egaña, con sectores de pequeños comerciantes y profesionales, en lo que se denomina La Reina Baja o, mejor, Fundacional.

Mónica Echeverría rememora aquellos tiempos señalando que “era una mezcla, que a mí me llamó mucho la atención, de quintas de recreos, conventos y casas quintas. Las quintas de recreo eran lugares donde la gente iba a comer, a escuchar música. Las quintas particulares eran de gente muy rica que venía a pasar la primavera y el verano, algunos tenían su residencia, pero pocos, como la familia Castillo Velasco”<sup>1</sup>.

Lo Hermida es un sector característico de las zonas adyacentes a La Reina y Peñalolén. Se llama así porque tras la fundación de Santiago, un señor Jerónimo de Larcón tomó posición del lugar creando chacras y tierras para animales. Más tarde, en el siglo XVIII, el sector fue comprado por el regidor Diego de Hermida, quien lo transformó en una aldea dedicada a la agricultura y la ganadería.

Fue conociéndose con posterioridad como hacienda de Los Hermida, que antes llamaban Bellavista. Lo que hoy es la comuna de Peñalolén, estaba básicamente dividido en tres fundos, el fundo Peñalolén, de propiedad de José Arrieta; el fundo Lo Hermida, de Raúl Von Schoeders (hijo de Violeta Cousiño, nieta de Isidora Goyenechea, viuda de Luis Cousiño) y el fundo Macul, perteneciente a Matías Cousiño.

A comienzos del siglo XX se comienzan a dividir los terrenos de la hacienda, llegando en la década del 20 a unas quince propiedades. La adyacente población La Faena –llamada así porque en el lugar había dependencias para faenar animales– nació cuando en la operación sitio de Eduardo Frei Montalva llegaron al sector cientos de familias provenientes de diversos sectores de Santiago.

En la fotografía (Memoria Chilena) puede observarse la casona hacienda Lo Hermida en 1902, sector que es actualmente la Comunidad Ecológica de Peñalolén. El portón del fundo aún puede ser visto al lado de una virgen (en calle Sánchez Fontecilla).



### 3. El nacimiento de la nueva comuna

En la destacada revista comunal *Reina de Corazones*, Mónica Echeverría rememora también esos tiempos, situándolos más o menos en el año 1946, cuando ella llegó: “Eran pequeñas chacras o quintas, con uno que otro almacén de por medio. Las calles de tierra. Había muchísimas acequias, toda clase de frutas, desde nogales hasta guindos, por algo esta zona se llamó Los Guindos: se llenaba de flores preciosas en primavera, había dos avenidas llenas de guindos”<sup>2</sup>.

Es decir, el pasado de estas tierras siempre estuvo ligado a las actividades propias del mundo rural, salvo por la presencia de estas casonas de familias adineradas y donde después reclamarían su derecho a participar sectores más de clase media e incluso sectores populares, como ocurriría –bien adentrado el siglo recién pasado–, con la Villa La Reina y otros sectores de la comuna.

En ese sentido, la urbanización se habría espacio entre la agricultura y la ganadería, por ende, el agua era una necesidad que se satisfacía por pequeñas acequias instaladas a cada lado de las calles aún sin pavimentar. Sin embargo, en aquellos años ya existía el tranvía número 33 que conectaba, por avenida Irrarrázaval, el centro de la ciudad de Santiago con la estación terminal ubicada en la actual Av. Príncipe de Gales<sup>3</sup>.

En aquellos años, una parte sustantiva de estas tierras se conocía como Los Guindos. Más adelante veremos que por Los Guindos se entiende en realidad varios sectores de la intersección de Ñuñoa y la actual La Reina. Mas ya se presentaba, debido en parte al aislamiento, un sentimiento de comunidad muy marcado en los crecientes vecinos del sector. De hecho, según relata el exalcalde de la comuna, Raúl Donckaster, la separación de Ñuñoa con La Reina “surge de un acuerdo o voluntad comunitaria de un grupo de vecinos. La gente que vivía en los alrededores de Plaza Egaña, entre Av. Ossa y el canal San Carlos. Los comerciantes se sienten que son mal atendidos y postergados por Ñuñoa”<sup>4</sup>.

Este sentimiento de cooperación posibilitó la rápida asociación de las distintas familias, una de ellas, y que será fundamental en el posterior desarrollo comunal, fue justamente la de los Castillo Velasco, quienes tenían residencia fija en Los Guindos y participaron en la petición de los vecinos de formar una nueva comuna que pudiera satisfacer las necesidades y resolver los problemas que se estaban suscitando.

Ya sabemos que la antigua comuna de Ñuñoa abarcaba una gran extensión, y ante la imposibilidad de atender a todos sus vecinos, la idea de formar una nueva comuna autónoma adquirió un carácter de urgente. “Entonces ellos (los vecinos) se constituyeron bien, se lo pidieron al presidente Alessandri, y aquí influía también Juan Antonio Ríos que vivía en la Villa Paidahue (sector Álvaro Casanova), pareciera ser que él influyó en esto. Los vecinos hicieron las peticiones y el presidente de la República, que tenía atribuciones para hacerlo, dictó un decreto por el cual se creaba la comuna de La Reina”<sup>5</sup>.

El proceso se dio con facilidad debido a la voluntad comunitaria de independizarse. No obstante, existió un pequeño percance a la hora de definir los límites, tal como cuenta el exalcalde Donckaster, pues el plan original los fijaba entre cuatro avenidas: “desde avenida Ossa, Tobalaba, Arrieta y Bilbao. Y alguien dijo: es demasiado chico. No valía la pena hacer una comuna para ese territorio. Entonces se convocó a una votación a los vecinos de la parte alta de Ñuñoa, para ver si esta comuna que se iba a crear sería en esos límites o hasta las cumbres cordilleranas”<sup>6</sup>. La gran mayoría optó por la opción de ampliar el espacio comunal y se definió constituir los actuales límites.

Una vez superado el *impasse* se dio curso a la tramitación oficial que fundaría a la comuna el 23 de febrero de 1963, publicándose en el *Diario Oficial* el 1 de marzo<sup>7</sup>. “Ahora, la constitución de la comuna se hizo el primero de julio, por eso esa es la fecha del aniversario”<sup>8</sup> de La Reina.

# DIARIO OFICIAL

DE LA REPUBLICA DE CHILE

Núm. 25.481  
Año LXXXVI

Santiago, Viernes 1.º de Marzo de 1963  
Edición de 12 páginas

Ejemplar del día . . . . . L\$ 0,05  
Atrasado . . . . . 0,10

► Extracto de la publicación original en el *Diario Oficial* sobre la creación de la comuna de La Reina en 1963.

## PODER LEGISLATIVO

MINISTERIO DEL INTERIOR

### Ley núm. 15.169

**CREA LA COMUNA-SUBDELEGACION  
DE LA REINA, EN EL DEPARTAMEN-  
TO DE SANTIAGO**

Por cuanto el II. Congreso Nacional ha dado su aprobación al siguiente

En síntesis, tal como rememora el exalcalde, en el proyecto de fundación comunal “hubo un estímulo comunitario, de los vecinos, de la gente que se sentía postergada que dijo: nosotros nos queremos hacer cargo”<sup>9</sup>.

En esta época, le ley permitía al presidente de la República “constituir una Junta de Vecinos compuesta de cinco miembros, uno de los cuales sería alcalde”<sup>10</sup>. El elegido en 1963 fue el doctor Oscar Castro Vergara, quien alcanzó a estar poco más de un año en el cargo. Posteriormente, y con la asunción a la jefatura de gobierno de Eduardo Frei Montalva, es nombrado alcalde de La Reina Fernando Castillo Velasco, dando así impulso a su primer periodo en la alcaldía y con ello vitalidad e identidad a la naciente comuna como “un lugar de casas bajas, de jardines, de árboles... eso es lo que trató que no se estropeará nunca”<sup>11</sup>, según recuerda Mónica Echeverría.

“Realizadas por primera vez elecciones municipales en la comuna de La Reina en 1967, resultaron regidores los señores Fernando Castillo Velasco, Carlos Dupré Silva, María Victoria

Román de Sepúlveda, Caracciolo González Leyton y Daniel Bustos. Esta Municipalidad designó nuevamente alcalde a don Fernando Castillo Velasco (quien había reemplazado en primera instancia a Oscar Castro Vergara)”<sup>12</sup>.

“Para local municipal fueron destinados los edificios y terrenos del Estadio Municipal de Ñuñoa, que habían sido adquiridos en 1943 a don Carlos Ossandón Guzmán, ubicados en calle Echeñique esquina Loreley. El artículo 3 de la ley que creó la comuna, ordenó la transferencia de dominio desde este predio a la nueva Municipalidad de la Reina, y allí estableció esta su sede”<sup>13</sup>.

Posteriormente, la comuna fue administrada por los siguientes ediles:

Oscar Castro Vergara	1963-1964
Fernando Castillo Velasco	1964-1968
Carlos Dupré Silva	1968-1972
Eduardo San Martín Barayon	1972-1973
Jorge Prieto Crawley - Boevey	1977-1981
Eduardo Esquivel Padilla	1981-1986
María Olivia Gazmuri	1986-1992
Fernando Castillo Velasco	1992-1993
Sandra Papic Domínguez	1993-1994
María Olivia Gazmuri	1994-1996
Fernando Castillo Velasco	1996-2000
Fernando Castillo Velasco	2000-2004
Luis Montt Dubournais	2004-2008
Luis Montt Dubournais	2008-2012
Raúl Donckaster Fernández	2012-2016
José Manuel Palacios Parra	2016-2020
José Manuel Palacios Parra	2020-2024

Como toda comuna que se precie de tal, La Reina posee un escudo de armas que mezcla la forma del de Santiago con un campo de plata y dos águilas negras que hacen referencia

### 3. El nacimiento de la nueva comuna

al escudo de los Larraín, como lo vimos anteriormente, antigua familia poseedora de una parte importante de los terrenos del sector. La utilización de este estandarte se decretó el 21 de marzo de 1988 y es utilizado en documentos y ceremonias oficiales<sup>14</sup>.

Anterior al escudo de armas es la constitución de un himno comunal. Para ello, se tomaron las letras de las marchas *Comuna La Reina* escritas en los primeros años de la década de 1970 por los vecinos Roberto Zúñiga Belauzaran y Luis Mella Toro y se transformaron hacia 1981 en el himno oficial de la comuna<sup>15</sup>. La belleza de la letra requiere su transcripción íntegra en tanto resume, en parte, aquellos elementos que hemos querido enaltecer en este relato.

#### **Himno Oficial**

##### I

Montañas majestuosas  
emblema de esta región  
brindan sus arboladas  
aire purificador

##### II

Comuna de La Reina  
huertos de frutos y flor  
La Reina de las comunas  
verde balcón soñador  
tienen tus calles  
luz y color  
contemplo tu embrujo  
mágico esplendor

##### III

Este rincón de Chile  
se levanta con amor  
trabajemos unidos  
por un mañana mejor

##### IV

Montañas de nieve  
con el frío invernal

se tiñen tus cumbres  
con el sol crepuscular  
Reina que tienes  
vida y amor  
hermosa comuna  
eterno fulgor <sup>16</sup>

**Letra: Roberto Zúñiga**

**Música: Luis Mella**

Podría decirse que La Reina sigue hoy rindiendo tributo a su pasado rural. Ello en el sentido de que aún cuenta con importantes áreas verdes, la imponente cordillera como telón de fondo y con un estilo de urbanización que, pese a las presiones inmobiliarias, mantiene variados sectores con carácter residencial, como residenciales siguen siendo los barrios donde vivieron los Parra Sandoval, los Neruda y los De Rokha, vidas que abordaremos más adelante.

## **LA VILLA LA REINA**

Sin lugar a dudas, la constitución de la Villa La Reina merecía un lugar aparte dentro de este relato. Cargada de una particular historia, el lugar es representante del proyecto integrador que originó la comuna y le da vitalidad a ese deseo de convivencia y solidaridad que se busca potenciar.

Villa La Reina significó, y lo sigue haciendo, ciertos principios que para la década del 60 tenían bastante fuerza en la sociedad chilena: justicia social, integración, organización popular y desarrollo, según plantea la investigadora Francisca Márquez<sup>17</sup>. Además de presentarse como un modelo y referente único que surge “de la cooperación del Estado, la municipalidad y, fundamentalmente, los comités de pobladores ‘sin casa’ de La Reina, quienes coincidieron en la edificación de nada menos que 1.592 viviendas básicas de 36 mt<sup>2</sup>, urbanizando en

### 3. El nacimiento de la nueva comuna

no más de cinco años cerca de cuarenta hectáreas de predios agrícolas<sup>18</sup>.

Pero las historias de cómo familias más populares llegaron a la comuna tiene un determinado contexto que venía también de años más pretéritos. Pues no es que las personas del bajo pueblo llegasen recién a la comuna con la construcción de la villa, sino que siempre estuvieron aquí. Representados en los peones que desempeñaban labores en los fundos, en las mujeres que trabajaban en las casas de los hacendados, y en cada habitante de esta zona que —puede decirse— parecía ser una fotografía social y económica de todo el país:

“El proyecto, sin embargo, deberá vérselas con la heterogeneidad de los residentes de la comuna: gente acomodada que vive en parcelas; una clase media que lo hace en viviendas construidas por las Cajas de Previsión; y pobladoras que ocupan asentamientos precarios a lo largo del canal San Carlos, en las llamadas poblaciones *callampas*, y trabajan en las inmediaciones”<sup>19</sup>.

Dada esta relevancia, vale la pena preguntar cómo entender los fundamentos de este proyecto. Para ello, es necesario ir a la segunda mitad del siglo XX en la historia de Santiago, cuando el tema habitacional era un problema mayor para los gobiernos de turno, debido a la gran cantidad de personas que habían llegado a la ciudad buscando mejorar su calidad de vida. “Eran tiempos en los que la población del Gran Santiago crecía estrepitosamente: superaba los dos millones de habitantes. Con la llegada a la capital de campesinos empobrecidos en busca de un trabajo y un mejor vivir, la precariedad habitacional aumentó. En 1966, el 12% de la población de Santiago vivía en conventillos”<sup>20</sup>. La emergencia de la situación de los sin casa provocó que lentamente fueran organizándose para exigir o dar solución a sus problemas, ya sea desde la demanda al Estado o a través de la toma de terrenos baldíos.

La comuna de La Reina no fue ajena a este fenómeno, el investigador Ignacio Ayala plantea que múltiples familias se

arrancharon “en las orillas del canal San Carlos, en la quebrada de Ramón y en los terrenos baldíos, sin cerco ni edificación”<sup>21</sup>, para instalar ahí sus caseríos contruidos con ramas, maderas, cartones y todo tipo de materiales livianos.

Ante esta problemática, las autoridades resolvieron entregar un crédito a la municipalidad para que comprara una parte del antiguo “Fundo La Reina”, que se venía loteando desde 1940, para que se construyeran ahí las viviendas de todos aquellos sin hogar<sup>22</sup>.

El fundo era un lugar céntrico en la vida de las familias que vivían en La Reina y, en los recuerdos de numerosos vecinos aún están vivas sus imágenes, porque sus caminos y bosques de eucaliptos los acompañaban en su tránsito “al bajo”, que en esa época era la Plaza Egaña. A ese llegaban muchos pequeños propietarios de chacras para vender o comprar productos, transformándose en un punto neurálgico de la comuna<sup>23</sup>.

Pero ojo, esta solución no respondió únicamente a la proactividad institucional, sino que fue la capacidad organizativa de los mismos pobladores la que interpeló e hizo entender el carácter de urgencia que la situación ameritaba. Como cuenta Mónica Echeverría, en los días en que había que buscar una solución rápida a la situación de los pobladores que de un modo u otro habían llegado a la comuna, su esposo Fernando Castillo Velasco se encontró con una multitud que pedía respuesta. “Recién salido alcalde, cuando asumí Frei Montalva, le digo: ‘Fernando, la casa está rodeada de mucha gente. Están en silencio afuera’. Y sale a conversar con esa muchedumbre. Era gente que vivía a la orilla del canal San Carlos y habían levantado mediaguas con la nada (...) Habían sido amenazados por el exalcalde de expulsión por ser un antro de mugre. Venían a rogarle a Fernando que no los echara”<sup>24</sup>. Y Castillo Velasco les dijo: “Yo voy a parar esto. Ustedes no van a ser expulsados. Pero los tenemos que trasladar. Entre todos, conmigo, ustedes van a hacer sus futuras casas”<sup>25</sup>. Y así nació la Villa La Reina.

### 3. El nacimiento de la nueva comuna

Hasta el momento la historia de la Villa La Reina no tendría mayor diferencia con la experiencia de otras poblaciones del país. Sin embargo, lo que le da ese sello de pionera a nivel nacional son las siguientes particularidades: 1) El proyecto se llevó a cabo conjuntamente entre los futuros pobladores y la Municipalidad, y 2) serían los mismos y pobladores quienes fabricarían sus viviendas, dando origen a uno de los primeros y más ambiciosos proyectos de autoconstrucción existente en toda la historia de Chile. Por primera vez “los pobladores marginales eran convocados a participar activamente en la política de vivienda, estableciéndose así un estrecho vínculo entre vida asociativa comunitaria y vida política. De esta manera, la política de vivienda lograba responder y canalizar las reivindicaciones de los marginales pero, por sobre todo, lograba integrarlos institucionalmente al desarrollo de la ciudad”<sup>26</sup>.

En una época en la que se respiraban vientos de cambio y la solidaridad entre trabajadores y personas de la misma clase reinaba entre las relaciones sociales, este proyecto dio un impulso a la integración social en un sector que históricamente fue residencia de las clases más acomodadas. Artífice de este proceso fue Fernando Castillo Velasco, alcalde y connotado arquitecto, quien materializa en la construcción de la villa su propia visión de mundo, es decir, una sociedad en la que los grupos sociales se entrelacen integradora y solidariamente. Se buscaba así romper con la tradicional segregación de espacios para ricos y espacios para pobres. Tal como plantea Márquez:

“Villa La Reina responde, sobre todo, a un anhelo de la época de pensar las políticas habitacionales de manera articulada a la planificación urbana y a una ciudad más amable, capaz de contener en sí misma los principios de una sociedad que convive bien, que tiene vida comunitaria. El proyecto del diseño urbano de Villa La Reina, en el que solo hay cuatro arterias principales que desembocan en la avenida Larraín, y unos pasajes que dan a esquinas formando pequeñas plazoletas, refleja claramente su objetivo (Castillo Velasco, 1981). La preocupación por la recuperación de los espacios públicos está a la base

del hecho de pensar el diseño urbano, y ciertamente también de Villa La Reina. ‘La ciudad necesita hoy un lugar intermedio entre el espacio privado y el público’<sup>27</sup>, dirá Castillo Velasco.

La imagen de don Fernando es indispensable para entender el origen de la villa. Su proyecto se ideó bajo los parámetros de solidaridad e integración, para ello no solo dispuso de sus conocimientos de arquitectura, sino que tomó un rol activo en la organización misma de las construcciones. Según nos contó su esposa, doña Mónica Echeverría, “todos los viernes o sábados en la mañana partíamos al lugar y ahí hacíamos unas cazuelas grandes y comenzábamos a trabajar, a hacer los hoyos donde iban a ir las casas más tarde, a hacer los ladrillos, o sea, no solo hicieron su trabajo sino que aprendieron, fue como estar en una escuela”<sup>28</sup>.

Finalmente, durante el “día viernes 5 de agosto de 1966, cuando se colocó la primera piedra en la esquina de Quinchamalí con Avenida Larraín”<sup>29</sup>, comenzó a construirse la epopeya comunitaria.

Es importante señalar que cada casa fue construida por los pobladores que se organizaron en comités para trabajar los sábados y domingos, días que iban a los terrenos a emparejar, cortar malezas, cavar y levantar una por una cada construcción sin saber a quién finalmente le pertenecería. De esta forma, se empezó a formar un sentimiento de unidad y solidaridad entre vecinos que compartían un pasado y querían construir un futuro en común:

“No asignaba las casas a las familias hasta que la construcción no estuviese finalizada. Ello permitía garantizar la unidad de la organización, minimizar conflictos y disminuir las deserciones. [...] Un sistema donde nadie sabía de quién era la casa para la cual estaba trabajando. La distribución de las viviendas no se realizaba hasta no estar terminadas las instalaciones. Si un comité de familias lograba avanzar en un sector, luego se trasladaba a otro a ayudar. No se trabajaba para sí mismo, sino para todos”<sup>30</sup>.

### 3. El nacimiento de la nueva comuna

Dicho sentimiento es reafirmado en el estudio de Francisca Márquez al señalar que “la estricta organización de los pobladores permitía distribuir tareas, turnos y medición del tiempo de trabajo en puntos; estos se acumulaban hasta completar el puntaje requerido para la obtención de una vivienda. La unidad de cuenta era el trabajo; el dinero, en cambio, tenía una injerencia menor”<sup>31</sup>.

“Fue una batalla. Todos los sábados y domingo yo partía con los niños y con Fernando a ayudar, a que continuaran su trabajo, que duró dos años. Mis hijos mayores participaban haciendo ladrillos, poniendo los vidrios”<sup>32</sup>, relata Mónica Echeverría.

Fue hacia 1970 que se terminó de construir la primera etapa del proyecto, cada familia recibió su casa con la obra gruesa terminada, cumpliendo así un sueño que años atrás parecía tan lejano, aquellos días y noches viviendo al costado de riachuelos y con techumbres que nada protegían, finalmente, habían quedado en el pasado y la casa propia era una realidad construida a punta del esfuerzo de cada poblador. Y no solo el espacio íntimo de la casa, sino la villa en su conjunto, fue pensada para fortalecer los vínculos sociales, “donde solo hay cuatro arterias principales que desembocan en Avenida Larraín y pasajes zigzagueantes que dan esquinas que forman plazoletas, buscan facilitar la vida comunitaria. La preocupación por la recuperación de los espacios públicos responde a la necesidad de lugares intermedios entre el espacio privado y el público”<sup>33</sup>.

Posteriormente se dio inicio a la segunda etapa de construcción, en este periodo se disolvió, en parte, aquel trabajo comunitario y cada familia comenzó a autoconstruir su propia casa, esto se debe, principalmente, a la polarización política que atravesó a la sociedad chilena durante esos años. A esta etapa Ignacio Ayala la ha denominado proceso de *individualización*. Además, el interés que despertó en aquellas familias “sin casa” pero que no estaban en la planificación original modifica el paisaje y da pie a un modo diferente de habitar, pasando de uno a seis proyectos habitacionales.

Es la trayectoria singular la que marcó la historia de los vecinos y vecinas de las poblaciones Roberto Valladares –antigua Población Nueva Puerto Montt–, Las Moradas, Cordillera, Oscar Bonilla o Danilo Vicencio. Todos ellos tuvieron un anhelo similar a quienes se integraron en Villa La Reina: encontrar un lugar en la ciudad para construir una vivienda. Algo que lograron, pero en un proceso diferente al de la autoconstrucción: “Las familias que participaron de una toma y quienes accedieron a predios sin obras de urbanización mínima, tuvieron que esperar varios inviernos para concretar el anhelo de la casa propia”<sup>34</sup>.

Durante estos años la construcción fue más lenta, pero jamás se detuvo, cada familia dobló sus esfuerzos para terminar de construir sus casas. Tendencia que se acrecentó después del golpe militar el 11 de septiembre de 1973, ya que el miedo y las desconfianzas se apoderaron de la villa, resquebrajando los vínculos sociales formados con anterioridad: “Se paraliza el programa, se entregan las últimas viviendas, se cierran las empresas de trabajadores y se prohíben las organizaciones. [...] La gran mayoría de los pobladores opta por recluírse en sus hogares y continuar solitariamente la construcción de sus viviendas”<sup>35</sup>.

Entremedio de rumores de desalojo, allanamientos, persecuciones y protestas, los pobladores sobrellevaron su vida durante la dictadura pasando por momentos en el que las desconfianzas quedaban de lado debido a la necesidad, ejemplo de esto fue la organización de ollas comunes durante la década de 1980<sup>36</sup>.

De hecho, se cuenta que uno de los momentos más álgidos por el que pasaron los pobladores “fue cuando el alcalde designado, el coronel Ricardo Contreras Rueda, [les amenazó] con desalojar las casas si no cancelaban el valor real o no se presentaban los títulos de dominio en regla”<sup>37</sup>. La amenaza activó a la comunidad en la rápida solución, en la que incluso intervinieron el expresidente Eduardo Frei Montalva y el propio Fernando Castillo Velasco.

### 3. El nacimiento de la nueva comuna

Desde la vuelta de la democracia, la Villa La Reina entró en un proceso de desapego vecinal y comunal, acorde al individualismo que ha campeado en la sociedad chilena en los 80 y 90. Aquellas relaciones de solidaridad construidas en su momento hoy no son más que un entrañable recuerdo, salvo por la presencia de algunas organizaciones sociales como la relevante Agrupación Violeta Parra y otras. Asimismo, la presencia de colectivos juveniles ha revitalizado y revalorizado la memoria histórica dando inicio a un lento proceso de identificación y amor por la población que nunca debió perderse. La gestión de grupos artísticos es una muestra viva de que ese pasado no está enterrado, además, y como no podía ser de otra manera, siguen demostrando que esta zona posee un marcado interés por la producción artística y cultural. Una obra de teatro que rememoró la gesta originaria es el mejor testimonio de que esta sigue vigente en un país que continúa, no obstante su pretendida modernidad, floreciente de campamentos, allegados y de personas, en definitiva, sin casa.

► Fernando Castillo Velasco, apoyando la autoconstrucción en la Villa La Reina.



## FERNANDO CASTILLO VELASCO

Pero volvamos a la historia de una figura señera de estas tierras. Es imposible hacer referencia a la historia de la comuna de La Reina, o de sus personajes relevantes, sin recordar el paso por estas de Fernando Castillo Velasco. Como lo señalamos anteriormente, este Premio Nacional de Arquitectura y por cuatro periodos alcalde de la comuna, pertenecía a una familia que por años había estado vinculada a estas tierras. Su padre, Eduardo Castillo Urizar, conoció a la familia Arrieta y así como varios descendientes de esta última familia fueron alcaldes en una Ñuñoa que aún incorporaba a La Reina, los Castillo Velasco también serían las máximas autoridades locales, Eduardo Castillo Velasco en Ñuñoa y Fernando Castillo Velasco en lo que después sería La Reina.

Los mismos Arrieta cuentan que cuando joven Fernando Castillo era bien revoltoso y que, por ejemplo, venía a la casona de los Arrieta, en los altos de la avenida que lleva su nombre, y se paseaba y escondía en la vieja casona. Una vez habría tomado “prestado” uno de los autos de los adultos, lo que desató las iras de estos.

Al hombre le gustaba manejar, porque también cuenta Mónica Echeverría que, dado que por la comuna pasaba el tranvía número 33, Fernando Castillo se iba en ese tranvía al Liceo Alemán y el conductor a veces lo llevaba con él y lo dejaba hasta manejarlo. “Llegaba al colegio cansado y, por supuesto, hacía la cimarra”<sup>38</sup>, cuenta entre risas quien fuera su esposa.

Como decíamos anteriormente, la madre de Fernando Castillo, Elena Velasco, también fue un personaje ilustre de la vida reinina, porque gracias a ella una institución de renombre como la Cruz Roja se instaló en lo que entonces era Ñuñoa, en la casona Maroto, donde funcionó por muchos años. Para lograr aquello, como vimos, habría vendido algunos de los amplios terrenos que poseía en las cercanías.

### 3. El nacimiento de la nueva comuna

Valga decir que –como relata Mónica Echeverría en la revista comunal *La Reina de Corazones*– ellos llegaron en 1946 a la comuna y lo hicieron a “una chacra enorme, ubicada en la Avenida Ossa 659”<sup>39</sup>.

Justamente en parte de los terrenos que la familia poseía en esta parte de la comuna, Fernando Castillo levantaría años más tarde, después del golpe cívico-militar, aunque se proyectó mucho antes, la conocida Villa Michita (apodo de su madre), que buscaba albergar a exponentes del movimiento reformista de la Universidad Católica, casa de estudios donde él había sido rector. Esas particulares construcciones terminaron albergando a conspicuas personalidades opositoras al régimen.

Según cuenta Mónica Echeverría, “Fernando había pasado la infancia entera en esta quinta, con montones de animalitos, chanchos, conejos, perros, pájaros. Para él era el edén”. En ese tiempo, cuando ya se casaron, vivieron con los hermanos de Fernando, entre ellos Jaime Castillo Velasco. “Los tres hijos mayores se criaron totalmente metidos en esa quinta”, acota.

Agrega que cuando comenzó a irle mejor como arquitecto edificó una casita en calle Simón Bolívar que daba por la parte de atrás a la quinta. Y fue la suegra, Elena Velasco, quien les pidió que les dejaran esa casa más pequeña y se fueran a la casa más grande, donde nacieron dos de sus hijos. Y allí estuvieron hasta el golpe de Estado.

Relata que una de las motivaciones de construir la Villa Michita fue porque esos terrenos corrían peligro de ser tomados en los tiempos de la Unidad Popular y Fernando Castillo dijo que la mejor solución era “hacer una comunidad”. Entonces se combinó esta idea de poblar el terreno con varios propietarios, bajo un concepto de comunidad y además hacerlo con personas con las que compartía valores y principios.

Pero hablar de Fernando Castillo Velasco es mucho más que hablar de La Reina, porque él fue impulsor de un estilo arquitectónico que buscaba congeniar el desarrollo comunitario con los espacios que el hombre destina al hogar y a la

habitación. Por ejemplo, su visión era que esos departamentos tan pequeños que se entregan a poblaciones de menores recursos afectarían la convivencia familiar y barrial, entre otras cosas porque haría que los jóvenes salieran a buscar fuera del hogar los espacios que no encontraban en esas pequeñas dependencias. Dicho y hecho.

Los particulares estilos arquitectónicos creados por él —que recordemos estuvo a punto de convertirse en ministro de Vivienda del expresidente Allende— siempre incorporaban una dimensión comunitaria, que potenciaba los espacios comunes, sin renunciar al nido familiar. Prueba de ello son la famosa Villa Portales o las Torres de Tajamar. Y su hijo, Cristián Castillo, ha seguido su senda y logró, por ello, también el Premio Nacional de Arquitectura, en el año 2024.

Sin embargo, por circunstancias históricas y hasta políticas, fue la Villa La Reina uno de los hitos urbanísticos clave del sector oriente de Santiago que a Fernando Castillo le tocó en primera instancia enfrentar y, en segunda, potenciar.

Ciertamente se trató de una decisión que marcó para siempre un amplio sector de una comuna considerada de “clase alta” y que albergaba a un importante grupo de familias modestas que levantaron con sus propias manos las casas para sus familias, un esfuerzo de integración social poco visto en el Chile de ese entonces y mucho menos en el actual, donde la segregación es la orden del día.

Por cierto, los descendientes de esa gesta no olvidarán nunca la figura del exalcalde. Ni tampoco lo hará la familia Parra, dado que Fernando Castillo, como se sabe, tuvo el privilegio de conocer a Violeta y de facilitarle decisivamente su instalación en estos territorios.

“Violeta buscaba desesperadamente un sitio eriazo donde poder ubicarla, pero ningún alcalde se entusiasmó con la idea. Un día, caminando, encontramos un sector del Parque La Quintrala que estaba despejado. Un claro rodeado de eucaliptos y encinas que a Violeta le fascinaron. Se lo regalé. Ella

### 3. El nacimiento de la nueva comuna

estaba muy agradecida”, dijo Castillo al recordar ese encuentro tan conocido.

Como la mayoría de los chilenos, el arquitecto expresaría también su arrepentimiento por no haber hecho más en su momento por la suerte de Violeta y su proyecto en La Reina. “Tal vez la dejé demasiado solita en una empresa en la que puso tanto empeño y, bueno, no resultó. Pasadas las cosas, uno se arrepiente. En fin”, recordó hace pocos años el fallecido alcalde.

Después de la muerte de la cantautora, ocurrida el 5 de febrero de 1967, muchos de los objetos que estaban en la carpa fueron repartidos entre su familia. Y solo un año después, en 1968, la Universidad Católica con su rector, justamente Fernando Castillo Velasco, organizó el primer homenaje póstumo a la artista. El arquitecto eligió a la actriz Sonia Fuchs como encargada de montar las famosas arpilleras de Parra en la Casa Central de la UC.

También facilitó los estudios de la universidad para que Nicanor Parra realizara un emotivo recital poético, en que su hermano ensalzó como tantas veces lo había hecho la obra de su hermana menor.

Más adelante hablaremos en extenso de la vida de tan connotadas personalidades de la intelectualidad y el arte chileno en su paso y estadía por la comuna de La Reina.

Pero Fernando Castillo no solo fue de los pocos que captó lo que significaba la presencia de Violeta Parra en la comuna, sino que siempre motivó y apoyó a los artistas que buscaban espacios para expresar su arte.

Otro ejemplo, mucho más contemporáneo de ello, fue que él facilitó los terrenos en el sector de lo que hoy conocemos como Parque Mahuida, al pie de la cordillera reinina para que el destacado escultor Roberto Pohlhammer instalara su notable taller de escultura en madera, cuya herencia aún continuaba desarrollándose en la comuna.

## NOTAS

- 1 Mónica Echeverría, entrevista personal, diciembre 2013.
- 2 Mónica Echeverría, entrevista en revista *La Reina de Corazones*, N°4, noviembre 2014, p. 5
- 3 Mónica Echeverría, entrevista personal, diciembre 2013.
- 4 Raúl Donckaster, exalcalde de La Reina, entrevista personal, noviembre 2013.
- 5 *Ibíd.*
- 6 *Ibíd.*
- 7 León Echaiz, *Ñuñohue*, Editorial Francisco de Aguirre, 1972, p. 223.
- 8 Raúl Donckaster, exalcalde de La Reina, entrevista personal, noviembre 2013.
- 9 *Ibíd.*
- 10 René León Echaiz, *Ñuñohue*, Editorial Francisco de Aguirre, 1972, p. 224.
- 11 Mónica Echeverría, entrevista personal, diciembre 2013.
- 12 René León Echaiz, *ibíd.*, p. 225.
- 13 *Ibíd.*
- 14 <http://www.lareina.cl/index.php/nuestra-comuna/nuestra-comuna/escudo>, junio 2015.
- 15 <http://www.conapyme.cl/directorio/zuniga.php>, junio 2015.
- 16 <http://www.lareina.cl/index.php/nuestra-comuna/nuestra-comuna/himno>, junio 2015.
- 17 Francisca Márquez, *Relatos de una Ciudad Trizada*, Ocho libros Editores, 2017, p. 190.
- 18 MINVU, Historia de un Sueño que Construye Barrio. Unidad Vecinal n°13, Villa La Reina, 2018, p. 22.
- 19 Francisca Márquez, *Relatos de una Ciudad Trizada*. Ocho libros Editores, 2017, p. 192.
- 20 Francisca Márquez, Resistencia y sumisión en sociedades urbanas y desiguales: poblaciones, villas y barrios populares en Chile. En Zicarddi (comp). Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social: Los retos de las políticas sociales de las ciudades latinoamericanas del siglo XX. Clacso, 2008, p. 353.
- 21 Ignacio Ayala, Pobladores de Villa La Reina. Constructores de su Población, Artificios de su Historia. 2008. Versión web.
- 22 *Ibíd.*
- 23 MINVU, “Historia de un Sueño que Construye Barrio. Unidad Vecinal n°13, Villa La Reina”. 2018. p. 23.
- 24 Mónica Echeverría, entrevista en revista *La Reina de Corazones*, N°4, noviembre 2014, p. 6.
- 25 *Ibíd.*
- 26 Márquez, *Ibíd.*, p. 354.
- 27 Márquez, *Ibíd.*, p. 356.
- 28 Mónica Echeverría, entrevista personal, diciembre 2013.
- 29 Belén Meneses, *Rescatando la memoria de Villa La Reina*, 2016, p. 21.

### 3. El nacimiento de la nueva comuna

- 30 Francisca Márquez, *Relatos de una Ciudad Trizada*. Ocho libros Editores, 2017, p. 197.
- 31 Márquez, *Ibíd.*, p. 356-357.
- 32 Mónica Echeverría, entrevista en revista *La Reina de Corazones*, N°4, noviembre 2014, p. 6
- 33 Francisca Márquez, *Relatos de una Ciudad Trizada*. Ocho libros Editores. 2017. p. 193.
- 34 MINVU, Historia de un Sueño que Construye Barrio. Unidad Vecinal n°13, Villa La Reina, 2018, pp. 39-43.
- 35 Francisca Márquez, *Relatos de una Ciudad Trizada*. Ocho libros Editores, 2017, p. 198.
- 36 Ver Ayala, Pobladores de Villa La Reina. Constructores de su Población, Artificios de su Historia, 2008. Capítulo 4. 11 de septiembre de 1973. Últimos días de la Autoconstrucción.
- 37 Belén Meneses, *Rescatando la memoria de Villa La Reina*, 2016, p. 22.
- 38 Mónica Echeverría, entrevista en revista *La Reina de Corazones*, N°4, noviembre 2014, p. 5
- 39 *Ibíd.*, p. 4.

## 4.

### LA LLEGADA DE LAS GRANDES FIGURAS: VIOLETA Y LOS PARRA SANDOVAL, DE ROKHA Y NERUDA

La comuna de la Reina, antes Ñuñoa, tiene el privilegio de haber recibido en momentos muy definitorios de su vida, nada menos a que a la familia Parra Sandoval y a su más destacada exponente, Violeta Parra, sin que podamos olvidar, por cierto, a un residente aún más permanente que ella en estas tierras, su hermano mayor, Nicanor.

Y Violeta no solo murió en este territorio, que es lo más conocido, luego de que tratara de llevar a cabo infructuosamente su proyecto de Universidad de Folklore, en la carpa que instaló en el sector de La Cañada, en lo que hoy es el condominio La Quintrala. Su familia casi completa, incluidos su premiado hermano y sus destacados hijos, los Parra en pleno, vivieron en un terreno que hoy cuida sagradamente el colegio Rubén Darío, en calle Paula Jaraquemada, reivindicando –como veremos más adelante– la historia del lugar. Una serie de hermosos diseños, que honran a quien fuera no solo una destacadísima folklorista, sino también una artista que incursionó en numerosas disciplinas, lucen hoy en la fachada de parte de esos terrenos. Hasta hace poco solo una pieza y sus muros quedaban en lo que hoy son dependencias adyacentes al citado colegio, pero que el terremoto del año 2010 se encargó de terminar de echar abajo.

Parece haber una cierta complicidad tanto de familiares como de quienes han heredado parte de estas riquezas culturales por, en realidad, no hacer demasiado alarde de las que

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

fueron o son las propiedades de la familia Parra Sandoval y de Violeta Parra, en particular. Es una manera de cuidarlas, lógicamente, y la familia es justificadamente celosa de aquello. Es una decisión que probablemente tiene que ver con que ellos quizá decidieron concentrar en el museo Violeta Parra todo lo concerniente a su vida, dejando el resto de los patrimonios familiares en un premeditado anonimato. Esperamos con este relato no afectar esa legítima decisión familiar. Sin embargo, como veremos, también parece existir alguna decisión en torno a retomar la actividad artística en dichos espacios.

Como se sabe, uno de los hermanos más conocidos hoy, Nicanor, fue de los primeros que encontraron en La Reina, antes de que fuese tal, un lugar para la creación y la reflexión. El hermano mayor de la familia y tutor de Violeta, que a diferencia de sus hermanos contaba con ingresos más estables producto de su trabajo como docente e inspector en establecimientos educacionales de renombre como el INBA –y que ya había vivido en estas tierras como pasaremos a relatar–, compró posteriormente unos terrenos ubicados en lo que hoy es la calle Julia Bernstein. La residencia fue “la casa de Nicanor en Santiago”, cuando este venía de Las Cruces, donde residió hace algunos años e incluso celebró sus 100 años de vida, con una serie de actos culturales desarrollados en esta zona del litoral central chileno.

Su casa en Las Cruces –balneario que otrora fuera centro de una interesante actividad cultural–, es amplia, pero sencilla, con una hermosa vista al mar y que es frecuentemente visitada por sus hijos y sobrinos, entre ellos Ángel, hijo de Violeta y la hija de este, Javiera Parra. Junto con la casa –hoy casa museo– de Vicente Huidobro en Cartagena (y su hermosa cripta sellada con la frase “*al fondo de esta tumba se ve el mar*” arriba de un cerro); y la famosa casa de Pablo Neruda en Isla Negra, conforman lo que se ha denominado el “Litoral de los Poetas”. Una triada difícil de igualar para quienes buscan proyectar el legado de estos grandes de la literatura y la poesía chilena.

Nicanor, el mayor de los hermanos de una familia que había visto perder tempranamente a su padre —con una madre, Clarisa Sandoval, a la cual aún no se le ha rendido todo el homenaje que se le debería, sola y con siete hijos a cuestas—, era quien trataba de conducir, junto a algunos de sus hermanos, los destinos de la familia y particularmente velar por que sus hermanos menores, incluida Violeta, se educaran. Estamos hablando de los años 20 o 30, donde la educación y la vivienda eran el privilegio de muy pocos y la alimentación era algo que se ganaba —literalmente— día a día.

No vamos a agotar acá las penurias que vivió la familia Parra Sandoval para llegar hasta lo que fue y es hoy. Sí puede decirse que la familia corrió la suerte de muchos chilenos comunes y corrientes, que nacieron y vivieron “en provincia” —en este caso San Carlos, cerca de Chillán— y después se trasladaron a la capital en búsqueda de un sustento más estable y una mejor vida.

La verdad es que ellos, como buenos artistas en Chile, nunca han dejado de ganarse el pan “a punta de canciones”, lo que podríamos decir, ocurre hasta el día de hoy. La familia tiene un dicho divertido: así como suele decirse que hay personas “ricas y famosas”, ellos son “pobres y famosos”. Es decir, gozan de un tremendo prestigio y respeto entre los chilenos, pero deben permanentemente mantenerse con lo que saben hacer: cantar e interpretar música.

Pero volvamos a los Parra de los años 20. Los barrios Matucana, Mapocho y Estación Central se repiten en muchas historias de esos tiempos, tal como en el caso de ellos. El texto “La Comunidad Perdida” del sociólogo José Bengoa<sup>1</sup>, es uno de los documentos más claros para explicar este fenómeno tan marcado de la historia social chilena donde el eje central de historia nacional está señalado por la dura vida de la hacienda, del peón de fundo (que denuncia Violeta al relatar la vida de su abuelo), del Chile profundo de la geografía central del país, que después pasa a buscar mejores destinos en la capital. Desde allí se definió lo que es Chile hoy, sostiene él. Para qué hablar

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

de la importancia que tuvieron posteriormente los barrios Matucana y Estación Central, que confluían a la bajada misma del tren, tan fielmente retratados en *El Roto* de Joaquín Edwards Bello<sup>2</sup>. Eran barrios con muchos lugares de juerga, donde el cuchillazo o las violaciones estaban a la orden día, como lo relata con viveza, y hasta dramatismo, la propia Violeta en sus escritos y canciones.

Y una muestra de cómo las historias pueden hilarse en aquellos años es que de algún modo la familia del expresidente Arturo Alessandri Palma —el mismo que visitaba las dependencias de los Arrieta, en La Reina, en los años 20— colaboró indirectamente para que la matriarca de los Parra, Clarisa Sandoval Navarrete, pudiera —una vez en Santiago— mantener a duras penas a sus hijos. Según comenta Fernando Sáez, en su publicación *La Vida Intranquila. Violeta Parra, biografía esencial*, tanto Nicanor como su madre Clarisa se vieron algo beneficiados por la familia del exmandatario.

“Por dos circunstancias felices obtiene don Nicanor una plaza como profesor primario del Ejército. Una es su condición de simpatizante del Partido Radical y la otra, las influencias de doña Rosa Ester Rodríguez, esposa del presidente recién elegido (Alessandri), para quien doña Clarisa hacía trabajos de costura”<sup>3</sup>, cita Sáez. Digamos que este es un dato anecdótico en todo caso porque como se sabe Nicanor abjuró de cualquier posición política y en general, la familia Parra siempre renegó de “pitucos” y de posiciones conservadoras.

Y en muy distintos lugares residieron los Parra en su ir y venir por Chile. Para Violeta, en particular, se trataron de casas que ella ocupaba o más bien donde “estacionaba” a sus hijos, con el apoyo de sus hermanos, porque la vida de ella era recorrer Chile en búsqueda de sus tesoros folklóricos, además de varios países europeos, como Francia (donde sabemos llegó a exponer en el Museo del Louvre sus pinturas y arpilleras), España, Suiza; y países vecinos como Argentina o Bolivia. En un momento de su vida, especialmente al final, su existencia fue

un torbellino de viajes y giras por Chile y el mundo que hacían que esta destacada vecina de una naciente comuna de La Reina en realidad pasara poco tiempo por estas tierras. Sí lo hizo con más estabilidad en sus últimos años, luego de su regreso de Europa, en 1965, cuando llegó a instalar su famosa carpa con vista a la cordillera en estas tierras y de la cual la sacaron sin vida un caluroso 5 de febrero de 1967. Y también lo hizo antes, como veremos, cuando residió junto a sus hermanos en lo que hoy llamamos La Reina Baja, en calle Paula Jaraquemada.

Y tener casa en esos años no era como ahora que mal que mal, subsidios más, subsidios menos, puede –tras varios años de esfuerzo– eventualmente conseguirse. Era mucho más difícil y familias numerosas frecuentemente deambulaban como allegados de familiares o arrendando precariamente donde podían. En el caso de los Parra Sandoval esto queda bien reflejado en las descripciones que hace al respecto Ángel Parra, el hijo hombre de Violeta y también eximio músico, en su *Violeta se fue a los cielos*<sup>4</sup>. Ello además de la concienzuda descripción que hace, en primera persona, Mónica Echeverría, –esposa del alcalde que dio cabida a la carpa de Violeta en estas tierras, Fernando Castillo Velasco–, en su notable *Yo Violeta*<sup>5</sup>.

Asimismo, una vez contando con el terreno, frecuentemente no mediaba la labor de profesionales de la construcción en el levantamiento de la vivienda, sino que era fruto del mero esfuerzo personal y de la familia del favorecido por ese pedazo de terreno. La autoconstrucción campeaba porque era la única forma de hacerse de una casa-habitación.

## **PAULA JARAQUEMADA Y LA CHACRA SAN CARLOS**

Pero La Reina, más que un lugar de tránsito en la agitada vida de Violeta, tuvo dos características específicas y esenciales: acá ella y sus hijos tuvieron su primera casa propia y que les permitiría, por fin, dejar de andar de tumbo en tumbo en casas

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

de familiares o de arrendatarios ocasionales. Y, segundo, acá fue donde Violeta quiso desarrollar uno de sus proyectos más queridos, en la cúspide de su carrera y reconocimiento, no sin una serie de dificultades por cierto (porque en realidad nunca tuvo el respaldo oficial que se merecía): su Universidad del Folklore, donde se impartirían clases y talleres de día y donde en la noche se compartirían tonadas y cuecas al compás de alimentos y bebidas chilenas.

Y esa casa donde Violeta por fin podía establecerse existe y se ubica en la hoy discreta calle Segovia de la comuna de La Reina. Como describe ella misma: “Yo vivo en la chacra San Carlos/ más arriba del canal/ si alguno quiere buscarme/ allí me puede encontrar”<sup>6</sup>. Su hijo Ángel tiene vivos recuerdos de sus andanzas en el barrio, que en ese entonces era un barrio no urbanizado, de partida sin agua potable ni luz eléctrica. No hacía mucho tiempo que el sector estaba constituido solo por campos y chacras y estos terrenos recién divididos eran parte de estas. La casa, que también ocupó por algún tiempo no menor su madre, sigue en manos de la familia, antes ocupada por Isabel Parra y hoy por Tita Parra, nieta de la eximia folklorista y también destacada intérprete y compositora. La nieta querida que Violeta llevó a su último viaje a Europa, al que pudo llevar a sus hijos Ángel e Isabel.

Como buena “gestora de mundos” que era –creadora de sus propias vivencias, andanzas y destinos–, Violeta, con la ayuda de su hermano Roberto y su excuñado Juan Cereceda (hermano de su primer marido, Luis Cereceda), que sabía mucho de gasfitería y construcción, levantaron a pulso y ñeque –como era su costumbre– tanto la casa como las instalaciones que se le fueron adosando, partiendo por el pozo séptico que tradicionalmente se hacía a falta de alcantarillado. Hoy es una casa que muestra una sencilla apariencia, pero que guarda uno de los tesoros culturales –en términos de vivencias y experiencias de vida de la embajadora cultural más importante del país– más preciados. A punta de manos de aceite de linaza, como destaca Ángel, la casa se conserva en perfecto estado. En ella, dicen que

tenía guardados, –a pesar de ser tan pequeña– el más estudioso de la familia, Nicanor, un montón de cajas de libros.

Allí Violeta tocaba guitarra con su madre, allí cosió sus conocidas arpilleras, allí compartió con su último gran amor, el antropólogo suizo Gilbert Favre.

Desde esta casa de La Reina, entonces Ñuñoa, Violeta compartiría con su hermano Nicanor y ellos con un Pablo Neruda o un Pablo de Rokha. Como veremos en algunos pasajes de esta publicación, estos monstruos de la cultura nacional se conocieron, interactuaron, se visitaron, en estas tierras de los Larraín. Eso dentro de los enormes mundos y vivencias de cada uno, cuya vorágine tampoco les permitía demasiado tiempo para la convivencia. Además que, como sabemos, los egos de cada uno –y así tiene que ser, cuando se trata de planetas en el firmamento–, tampoco permitían demasiada cercanía. Cada uno estaba en lo suyo, entregando al país su arte y creación. No tenían tiempo de ensalzar a otros. Simplemente era lo que había que hacer en un Chile que en los años 50 y 60 comenzó a bullir con las urgencias del cambio social.

Por ahora, tanto el lugar donde Violeta instaló su famosa carpa (que luce solo un modesto monolito colocado hace algunos años, por la gestión de algunos vecinos y la exconcejala Adriana Muñoz), como la casa que ella definió y sintió como “su casa”, tienen un manto de premeditada discreción que las

► Violeta y su madre Clarisa Sandoval, tocando guitarra en los pequeños terrenos de su casa de calle Segovia, en La Reina, 1959. Archivo Fundación Violeta Parra.



mantiene en la casi indiferencia vecinal. No obstante, como decíamos, se han ido dando algunas señales de reactivación, digamos de “reencuentro” de la familia, con una comuna que la verdad nunca trató demasiado bien a Violeta.

Pero veamos cómo se fue tejiendo esta historia que unió a una de las familias culturalmente más relevantes del país, los Parra Sandoval, y las tierras de la antigua Ñuñoa y hoy La Reina.

## LA PRIMERA CASA EN LA REINA

La casa definitiva de calle Segovia vino en realidad varios años después de que los Parra Sandoval vivieran en “patota”, como se diría entonces, en las cercanías de lo que hoy es el Colegio Rubén Darío de calle Paula Jaraquemada, muy cerca de Plaza Egaña.

Era una casa grande –una pequeña parcela más bien, porque tenía chacra y animales– que arrendaban Nicanor y su mujer Ana Troncoso, y donde llegaron no solo Violeta y su primer marido Luis Cereceda, sino también su hermano Eduardo y su mujer: las tres parejas y sus hijos. Cuentan que, sintiéndose como de vuelta en el campo, cuando Ñuñoa era solo parcelas de antiguos fundos, hicieron un horno de barro donde cocinaban como en su niñez muchos de sus alimentos. Era la segunda mitad de la década de los 40 –más o menos en 1946–, con una Violeta que bordeaba los 30 años, y cuando González Videla dicta la famosa Ley Maldita, la misma que hacía huir por los patios traseros de Michoacán, la casa de Delia del Carril y Pablo Neruda en La Reina, al vate.

Cuenta Ángel Parra que su padre Luis Cereceda, un riguroso militante comunista, había instalado al fondo de la casa de Paula Jaraquemada, bajo el parrón, un relieve de yeso con la imagen de Stalin, “de la misma manera con la que otros instalaban una de la virgen de Lourdes”<sup>7</sup>.

Y Violeta se las arregló para cantar en las cercanías de esta casa, en el Restaurant “No me Olvides”. Según vecinos que llevan casi 70 años en la comuna, en ese entonces, Ñuñoa, el citado restaurant quedaba ubicado al poniente de lo que hoy es Américo Vespucio, antes solo avenida Egaña, más o menos frente a calle Blest Gana. Y cerca quedaba la original “La Cholita” donde los huasos llegaban a beber y dejaban descansar sus caballos.

“¿A quién se le habrá ocurrido crear esta comunidad entre Nicanor Parra, su mujer, sus hijos y nosotros? No lo sé. Nicanor, destacado intelectual y matemático. Mi madre que buscaba su destino. Mi padre maquinista militante, mis tíos más jóvenes, cesantes, bohemios. Vista la situación desde la distancia me parece pertinente decir que los adultos de esa casa no tenían nada en común. Solo los apellidos. En calle Paula Jaraquemada, los hermanos de mi madre, Eduardo y Lautaro Parra vivían con nosotros en la misma casa o venían a vernos a menudo”<sup>8</sup>, cuenta Ángel, desentrañando secretos de esa casa. Recuerda él algunas batallas campales en los bandos en que se dividían los sobrinos, cuando jugaban a la guerra y las armas eran frutas y terrones.

“Ni con la mejor voluntad del mundo este grupo humano podría llegar a entenderse”<sup>9</sup>, confiesa Ángel, porque había “demasiados Parra”. Isabel Parra también caracteriza al grupo humano como una “comunidad inventada” por su tío Nicanor<sup>10</sup>.

Según precisa Fernando Sáez, Nicanor venía llegando de EE. UU. después de dos años becado en ese país cuando invitó a sus hermanos a vivir en lo que después sería La Reina. De hecho, existe una fotografía donde está él junto a uno de sus hijos en lo que puede considerarse el interior de la casa, a su regreso de sus estudios en el extranjero. “Era una casa grande, que había arrendado en la calle Paula Jaraquemada, en el barrio La Reina, en ese tiempo conformado por parcelas, de un claro aire campestre (...) en un terreno que tenía parrón y chacra y donde de inmediato nació la necesidad de construir

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

► Nicanor Parra y su hijo Alberto (“El Papuyo”) en su casa de Paula Jaraquemada 115, en La Reina, cuando regresaba de sus viajes de estudio en el exterior, 1952.

un horno de barro donde hacían pan y empanadas”<sup>11</sup>. Claro que Sáez habla solo de tres matrimonios conviviendo en el lugar (excluyendo a Lautaro Parra): Nicanor y su mujer, Ana Troncoso; Eduardo Parra y su mujer, y Violeta con Luis Cereceda.

Aunque es difícil dilucidar las fechas precisas de estos hechos, está claro que Nicanor hace dos viajes de estudios al exterior: uno entre 1943 y 1946, a Estados Unidos, y el otro entre 1949 y 1952, a Gran Bretaña. A su regreso de Europa sus hijos aún están en Paula Jaraquemada y tal como refiere Sáez,

Nicanor de regreso de su primer viaje a EE. UU., en 1946 invita a sus hermanos a vivir en La Reina, los deja instalados, “achoclonados” como a él le gustaba, en esa casa y se va esta vez a Europa (Inglaterra, a estudiar nada menos que cosmología). Es decir, Violeta y sus hermanos vivieron allí más o menos entre 1946 y 1952, unos seis años. Eso hasta que el ánimo de Violeta y las juergas de su marido, Luis Cereceda, ya no pudieron congeniar.

Hoy la casa que albergara a gran parte de los hermanos Parra, a instancias de Nicanor, de Paula Jaraquemada 115, debió ser demolida tras el terremoto de febrero del año 2010, porque resultó severamente dañada. En realidad, ya no



era una casa, sino algunos muros de adobe que constituían un par de habitaciones. En ellas, para orgullo de los niños involucrados, se impartía clases de música a los alumnos del Colegio Rubén Darío, pero tras el terremoto del 2010 el director del establecimiento tomó la determinación de demolerlo, porque constituía un peligro para los niños.

Actualmente el terreno es parte de un moderno gimnasio techado del establecimiento y su frontis está adornado con un gran mosaico de colores, que dice “gracias a la vida” y está compuesto con dibujos de las arpilleras de Violeta. En el frontis hay una sencilla fuente para que beban los pajaritos y pese a su hermosa ornamentación seguramente muchos vecinos del lugar ignoran que allí vivió no solo Violeta, sino que Nicanor y otros de los hermanos del gran clan Parra Sandoval.

Pero, como adelantábamos, los problemas entre Violeta y Cereceda se fueron acrecentando, hasta que se separaría de él, aburrida de sus constantes borracheras e infidelidades y con ello se terminaría la convivencia en el lugar con su hermano Nicanor.

En realidad, las borracheras y las infidelidades de los hombres en aquellos tiempos eran una cosa bastante “normal” y sinónimo de un esposo como el promedio, casi premiadas socialmente, actitudes que en general eran respondidas por las ofendidas esposas con algo de estoicismo. Sin embargo, Violeta, adelantada a su tiempo, no dudaba en poner fin a sus relaciones de pareja cuando no se sentía correspondida. Separarse era una cosa excepcional en aquellos años, pero no para Violeta.

Mónica Echeverría cuenta que esta disgregación familiar molestó a Nicanor, a quien le gustaba mantener a la familia “achoclonada”, y el hecho además coincidió con que su hermano Eduardo viajó a Argentina (donde posteriormente tendría una serie de problemas). Violeta sale de La Reina y se va a vivir con su madre a la calle Antofagasta, haciéndose esta última cargo de los pequeños Isabel y Ángel, mientras realizaba sus costuras.



► El mural que hoy adorna donde estaba la primera residencia de los Parra Sandoval en La Reina, en Paula Jaraquemada 115. Fue elaborado por los niños del colegio Rubén Darío, adyacente al lugar.

## LA EPOPEYA DE CALLE SEGOVIA

Esa fue parte de la vida de los Parra y en especial de Violeta, en aquellos años de principios de los 50. Después otros *ires* y *venires*, tras su separación de Luis Cereceda. Algunos años después, a mediados de los 50, se comenzaría a levantar la casa de calle Segovia, cerca de su hermano Nicanor ,que también se estaba instalando en La Reina (entonces Ñuñoa), en calle Julia Bernstein.

Tras el segundo marido de Violeta –el mueblista Luis Arce–, su último gran amor, el “gringo” Gilbert Favre, también viviría en las tierras de La Reina, cuando la imparable investigadora del folklore chileno lo dejaba cuidando a sus hijos en su “casa de palos” de la chacra San Carlos, hoy calle Segovia.

Y Rosita Clara, la fallecida hija de Violeta cuando ella estaba en su primer viaje a Europa, fue bautizada –cuenta Ángel– con Margot Loyola como madrina, en la entonces modesta

iglesia Santa Rita de Larraín con Vicente Pérez Rosales. De aquello deducimos que, en su corta vida, Rosita Clara también vivió en la casa de calle Segovia.

La famosa canción *Casamiento de Negros* y los derechos de autor que recibió por esta Violeta, de parte de productores norteamericanos, permitieron que ella pudiera tener el sueño, como se dice ahora, de “la casa propia”. Con esos dineros dio el pie para la compra de una casa prefabricada que instalaría en la chacra San Carlos, Manzana 14, sitio 22, calle Segovia.

“Mi madre nos dejó instalados, si se puede decir, y se fue de nuestra reciente propiedad. ‘Vuelvo mañana tempranito’. Recuerdo, había mucha zarzamora y maleza. Nosotros debíamos limpiar el terreno para comenzar la construcción”<sup>12</sup>, cuenta Ángel Parra, que le dedicó su canción “la suerte de mi compadre” a su tío Juan Cereceda, por las habilidades que tenía como carpintero, enferrador, albañil y panadero. Como no había agua, cuenta que a más de trescientos metros había un grifo al cual debían llevar un tambor de doscientos litros, que devuelta se traía rodando. La propia Violeta llegó al otro día en una carreta con dos caballos, trayendo planchas de zinc para el techo, que estimaban más seguras que las populares “fonolas” de ese entonces.

“La suerte de mi compadre / No la quisieran tener / trabajando el año entero / y no tiene qué comer... Mi compadre es carpintero/ albañil y enferrador / con tanta sabiduría/ nunca le ha salido el sol”, reza la canción que Ángel Parra le dedicara a su compadre Juan Cereceda, fiel a lo que serían sus inquietudes sociales.

“La mediagua de cuatro por cuatro estuvo terminada en poco tiempo, para mí fue una gloria”<sup>13</sup>, cuenta Ángel. Mucho tuvo que ver “el gran Juan” Cereceda, como lo llamaba Violeta. Cuando la casa se terminó, ella le preparó una hermosa despedida y en la casita flameaba la bandera chilena como se acostumbra, una que él llevaba a todos sus trabajos.

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda



► Violeta y Gilbert Favre en la casa de calle Segovia en La Reina, 1960. Archivo Fundación Violeta Parra.

Por su parte, Isabel Parra relata en su *Libro Mayor de Violeta Parra* que al principio la idea de su madre fue vista como descabellada por algunos de su círculo familiar. Venía de romper con el dúo musical que formaba con su hermana Hilda, lo que ya había dejado preocupada a la familia. Ella “vio la necesidad de tener una casa y se *encalilló* comprando un terreno en el sector de Larraín. La familia se sobresaltó con esa otra locura de la Viola: ya antes lo había hecho cuando ella decidió romper con el dúo que formaba con su hermana Hilda. Nosotros estábamos contentos ante la posibilidad de tener un lugar nuestro”<sup>14</sup>.

“Allí levantamos una rancho, con la ayuda del tío Roberto y del tío Juan, hermano de mi padre. Violeta dirigía la construcción. Trabajó codo a codo con los hombres. Agarró la pala y cavó un hoyo de casi ocho metros para el pozo séptico. No teníamos agua, la tomábamos de una llave que quedaba a una cuadra y robábamos la luz de los cables del alumbrado público. Era verano y mientras esperábamos el techo de la casa, nos dormíamos mirando las estrellas”<sup>15</sup>, recuerda Isabel.

Vino el invierno y las heladas de esos tiempos eran realmente frías y había que echarse todo lo existente en ropas arriba de las camas. Un saco de porotos de la abuela Amelia, la madre de Luis Arce, “ayudó a pasar los momentos difíciles de ese invierno”<sup>16</sup>, el primero instalados como residentes más estables en las tierras de La Reina.

Los fríos que pasaban en invierno en lo que después sería la comuna de La Reina son relatados y recordados permanente-

mente por los dos hijos de Violeta. De hecho, Isabel también se refiere al tema. Lo divertido es que la hija de Violeta cuenta que cuando su madre era ya tremendamente conocida y admirada por el pueblo, recibía una gran cantidad de cartas de admiración por su trabajo. Sin embargo, producto de la necesidad de abrigo, usaban finalmente algunas de estas cartas como combustible para calentarse en invierno. “Esa correspondencia era variada: desde el anciano campesino casi analfabeto, hasta el sofisticado intelectual santiaguino. Además, esas cartas contribuyeron a calefaccionar nuestra ranca en los fríos inviernos de Larraín y a avivar la leña que calentaba el aceite donde la Viola freía las sopaipillas”<sup>17</sup>.

“En esos tiempos vivir en la chacra San Carlos era vivir al fin del mundo. Los pequeños autobuses para doce personas sentadas, llamadas “liebres”, tenían el paradero diurno más arriba del canal San Carlos y nocturno en la Plaza Egaña, lo mismo que el bus. El resto del camino había que hacerlo a pie, más o menos cuatro kilómetros”<sup>18</sup>, se queja Ángel Parra, y con razón, porque era él quien debía hacer muchas de las compras. Él recuerda que a esa casa llegaba más que nada el tío Roberto. Como ellos vivían más abajo de Nicanor, que ya tenía su casa-parcela en Julia Bernstein, el Tío Roberto pasaba de paso a ver a Violeta y sus hijos. Ángel cuenta que luego de sus borracheras, las “convalecencias” las pasaba en la casa de Nicanor, donde “diseñaba unos caminitos de piedras en terrenos escarpados, como si hubiese hecho eso durante toda su vida: pequeñas terrazas incaicas”<sup>19</sup>.

Cuenta Nicanor que el Tío Roberto –el compositor y primer intérprete de la famosa *Negra Ester*– dejaría en La Reina varios recuerdos: sus famosos muros de piedra, pircas, algunos senderos, un palomar y un jardín de violetas silvestres. En sus momentos difíciles –como otros miembros de la familia– se arrimaba a su hermano mayor y probablemente le hacía estos “trabajos” a cambio de su estadía. Pero su principal aporte era la música, porque Nicanor no era un folklorista como sus

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

hermanos, sin embargo, con Roberto aprendía sobre “cuecas choras” y hasta cantaban juntos.

Convengamos que, si bien Violeta era la investigadora en lo folklórico de su familia, el Tío Roberto se convirtió después –a punta de cuecas choras– en una oda a lo popular, y la *Negra Ester*, inspirada en su vida en los barrios bohemios, un himno representativo de aquello.

Pero volvamos a casa de Violeta. Con su “casa de palos” de Segovia, Violeta “esperaba tener su casa propia, levantada por su esfuerzo, símbolo de su libertad e independencia. Desde ahí poder entrar y salir sin complicaciones, sin que eso significara un desastre familiar”<sup>20</sup>, ratifica Ángel. Cuenta que, con una Violeta cercana a los 40 años y cuando ella participaba en un programa radial en Radio Chilena, invitaba a los pocos vecinos de su casa de La Reina como extras al espacio radial. “Agasajados con cariño, mote con huesillos, sopaipillas, empanaditas y mistelas. Segovia siete, tres, seis, seis, se convierte en nuestra catedral”<sup>21</sup>, cita Ángel.

Ricardo García, periodista y productor radial considerado uno de los principales gestores del movimiento popular artístico de los años 1960 y 1970, detalla en el libro de Isabel Parra las peripecias que significaba armar esos programas radiales. “Violeta recogía la información necesaria, la llevaba más o menos elaborada y me la entregaba para hacer el libreto y determinar cuáles iban a ser las grabaciones que necesitaríamos montar: la cosa era describir la fiesta con participación de gente, de vida”<sup>22</sup>.

“Nos situábamos en el lugar donde se desarrollaba el hecho folklórico, con los dichos campesinos, todo eso había que fabricarlo o prefabricarlo un poco, dar una pauta. Con esa pauta íbamos a una población al campo o trabajábamos con los vecinos de Larraín, que en ese tiempo era un barrio muy alejado de Santiago. Reuníamos a la gente en la calle, los chiquillos comenzaban a gritar las cosas que les pedíamos, surgía un teatro espontáneo y se recogía así todo el sabor de la cosa viva,

con ladridos de perro, ruidos del ambiente, de una zona de las afueras de la ciudad: así se iba conformando el programa y en medio de toda esa descripción, se insertaban las canciones”<sup>23</sup>, relata García.

## VIOLETA, LA PRODUCTORA RADIAL

Agrega el conocido productor radial que “para grabar los efectos sonoros y los diálogos que se proponían, lo importante era lo siguiente: el contacto que tenía Violeta con la gente. Era muy especial, conseguía cosas imposibles, como sacar de sus casas a los vecinos para que fuesen a hacer un poco de teatro. Esto es fácil hacerlo con niños, pero señoras y caballeros respetables se sumaban a la petición de ella, sin haberla visto jamás antes. Tenía un poder de convicción, un atractivo tan especial, que yo no podía creerlo”.

Relata también una anécdota notable con la relación que tenía Violeta con la iglesia local, para conseguir los efectos radiales que necesitaba su programa en Radio Chilena. “En una oportunidad teníamos que grabar un programa dedicado a los velorios de campo. Había que recurrir a varias personas, poetas populares, pero también necesitábamos otros elementos. Por ejemplo, la campana tocando *a muerto*. No sabíamos qué hacer para que el párroco de Larraín tocara *a muerto*. Fuimos a hablar con él. Ella le explicó de qué se trataba y le pidió que hiciera sonar la campana. El curita quedó dudando, la miró, y le dijo: “¿Sabe lo que podemos hacer? Espérese un poquito más, porque aquí al lado hay un vecino que está muy enfermo”. Efectivamente, una hora después empezó a sonar la campana”<sup>24</sup>.

“Trabajé un año con Violeta Parra cuando Radio Chilena empezó una nueva etapa, cuando fue propiedad de la Fundación Cardenal Caro. En esa programación se hacían cosas realmente buenas, entretenidas, de contenido cultural. Durante un año hicimos el programa con Violeta y tuvo una sintonía altísima. Pero existía como siempre un prejuicio de parte de

quienes manejan el medio y nunca se vendió bien el programa a los auspiciadores. Cuando terminó Radio Chilena, lo ofrecimos a todas las emisoras de Santiago y ninguna quiso comprarlo”<sup>25</sup>.

## DE LA HEPATITIS A LAS ARPILLERAS

Hay otro hecho significativo de la casa de calle Segovia y que es que en esta Violeta elaboró algunas de sus famosas arpilleras. El año 1959, cuando Violeta sufrió una hepatitis que la tuvo por meses en cama, dado su incontenible impulso creador, “en la desesperación de la inmovilidad, en el dormitorio angosto, de paredes de madera y una ventana alta, desde donde entraba la luz (...) Violeta quitó la cortina (...) y comenzó”<sup>26</sup> a coser sus famosas arpilleras. Isabel Parra es más específica al respecto e indica que “Violeta bordaba sobre cualquier material: ya fueran cortinas, sábanas, cubrecamas o manteles. No era extraño llegar a la casa y encontrar una ventana sin cortinas o una cama sin sábanas y era Violeta bordando”<sup>27</sup>.

“El descubrimiento la entusiasmó. A los amigos les encargaba lana, madejas de lana que se iban haciendo ovillos en medio de largas conversaciones. Sábanas, cortinas, cualquier género servía de base para hacer lo que fuera apareciendo. Sin dibujo previo, puntada tras puntada”<sup>28</sup>, relata Sáez.

Isabel Parra cuenta que, en una oportunidad, durante una fiesta, “Violeta repartió lana entre las parejas, para que la enrollaran. El ritmo de la música enrollamos como treinta madejones”<sup>29</sup>.

“Un día vi frente a mí un trozo de tela y empecé a hacer cualquier cosa, aunque no pude producir nada esa primera vez, la segunda vez quise copiar una flor, salió como una botella, después quise ponerle un tapón a la botella y el tapón me salió como cabeza, entonces dije, esto es una cabeza. Le puse nariz, ojos, boca. La flor no era una botella, después la botella no era una botella, era una señora y esa señora miraba, entonces dije:

es una señora que se pasa el día en la iglesia rezando. Entonces se llama La beata”<sup>30</sup>, relata la propia Violeta al respecto.

“Las arpilleras quedaron en Chile cuando Isabel Parra tuvo que salir del país a fines de 1973. Posteriormente pudieron ser sacadas de Chile y en 1976 la Galería Latinoamericana de la Casa de las Américas organizó con ellas la exposición *Violeta Regresa a Casa*, título que alude a una primera muestra realizada en la misma institución en 1971”<sup>31</sup>, se relata en el libro que Isabel Parra escribiera en 1985 sobre la vida de su madre.

## EL ENCUENTRO CON NERUDA

Y Violeta conocía lógicamente a figuras como Pablo Neruda y Pablo de Rokha, todos residentes en lo que aún no era la comuna de La Reina. Recuerda Ángel, lo que también consigna Mónica Echeverría, que con ocasión de un cumpleaños de Pablo Neruda celebrado por Delia del Carril en la casa de Michoacán, en el barrio Los Guindos, Violeta realizaría su primer recital ante un grupo de selectos invitados.

“Puede ser una coincidencia, lo veo como el comienzo del despegue de mi madre hasta las galaxias lejanas en donde se encuentra hoy”<sup>32</sup>, dice Ángel Parra, recordando esa noche “luminosa”.

Echeverría tiene una referencia menos rutilante. Recuerda que, tras la presentación de Violeta, Nicanor –quien la acompañó, porque de hecho participaba en tertulias en Michoacán y cultivó una amistad de más de treinta años con Neruda– le advirtió que no la invitarían de nuevo porque ella de alguna forma se había “robado la película” con sus cantos en la reunión y eso no era del agrado de Neruda, que como sabemos declamaba con voz algo cancina sus incomparables poemas. Al poco tiempo, se cuenta, Violeta escribió su conocida canción a los poetas:

“La vida, que lindo son los faisanes  
la vida, que lindo es el pavo real

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

huifa yai yai  
la vida, que lindo es el pavo real  
huifa yai yai  
la vida, más lindo son los poemas  
la vida, de la Gabriela Mistral  
huifa yai yai  
la vida, de la Gabriela Mistral  
huifa yai yai  
Pablo de Rokha es bueno, pero Vicente  
vale el doble y el triple dice la gente...  
huifa yai yai  
Pablo de Rokha es bueno, pero Vicente...  
huifa yai yai  
dice la gente sí: no cabe duda  
que el más gallo se llama Pablo Neruda  
huifa yai yai  
corre que ya te agarra  
Nicanor Parra..."<sup>33</sup>

Relata Mónica Echeverría que Neruda en la ocasión le presenta a “gran cantidad de artistas y letrados”. Agrega —en el personaje de Violeta—, que “estoy toda confundida con tantos famosos que me escuchan en silencio y con respeto”<sup>34</sup>. Apunta que tras el recital se le acercó Tomás Lago, director del Museo de Arte Popular, quien le pide que repita el recital y la invita a cantar a varias reuniones del activo Partido Comunista de ese entonces.

Pero Echeverría cuenta así el diálogo entre Nicanor y Violeta sobre ese encuentro: “Viola, creo que no le caes demasiado bien a Pablo. A él le gusta ser el florero, que todos lo halaguen y escuchen, y apareces tú que siempre quieres lo mismo, y en la última velada se la ganaste. Entiende: en la silla del trono cabe uno solo. No creo que te vuelva a invitar”<sup>35</sup>. Y ambos rieron de buena gana, naciendo después la famosa *Cueca de los Poetas*.

Sin embargo, hay otra versión sobre los hechos que la proporciona Fernando Sáez, quien indica que Neruda habría invi-

tado a nuestra más famosa cantautora, pero que en gran parte de la velada el vate habría permanecido acostado aquejado de un resfrío. “Se cursaron las invitaciones y fue el mismo Nicanor quien hizo la presentación de su hermana ante un público numeroso, compuesto por quienes agitaban la vida cultural santiaguina de esos años. La mayoría de los convidados presentes esa noche eran poetas, escritores, pintores, dirigentes del Partido Comunista, actores, profesores universitarios. Solo faltó el dueño de casa, en cama, aquejado de un resfrío”<sup>36</sup>.

Sobre la relación entre Violeta y Neruda, el mismo Nicanor Parra, en conversación con el escritor Leónidas Morales, señala que “se embarcó muy rápidamente, aunque contra su voluntad, el propio Neruda, que prestó su casa de aquí de Patricio Linch (sic), para que Violeta hiciera una presentación. Él estaba resfriado ese día, o se hizo el resfriado, y no concurrí. Porque él nunca tragó a la Violeta. (...) es que la Violeta era un personaje crítico, y además se produjo lo siguiente: La Violeta opacaba a todo el mundo. Y en las reuniones sociales hasta ese momento el florero centro de mesa era Neruda. Pero aparecía la Violeta con su guitarra, y simplemente todo el mundo lo único que quería era que Violeta tocara su guitarra. ¡Y los poetas pasaban a la historia!”<sup>37</sup>.

Es bien conocida esta anécdota sobre la conexión que haría Nicanor con Pablo Neruda y su hermana Violeta, pero no hay claridad de cuándo exactamente fueron esos hechos, porque el poeta hizo varias reuniones importantes de intelectuales y artistas en su casa. La más conocida cuando celebró sus cincuenta años, pero también varias más, en el marco de sus famosas tertulias.

Justamente, Isabel Parra recuerda que en determinada época “eran constantes los encuentros de Violeta con Pablo Neruda; iba a cantar a su casa y él le escribió su hermosa *Elegía para cantar*”<sup>38</sup>. De hecho, las críticas de los analistas europeos que opinaban muy positivamente de las exposiciones que hizo Violeta en Europa, la presentaban como amiga del vate.

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

“¡Ay qué manera de caer hacia arriba  
Y de ser sempiterna esta mujer!  
De cielo en cielo corre o nada o canta  
la Violeta terrestre:  
la que fue, sigue siendo,  
pero esta mujer sola  
en su ascensión no sube solitaria:  
la acompaña la luz del toronjil  
el oro ensortijado  
de la cebolla frita  
la acompañan los pájaros mejores,  
la acompaña Chillán en movimiento”<sup>39</sup>.

Recordemos que aunque Violeta era persona que fue cercana en su momento al Partido Comunista, era una simpatizante bien especial, porque por ejemplo, era creyente como sus padres y nunca renegó de aquello. Neruda y de Rokha, sí fueron militantes hechos y derechos –aunque este último tuvo problemas con el partido–, y todos tenían como promesa del PC que los contactarían a nivel internacional con artistas e intelectuales de renombre mundial.

Después sabríamos, no obstante, de las rivalidades de Neruda y de Rokha, porque el PC “optó” más bien por el primero, en desmedro del segundo, el que terminó renunciando a la colectividad, que lo reconvino por un lío de faldas, porque el partido exigía a sus militantes compostura en la vida privada casi tanto como una religión. No se entiende, eso sí, por qué el partido fue más indulgente con Neruda, que como todos saben, tuvo una vida marcada por grandes infidelidades. Por otro lado, sabemos que de Rokha era un gran admirador de la revolución china (viajó allá a principios de los 60), basada en el apoyo del campesinado, mientras que Neruda estaba vinculado al PC de línea soviética, que tenía como protagonista al proletariado industrial, entre otras diferencias.

Así como Nicanor siempre hizo las veces de “promotor” de Violeta, su propia casa “era también punto de reunión

de intelectuales, allí conoció Violeta a Sergio Larraín, *Queco*, quien pertenecía a una prestigiosa familia<sup>40</sup>, destaca Fernando Sáez, agregando que lo mismo ocurrió con otros exponentes de la cultura y las artes como Sofía Izquierdo, Amparo Claro, Teresa Vicuña, Gastón Soublette, Arturo Edwards, Sergio Würth y otros. Ella los calificaba de “pitucos”, pero con ellos en realidad encontró respeto y cariño, incluso más que entre quienes, según su propia percepción, pertenecían a su mundo: el medio artístico en que se desenvolvía.



Nicanor fue siempre un defensor de su hermana. De hecho, en su *Defensa de Violeta Parra* hace una férrea reivindicación de su figura y trabajo. Uno se pregunta de qué tenía que defenderla tanto, pero deduce que, de la indiferencia oficial y la falta de apoyo a su creación, cuando no de la crítica estúpida (como quienes afirmaban que era desentonada y que tenía una voz de tarro). Esta conocida invocación que le escribe su hermano mayor es ampliada por este a modo de abierto reclamo, algunos años después de la muerte de la investigadora (de 16 a 31 estrofas).

“Porque tú no te vistes de payaso  
 Porque tú no te compras ni te vendes  
 Porque hablas la lengua de la tierra  
 Viola Chilensis<sup>41</sup>.”

Pero volviendo a la cotidianeidad de la casa de Violeta en calle Segovia, vale la pena citar que allí ella hizo honor a una costumbre muy arraigada en los sectores populares: colgarse de la luz. Lo hacían normalmente, como muchos, todos los atardeceres, hasta que un día un perro, que podría haber sido de Isabel Parra, terminó electrocutado. Después vino el arran-

► Violeta enferma en su casa de calle Segovia de La Reina, donde ocupó el tiempo para confeccionar sus famosas arpilleras, 1960. Archivo Fundación Violeta Parra.

que de electricidad y el agua potable. El teléfono se lo habrían colocado tres años después de fallecida...

Otras anécdotas de barrio indican que en esos tiempos, Violeta, aparte del trabajo que hacía con Ricardo García, comenzó a juntarse en lo que ya era un lugar de encuentro vecinal, Plaza Egaña, con el poeta Enrique Lihn, pero este se dio cuenta rápido que Violeta no necesitaba libretos, por lo que conversaban de “lo humano y lo divino” en sus encuentros en la plaza, cuenta Ángel.

## **VIAJES POR LARRAÍN Y POLOLEOS LOCALES**

Mientras tanto, él (Ángel) era el encargado de comprar el aceite de linaza y otros materiales de construcción, para mantener la casa como religiosamente le había instruido su tío Cereceda. Para eso bajaba por Av. Larraín entreteniéndose en el largo camino de ida y vuelta con amigos que ya había hecho en el sector de Tobalaba, que era el más habitado de donde estaban. Más tarde Carmen Luisa, la hija menor de Violeta, causando las iras de su madre –que no eran difíciles de motivar– se pondría a pololear con el hijo de un dependiente de los negocios de Plaza Egaña, el centro de la actividad comercial de ese momento.

Ángel también tenía otras misiones bien particulares, como por ejemplo, el proveer de agua a las plantas, lo que lograba mediante pequeños desvíos de canales que venían de calles arriba, por Vicente Pérez Rosales. Como buena exponente de los campos, Violeta amaba sus espacios de naturaleza y cuando se levantaba y abría las puertas del salón comedor en las mañanas, que daban hacia la cordillera, decía “buenos días, días, buenos días, sol”. También recuerda Ángel en su libro que compraban “pan frío” en la panadería de calle Los Maitenes, muy conocida en el barrio.

## EL ENCUENTRO CON EL AMIGO PIEDRA (DE ROKHA)

Otro habitante muy destacado de estas tierras, nunca reconocido como Neruda, por algunas de las razones políticas ya expuestas y otras quizá de qué índole, fue Pablo de Rokha, que como veremos en la parte referida a este, fue un vecino bien particular de la antigua Ñuñoa y hoy La Reina.

De hecho, la que fue su casa en calle Valladolid, está a solo pocas cuadras de la calle Segovia que habitó Violeta y su familia, aunque no hay mucho detalle respecto de cómo se vincularon ambos en estas tierras. Las vidas de De Rokha y Violeta se habrían cruzado, sin embargo, más de una vez, porque según afirma Isabel Parra, “vivimos por un corto tiempo en una casa que dejara el pintor chileno José de Rokha, hijo de Pablo de Rokha, gran poeta y gran amigo de Violeta, quien de paso por París, subió dificultosamente los cinco pisos de la Rue Monsieur Le Prince para comer los platos chilenos que mi madre le preparaba sagradamente cada día”<sup>42</sup>.

“En realidad los dueños de esta casa, de Pepe de Rokha, eran Luis Hernández Parker y su mujer, quienes se incomodaban por los pantagruélicos desayunos de Violeta, con longanizas de Chillán, cuyas emanaciones folklóricas invadían la casa a las siete de la mañana”<sup>43</sup>.

Ángel Parra cuenta que en momentos en que Violeta estaba realizando uno de sus innumerables recorridos por el país, en la ciudad de Concepción, esta vez enfocada a la creación de un Museo de Arte Popular, llegó De Rokha con su vozarrón descomunal preguntando por Violeta, mientras él como siempre vendía por las calles sus poesías y las pinturas de su esposa Winett. “¡Quiero ver a Violeta Parra!” gritó De Rokha. Violeta salió a recibirlos con abrazos y saludos cariñosos. “Necesito urgente una chupilca”, dijo Pablo<sup>44</sup>.

El autor del poema “Epopéya de las comidas chilenas” fue agasajado con una sabrosa cazuela a la chilena, con ensalada de

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

tomates y cebolla, una combinación tan típica de esta tierra. “Se discutía de política, poesía, terremotos, pasiones, y naufragios”, recuerda Ángel<sup>45</sup>.

Pablo de Rokha dirá en su poema “Ira”:

“Saludo a Violeta como una cantora americana de todo lo  
chileno,  
Chilenísimo,  
Entrañablemente popular  
Sudado y ensangrado  
Y su gran enigma,  
Y como a una heroica mujer chilena”.

De Rokha, igual que Neruda, fue de los que se dio cita en el cementerio después que Violeta decidió sin preguntarle a nadie dejar este mundo.

“La gran placenta de la tierra la está pariendo cotidianamente como a un niño de material sangriento e irreparable. Y el hambre milenaria y polvorosa de todos los pueblos calibra su vocabulario y su idioma folklórico, es decir, su estilo, como su destino estético y no a la manera de las categorías. Por eso es pueblo y dolor popular complejo y ecuménico en su sencillez de subterráneo, porque el pueblo es complejo, sencillo, tremendo e inmortal, como sus héroes, criado con leche de sangre”<sup>46</sup>, escribiría sobre la *Viola Chilensis*.

“Yo he visto llegar a la casa de mi abuelo a la Violeta con sus dos hijos”<sup>47</sup>, diría Patricia Tagle de Rokha, nieta del vate de Licantén, recordando esos tiempos.

“Tanto yo, como Pepe de Rokha expusimos en la Feria de Artes Plásticas en el Parque Forestal, cerca del año 64, yo me acuerdo que expuso también Violeta Parra. Entonces con Pepe pasábamos y conversábamos con ella, que en ese tiempo pololeó con el fotógrafo Larraín, que era amigo de Pepe también”<sup>48</sup>.

“Cuando Pepe estaba casado por segunda vez se fue por América Latina en un viaje, y la Violeta se quedó arrendándole la casa a Pepe, o sea, esto venía del año 50. Esta amistad venía

de larga data”<sup>49</sup>, dice Patricia, una eximia pintora que hace honor a la familia de Rokha.

“Sin duda, mi abuelo la fue a ver a la carpa, aunque no creo que fuese habitual ya que mi abuelo no era habitué de ninguna cosa que no fuera una casa con comida de la (dueña de casa)”<sup>50</sup>, dice Patricia dando por cierto que el vate la visitaba en su carpa de La Reina.

## VÍCTOR JARA EN CALLE SEGOVIA

Otro de los artistas que incluso se alojó en la casa de la calle Segovia fue el cantautor Víctor Jara, a quien como vimos en el capítulo dedicado a la actual Casa de la Cultura de Ñuñoa, Violeta conoció e incluso trabajó con él en ese recinto cultural.

Cuando Víctor era más joven llegó a la casa de Violeta en La Reina en búsqueda de apoyo, el que Violeta no negaba a los suyos. Ambos se habían conocido anteriormente en Café Sao Paulo, donde él y su hija Isabel, según Ángel Parra, habían entablado amistad. “La casa estaba abierta para albergar a alguna persona en problemas, algún estudiante sin medios, como fue el caso de Víctor Jara, quien varias noches alojó allí”<sup>51</sup>, indica Fernando Sáez.

Lo mismo reafirma Isabel Parra indicando que “en el Café Sao Paulo conocimos a un estudiante de teatro, llegado del sur, que cantaba y tocaba la guitarra: se llamaba Víctor Jara. Siempre iba a la Casa de Palos, a mostrarle sus canciones a la Viola y ella a su vez le enseñaba las suyas”<sup>52</sup>.

Víctor, estudiante de teatro de la Universidad de Chile y músico, había comenzado a participar en el conjunto folklórico Cuncumén. “Violeta, que promovía a los conjuntos folklóricos de raíz auténtica, aprovechando sus propios contactos, había logrado que el conjunto grabara en Odeón el quinto volumen del Folklore de Chile y, posteriormente, le entregó a Víctor dos villancicos que él grabó en 1958 para el mismo sello, *Doña María, le ruego y Décimas para el nacimiento*”<sup>53</sup>.

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

Víctor Jara diría sobre Violeta después de su muerte:

“El engrandecimiento de Violeta Parra como autora ha dejado muy claro que una canción de contenido social es, y puede ser, una obra de arte. Si revela la dignidad del hombre, si dice que el hombre tiene que ser libre para ser feliz, puede ser una obra de arte, si la sensibilidad del creador, su compromiso con el pueblo y su identificación con él, lo lleva a crear una obra de arte. Violeta Parra es un ejemplo maravilloso. (...) vivió 20 años investigando, viviendo con la gente para decir por qué sufría. Y las canciones de Violeta Parra en Chile son cantadas por los campesinos, mineros, como si fueran canciones de ellos. Ya es su folklore. Es un canto del pueblo, creado por una mujer que vivió los dolores del pueblo”<sup>54</sup>.

Otro hito relevante de la casa de palos de calle Segovia fue que allí habría conocido al famoso “gringo” del fin de sus días, Gilbert Favre. Cuando Violeta celebraba su cumpleaños número 43, el 4 de octubre de 1960, su amiga Adela Gallo llegó a la casa con el extranjero que ante el enojo de Violeta por llegar tarde esta le respondió: “no me retes más, te he traído de regalo un gringo”<sup>55</sup>, según cuenta Fernando Sáez.

Isabel Parra relata en forma divertida lo que ocurrió ese día. “Cuando llegué esa noche a la casa, tenían una tremenda fiesta de a dos. Gilbert Favre se quedó allí varios años”<sup>56</sup>, indica.

Cuando se leen las amorosas cartas que Violeta le escribe a Favre, ella habla de cómo se siente su casa sin él y alude al frío que permanentemente sienten en el sector. “Tengo frío, son las 9 de la mañana. Todas las mañanas tiemblo de frío. Cayó nieve y no hay sol. El frío penetra en mis huesos y en mi alma. Me falta mi Gilberto. La casa está llena de flojos que duermen y comen (...) es una tontería que no estés en casa. Es fea la casa sin ti. La casa de madera está llorando”<sup>57</sup>.

La habitante actual de la casa de Segovia es la nieta más querida de Violeta: Tita Parra, hija de Isabel Parra. Su abuela la llevó a Europa, la hizo tocar el bombo para el conjunto musi-

cal, lo que ella hacía con pulcritud. Cuando lloró la muerte de su hija más pequeña, Rosita Clara, se consoló con la llegada de la hija de Isabel, su *Chabela*.

Cuando se trasladaron juntos a Europa al Festival de la Juventud y los Estudiantes celebrado en Helsinki, Finlandia, en el año 1961, Tita –la menor del grupo “Los Parra de Chile”– ya acompaña musicalmente a su madre y su abuela. “Tita, mi hija de seis años, era cantante y percusionista; acompañaba a su abuela con un gran bombo comprado en Buenos Aires”<sup>58</sup>, dice Isabel.

Cuando Violeta le escribía sus amorosas cartas a su querido Gilbert, le comentaba que guardara esas cartas, “porque van a servir después, cuando la *Titina* quiera conocer los secretos de su abuela”<sup>59</sup>.

Tita Parra es otra de las exponentes de la familia que han hecho gran gala de su tradición musical. Autora, compositora, vocalista e intérprete de música popular chilena, incursionó en el jazz y la fusión. Ha desarrollado un trabajo muy fructífero con músicos brasileños y de hecho viaja regularmente a ese país. Ella ha estado retomando la tremenda tradición artística de la “Casa de Palos” de calle Segovia, dado que daría allí una serie de recitales, de formato más bien íntimos, que serían la maravilla de sus invitados, vecinos y quienes han acudido a la cita.

Tita también ha realizado algunas presentaciones organizadas por la Municipalidad de la Reina, hace algunos años y también lo ha hecho otro integrante del clan Parra, “Angelito Parra”, hijo de Ángel, eximio guitarrista, integrante del grupo “Los Tres”, siempre en formato más bien íntimo, y donde han llegado más bien vecinos y representantes de organizaciones sociales locales. Junto a los clásicos de su abuela Violeta, ellos exponen sus grandes creaciones personales, que solo expanden el universo musical parriano.

► Violeta y su querida nieta, Tita Parra, en un paseo por el Cerro San Cristóbal, 1960. Archivo Fundación Violeta Parra.



## LA CARPA DEL FIN DE SUS DÍAS

Cuando Violeta volvió de su segundo viaje a Europa, en 1965, encontraría también en una naciente comuna de La Reina, un alcalde, Fernando Castillo Velasco, que la ayudaría a instalar una carpa en la que ella buscaría sus últimos sueños. Los que se llevó consigo de este mundo.

Como dijimos al principio de esta publicación, las hermosas araucarias que cobijaron el terreno donde se instaló la carpa de Violeta –en el llamado condominio de La Quintrala–, aún despliegan su enorme estatura en ese sector de la comuna. Quizá por allí andaban los famosos “chunchos” que, según los amigos de la folklorista, eran mal presagio.

Isabel Parra relata que algún tiempo Violeta, junto a Víctor Jara, Patricio Manns y otros cantautores, iban a presentarse a la Peña de Los Parra en calle Carmen. En una oportunidad la peña fue trasladada a una carpa en lo que sería la FISA. Esta última exposición terminó “y un día, al llegar a la peña con Ángel nos encontramos con la sorpresa de que la Viola se trasladaba con aquella misma carpa a un barrio periférico de Santiago: La Reina. Fundaba la carpa de La Reina”<sup>60</sup>.

Un video realizado por la también folklorista Natalia Contesse<sup>61</sup>, alumna de Margot Loyola (también gran folklorista de La Reina), dio cuenta después de muchos años de algunos detalles de lo que fue la instalación de la carpa –recordemos que Violeta pasó muchos años cantando y actuando con sus hermanos en circos– a las faldas de la impresionante cordillera.

Violeta, en lo que se refiere a su iniciativa de Universidad de Folklore proyectada en La Reina, “escribió un detallado proyecto en que todos sus conocidos tendrían participación. Nicanor, en primer lugar, además de Silvia Urbina, para hacer clases de música y baile a niños; Teresa Vicuña, arte y escultura; Gabriela Pizarro y Héctor Pavez, en cantos y costumbres de Chiloé, y así, un largo y ambicioso (listado) de especialidades y profesores con la coordinación de Marta Orrego”<sup>62</sup>.

“Con el corte de una cinta tricolor en el escenario, tijeras en mano, el alcalde Fernando Castillo y Violeta, y el agua bendita y las bendiciones de un cura, se inauguró la carpa el 17 de diciembre de 1965 a las 5 de la tarde. A la ceremonia siguió una fiesta colorida y animosa, en la que participaron autoridades, amigos y la familia en pleno”<sup>63</sup>.

Y si bien Nicanor siempre la apoyó en todo, se dice que en una ocasión, antes de ser inaugurada la carpa, “Nicanor Parra entró a la casa de su hermana Violeta en calle Segovia (...), en la comuna de La Reina, y vio esa carpa en el suelo, una carpa de circo pobre, vieja, llena de agujeros, dijo eso: *Esta va a ser tu tumba*”<sup>64</sup>. Anticipándose, de algún modo, al triste desenlace.

Pero no nos adelantemos en los hechos, existe un artículo del diario *El Siglo* donde Violeta relata sus aspiraciones respecto de la carpa. “Aquí levantaré un Centro de Artes Populares. Aquí se escucharán las canciones desconocidas, las que brotan de las mujeres campesinas, las quejas y alegrías de los mineros, las danzas y la poesía de los isleños de Chiloé”<sup>65</sup>.

Ella relataba con entusiasmo los mejores días de la carpa, al principio de su experiencia, en una carta a su “*Chinito*” Gilbert Favre: “El sábado tuve 150 personas en la carpa. Tenemos comida para el público. Asaditos, empanadas fritas, sopaipillas pasadas, caldos, mate, café, mistela y música. Si vendiéramos la “*fondue*” sería un éxito. Todo el mundo tomando mate en la carpa. Hice un bracerero redondo en la tierra alrededor del palo central, bien grande. Diez teteritas, y muchos fierros llenos de carne. ¡Qué maravilla es mi carpa ahora!”<sup>66</sup>.

Sin embargo, Isabel Parra da cuenta de las disparidades de criterios que ya tenían los hijos con la madre al respecto. “Decía la Viola que su decisión de vivir en la carpa era un rechazo absoluto a lo convencional, un reencuentro con la tierra. No quería saber nada de alfombras ni de casas de brillante piso. A veces con liviandad y otras con enorme violencia, nos reprochaba a nosotros, sus hijos, nuestra forma de vida aburguesada”<sup>67</sup>. Esto da cuenta del por qué Violeta decide vivir

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

derechamente en la carpa y no, por ejemplo, en su casa de calle Segovia (donde en ese momento estaba su madre), aunque era obvio que, además, la carpa debía ser cuidada de eventuales malhechores.

Incluso Isabel cuenta que Violeta los visitaba y los invitaba a vivir con ella a su carpa de La Reina. Y discutían al respecto. “Vámonos todos a La Reina con maridos, yerna, nietos y animalitos, el lujo era una porquería, los seres humanos se consumen sumergidos en problemas caseros”<sup>68</sup>, decía. Su hija relata que cuando la llegaba a ver, “jugaba con la Tita, oía a los Beatles y partía a su carpa” en señal de que no daría su brazo a torcer en la materia.

Es notable que aún vivan en las cercanías algunos vecinos que conocieron a Violeta, como el artesano en cuero Francisco Coronado, quien recuerda perfectamente su cabellera negra y desguañangada. Otros que fueron sus alumnos recuerdan su conocido mal genio. “Era una vieja de mierda” para retar a quienes no se esmeraban, resumen sin más, escudándose en el anonimato. Y eso que no tenía más de cincuenta abriles.

Y acá es donde se cruzan las historias antiguas y nuevas de La Reina, porque la Violeta sacaba agua del canal de Ramón, o Rabón, para abastecerse y mantener bien limpio y escobillado el piso de tierra de la carpa.

Se han escrito largas páginas de cómo la vida se fue cruzando para que nuestra Violeta quisiera abandonar esta vida. La partida del gringo Favre a Bolivia, la carpa que no conseguía la asistencia que ella buscaba y el proyecto de Universidad del Folklore que no prendía. Deudas, quejas de los vecinos, visitas de Carabineros (incluso a su dormitorio, porque decían que en el lugar se vendía licor sin permiso) y otros problemas la acechaban a diario.

Ella, en cambio, sentía que había llegado a una etapa superior de su carrera. Diría al respecto: “Yo creo que todo artista debe aspirar a tener como meta el fundirse, el fundir su trabajo

con el contacto directo con el público. Estoy muy contenta de haber llegado a un punto de mi trabajo en que ya no quiero ni siquiera hacer tapicería, ni pintura, ni poesía, así suelta. Me conformo con mantener la Carpa y trabajar con elementos vivos esta vez, con el público cerquita de mí; al cual yo pueda sentir, tocar, hablar e incorporar a mi alma”<sup>69</sup>.

Quería otro tipo de contacto con su público, pero este, irónicamente, no llegaba a la carpa de La Reina.

Testigos como Patricio Manns han destacado mil veces que la lejanía del lugar donde Violeta instaló la carpa jugó muy en contra de su éxito. Había que, para asegurarse volver, dejar *hablado* un taxi, porque pasada cierta hora no había cómo regresar, cuenta el destacado cantautor. Otros testigos dan cuenta que auto que bajaba tenía que llevarse a muchas personas de vuelta hacia Plaza Egaña y también las hacían de transporte público para llevar público desde allí hasta la carpa.

Se desconoce por qué Violeta, que podría haberse cambiado de lugar o haber cantado perfectamente con sus hijos Ángel e Isabel, en su exitosa “Peña de los Parra”, de calle Carmen (donde se hacían colas para ingresar), no lo hizo y decidió persistir en su proyecto en La Reina.

El hecho es que de allí mismo la sacaron cuando se quitó la vida, después de que la velaran, en medio de la carpa, que paradójicamente ahora sí se llenó. Nicanor, el que vivía más cerca fue el primero en enterarse y de los que más sentidamente se despediría de su cómplice de tantas aventuras. Su “corderillo disfrazado de lobo”, como decía.

Se ha recalcado mucho que parte muy importante del estado en que se encontraba Violeta tenía que ver con la ausencia de su querido *Chino*, a la fecha en Bolivia, pero un antecedente poco conocido da cuenta de que ella había aceptado en enero de 1967, es decir, un mes antes de suicidarse, instalar una peña en Oruro, Bolivia, con su querido Gilbert. Eso sí, según indican los antecedentes disponibles, él ya contaba con otra pareja, lo

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

que seguramente hacía esa alternativa una circunstancia muy dolorosa para ella.

Hoy los terrenos protagonistas de esas tremendas historias de vida y muerte no tienen por recuerdo más que un modesto monolito ubicado fuera de donde estaban realmente los terrenos de la carpa. Probablemente los dueños del hoy Parque La Quintrala se sienten más cómodos y representados por la señora que maltrataba esclavos hasta la muerte que por la más importante embajadora cultural que ha tenido el país.

La verdad es que aparte de la buena recepción que dio el alcalde Castillo Velasco a la folklorista, estas tierras nunca fueron demasiado hospitalarias para ella, al menos en la etapa final de su vida. Los vecinos la hostigaban y cuando su hija Carmen Luisa, fallecida en Bruselas, Bélgica, el año 2007, —producto de un cáncer— los invitaba a venir a acompañarla a su carpa, ella recibía por respuesta que esas expresiones artísticas no eran propias de un lugar como este.

El oscurantismo de la dictadura de Pinochet y las consecuentes administraciones comunales afines, evidentemente nunca tuvieron interés por destacar la figura de artistas que apoyaban fuertemente el cambio social, como Parra, de Rokha o Neruda, por muy eximios y señeros que fueran y que todo el mundo, a nivel internacional, lo hiciera.

En el caso específico de Violeta, aunque algunos llegaron a relativizar su compromiso político con los cambios que se vivían en Chile antes del golpe, un hecho ilustró claramente esta arista: una noticia del 2 de octubre de 1973, publicada por *El Mercurio*, citaba que, según las disposiciones del intendente militar de la provincia, la Población Violeta Parra pasaría a denominarse Población Brigadier Luis Cruz Martínez “como manera de hacer justicia a los valores propiamente nacionales”<sup>70</sup>.

Llegará el día en que estas tierras rindan verdadero tributo a la *Viola Chilensis*, porque la muerte no es olvido para determinados seres humanos, que solo ven agrandar su figura con el paso de los años.

El último acto de agradecimiento que tuvo Violeta con Fernando Castillo y su esposa fue ir a dejarles un poema suyo, escrito en un cartón, y un gorro guerrero boliviano, que había traído de uno de sus viajes. En una de sus últimas entrevistas el exalcalde reconoció que estos regalos aún están en poder de la familia y habla de un poema escrito en papel de saco de cemento.

De hecho, Castillo fue de los primeros en rendir tributo a Violeta, una vez fallecida, porque cuando era rector de la Universidad Católica, invitó a su hermano Nicanor a usar los estudios existentes en la universidad para defender la figura de su hermana.

En definitiva, digamos que es singular cómo Violeta, mejor que muchos otros y otras artistas de su tiempo y de hoy en día, representa ese Chile popular perdido en una especie de falsa modernidad, en esa globalización que lo desdibuja, ese mundo campesino que un día llegó en tren a Santiago a buscar un mejor devenir y que es rememorado, porfiadamente, en las mentes y los recuerdos de los chilenos.

Digamos, a modo de epitafio, lo que ella transmitía a su querido Gilbert en una de sus amorosas cartas, esta vez dirigida desde Buenos Aires: “Yo soy un pajarito que puedo subirme en el hombro de cada ser humano y cantarle y trinarle con las alitas abiertas, cerca muy cerca de su alma”<sup>71</sup>.

## **NICANOR PARRA: EL PADRE DE LA CONSTELACIÓN**

El hermano mayor de Violeta, Nicanor, que pasó los cien años en su casa de Las Cruces, físico y escritor, hoy reconocido a nivel internacional por una serie de premios, el último de los cuales fue el prestigiado premio Cervantes, y antes el Premio

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

Nacional de Literatura, entre otros, fue otro de los grandes vecinos ilustres de la comuna de La Reina.

No podremos, como en caso de Violeta, abarcar todas las dimensiones de un personaje tan único y complejo como Nicanor, y nos remitiremos a algunas historias relacionadas a su paso, de importantes años, por la comuna de La Reina. Porque, de partida, él fue un vecino más permanente que Violeta.

► Nicanor circulaba hace tiempo por La Reina, entonces Ñuñoa. En la fotografía, de 1947, de visita junto a otros intelectuales y amigos en la casa Michoacán de Los Guindos, de Neruda. Archivo Nicanor Parra.

Como veíamos anteriormente, él fue el primero en llegar estas tierras, luego de que viviera de internado en el INBA, a la casa donde vivirían varios de los hermanos Parra en calle Paula Jaraquemada. Allí se recuerda en particular a Violeta, pero como bien lo cuenta Ángel Parra, hijo de esta, en esa casa



vivieron varios de los hermanos Parra y sus hijos, incluidos los hijos de Nicanor.

Fue el hermano mayor el que acogió a Violeta cuando esta llegó también a Santiago. Fue él quien la trajo a La Reina, y el que la promovió frente a grandes intelectuales nacionales. Ambos tendrían cambios en sus vidas, se separarían de sus cónyuges, pues Nicanor –más o menos fiel a la cierta costumbre de la época– había conocido a una mujer en Europa y tras mantener ambas relaciones, ella llegaría a Chile a verlo y con ello terminaría la relación que mantenía en el país.

Nicanor ya se había instalado mucho más definitivamente en La Reina. Casi al pie de Cordillera, en ese entonces, había encontrado un terreno que compró a bajo precio lleno de árboles y sauces que sus visitantes extranjeros consideraban “gigantes”. Allí autoconstruyó su casa sin arquitectos ni constructores de por medio, haciéndola de a poco en lo que consideraba un proyecto en construcción. “La casa es chica, pero la cordillera es grande”<sup>72</sup>, diría sobre su residencia en calle Julia Bernstein, donde se rodeó de hijos y nietos.

Allí Nicanor recibía a algunos amigos y paseaba con su perro “Violín”. Como relata Jorge Montealegre, escritor y periodista, en la revista comunal *La Reina de Corazones*, la casa es un “artefacto parriano”<sup>73</sup>. Apunta que la casa lleva la letra D (272 D), donde Nicanor advierte “no es cualquier D, es D de Dios”. De cachureos varios y materiales de demolición se fue haciendo su casa en la comuna. “Cuando compré el terreno no valía nada. Tenía que ir a buscar agua a la Plaza de La Reina. Empecé con una pieza y un baño”, decía Nicanor sobre su casa en calle Julia Bernstein, unas cuantas cuadras más arriba de la residencia de su también famosa hermana. En ese momento eso era estar en los extramuros de la ciudad, pero hoy está rodeado de elegantes condominios, en lo que hoy llamamos Reina Alta. Pero Nicanor era Nicanor y su casa no tiene nada que ver con opulencia.

## BANDEJAS REININAS Y UNA CASA-UNIVERSIDAD

De La Reina son también sus famosos escritos en bandejas blancas, donde su personaje “Nobody” o “Don Nadie” deja pocos títeres con cabeza. Las *bandejas de La Reina*, que antecederían a las *tablas de Isla Negra*, ambos materiales que Nicanor usó para expresar sus ideas sobre política, religión y otras obsesiones.

Y las ya famosas bandejas, posteriores a los Quebrantahuesos (cuadros que construía utilizando titulares, figuras y fotografías de prensa, los que juntaba cambiándoles el sentido original), nacieron cuando una vez una persona quiso que Nicanor le firmara un autógrafo, pero no tenían dónde escribirlo. Entonces él, con el pragmatismo y sencillez de siempre, tomó una bandeja de un local comercial donde esperaba una empanada y le firmó al admirador. Allí se dio cuenta de que las frases y el “Sr. Nobody”—con su cuerpo de corazón—, podían ilustrarse allí y tener una especie de marco, dado por los bordes en relieve de las bandejas. Y se lanzó a escribir y dibujar en sus famosas bandejas blancas. Las mismas que hoy, por decenas, adornan sus conocidas exposiciones.

En 1994, el antipoeta estaba aún en La Reina, relata María Teresa Cárdenas, en la *Revista de Libros de El Mercurio*. Ella lo explica porque acá tiene sus libros y enciclopedias, “elementos vitales para este antipoeta que no deja de revisar, escudriñar y relacionar páginas y páginas escritas por otros, extrayendo de ellas sus curiosas, aunque no menos sólidas, teorías”<sup>74</sup>. Sin embargo, admite que lo que “realmente tiene anclado a Nicanor Parra en La Reina es el “Tololo”. Si bien él mismo cuenta que tiene “n” nietos, el menor, Cristóbal (hijo de la Colombina), ha logrado convertirlo en un verdadero abuelo”<sup>75</sup>. Y se nota que esa llegó a ser una relación especial, porque fue él quien acudió a recibir, en su momento, el Premio Cervantes.

Recordando las visitas de su hermano Roberto, el propio Nicanor da cuenta de lo que decían sus hermanos de él, como por ejemplo, que llamaban “universidad abierta de La Reina” la casa del antipoeta, “porque yo les tenía que explicar a ellos mis pequeños descubrimientos culturales; por ejemplo a Roberto le tuve que decir lo que era una décima (risas), explicarle con lujo de detalles”<sup>76</sup>.

Es probable que, así como Nicanor trajo a Violeta a La Reina, a su primera casa en Paula Jaraquemada, también haya incidido en su decisión de instalarse en calle Segovia. En el afán de aconsejarla le dijo un día: “Violeta, atención, hay que hacer el nido”. Sin embargo, para su sorpresa ella le contestó que “el nido se hace solo”. Y considera que ella tenía razón porque “ahora ella tiene un nido bastante monumental”<sup>77</sup>. En este deseo de aconsejarla también hacia las veces de mediador en sus peleas matrimoniales, como las que tenía con su primer marido en Paula Jaraquemada. Dicen que le hacían caso, pero “esto terminó porque vivimos juntos y allí ardió Troya”, acota recordando esos pasajes familiares.

En la Reina, Violeta y Nicanor estaban el día anterior del suicidio de ella. Mirando hacia atrás dice que hoy podría haber ayudado y evitado ese escenario trágico, porque hoy ahora contaba con la herramienta del taoísmo, en la que el suicidio no existe como alternativa, sino que también estaría la opción de vivir indefinidamente.

Él relata que ese trágico día previo ella quería cantarle “Día domingo en el cielo”, pero él quería escuchar “Según a favor del viento”. No sabía que su hermana había decidido dejar este mundo y las permanentes enseñanzas de su hermano mayor.

Un año después de su muerte él iría a Europa a traer parte de su obra y recorrería los lugares donde vivió con Gilbert Favre. Como se sabe, fue Nicanor quien guardó la secreta carta póstuma que dejó Violeta que por alguna razón él nunca difundió. Vaya a saber uno qué diatribas y alegatos contenía esa misiva escrita en un momento tan amargo en la vida de

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

Violeta, tan amargo que la llevaría a acabar con su vida. Sí ha trascendido que, en alguna parte de esta, ella admite que “sin Nicanor no hay Violeta”.

Con Nicanor, Violeta iba a la casa de Neruda en Michoacán y probablemente con él compartía su gran amistad con Pablo de Rokha –quien vivía a solo pocas cuadras de la casa de tablas de Violeta, en calle Valladolid–, pese a que este último no podía ver a Neruda. Y nótese que Nicanor, al igual que Neruda, tenían casa en Isla Negra (tienen una foto donde ambos aparecen compartiendo alegremente en el famoso bar que tenía el vate), aunque después Nicanor terminaría viviendo en el pequeño, pero hermoso balneario de Las Cruces, muy cerca de Isla Negra, en todo caso. Dicen que una vez le preguntaron si se consideraba el mejor poeta de Chile y Nicanor respondió –con ironía– que se contentaba con ser “el mejor de Isla Negra”, cuando el vate de Temuco aún residía en esas tierras del litoral central.

Tras pasar la mayor cantidad de años de su vida en La Reina (también vivió otros, pero pocos, en Conchalí, donde se refugió, por ejemplo, acosado por el recuerdo de Ana María Molinari, quien inspiró el gran *El Hombre Imaginario*), Nicanor decide irse a Las Cruces, lugar donde recibe una serie de premios internacionales y nacionales. Un buen tiempo estuvo afuera de su casa el famoso volkswagen de su propiedad y allí era visitado por sus hijos, sobrinos y nietos. Hasta la expresidenta Bachelet llegó a su casa cuando cumplió los cien años y él la recibió como una vecina más.

De cuando en vez se le veía, después de las lluvias, recorriendo las calles y escuchando los pájaros. También iba bastante a San Antonio, en busca de pescados y mariscos. En el balneario de Las Cruces incluso hay un centro cultural que lleva su nombre. Su casa queda en un sector muy tranquilo, con una enorme vista al mar y cercano a una discreta y secreta caleta de pescadores.

Hace un tiempo, los vecinos montaron en pie de guerra porque un empresario inmobiliario quería construir un edificio con vista al mar en un terreno colindante a la casa del anti-poeta. Los vecinos se opusieron tenazmente y lograron conservar las características del lugar que tiene varias casonas y casas de estilo europeo. Hay que recordar que Las Cruces, como lo fuera Cartagena, posee un pasado de aristocracia y elegancia del cual aún quedan rastros en el lugar.

Pero ya con sus cien años a cuestas poco compartía Nicanor con el paisaje humano o geográfico que lo rodeaba. Él seguía en lo suyo, que eran –al parecer– los grandes problemas humanos. No obstante, sí ha dejado su huella en Las Cruces, en la llamada “Punta del Lacho”, un hermoso mirador existente en el balneario (borde costero ahora “comprado” con la Universidad Católica (PUC), ya que al lado existe una estación de investigación marina (mirador al cual “graciosamente” aún se permite la entrada a los visitantes). Nicanor –en consonancia con el ideal ambientalista que caracterizó los últimos años de su vida (tras abjurar conscientemente de las posiciones políticas)– realizó unos escritos en ese mirador con tinte ambientalista, la última de sus causas. Y allí quedaron a la partida del físico y escritor. Otra más de la familia de los Parra que tanto han entregado a Chile. Es de esperar que la PUC respete la filosofía del escritor y no cierre el acceso a ese bello mirador para los visitantes, porque dicho sea de paso, encontrará la férrea oposición de los vecinos del lugar.

Y, genio y figura, diría en algún momento: “Hay que escribir poesía para no volverse loco: yo no entiendo cómo se mantiene cuerda una persona que no haga poesía o no practique algún tipo de arte”<sup>78</sup>.

Una vez le preguntaron cómo explicaba esta veta tan fuerte de los Parra en lo artístico y con la sencillez y la ironía que lo caracteriza contestó con un dicho de su abuelo Calixto José Parra: “*Más discurre un hambriento que cien letrados...* Ese es el misterio del chiste de la familia Parra”<sup>79</sup>.

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

##### Otra estrella del firmamento: Margot Loyola

Dentro del cúmulo de vecinos destacados de la comuna de La Reina está también quien fuera una de las compañeras más cercanas de Violeta Parra y la madrina de su fallecida hija Rosita Clara, Margot Loyola.

Destacadísima folklorista, educadora e investigadora, Margot es reconocida por su importante aporte a la cultura chilena, recopilando y difundiendo obras tradicionales y populares de danza y música.

Quien afirmara que era “un poco campesina, un poco maestra y un poco cantora”, es uno de los tesoros del canto chileno que sigue heredando su música en su casa de La Reina.

Loyola apoyó activamente la campaña política de Pedro Aguirre Cerda y también, en su momento, las postulaciones de Salvador Allende. Asimismo, estrechó lazos con Víctor Jara, con quien viajó a la URSS, en 1961.

El año 1952 ya había conocido a Violeta Parra, a quien recomendó a sus contactos en la radiodifusión de la época. Margot y Violeta fueron grandes amigas y compañeras de trabajo, pero también tuvieron fuertes altibajos porque, como se sabe, esta última no estaba dispuesta a ceder su lugar en lo que se refería al liderazgo en la interpretación y especialmente en la investigación folklórica, que era el aspecto más querido de Violeta.

Como lo destacó una exposición sobre su vida, realizada por la Dibam en el Museo Nacional de Historia Natural, en 1957 venció el miedo que le tenía a los aviones y viajó a la URSS, donde ofreció dieciseis conciertos musicales. Con el dinero logrado se compró en ese país su primera grabadora, aparato de casi 25 kilos y que fue su herramienta principal de sus investigaciones en Chile. Muchas veces debía arrendar mulas para transportar la pesada grabadora.

En 1981 recibió un reconocimiento del Servicio de Paz y Justicia, Serpaj, en la Vicaría de la Solidaridad. En su momento ayudó a compañeros de actividades musicales a salir del país, cuando eran perseguidos por el gobierno militar.

Se le entregó el Premio Nacional de Artes Musicales en 1994 y Osvaldo Cádiz, su viudo, prosiguió las actividades de la *Academia Nacional de Cultura Tradicional Margot Loyola Palacios*, ubicada en su residencia en La Reina.

## **PABLO DE ROKHA: EL AMIGO PIEDRA Y SU IRREDUCTIBLE SOLEDAD**

“Soy el coordinador de la angustia del universo”. Así se definía en algunos de sus textos el “Amigo Piedra” –su apodo de edad escolar–, el poeta que vivió, amó, creó y murió en La Reina, Pablo de Rokha.

Un vecino y un personaje singular. En calle Valladolid 160 –muy cerca de donde tenía su “Casa de palos” Violeta Parra–, y no muy lejos tampoco de su “adversario literario” Pablo Neruda, vivió este hombre singular, de esos infranqueables frente a la regla, el poder o la norma. Irreductiblemente fiel a su pueblo, dirían algunos, a ese pueblo con que interactuaba como parte de él en los vagones de tercera clase del tren al sur, cuando recorría el país vendiendo sus obras literarias y las pinturas de su amada esposa Winett. Tal como Violeta, vivía de su creación y de esta dependía su sustento y habitación, ganándose la vida “a patadas”, como decía él.

En la citada calle de La Reina, bastante cerca de Av. Larraín, Carlos Díaz Loyola –su verdadero nombre– hizo reconstruir una casa con la cualidad especial de posicionarse sobre una gruesa base de piedras y cemento. ¿Por qué esta característica especial? El famoso poeta nació en Licantén, el 17 de octubre de 1894, en Curicó hacia la costa, rodeado de montañas y en pleno campo sureño y al momento de construir su casa –dicen sus familiares– miró hacia las montañas y dijo “por aquí va a venir un aluvión algún día, por lo que protegerla sería de vital importancia”. Y tuvo razón, unos años más tarde un aluvión azotó a la comuna y la casa de Valladolid no sufrió daños considerables.

El “Amigo Piedra” sabía de cumbres y montañas, porque por muchos años recorrió junto a su padre –vigilante aduanero–, los valles y senderos de la zona cordillerana de Talca, en la zona de Curillinque. Dicen que hablaba solo recorriendo como arriero esos caminos, tal como la mayoría de los grandes poetas.

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

Construyendo una particular personalidad que tempranamente causaría sus primeros estragos al ser expulsado del Seminario San Pelayo de Talca por *ateo y hereje*<sup>80</sup>.

Pablo de Rokha contrajo matrimonio a los 21 años de edad con Luisa Anabalón, conocida como Winett, y con quien tuvo nueve hijos, de los cuales dos fallecieron Carmen y Tomás. A propósito, una de las nietas del vate, Patricia Tagle de Rokha, fuerte defensora de su legado, agrega que: “los hijos fueron nueve, pero dos murieron cuando pequeños (...) Según yo, el más terrible drama fue cuando murieron porque eran muy aglutinadores de su familia. Mi abuelo los cuidaba igual que mi abuela cuando estaban enfermos. Los restantes fueron Carlos el poeta; Lukó, la pintora; José el pintor; luego Juana Inés, que era la cantante del grupo”.

“Mi mamá no quiso ser artista, yo creo que por el temperamento, pero como cantante era genial; Pablo de Rokha hijo, cineasta, poeta y cuentista estupendo, lo que aún no se ha publicado; luego venía Laura quien se casó con un titiritero argentino, es escritora; Y la *Florcita* que fue cantante lírica”<sup>81</sup>. El clan de Rokha fue fiel a la faceta artística del poeta.

► Pablo de Rokha, creando sus escritos, junto a su máquina de escribir. Archivo Fundación De Rokha.



Volviendo a la casa del poeta en La Reina, se dijo que explicó las fuertes bases de piedra que le colocaba, con una frase: “Tengo que proteger la única casa propia que tendré en

la vida y en lo que me resta de ella”<sup>82</sup>. Patricia Tagle de Rokha agrega que su “abuelo eligió ese lugar porque era similar al campo de alguna manera, y aunque él tenía necesidad de estar en la ciudad, porque ahí trabajaba, a la vez quería retirarse a alguna casa que

estuviera como en el campo. Él entendía que esa parte de La Reina –entonces Ñuñoa– podía parecer un pueblo. Lo otro era porque Pablo de Rokha era un escritor que no poseía fortuna de ningún tipo, entonces pagar su sitio le costó bastante, pero era algo que él se podía costear”<sup>83</sup>.

Como vemos, al igual que Violeta, de Rokha también concibió a la Reina como el territorio para armar su casa “definitiva”, su remanso dentro de una vida marcada por lo pasajero, por lo transitorio, por las dificultades que implicaba vivir del arte. Recordemos que, a diferencia de Neruda, de Rokha si bien viajó por el mundo no lo hizo tanto como el habitante de Michoacán y gran parte de su vida la pasó recorriendo Chile, aquellos paisajes del sur que tanto amaba, vendiendo sus escritos. El poeta Gonzalo Rojas, en el notable documental sobre la vida de Pablo, *El Amigo Piedra*<sup>84</sup>, dirigido por Diego Meza, dice que el vate vivió un “intraexilio” en Chile porque recorrió y conoció el país como ninguno, empapándose de los personajes y vivencias que darían vida a su obra.

Es preciso señalar que Pablo de Rokha fue el creador total de sus obras. La cadena completa de producción pasaba únicamente por él, desde la escritura, diseño, empastado, y venta del libro en las manos del futuro lector. “Inmenso era en 1922 *Los Gemidos*, de cuatrocientas páginas, su primer libro sonante. Pero solo pudo vender diez ejemplares. Ni uno más. El resto se ocupó por kilos en el Matadero para envolver grasas y menudencias despiadadas. Nadie dijo nada del poema. Las grandes masas, ¿dónde estaban las grandes masas? Personalmente, a pie, a caballo, en tren, vendió mano a mano toda su producción. Jamás un intermediario. Nunca un libro suyo en la librería. ¿Las ediciones? Editoriales Klog, Cóndor, Multitud: falso. Era él mismo quien imprimía”<sup>85</sup>, dice el periodista Marcelo Mendoza, seguidor de la obra del vate.

Respecto a sus costumbres en casa de La Reina, cada mañana el poeta, luego de desayunar, escribía en su dormitorio. Más tarde, al mediodía –cuenta su familia–, se sentaba en su



► De Rokha recorriendo el patio de su casa en La Reina que, como se acostumbraba, tenía animales para consumo familiar. Archivo Fundación De Rokha.

sillón de mimbre de su casa; delante de él una puerta y una verja hechas de madera, con tablones separados uno del otro por unos 8 cm. La altura, baja, a nivel humano, que le permitiera interactuar con los paseantes. Sus defensores dicen que conoció al pueblo sin intermediarios, sin el partido—como sí lo hizo Neruda—, sin institucionalidad de por medio, tal vez porque siempre se supo parte de él.

Patricia Tagle de Rokha recuerda una anécdota en relación a la figura de su abuelo y los vínculos de este con la comunidad en La Reina: “Lo vi muchas veces detener al hombre que manejaba un carretón lleno de verduras y frutas. Por cierto, el hombre pasaba mirando lleno de esperanzas por la casa de mi abuelo, a ver si estaba allí *don Pablo*, porque eso significaba que ese día, como muy pocos de su vida, podría irse a su casa temprano para estar con su familia y descansar, porque mi abuelo lo hacía bajar la mercadería y la compraba toda. Luego la distribuía, entre sus hijos, la empleada, la lavandera, los nietos, su casa”<sup>86</sup>. Quienes lo conocieron destacan que justamente tenía un enorme afán por distribuir entre los demás los frutos de la naturaleza, la comida, probablemente algo que solo sabe bien quien sabe de las penurias de la pobreza.

La idea de permanecer en una zona casi rural no se limitó a la ubicación ni a la arquitectura de la casa, fiel a sus orígenes, Pablo De Rokha mantuvo ese modo de vivir tan propio del mundo campesino. “Nunca tuvo estufa, nunca cerró su comedor (...) a él le gustaba mirar afuera porque era como su pequeño campo, tenía un lugar para los patos, las gallinas y

los gansos. Él hizo eso por gusto, pero también de eso comían, los huevos, la carne, no tenían que comprar nada. Y si bien su casa era pequeña la supo aprovechar muy bien para lo que necesitaba”<sup>87</sup>.

Y continúa relatando su nieta: “Cuando me casé me fui a vivir con mi marido (Pepe de Rokha, hijo de Pablo) en la casa con mi abuelo, que siendo padre de mi marido, por tanto, yo, sobrina de uno y nieta del otro, me había pedido mi abuelo que le dijera suegro y no abuelo. Hoy, con la larga mirada del recuerdo, creo que esa petición solo la pudo elaborar un gran escritor, un hombre generoso, un artista que no se perdió nunca en convencionalismos y que solo vio el amor entre las personas”<sup>88</sup>.

## OJOS PROFUNDOS DE UN “VERDE CAMPO”

“Veía y sentía, diariamente mi abuelo hacía calle, barrio. ¿Cómo se relacionaba con todo aquel que quisiera merecer su confianza? Esos ojos habían visto y observado a muchos seres humanos que la vida, en sus largos viajes, le ponía enfrente. Esos ojos profundos de un verde campo, hoja de árbol maduro, añoso, y esas cejas que se arqueaban e inclinaban en aquellos instantes, en que hacía una introspección al otro, mirando directo a sus ojos, no se olvidarían jamás. Quien observara atentamente vería en esa mirada, sentimientos de nobleza, honradez, inteligencia a toda prueba, amor a la humanidad y furia incontenible contra el malvado, el abusador y el hipócrita de cualquier índole”<sup>89</sup>, señala la nieta del vate.

Y prosigue, “mi abuelo tenía contacto con todas las personas que sufrían en su barrio. Por ejemplo, venía la empleada:

- Don Pablo, mi marido está enfermo y no hay dónde lo atiendan.

Mi abuelo llamaba al ministro y le decía: –¡Qué clase de miserable tiene usted en su ministerio que esta pobre mujer no

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

tenga derecho a la vida! Y lo tenían que atender, era muy difícil que le dijeran un no. Eso era casi imposible”<sup>90</sup>.

Él recitaba una frase del Martín Fierro que decía así: “No me aparto de la huella aunque vengan degollando / Con los duros yo soy duro y con los blandos soy blando / Y nunca me halló fallando quien me buscó en un apuro”.

“Como pueden ver, era conocido mi abuelo sin duda, en su calle, en su barrio. Quien necesitaba ayuda acudía a la casa de don Pablo, que estaba siempre dispuesto a prestarla a quien la necesitara, para lo cual podría sin dudarle, llegar a llamar al ministro de turno si fuera necesario y retarlo por su incapacidad para atender las necesidades y enfermedades de los pobres”<sup>91</sup>.

El poder de la cotidianidad, de las experiencias de infancia y sus entrañables deseos de convivencia con las personas que le interesaban, son evidencias también de lo que mejor sabía hacer Pablo de Rokha. Sus múltiples obras —en donde su logro máximo fue el Premio Nacional de Literatura en 1965— son

► Familia de Rokha en el exterior de la casa de Valladolid, con algunos amigos extranjeros. Al centro, Patricia Tagle de Rokha. Archivo Fundación De Rokha.



un reflejo de la importancia de los sentidos y la interacción humana con el medio que lo rodea. Dentro de sus experiencias de niño habla de una “carreta chancha” que construyó junto con su amigo José:

“Mi existencia se desarrolla entre la cocina, el basural, la laguna y el cerrito de la mata de pita. Mi compañero de aventuras es José, el muchacho de los mandados ‘el guachito de la Cordillera’; porque la Chila es muy chica y tenemos que andarla trayendo en su carretón y la Lupercia Olivos tiene que hacer la comida, barrer la despensa y fregar el servicio. De tal manera que se pasa el día trajinando hasta que mi madre la llama a rezar el rosario. Nosotros con José nos hemos labrado una hermosa ‘carreta chancha’ con cuatro o cinco palos de boldo y dos ruedas que nos regaló don Vicho Farías”<sup>92</sup>.

Y agrega: “el chicuelo mayor de don Juan de Dios Alvarado le pintó las barandillas y la cepilló con el cepillo de don Vicho, la carreta chancha de nosotros con José es la mejor carreta chancha del pueblo ¡lo juro!”<sup>93</sup>.

Todas las conductas, actitudes y formas de ser de la madurez en el ser humano –nos dice su nieta–, que se expresan vívidas en su infancia. “Así la carreta chancha de la niñez, el carretón en la vejez, formaban parte de sus vivencias de niño en las tierras de Licantén”<sup>94</sup>.

Algo parecido sucedía con Herminio, que tenía su carnicería casi al llegar a la esquina de calle Valladolid con Av. Larraín. Varios de estos locales de venta aún son posibles de observar, cerrados, como mudos testigos de la vida de Pablo de Rokha en la comuna.

Temprano, el día que recibió el largamente merecido y esperado Premio Nacional de Literatura, en 1965, comenzó el poeta a ocuparse de la comida con que habría de agasajar a la familia, los fieles amigos de siempre y todos aquellos que acudieran ese día a su casa.

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

Siempre que podía iba a comprar las carnes necesarias para la comida de su casa a la carnicería y si mandaba a la empleada tenía la seguridad de que Herminio le mandaría lo mejor. Pero aquella mañana sentía la calle como suya, parecía estar contento, más joven, estimulado, porque aunque muy tardíamente, se le había hecho justicia y salió a llamar a Herminio el carnicero desde la puerta de su casa.

“¡Herminiooooo!–, gritó con su gran vozarrón:

Salió Herminio de la carnicería y gritó: –Buenos días, don Pablooooo, ya escuché la radio, felicitaciones por el Premio Nacional de Literatura.

– Buenos días, Herminio, gracias compañero, hágame el favor... Mándeme cinco kilos de prietas, dos costillares de chanco, guatitas, patitas, mollejas, longanizas–, gritó de una cuadra a otra.

“En el campo, allí se gritaba de la cordillera al mar y del mar a la cordillera, imagino”<sup>95</sup>, dice la nieta del vate.

Aquel día “llegó todo el mundo a verlo, había mucha gente esperando a que se lo dieran, mucha gente participó (...) Empezaron a llegar los invitados, mi abuelo comenzó a gritar: ¡Diez kilos de prietas! Empezó a comprar verduras al que venía con la carreta”<sup>96</sup>. La celebración, como vemos, no se alejó de aquella identidad popular en la que el poeta se desenvolvió durante toda su vida.

Precisamente –y esto lo comparte ciertamente con Neruda–, el festín y la buena mesa son otra característica de la prosa de de Rokha. Su famosa obra *Epopéya de las comidas y las bebidas de Chile*, escrita en 1949, refleja su pasión por la comida y la magia que produce tal evento en las personas. Con la particularidad que se trataba de experiencias culinarias que muchas veces, como destacan destacados especialistas en gastronomía, provenían de “picadas” muy populares y muchas veces ni siquiera alrededor de una mesa, sino que bajo un sauce o a la orilla de un río.

“¿Y qué me dicen ustedes de un costillar de chanco con ajo, picantísimo, asado en asador de maqui, en junio, a las riberas del peumo o la patagua o el boldo, que resumen la atmósfera dramática del atardecer lluvioso de Quirihue o de Cauquenes? ¿O de la gúañaca en caldo de ganso, completamente talquino o licantenino de parentela?”<sup>97</sup>.



► Pablo de Rokha comiendo apasionadamente platos chilenos. Archivo Fundación de Rokha.

“No, la codorniz asada a la parrilla se come, lo mismo que se oye ‘el martirio’, en las laderas aconcagiinas, y la lisa fresca en el Maule, en el que el pejerrey salta a la paila sagrada de gozo, completamente rico del río, enriquecido en la lancha maulina, mientras la niñas Carreño, como sufriendo, le hacen empeño a ‘lo humano’ y a ‘lo divino’, en la gran antigüedad familiar vihuela”<sup>98</sup>.

Sus colegas definen a de Rokha como un hombre que viajó “al origen geográfico y geológico de Chile, al fundamento de Chile” y que “supo oír al pueblo, del cual procedía y al cual amaba tanto”. Por su parte, él decía: “mi escritura es exactamente experiencia de viejo campesino viudo que arrastra la sabiduría humana en la lejía del dolor que lo amasó con hierro ardiéndolo, azotándolo”<sup>99</sup>.

“A veces me encuentro con la muerte meando detrás de la esquina o a una estrella virgen con todos los pechos desnudos”<sup>100</sup>, remataba.

La casa en Valladolid estuvo a veces llena de vida; nietos e hijos: Carlos –hijo conocido como Carlos de Rokha y poeta al igual que su padre– escribía incansablemente hasta en las servilletas de los restaurantes y bares donde acudía con sus amigos escritores y poetas bohemios, vivió unos cuantos años en esa

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda



► Aspecto del frontis de la casa de Valladolid, que fuera del poeta 2015.

casa hasta el día aciago de su muerte. Vivió también un perro llamado Demóstenes y cuando Carlos murió, se vio a Demóstenes acostado y triste, bajo su ventana, y un día amaneció muerto en ese lugar. Pablo, el menor de los hombres, llegó desde Córdoba, Argentina,

donde había trabajado en cine, con toda su familia incluidos sus suegros que vinieron a conocer a su consuegro, a trabajar con su padre.

Desde su retorno, Pablo viajó por todo el país junto a su padre vendiendo libros y cuadros y transcribió largos poemas.

En calle Valladolid, Pablo hijo se suicidó en esa casa, no pudiendo resistir la vida. Lukó la pintora –hija de Pablo– también vivió algunos períodos con sus hijos Pablo Antonio y Dalal, junto a su marido el poeta Mafhud Massis.

Como vemos, la vida en la casa de Valladolid era agitada y las alegrías se encontraban también con insondables dolores. Su dolor por la muerte de su amada esposa, Luisa Anabalón Sanderson, conocida como Winett de Rokha, quien murió en 1951 a raíz de un cáncer, queda de manifiesto en su libro *Fuego Negro* en 1953.

“Pero es mentira que estoy aquí, Winett, yo estoy parado, estupefacto, como un difunto rojo, a la ribera del lecho fúnebre y me quedaré allí milenios de milenios de milenios, desesperado, anonadado, crucificado, apedreado, despedazado, frente a ti, agonizante”, le escribía. Y, efectivamente, sus hijos cuentan que no se separó ni un minuto de ella cuando se le declaró la enfermedad y no permitía que nadie ni siquiera la tocara. La

vio irse de a poco, desencajando un rostro que nunca volvió a ser el mismo, declarándose una especie de “muerto en vida”<sup>101</sup>.

“Una gran rabia cansada me rebalsa y si la vida tuviera una cabeza yo se la cortara de un tajo... Por haber criado hijos y libros, te atacó la naturaleza hecha una perra de negrura y te mordió el corazón de madre popular, la bestia inmensa de lo desconocido, roñosa y ladrona como un juez prevaricador. Luisita... Soy un huracán sordo mordiendo fierro ardiendo, un náufrago sin brújula, un león ciego y viejo que escarba una antigua tumba...”<sup>102</sup>, dice en sus amargos escritos posteriores.

“Comprendo que aúllo inútilmente, que mi dolor se partirá los sesos gritando contra la tiniebla, como un loco en un cementerio, que arañaré la nada y la rasguñaré despedazándome y, sin embargo, únicamente existo por tu memoria”<sup>103</sup>. Y así fue, vivió más de quince años posteriores a la muerte de su esposa como un sobreviviente, como una bestia sorda y ciega, de una inconmensurable soledad. La alegría del Premio Nacional de Literatura fue opacada después, dramáticamente, por la muerte de su hijo menor y heredero literario, Pablo, otra de las circunstancias que terminaron por distanciar al arriero, al duro hombre de caballo y montaña, de la existencia cotidiana.

En realidad, el merecido premio llegaría en lo que sería las postrimerías de su vida y fue particularmente celebrado por el vate, familia, vecinos y amigos, porque llegaba luego de más de quince años de la muerte de su querida Winett, hecho que marcó para siempre el resto de su vida.

En épocas en que las familias tenían numerosos hijos, él ya había sufrido la muerte de tres de ellos, dos cuando pequeños y otro, Carlos, que murió por una sobredosis de medicamentos que usaba para tratar sus problemas psiquiátricos y alcohol. Sin embargo, el destino depararía aún la muerte por suicidio de un cuarto hijo, Pablo, que era su sombra y heredero de su habilidad literaria. Y además quien lo acompañaba en sus últimos años en su casa de Valladolid, tras lo cual quedó definitivamente solo, gatillándose el escenario que poco tiempo después, en 1968, le

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda



► Familia De Rokha en La Reina. Archivo Fundación De Rokha.

llevó a él a quitarse también la vida.

Nótese que ello ocurrió solo un año después de que igual determinación tomara Violeta Parra, al interior de su carpa de La Reina. Después veremos que es muy improbable una conexión entre ambos hechos, porque de Rokha parecía tener muy planificado

las circunstancias y características de su muerte. Más bien se dice que fue la muerte de su hijo Pablo lo que podría haber terminado de afectarlo emocionalmente.

El citado Premio Nacional de Literatura era un reconocimiento más que merecido, pero tardío, y los familiares de don Pablo no escatiman críticas al rol de los jurados y críticos literarios de ese entonces, que lo sometieron –enfataron– a un “silencio cobarde” que él no merecía.

Fue tal la celebración, tras años de tristezas y omisiones por parte de la crítica especializada, que se cuenta que de la casa entraban carnes, longanizas, prietas, caldos y demases, para todos los comensales, en lo que se daría en llamar una “comida interminable”, que duró tres días y donde asistió cualquier persona que pasara por la calle y quisiera pasar a compartir la alegría y satisfacción del premiado poeta y su familia.

Celebración aumentada por la ansiedad y la espera de dicho premio. Según Marcelo Mendoza, el premio fue recibido en 1965, cuando ya no había caso. “Desde el 46 que era candidato. Y todos los años, menos los últimos, *Amigo Piedra* se alistaba para celebrar el galardón como corresponde: se quedaba

con el banquete hecho. Los vinos, corderos, pejerreyes, erizos y jamones debían regalarse y el *salud* nunca ocurría”<sup>104</sup>.

Otras grandes batallas dio antes, como cuando el Partido Comunista lo expulsó en 1938 por no querer denostar a una dama con quien había tenido una aventura extramatrimonial y que fue considerada “espía” por parte de la colectividad. A partir de ese hecho el partido se habría encargado de *ningunearlo* en Chile y el exterior, optando abiertamente por Neruda, como la figura ícono de la intelectualidad chilena ante el mundo. No obstante, como destaca su familia y amigos, él nunca renunció a sus ideas de cambio social y fue un fiero crítico de todos quienes se opusieran a ideales de igualdad y solidaridad que él consideraba insoslayables.

El duro hombre de Licantén, donde hoy una enorme estatua de madera recuerda su figura (obra criticada por sus familiares porque hubiesen querido que fuese de piedra), se vinculó a su modo a la actividad política y no comulgó nunca con las

► Aspecto del interior de la casa de Pablo de Rokha en La Reina, en 2015, el que fue refaccionado.



#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

estructuras partidarias. Él se sentía deudor o depositario de los anhelos de su querido pueblo y en eso no se interponía nadie. Su hija pintora Lukó de Rokha –en el documental de Diego Meza–, cuenta que, tras su expulsión del partido, llegó algo abatido a su casa, pero inmediatamente notificó a su familia que ningún integrante de ese hogar haría en su vida algo en contra de su expartido. “A ese nivel llegaba su compromiso con sus ideales”, relata Lukó.

Exseminarista y el mayor de 19 hermanos, tuvo una cierta relación, a su manera, con la religiosidad católica, al estilo de Violeta, quien decía que el partido no le podría quitar su religiosidad y debía aguantarla así. De Rokha más bien hacía involucrar en sus propias ideas progresistas los ideales que el traducía del cristianismo. No por nada “en 1920 se adhirió públicamente a la internacional obrera anarquista (IWW). Pero después profesó el marxismo-leninismo, llegando a ser miembro del Comité Central del Partido Comunista chileno”<sup>105</sup>.

Otra de sus batallas fue con sus propios correligionarios de actividad. Aunque de Rokha fue expulsado del PC más o menos cuando ingresaba Neruda, sus diferencias fueron públicas y –como se sabe– de Rokha no era hombre de medias tintas. El tema quedó más que en evidencia con la publicación de *Neruda y yo*<sup>106</sup>, ensayo en el cual el oriundo de Licantén señala a Neruda como un artista “burgués” (lo peor que se le podía decir a un artista de izquierda) e incluso lo acusa de plagio. No satisfecho publicó posteriormente el *Genio del Pueblo* de 1960, donde interactúan más de cien personajes del ámbito cultural, entre los cuales estaba Casiano Basualto, que representaba burlescamente a Neruda.

Aunque según testimonios la relación no siempre se enmarcó en la disputa. Según Patricia Tagle, “cuando Neruda llegó del sur la primera persona que lo atendió y le facilitó todas las cosas fue mi abuelo. Lo que terminó de poner de *punta* a Neruda con mi abuelo o a mi abuelo con Neruda, fue que a él no le gustó la personalidad de Neruda, cómo buscaba

conseguir los puestos, cómo llegó a conseguir el Premio Nobel. Además, Neruda, que actuaba por debajo de las cuerdas, le hizo muchas cosas a mi abuelo que están en el *Neruda y yo*<sup>107</sup>.

Marcelo Mendoza agrega al respecto: “Al arribo de Pablo Neruda a la poesía, de Rokha (diez años mayor) habló bien de él. Lo apuntaló. Pero una vez arriba de la poesía todo fue distinto. Mientras Neftalí Reyes Basualto fue el poeta oficial –del PC de la ‘intelectualidad’, de la crítica, de Chile, de América–, Carlos Díaz Loyola fue el poeta intrínsecamente extraoficial. Postergado: del PC de la ‘intelectualidad’, de la crítica, de Chile, de América”<sup>108</sup>.

Fueron años de fuertes disputas –nunca ha sido tranquilo el necesariamente egocéntrico mundo de los poetas–, pero esas batallas tuvieron un claro ganador: Neruda. Según quienes conocieron a de Rokha, él siempre supo que perdería, pero fiel a su espíritu indómito, dejaría heridos en el camino sin mayores miramientos, porque según su visión era lo que correspondía.

En concreto, salvo por la satisfactoria experiencia del Premio Nacional de Literatura, la vida posterior de Pablo de Rokha estuvo marcada por la pérdida de su esposa y de sus hijos. Un último chispazo de vida se lo entregó una pequeñita de cerca de cinco años en esa fecha, que después denominaría como Sandra de Rokha, considerándola la menor de sus hijas, pero que en realidad era hija de una colaboradora de su casa que lo acompañó con gran fidelidad.

Justamente de Sandra se despidió, diciéndole que partiría a un largo viaje, cuando un día de primavera de 1968 se colocó la pistola que le había regalado el destacado muralista mexicano David Alfaro Siqueiros y se descerrajó un tiro en la boca.

Antes de ello también habló con algunos de sus amigos más cercanos para decirles que estaba ya demasiado cansado, agotado de la vida, los que no pensaron que llegaría a tomar tan drástica determinación.

“Mi abuelo en escritos de 20, 30 y 40 años atrás hablaba de Pablo de Rokha un suicida. Lo que fundamentalmente tuvo que ver fue que se enfermó físicamente y eso lo enfermó del alma. Empezó a encontrar que la lucha por la vida se había terminado para él (...) Yo creo que el sufrimiento con Winett en vez de acabarse iba en crecimiento, entonces él habrá dicho: ya, me voy a ir a dormir”<sup>109</sup>, rememora a propósito Patricia Tagle.

Los analistas e investigadores que se han dedicado a investigar la vida y obra del poeta hacen ver lo extraño de ciertas coincidencias de ese trágico hecho, con algunas expresiones de algunos personajes de sus obras. Concretamente el personaje Juan el Carpintero, de su obra *Los Gemidos* de 1922.

*“Aquí yace Juan el Carpintero. Vivió 73 años sobre la tierra. Pobrememente. Vio grandes a sus nietos menores y amó, amó, amó su oficio con la honorabilidad del hombre decente. Odió al capitalista imbécil y al peón canalla, vil o utilitario. Juzgaba a los demás según el espíritu”<sup>110</sup>.*

Ese era el contenido de aquellas palabras escritas hace 45 años atrás. Y él justamente se suicidó teniendo 73 años de edad y calzando con la mayoría de los rasgos de personalidad expuestos en la cita.

Las penas lo cruzaron definitivamente, a lo que se agregaba una difícil situación económica, como consigna la prensa de la época, y problemas de salud, pues había pasado una estadía en el hospital tras ser operado de la próstata.

“Pablo de Rokha no era hombre para soportar enfermedades, él no usaba una estufa, menos un guatero, todo en él era austeridad, estoicismo. Había sido un grandísimo vividor, un tremendo luchador, un gran trabajador, estaba cansado de sufrir, la muerte de cuatro de sus hijos, dos de ellos cuando pequeños, los otros dos, Carlos y Pablo también se fueron antes que él. Ya no podría más y la muerte de su esposa fue lo que detonó una profunda angustia que terminó llevándolo al suicidio en la casa de Valladolid el 10 de septiembre de 1968, a los

73 años de edad de un balazo en la boca”<sup>111</sup>, recuerda Patricia Tagle. Y agrega, “ese día estaba la empleada y su hija adoptiva, Sandra de Rokha que ahora vive en Iquique. Yo no sé si estaban en la casa, pero a las 10 de la mañana tomó la pistola. Otros han dicho que había tomado trago pero ¡mi abuelo en esas decisiones así de tremendas no se iba a tomar un trago jamás!”<sup>112</sup>

“Dejo a mi Patria mi nombre y sus huesos, mis huesos cargados de trabajo y padecimientos”<sup>113</sup>, señaló en las palabras que acompañaron su testamento.

En su obra *El canto de un Macho Anciano* Pablo sentencia su amargor y dolor, embellecido por su inmejorable prosa:

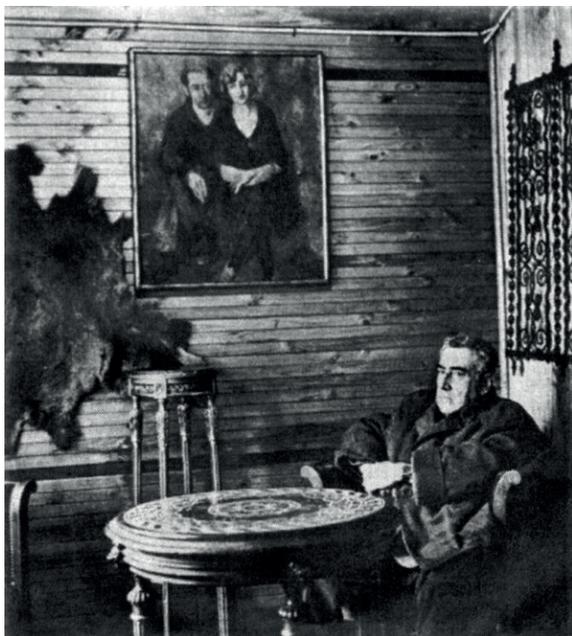
“Infinitamente cansado, desengañado, errado, con la sensación categórica de haberme equivocado en lo ejecutado o desperdiciado o abandonado o atropellado al avatar del destino en la inutilidad de existir y su gran carrera despedazada; comprendo y admiro a los líderes, pero soy el coordinador de la angustia del universo, el suicida que apostó su destino a la baraja de la expresionalidad y lo ganó perdiendo el derecho a perderlo, el hombre que rompe su época y arrasándola, le da categoría y régimen, pero queda hecho pedazos y a la expectativa...”<sup>114</sup>.

En el artículo antes citado, Marcelo Mendoza rememora notablemente el día del suicidio de Pablo de Rokha:

“Se había levantado Carlos a eso de las 9 de la mañana. Se había bebido con fruición el jugo de huesillos y el café y comió tostadas. Había hablado por teléfono con su Lukó y salió al jardín. Cinco minutos antes de las 10 se había encerrado en su dormitorio. Allí se sentó en su entrañable sillón de mimbre, testigo de tantos tremendos poemas, se puso sus lentes ópticos y se meció algunos escasos minutos. Entonces, exactamente a las 10:10, tomó el revólver, el grandísimo Smith & Wesson calibre 44, niquelado con cache de nácar, que le obsequió en México el muralista David Alfaro Siqueiros. Introdujo el cañón en la boca, lo mordió con rabia e hizo fuego.

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

(...) El mismo día 10 de septiembre de 1968, no más de dos horas después, de la Municipalidad de La Reina visitaron al poeta, en su misma casa de Valladolid 160, para notificarle que en reconocimiento de su labor el municipio había decidido que la calle donde él moraba llevaría su nombre”<sup>115</sup>.



► Pablo de Rokha en su casa de La Reina, en calle Valladolid, en los últimos años de su vida.

Después de la muerte del vate la casa pasó por diversos ocupantes. Vivió un tiempo su hija Flor con su marido argentino. E incluso se dice que fue allanada en tiempos de dictadura y que por ello se extraviaron una gran cantidad de libros, aunque no hay certeza de aquello.

Lo cierto es que hacia la segunda mitad de los años 80 la propiedad es vendida a Horacio Durán, integrante del grupo musical Inti Illimani Histórico y miembro de la Fundación de Rokha, situación que persiste hasta nuestros

días. La hija de Durán, Amanda, es quien ocupa la residencia que fuera del poeta, consciente del legado que alberga dicha casa en la comuna.

En la actualidad, el presidente de la Fundación de Rokha, nieto y sobrino del vate, Emiliano de Rokha, plantea que la organización intenta difundir la cultura rokhiana, no solo la obra del poeta sino de todos los artistas de la familia, que no son pocos. Aunque evidentemente el poeta concentra los esfuerzos para que sea reconocida una obra que a ojos de Emiliano aún está al debe.

“Falta mucho por parte de las organizaciones públicas y privadas, pues el lector respeta a Pablo de Rokha, pero ¿cómo hacemos para captar más lectores? Eso se hace a través de la institucionalidad. Entonces nos encontramos con municipalidades con que tenemos problemas, y ¡para ellos debería ser un lujo estar relacionados con ese nombre!”<sup>116</sup>, reclama con entusiasmo el nieto del poeta.

Y agrega, “también siento que hay gente que le molesta la figura de mi abuelo, pues puede opacar a otros, por lo que decía mi abuelo, él le pedía a la gente que proteste, por ello hemos sido silenciados. Aunque esto puede ser esperanzador, ya que por debajo va creciendo como el pasto, la gente se traspasa los libros y esto sigue y sigue creciendo. Sobre todo en los jóvenes que, con el acceso a internet, van descubriendo a personajes como Pablo de Rokha, al que solo la idea de ser un poeta maldito lo pone en el lugar de una estrella de rock”<sup>117</sup>.

Al parecer la lucha por rescatar y difundir la obra del vate va teniendo sus primeros triunfos, “ahora nos están pidiendo obras para incluirlas en textos escolares, cosa que no había sucedido jamás. Yo soy optimista”<sup>118</sup>, sentencia Emiliano de Rokha.

Finalmente, a propósito de la casa de la calle Valladolid, el ideal del presidente de la Fundación es que a dicho espacio se pudiera incorporar una gran biblioteca especializada en Pablo De Rokha y poesía afín. Y no solo eso, ya se ha dicho sobre la intención de cambiar el nombre de la calle para así homenajear a quien vivió ahí por muchos años, ante esto Emiliano señala que el nivel de gestión ha sido arduo, más aún no se realizado el principal pendiente, a saber, “una consulta ciudadana en la que participen los vecinos, porque si ellos están de acuerdo sería bastante fácil, es necesario ir casa por casa preguntando, ¿está usted de acuerdo en cambiar el nombre de esta calle?”<sup>119</sup>.

Mal que mal, desde el año 68, el mismo día en que él dejó este mundo, el municipio de ese entonces tenía decidido colocarle a la calle Valladolid el nombre de uno de los más grandes

de la poesía chilena. No obstante, más allá de eso, Pablo de Rokha tiene un lugar reservado en la poesía chilena e internacional, porque su telúrica prosa, quizá a la altura de Violeta, se enraíza con ese Chile profundo y perdido.

## **MICHOACÁN O “LA CASA DE UN JOYERO DE LA ILUSIÓN”**

“Sube a nacer conmigo hermano” dice el poema de Pablo Neruda que inmortalizara el conjunto Los Jaivas en todo el mundo. Sin embargo, los bibliófilos que siguen los manuscritos originales del poeta descubrieron que la letra mecanografiada del mismo había sido corregida en la palabra “nacer”, porque el original decía “sube a *casa* conmigo hermano”. La corrección está hecha en la famosa tinta verde que utilizaba Neruda (cuyos trazos originales pueden verse en su casa La Sebastiana de Valparaíso).

Pero las copias mecanografiadas o manuscritas de obras como *Canto General* no solo tenían la tinta verde de Neruda, tenían también de otros colores. De allí que se presume que también fueron intervenidos por una longeva vecina de La Reina: Delia del Carril o La Hormigueta. Los estudiosos dan por hecho que esas otras correcciones eran aprobadas por *don* Pablo, pero ello da cuenta del grado de confianza y complicidad que tenían ambos cuando se trataba de la obra del poeta.

Igual que en el caso de Violeta Parra y la familia de los Parra Sandoval, no podemos acá agotar las experiencias de lo que fue la vida de Delia del Carril y Pablo Neruda en la comuna de La Reina. Simplemente nos remitiremos a aspectos de su estancia juntos en estos territorios y de lo que fue la larguísima vida de La Hormigueta –vivió hasta los 104 años– en la casa de Michoacán, de calle Lynch Norte, luego de su rompimiento con el vate.

Primero digamos que la que hoy es una casona que aún guarda tendencias de lo que eran las antiguas casas de campo

del siglo XIX, habría sido uno de los fundos donde familias de los cuidadores o *llaveros* vivían en lo que se consideraba el sector de Los Guindos, hacia 1895, específicamente de la parcelación Nueva Los Guindos, que surgió de la posterior subdivisión de la chacra Tobalaba y, como vimos en su momento, estuvo en manos de los Larraín, los Ossa y familias aristocráticas de ese entonces.

En realidad, el nombre de Los Guindos surge en muchas de las historias de estos terrenos, porque era una referencia muy importante, un siglo antes de que existieran la actual Av. Américo Vespucio o la Plaza Egaña como la conocemos hoy. Anteriormente, se dijo que la antigua Villa Los Guindos, fundada se estima a fines del siglo XIX, se ubicaba un poco más abajo y al sur de lo que



hoy es Plaza Egaña (con límites más o menos, Irrarázaval, Dublé Almeйда, Vespucio, Francisco de Villagra, estaba colindante a la chacra Valparaíso de la hoy Ñuñoa (sector Ramón Cruz e Irrarázaval) y era la villa que estaba más al oriente de la Plaza Ñuñoa, que era el centro de la “comarca” del mismo nombre. Ir a la antigua Villa Los Guindos (fundada como tal en 1895, en la propiedad agrícola del mismo nombre<sup>120</sup>), hasta donde llegaba la antigua locomoción local, y se ubicaban algunas quintas de recreo, era casi adentrarse a los territorios precordilleranos. Más allá estaba la descendencia de los Larraín, los Maroto y los Arrieta, que se aventuraban con sus casas aristocráticas definitivamente hacia la cordillera.

Sin embargo, después la zona se expandió a la llamada “Población Nueva de Los Guindos”, pasado lo que hoy es calle Hannover, aproximadamente con límite sur en calle Blest Gana, oriente Tobalaba y hacia el norte Príncipe de Gales. Luego, se expandió hacia la “Población Oriental de Los Guindos”, hacia lo que hoy es Peñalolén, entre Av. Arrieta y Grecia aproximadamente, con límite poniente Vespucio y oriente Los Molineros. Y también lo hizo hacia la denominada “Población Alemana de Los Guindos”, entre Simón Bolívar e Irrarázaval,



Pero volvamos a nuestra casa de Michoacán, como veíamos, nacida de una vieja y derruida casona de campo, donde vivían los llaveros del fundo Los Guindos, población Nueva Los Guindos.

“Diríase que el progreso urbano de Santiago consiste en un desplazamiento de la parte plana de la ciudad hacia la cordillera. Santiago va trepando audazmente por los caminos frondosos de Apoquindo y Peñalolén, se va deslizado a los empinados desfiladeros del Volcán, se va metiendo en las largas Avenidas de Los Guindos, va sembrando de casas verdes y rosadas el barrio del Golf, y en cada una de sus aventuras correrías, profana un poco el silencio y la solemnidad andinas”<sup>121</sup>, dice al referirse a la casa de Michoacán, el diplomático y escritor Ricardo Boizard, en su libro *Patios Interiores*.

## “UNA MARCHA HACIA LA SOLEDAD”

Y agrega en esta notable descripción, de las pocas que tiene la característica de ser ambientada en la época, que “entre los alegres pioneros de esta marcha hacia la altura, que es también una marcha hacia la soledad, ocupa un sitio de preferencia el poeta de Chile, Pablo Neruda, cuya poesía tiene algo de lo duro y de lo grande de la cordillera: se parece a los acantilados a pique, a los guijarros sin pulir y a las masas pétreas recortadas por cataclismos”<sup>122</sup>.

“En una calle transversal de la Avenida de Los Guindos, por donde todavía pasan las viejas carretelas destartaladas y donde el pasto rural pavimenta las veredas, emerge la casa nerudiana como la más extraña unidad arquitectónica que haya construido nadie para vivir. A primera vista, esto parece un laberinto; se confunde la puerta principal con la del garage, hay escaleras a cielo raso que conducen a misteriosas alcobas, corredores que avanzan hacia lo interior, puertas a lo largo de los corredores, anchas ventanas y pequeñas ojivas: en suma, un verdadero puzle”<sup>123</sup>.

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda



► Neruda en la puerta de su casa en Michoacán, La Reina. 1945

Fue ese espacio precordillerano el elegido, según la escritora Virginia Vidal —quien presencié pasajes de los acontecimientos ocurridos en Michoacán—, para conformar su residencia, ahí, en “una quinta de más de cuatro mil metros cuadrados en el terreno de lo que fue el Fundo Los Guindos, con una construcción que otrora habría ocupado un mayordomo. Ahí, el vate tenía buen espacio para sus libros y cachureos”<sup>124</sup>.

Pero la casa de Lynch no se configuró para estar ensimismada entre sus muros, sino como un refugio abierto para los amigos y visitantes que buscaban ampararse en el tibio abrazo de las letras. “Esa casa no ha sido hecha para tener comedor y dormitorios. Las piezas íntimas en ella pasan a segundo plano. Sus murallas se alzaron para cobijar libros y colecciones, para recibir amigos que allí gozan de la más ancha hospitalidad, para celebrar reuniones bohemias, para hospedar vagabundos y artistas”<sup>125</sup>, recuerda Boizard.

“Penetrando más, sin embargo, en el espíritu íntimo de la construcción, conociendo el carácter de su inspirador como los hábitos y finalidades que le animan, se descubre la robusta armonía de una obra planificada”<sup>126</sup>. Es que Michoacán inaugura al Neruda arquitecto y diseñador, de hecho, la puerta que da la bienvenida a la casa habría sido tallada por el mismo vate, que en realidad dejó su huella personal en muchos rincones de la casa.

Un aspecto conocido, pero que hace mucho sentido con las características del territorio donde se emplaza, es que se dice que en la construcción de las sólidas bases de la casona se ocuparon piedras y rocas traídas desde la cordillera que hoy divisamos desde nuestras ventanas. No sería de extrañar conociendo la cercanía que había entre la instalación y esas montañas.

Por cierto, la descripción que hace Boizard dista años luz de lo que uno ve visitando lo que queda de esa casa hoy. Sin embargo, el perfume de las experiencias de vidas tan particu-

lares aún se huele en el lugar. Boizard, por ejemplo, incluye la colección de caracoles de Neruda, que el vate después sumaría a sus regalos a la Universidad de Chile. Hoy solo queda una colección de hermosas mariposas tropicales, que aún está frente al comedor donde La Hormiga –ya octogenaria– celebraba ruidosamente sus cumpleaños. Mal que mal, por lo menos siete décadas han pasado ya desde que Neruda y La Hormiga se instalaran en ella, y qué años de la vida del país.

Para hacernos una idea de lo que existía en dicha época adentro de la casa, útil son las descripciones que realizan Vidal y Boizard respectivamente. “En Villa Michoacán permanecerán algunos objetos únicos, como los muebles de madera de olivo milenario, entre ellos, la mesa de una sola pieza, construidos por Aguadé y Tarragó, españoles del Winnipeg, (y posteriormente) fundadores de la mueblería Sur, quienes conocían esa madera, capaz de romper las sierras. Un enorme sofá y dos butacas de la misma madera, todo forrado en cuero de vaca, eran los asientos siempre dispuestos a acoger a los visitantes (...) El poeta se encarga de hacer empotrar en el muro mismo una urna de mariposas azules, espléndida muestra de mariposas tropicales. Al frente hace instalar un acuario para los pececitos de colores”<sup>127</sup>, señala Vidal. Y Boizard agrega, “uno a uno, cogidos por quién sabe qué indiscretas manos, se han acumulado allí los más extraños caracoles del mundo. Algunos estaban guardados en las profundidades del mar Índico, algunos vivían escondidos en las playas del mar Muerto, quizás algunos estuvieron siglos enroscándose en las piedras de Oceanía; todos ahora son huéspedes de Neruda y viven allí como en su propia casa, la casa de un joyero de la ilusión”<sup>128</sup>.

“Pablo es un poco oriental y en esta colec-

► Colección de mariposas tropicales que aún está en la Casa de Michoacán.



#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

ción ha dilapidado paciencia. Sus caracoles están clasificados por familias, por edades, por colores. El poeta conoce la historia de cada cual y la cuenta con su minuciosidad zumbona”<sup>129</sup>.

Es que toda la arquitectura de Michoacán confabulaba para que el visitante se introdujera en un viaje lleno de asombros. “Agotada la biblioteca, que es un verdadero museo de viejos pergaminos, junto a las más extrañas obras de la literatura universal, el visitante pasa a la galería interior, una especie de plataforma luminosa separada del jardín por enormes ventanales. Embutidos en la pared, aparecen vistosos y raros motivos. Hay peces que nadan en su acuario, gigantescas mariposas del trópico, figuras folklóricas del arte indígena, evocaciones de Méjico, del Perú y aun de la Araucanía chilena”<sup>130</sup>, recuerda Boizard. A lo que Virginia Vidal agrega sobre el vate, “su afán constructor lo impulsa a hacer instalar una escalera externa para acceder al altillo o mansarda, detalle que se repite en Isla Negra; esas escalas son sus accesos secretos a las casas; le gusta entrar o salir a escondidas, sin que se percaten los eventuales huéspedes”<sup>131</sup>.

Michoacán tiene la característica de ser la primera casa que adquirió Neruda, al menos después de sus primeros viajes por el planeta. Delia del Carril, que en su momento tenía mucho más mundo que Neruda (era veinte años mayor), lo conoció como cónsul en España, donde ella frecuentaba la bohemia y se codeaba con la intelectualidad de la época. Cuando estalla la guerra givil española, en 1936, se van a México, donde contraen matrimonio. Ya se había distanciado de su primera esposa *Maruca*, la holandesa María Antonieta Hagenaar, madre de su fallecida hija Malva Marina y a quien Neruda llamaba “la Carabinero”. “Después de tanta guerra y tanta errancia, villa Michoacán era la primera casa propia de Pablo Neruda en su vida de poeta y de hombre adulto, y la primera, como también la única, de Delia del Carril en Chile”<sup>132</sup>, destaca Vidal.

Es decir, no solo Los Parra, Violeta y Nicanor y de Rokha –como dijimos– todos del sur campesino profundo, percibían

estas casas como “sus” casas definitivas, sino también Neruda. Ello, independientemente que la vida errante de este último haya dicho otra cosa.

Tras haber pasado una temporada en México, Neruda y Delia del Carril se instalan en nuestro país, específicamente en la amplia casa de la avenida Lynch, a la que denominaron “Michoacán de los Guindos”, en alusión a la provincia mexicana del mismo nombre, objeto de las odas nerudianas (hoy sucumbida entre violentas bandas de narcotraficantes). El terreno en donde se emplaza la morada tiene una extensión de 5.000 metros cuadrados.

La mismísima Hormiguita recordaba para explicar, con un dejo de nostalgia, el origen de tan característica denominación. “Ocurrencia mía para rememorar algo muy importante: Pablo fue nombrado por primera vez en su vida Doctor Honoris Causa en la Universidad de Michoacán de San Nicolás de Hidalgo, Morelia (16 de agosto de 1943), y recibió el título en el Colegio de San Nicolás de la universidad michoacana. Además, es prueba de nuestro amor y reconocimiento a los mexicanos”<sup>133</sup>, señalaba.

► Interior de la casa de Michoacán en 1948, con sus clásicos sillones de cuero de vaca. Archivo Fundación Neruda.



#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

En rigor, Neruda pasó pocos años, pero importantes, en su casa de Michoacán. Compraron la casa en 1942 y se instalaron a vivir en ella en 1943, aunque hay versiones que ubican la compra en 1941<sup>134</sup>. Y si bien el vate en esta época no ostentaba fortuna alguna, tenía algunos fondos previsionales que le ayudaron a solventar los gastos de la compra. A propósito, el escritor y biógrafo de *La Hormiga*, Fernando Sáez, señala que Delia del Carril fue protagonista de la adquisición en tanto vendió una propiedad que tenía en Buenos Aires en la “impresionante cifra de dos millones y medio de pesos, Delia se hizo dueña de la casa de Lynch, cancelando ciento noventa y seis mil pesos, el total de la deuda contraída por Pablo con la Caja de Empleados Públicos”<sup>135</sup>.

No duró mucho esta primera etapa de residencia en la actual comuna de La Reina, en ese momento Ñuñoa, pues en 1949 Neruda debe huir del país por la persecución política del gobierno de González Videla, que lo mantiene fuera de Chile hasta 1952, cuando vuelve y se instala nuevamente en Michoacán.

No obstante, ya había conocido a Matilde Urrutia y en 1955 se separa de la Hormiguita y se instala a vivir con su nueva pareja en la residencia de La Chascona, que ya había comenzado a construir a su regreso en 1952, en el sector de Bellavista, Santiago. Se dice que a veces almorzaba en Michoacán y luego se iba a dormir siesta junto a Matilde Urrutia en La Chascona, con quien finalmente pasaría sus últimos días, primero en La Sebastiana de Valparaíso y luego la casa de Isla Negra, donde fallecería y pediría ser enterrado allí, junto a ella. En resumen, el vate vivió aproximadamente unos 12 años de su vida en Michoacán, junto a Delia del Carril: entre 1942 y 1949 y, a su regreso del exilio, entre 1952 y 1955, cuando se separan definitivamente.

Sin embargo, Matilde –en honor a quien colocó a la otra casa el nombre de La Chascona, por su cabellera rojiza– murió en 1985, mientras que la Hormiguita resultó más longeva, lo hizo en 1989 a los 104 años.

“Hormiguita adorada: no sé por qué te vas a quedar por meses en Barcelona. Tu tenías planes... Dejé a Maruca (su primera esposa). La situación está arreglada con su ida... estoy en un hotel muy viejo frente al puerto, miro cada mañana los veleros. Qué bien estaríamos juntos. ¡Me he cortado las uñas por primera vez solo!”, decía un enamorado Neruda a Delia del Carril –con quien vivió más de veinte años entre el extranjero y Chile– en diciembre de 1936.

## **POR LAS PANDERETAS HUYENDO DE GONZÁLEZ VIDELA**

Hay hitos históricos que marcaron el contexto político de la época como el suceso de cuando el presidente Gabriel González Videla proscribió al Partido Comunista y Pablo Neruda tiene que escapar por las panderetas traseras de Michoacán, al lado del anfiteatro, para no ser apresado. Mientras él se encuentra en el extranjero, Delia se dedica a la edición del *Canto General*, que Neruda termina mientras está en México, entre otras tareas que este le encomienda.

Asimismo, allí Neruda celebra sus cincuenta años con diversas personalidades políticas y del mundo artístico como Salvador Allende, Volodia Teitelboim, Alejandro Lipschutz, entre muchos otros. Aunque no solo para su quincuagésimo cumpleaños la casa de Lynch fue ocupada como espacio de celebración, múltiples fueron las ocasiones en las que Michoacán se situó como centro de encuentros artísticos e intelectuales.

En una de estas citas con destacados contertulios, el vate invita a Nicanor y Violeta Parra, y ella “se roba la película”, como se dice

► Neruda con Delia del Carril.



#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

en Chile, al punto que su hermano casi le recomienda no visitar de nuevo la casa a riesgo de opacar a Neruda, como vimos cuando relatamos el paso de Violeta por estas tierras. Y Nicanor ya venía desde bastante antes a Michoacán, así lo atestigua una fotografía donde él aparece junto a otros contertulios en la casona de Los Guindos en 1947. Como vimos, él trajo a Violeta a un lugar en La Reina –muy especial–, que ya conocía bastante.

En 1954 fue el evento que conmocionó al mundo de la cultura latinoamericana, el quincuagésimo cumpleaños del poeta se configuró como un momento de reunión entre los amigos que Pablo y Delia fueron haciendo a través del tiempo y los kilómetros recorridos. Virginia Vidal, quien participó de la celebración, recuerda que “la capacidad de Neruda para organizar grandiosos encuentros se manifestó una vez más cuando preparó la celebración de sus cincuenta años, con muy importantes invitados venidos de otros países. En esta ocasión, él no recibió del país el mayor regalo, sino que se lo ofreció: (...) sus más valiosos libros y su colección de caracolas donadas a la Universidad de Chile. (...) Toda la Villa Michoacán estaba llena de gente; había grupos en el salón, en el parque, junto a un álamo que plantó Pablo, en la ‘casa del bosque’ (escenario al fondo de la casa), transformada en un proscenio donde jóvenes poetas y poetisas se alternaban recitando sus versos. En verdad, toda la casa parecía un escenario donde no se sabía si cada cual hacía lo que le daba la gana o si estaba interpretando un rol establecido”<sup>136</sup>.

Virginia Vidal señala que aquel regalo a la universidad se explica por un afán de conservación de los bienes culturales por parte de Neruda. “El poeta estaba muy consciente de que la quema de libros como represalia política no era ajena a la realidad chilena”<sup>137</sup>. A propósito, el mismo Neruda había acusado a González Videla de actos semejantes: “Anoche se intentó incendiar mi casa. El fuego alcanzó a destruir parte de la puerta de entrada. (...) lo único doloroso sería ver quemadas las colecciones de libros antiguos y de arte que tengo destinadas desde hace tiempo a los museos de mi país”<sup>138</sup>.



Por aquellas fechas la relación entre la pareja no gozaba de buena salud debido a la sospecha que Delia tenía sobre una latente infidelidad de Neruda. No obstante, la misma Hormigueta procuraba no hacer público su malestar y participó activamente en la organización de las celebraciones del cumpleaños que se extendieron por varias semanas. Al respecto Fernando Sáez señala que “la casa de Lynch comienza a prepararse para la gran fiesta. Delia hace largas listas de invitados y llamados al extranjero. Para confirmar la venida de escritores y amigos de todas partes. (...) Las celebraciones aplacaron y postergaron el desenlace”<sup>139</sup> de los problemas de la pareja. Y agrega, “el recibimiento de tantos invitados del extranjero, (...) fue motivo de una organización en que todos los amigos tenían que estar disponibles. La semana de festejos comenzó con una gran comida en el restaurante La Bahía, de su amigo Arcadio Vadell, y luego vinieron recitales,

► Abanico colgado en la pared de la casa de Lynch. Posteriormente Neruda se lo llevaría a “La Chascona” y tras el golpe de Estado de 1973 sería destruido. Archivo Fundación Neruda.

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

conferencias y encuentros. Una desorganizada comida en Lynch, en la que, por insistencia del dueño de casa, el plato principal fue porotos con chorizos”<sup>140</sup>.

No hay caso: la buena comida chilena era la debilidad, y de las pocas cosas en común, de Neruda y de Rokha. Ambos tenían sendas humanidades que mantener, además.

En tanto, el propio poeta relata, en su *Confieso que he vivido*, una visión no demasiado positiva sobre estos años en Michoacán, aunque era tal la vorágine de sus actividades que, para un hombre normal, para un artista normal, esto sería extraordinario: “Los años transcurridos entre agosto de 1952 y abril de 1957 no figurarán detalladamente en mis memorias porque casi todo ese tiempo lo pasé en Chile y no me sucedieron cosas curiosas ni aventuras capaces de divertir a mis lectores. Sin embargo, es preciso enumerar algunos hechos importantes de ese lapso. Publiqué el libro *Las uvas y el viento*, que traía escrito. Trabajé intensamente en las *Odas elementales*, en las *Nuevas odas elementales* y en el tercer libro de las odas. Organicé un congreso continental de la cultura, que se realizó en Santiago y al cual acudieron relevantes personalidades de toda América”<sup>141</sup>.

► Pablo Neruda descansando en Michoacán. La silla aún se mantiene en la casa. Archivo Fundación Neruda.



“También celebré en Santiago el cumplimiento de mis cincuenta años, con la presencia de escritores importantes de todo el mundo: desde China vinieron M. Ching y Emi Siao; Ilya Ehrenburg voló desde la Unión Soviética; Dreda y Kutvalesk desde Checoslovaquia; y entre los latinoamericanos estuvieron Miguel Ángel Asturias, Oliverio Girondo,

Norah Lange, Elvio Romero, María Rosa Oliver, Raúl Larra y tantos otros. Doné a la Universidad de Chile mi biblioteca y otros bienes. Hice un viaje a la Unión Soviética, como jurado del Premio Lenin de la Paz, que yo mismo había obtenido en esa época, cuando aún se llamaba Premio Stalin”<sup>142</sup>.

Y agrega: “Me separé definitivamente de Delia del Carril. Construí mi casa “La Chascona” y me trasladé a vivir en ella con Matilde Urrutia. Fundé la revista *Gaceta de Chile* y la dirigí durante algunos números. Tomé parte en las campañas electorales y en otras actividades del Partido Comunista de Chile. La editorial Losada, de Buenos Aires, publicó mis obras completas en papel biblia”<sup>143</sup>.

Y no solo por la celebración de los cincuenta años del vate es que la casona es recordada como centro de encuentro para artistas e intelectuales. Corría el año 1953, y al poco andar después de su regreso del exilio, como se señalaba anteriormente, “Neruda se dedicó a preparar el Congreso Continental de la Cultural y Villa Michoacán vivió días de gloria, pues acudieron los más notables artistas y escritores de América Latina. Llegaron representantes egregios de la cultura como Oscar Niemayer, Cándido Portinari, Vinicius de Moraes, Jorge Amado”<sup>144</sup>. A su vez, “poco antes de la ruptura conyugal sin remedio, el 20 de junio de 1954, Neruda empezaba a celebrar su quincuagésimo cumpleaños colocando en Villa Michoacán la primera piedra de la Fundación Pablo Neruda para el Desarrollo de la Poesía”<sup>145</sup>, aporta Virginia Vidal.

Pero sigamos observando cómo veían sus conocidos la casa de Michoacán en 1948, cuando esta estaba llena de vida: “Neruda ha ido dejando en cada sitio un rastro de su inagotable

► Neruda conversando en el patio trasero de Michoacán. Archivo Fundación Neruda.





► Salvador Allende y Hortensia Bussi en la Casona de Michoacán. Justo atrás de ellos, Pablo Neruda, 1954. Fotografía familia Insunza Figueroa.

fantasía, y cuando se sale al jardín y ya parece que no queda nada por ver, encontramos el ala lateral de la construcción, que es otro inesperado mundo. Aquí está lo que pudiéramos llamar el club nerudiano, que es una especie de taberna española con las más curiosas y risueñas alusiones. Hay allí un mesón con su correspondiente damajuana y más atrás una estantería de cantina. Viejos axiomas populares adornan las paredes y en medio de ellos, retratos de amigos, recuerdos de ausentes, estela de hospitalidad...”<sup>146</sup>. En realidad, si algo caracterizaba a Neruda era su profunda identidad de anfitrión, le gustaba recibir a sus amigos y eso corría para todas sus casas. Conocidas son las fiestas con sus amigos en Isla Negra donde se disfrazaba y hacía reír a todo el mundo. A pesar de que era un hombre de una tremenda experiencia y altura internacional, él se reía de sí mismo y hablaba de tú a tú con cualquier persona, por sencilla que fuera, que tuviera algo interesante que contarle.

Haciendo notar aquello, dice Boizard en 1948: “Una característica de la casa de Neruda (en este caso Michoacán) es que

a cada momento y donde menos se piensa aparece un cuarto de alojados. Junto a la taberna hay uno también. Alguien ha dejado allí sus prendas de vestir y hasta un jabón, en el velador. Puede ser Guillén, puede ser Bola de Nieve, quizás Carranza. En ese cuarto ha estado en pijama toda América”<sup>147</sup>.

Y mucha de la intelectualidad de América también tuvo que haberse maravillado con el impresionante repertorio de libros que enriquecían la biblioteca de Neruda, ubicada en el segundo piso de la casa, junto a su colección de caracolas. Se dice que él poseía libros tan valiosos como algunas primeras ediciones de los clásicos de la lengua española de 1600, además de libros de los *poetas malditos*, una primera edición de *Las flores del mal* de Baudelaire, y de *Una temporada en el infierno* de Rimbaud, y unas cartas de este dirigidas a su hermana pertenecientes a la última etapa de su vida cuando vivía definitivamente fuera de los cánones que establecía la sociedad.

“Frente a la taberna y bajo el follaje de un gran arbusto está como recostada en el pasto una blanca cabeza de Venus; parece salir de la hierba y mirar al sol. A su lado, unos angostos caminitos avanzan hacia el interior como señalando una huella. No ha terminado de abrirse la caja de sorpresa y nos espera todavía una novedad. Al fondo de la quinta y proyectado contra un rincón en que se juntan dos gruesos muros de adobe, levantó el poeta su mejor creación, un teatro al aire libre con camarines en el proscenio. Uno de los camarines tiene dos literas sobrepuestas para nuevos alojados. Entramos en él y están las camas listas para ser usadas, con sus blancas sábanas, con sus gruesas colchas, hasta con un libro en el velador”<sup>148</sup>, relata.

El escenario de que habla Boizard, Neruda lo denominó Federico García Lorca, a quien conoció en España y que siempre recordó con cariño, luego de que él fuera asesinado, en medio de la convulsión hispana de los años 30.

Ese pequeño teatro sería posteriormente refaccionado, luego de que casi desapareciera en los años de abandono de la Quinta. Allí —donde en su momento actuaron el propio Ballet Ruso y una floreciente Violeta Parra—, han pasado hoy decenas

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

de grupos musicales y de teatro, dando sentido al espacio que Neruda soñó para esos efectos.

### LA CASA BOSQUE AL FONDO

“*La casa del bosque* la hacen construir al fondo de ese parque donde Neruda cumple su sueño, porque es como un pedacito de su selva sureña ante el gigantesco muro nevado de la cordillera. Se aislará para escribir en esa oficina verde: un escenario entre dos pilares de descomunales troncos, una pared de piedra, con chimenea empotrada, tablado, altillo y unos cuartos laterales de tablas. (...) También será el escenario de Violeta Parra en esos años, allá por los tiempos en que la cantante de reunía con Enrique Lihn a preparar los libretos para su programa radial. En los días convenidos, se juntaban en la Plaza Egaña y partían a instalarse en ese rincón bucólico”<sup>149</sup>, aporta Virginia Vidal respecto al citado escenario.

► Aspecto de la Casa Bosque y escenario que Neruda instaló en Michoacán, en 2015.

“Antes que soplara un vendaval (continúa la descripción de 1948) que no sabemos si arrasará con la verdad, con el ensueño y aún con esta casa, Neruda se proponía ofrecer allí recitales de alta calidad. Había dejado un espacio libre sobre el césped



para su auditorio y en ese auditorio pensaba contar con la presencia de algunos que después se han dedicado a la escena truculenta”<sup>150</sup>.

“Pero dejemos esto, dejemos estos muros, esta posibilidad y este césped para internarnos en algo que es quizás lo más puro y genuino de la casa nerudiana. Aquí se desarrolló un espíritu que ciertamente no ha sido otra vez reproducido en la América de nuestro tiempo. Durante la guerra que acaba de terminar la casa de Neruda fue una especie de hogar donde anidó nuestra solidaridad con el mundo convulsionado”<sup>151</sup>, dice Boizard en 1948.

“Aquí llegaron españoles expulsados por el vendaval revolucionario, judíos abrumados por el campo de concentración, almas ahuecadas por el dolor con acentos de extraña sonoridad, apóstoles, combatientes, luchadores políticos, víctimas y soñadores”<sup>152</sup>, agrega Boizard, destacando otra de las características de siempre del vate: la solidaridad con los perseguidos, la misma que a fines de 1939 le hizo coordinar desde Francia la llegada del Winnipeg al país, trayendo 2.200 almas perseguidas de los territorios europeos por la dictadura de Franco.

“Y no se diga que la atmósfera que se ha vivido en esta casa fue foránea ni de inspiración extranjera. Lo extranjero fue el dolor, fue la necesidad, fue la angustiada tragedia de los visitantes; la hospitalidad fue total e integralmente chilena. El hombre ‘enteramente de Temuco’, según Pablo de Rokha, que hay en Neruda, estaba allí todos los días charlando en rueda de amigos con su vaso de vino en la mano y su inimitable humor”<sup>153</sup>. Aspecto que reafirma Virginia Vidal al señalar que “En Villa Michoacán, Delia y Pablo imponen un estilo nacional

► Casa del Bosque en su aspecto original. A sus costados tenía nuevas piezas para alojados. Archivo Fundación Neruda.



#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

inconfundible (...) Rescatan lo criollo, los objetos trazados por los artesanos o por la naturaleza misma, lo que comenzó a romper con modas impuestas desde el extranjero”<sup>154</sup>.

“Los poetas que miran la luna, naturalmente extranjera; o los que cantan versos a la alondra, extranjera también; o los trasnochados amigos del romanticismo extranjero, no saben de qué manera es chileno y con qué autoridad está parado en su tierra natal este poeta del poema Veinte y del Farewell”<sup>155</sup>, dice Boizard en esta viva descripción de Neruda y su casa en La Reina, en ese entonces todavía Ñuñoa.

“Y es que Neruda abruma con su sencillez; y se le ha visto vivir allí, no como un dueño, no como un poeta, sino como un huésped más de la hospitalaria casa”<sup>156</sup>, remata el relato de 1948.

Casa que, como se ha enfatizado, fue el centro de la cultura nacional y, por qué no, un importante foco para los pensadores foráneos. Se dice que toda la intelectualidad latinoamericana de los años 40 y 50 visitó en algún momento la residencia de Michoacán. Atraídos por el dinamismo artístico, los personajes pasaban largas jornadas que devenían, no pocas veces, en jolgorios que guardan más de una anécdota. A propósito, se dice que en una de las tantas celebraciones del quincuagésimo cumpleaños de Neruda, él junto a una serie de visitantes estaban tan bebidos que escribieron un poema que luego guardaron en una botella (otros hablan de una caja o pequeño baúl con escritos) con el fin de enterrarla en el inmenso patio que existe en la casa, cosa que hicieron, pero debido al estado etílico en que todos se encontraban ninguno pudo recordar el sitio exacto del entierro, quedando en el olvido y esperando ser encontrada, una obra de incógnito contenido.

Si bien esta anécdota tiene difícil comprobación, y ha servido para alimentar el imaginario alrededor de la figura del poeta y de la casa Michoacán, no son pocos los investigadores que han querido verificar la existencia de dicha botella, realizando estudios con decepcionantes resultados.

## LA DURA SEPARACIÓN CON DELIA

Como vimos, en 1955, la pareja formada por Neruda y Delia del Carril se separa definitivamente, luego del regreso del vate tras su exilio, donde justamente había estrechado lazos con Matilde Urrutia.

El desenlace ya se presentía desde hace algunos años atrás, Fernando Sáez señala que las sospechas de Delia se venían acrecentando con el tiempo. “El veintisiete de octubre del cincuenta y dos, Delia y Pablo tuvieron un accidente en automóvil en las cercanías de su casa. Él sufrió una herida en el brazo derecho y, luego de ser enyesado, fue enviado a su domicilio. Delia quedó inconsciente por horas, permaneciendo dos días en observación en la Asistencia Pública de Ñuñoa. (...) Mucha gente importante se presentó en el lugar para saber de los accidentados. (...) La preocupación de Matilde hizo que cometiera el primer error. Se instaló en Lynch para cuidar a Pablo, hasta la llegada de Delia”<sup>157</sup>, rememora Sáez, para ejemplificar lo predecible que parecía en final de la relación.

La separación fue dura, porque ambos tenían muchos e importantes amigos en común y de alguna forma repercutió dividiendo a los amigos, como suele suceder en estos casos. Nótese que estamos hablando de los años 50, cuando separarse no es lo que es hoy día, e implicaba el rompimiento de estrechos lazos familiares y de amistades. De alguna parte sacó Neruda el ímpetu para dejar definitivamente a la Hormigueta, con quien compartió pasajes tan definitorios de su vida, e instalarse a vivir con Matilde Urrutia, que en realidad era su amante ya hace varios años atrás.

► Laura Reyes, hermana de Neruda. En segundo plano se observa la colección de caracolas que el poeta donó a la Universidad de Chile. Archivo Fundación Neruda.



“Soy una paloma herida en el ala”, le escribió La Hormiga a su amiga Delia Figueroa enterada de las infidelidades de Neruda. Pero tendría una fortaleza que la mantuvo en pie y desarrollándose como artista e intelectual por años.

Fue la misma casa Michoacán, espacio que representaba la unión de ambos y que dio lugar a innumerables encuentros en donde la pareja se presentaba como una sólida institución social, el sitio elegido para poner punto final a la relación. Fernando Sáez lo recuerda de la siguiente manera: “la última reunión es a fines del verano de 1955, en la casa de Lynch, al fondo del jardín, cerca del teatro que construyeron en memoria de García Lorca y que ha presenciado tantas representaciones en los últimos años”<sup>158</sup>, ahí, Delia y Pablo cerraron un ciclo y dieron espacio a otro, ciertamente Michoacán de Los Guindos no sería la misma tras ello.

Posterior a la separación de Neruda, Delia del Carril transitó entre Argentina y Francia, y finalmente se estableció en este último lugar y la casa es arrendada al primer jardín infantil de lo que fuera Ñuñoa. Cuando la Hormiguita regresa, comienza en este lugar la vida privada de Delia que se dedica a trabajar todo su talento artístico y se integra al Taller 99 de Nemesio Antúnez, a quien incluso le facilita la casa de Lynch para reunirse sagradamente los días sábados. Reacondiciona el antiguo bar de Neruda como taller y despliega su talento plástico principalmente en el grabado y expone en Chile y en el extranjero.

Antúnez, como sabemos, es un enorme difusor de la cultura nacional y en honor a quien una de las casonas culturales de La Reina lleva su nombre. Según el propio Nemesio, Delia del Carril fue una alumna destacada y ese trabajo artístico fue también una especie de terapia de sanación emocional. “Recuerdo que cuando fui a verla ella estaba tendida en un sofá, mirando el techo, sin poder decir palabra. Días y días, sin hablar, tendida. Yo no sabía qué hacer, cómo ayudarla. Así que la tomé de la mano y la obligué a ir a mi taller todos los días. Le enseñé el grabado”<sup>159</sup>. Y ella fue una tremenda alumna, como lo muestra su trabajo en esa área.

Antúnez conoció también a Violeta Parra a quien le dibujó algunas portadas de sus discos, como *La Tonada*. Y ella, en retribución, le regaló una melodía especial: “Los manteles de Nemesio”.

Cuentan amistades que conocieron a Delia, como Mireya Moreno, esposa del fundador del teatro experimental de la Universidad de Chile, Rubén Sotoconil y que vivía en el barrio (al frente de la casa de Michoacán), que la Hormiguita siempre se mantuvo activa en lo creativo. Claro que mantenía ciertas características que nunca transó: por ejemplo, nunca recibía invitados sin arreglarse, pintarse y engalanarse. “Uno podía pasar un buen rato esperándola, pero ella no recibía si no estaba arreglada”<sup>160</sup>, apunta Moreno.

O, lo que resulta más singular en una mujer sola, nunca tomó los platos de la casa para lavarlos o la escoba para realizar el aseo de una residencia que era bastante amplia. Todo eso corría a cuenta de sus fieles cuidadores. Se dice que ni siquiera tenía mucha conciencia de los temas económicos, como nació en una acaudalada familia argentina, nunca se preocupó mucho de eso y junto a Neruda, seguramente tenían un buen pasar que tampoco la motivaba a preocuparse mucho de esos menesteres mundanos. Ella simplemente se dedicaba a crear y a engalanar los muros con sus dibujos y grabados: sus hermosas cabezas de caballo. Y es que “la partida de Neruda no acabó con la tertulia de La Hormiga. Tampoco la obligó a aislarse. Todos los días tenía visitas. Aunque llegara alguien intruso, era recibido con un saludo amable. Claro que la Hormiga tenía fino talento para establecer la distancia”<sup>161</sup>.

Y Delia desplegó hasta muy avanzada edad, como consta en fotografías y escritos, muchas actividades. Trabajó duramente por el Partido Comunista acogiendo a modestos dirigentes que llegaban de provincia y que ella recibía en Santiago. En su casa aún hay una carta del alto dirigente del PC, Víctor Díaz, subsecretario general del PC, el mismo que después pasaría primero por Villa Grimaldi y luego por el Cuartel Simón Bolívar, de los aparatos represivos de la dictadura, desde donde salió

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

muerto. Y también hay cartas de los tiempos en que vivía con Neruda, de Miguel Ángel Asturias y del intelectual Alejandro Lipschutz.

Ella incluso se instalaba a dibujar en los patios y en el jardín exterior de la casa, donde algunos vecinos le gritaban y hacían ver su condición de mujer de izquierda. Ella no se amilanaba y seguía como si nada con su creación.

La casona de Lynch mantuvo ese aspecto acogedor, un refugio para el alma, el corazón y el cuerpo. “Aun en plena dictadura, Michoacán seguía siendo una grata casa de vecindad para conocidos de toda confianza política de quienes administraban la casa, a los que Hormiga, sin percatarse que sus alquileres ayudaban a sustentarla, trataba como antiguos amigos con los cuales solía cruzar palabras amables y sostener mágicos diálogos”<sup>162</sup>, recuerda Virginia Vidal.

Delia del Carril vivió el resto de su vida allí en Michoacán de los Guindos, hasta que la muerte vino a recogerla a los 104 años de edad. Y sus cenizas aún se conservan en su dormitorio, que también le servía como taller.

“Una madrugada del mes de julio, dentro de la tela se movió un caballo, se desencogió, rompió el marco, sacó las patas y las derramó por el suelo. Estiró el cuello y relinchó. Cabalgó transparentemente hacia Michoacán, llegó a la habitación desde donde Delia guardaba y celaba la casa. Sin que Rosita Callejas escuchara, acercó el hocico a su ama, enrolló su cuello al otro albo y le dijo en idioma de caballo algo que solo una hormiga entiende. Delia sonrió, abrió los ojos verdes, enormes, entró por ellos el caballo, todo el mundo y ella misma...”<sup>163</sup>, escribe Ana María Díaz, sobre el momento en que la Hormigueta dejó este mundo.

La casa, entonces, se sometió definitivamente al abandono, manteniéndose apenas en pie gracias a Rosita, asistente y gran amiga de Delia que la acompañó y cuidó hasta su muerte en 1989. El tiempo y el deterioro se hicieron patentes en la casa,

que ya había quedado en muy mal estado después del terremoto del año 85. Por su importante peso histórico, se creó en 1997 la Fundación Delia del Carril, entidad que restauró la casa junto a arquitectos, escritores y jóvenes estudiantes voluntarios, quienes, junto al apoyo de los intelectuales que vivieron de cuerpo presente la época de oro de Michoacán, aportaron los fondos monetarios para mejorar la estructura de la casa. Así, restauraron techos, escaleras y pisos, despejaron el jardín que se había vuelto una pequeña selva y arreglaron el antiguo escenario del patio.

Ya que no tenía herederos, la Hormiguita lega la casa al Partido Comunista, específicamente en la persona de Luis Corvalán. Desde entonces que esta colectividad política tiene a su cuidado la casa y el patrimonio artístico y cultural de la artista. Sin embargo, esta tarea no ha sido fácil, de hecho, la casa por mucho tiempo no recibió el mantenimiento adecuado y pudo subsistir gracias al esfuerzo de dos fieles empleados de la artista: Rosita y Manuel.

► Dormitorio de La Hormiguita en Michoacán, 2014.





► Neruda conversando en el interior de Michoacán con jóvenes artistas. Archivo Fundación Neruda.

Desde entonces, la Casa Museo y Centro Cultural se ha constituido en espacio cultural y social en La Reina. En ella, se alberga una importante colección de obras de Delia del Carril y de quienes han donado obras para su exposición en este espacio. Se conserva aún parte importante de los bocetos originales de la obra de esta artista, así como sus grabados en cobre, que aún no han sido expuestos.

Su casa, su dormitorio y la que fuera la biblioteca de Neruda también está expuesta frecuentemente al público y ha recibido importantes donaciones de libros a la espera de ser clasificados debidamente para el uso en sala de quienes deseen visitarla. Aún es posible observar la cama que compartió la pareja en dichos años, aunque parezca increíble debido a las pequeñas dimensiones de esta. Asimismo, en el antiguo dormitorio de la Hormiguita se pueden apreciar algunos materiales recientemente recuperados como lápices y carboncillos. También está el atril en el que Delia trabajó durante su última etapa cuando el estado de su salud le impedía desplazarse hasta el antiguo taller.

La sala que albergaba el taller de Delia fue destinada a reuniones de organizaciones vecinales, juveniles y de juntas de vecinos. Su gran patio interior se ha provisto, más de una vez, de

una carpa de más de doscientos metros cuadrados para diversas actividades como seminarios, cursos de pintura, exposiciones, encuentros internacionales, cenas de camaradería, entre otras. En su anfiteatro, se han realizado conciertos, lectura de poesía, encuentros literarios, charlas, conmemoraciones, obras de teatro, entre otras. Sus usuarios son las agrupaciones de vecinos de la comuna, la sociedad de escritores de Chile (SECH), Colegio de profesores, federaciones de estudiantes, agrupaciones artísticas, compañías de teatro, etc. Como Pablo y Delia lo querían y lo que viene siendo el mejor homenaje a ellos.

En la actualidad, en dicha residencia están las cenizas de la Hormigueta, descansando en el mismo lugar en el que pasó gran parte de su vida. Y aunque la presencia de muebles nunca fue de importancia en la casa, es posible apreciar un par de sillas y una mesa de centro que la pareja se trajo de uno de los viajes a México. También se puede ver aquel viejo mariposario de Neruda, con mariposas tropicales que aumentan su fluorescencia a medida que poseen tonalidades más oscuras. Por último, como pruebas irrefutables de los importantes acontecimientos que ahí se presenciaron, en poder de los interesados en defender el legado de los exresidentes existen una serie de fotografías de la pareja junto a ilustres personajes. En una de ellas se vislumbra a Salvador Allende, al senador Carlos Contreras Labarca, a Delia, y al entonces rector de la Universidad de Chile, Juan Gómez Millas, presentando un discurso de agradecimiento por la donación que hizo Neruda de sus libros y caracolas en torno a la celebración de sus cincuenta años.

Y en otra fotografía se aprecia a Laurita Reyes, hermana del vate, Nicomedes Guzmán, y los ya citados Pablo Neruda y Gómez Millas, quienes están poniendo la primera piedra de lo que sería la Fundación para el Desarrollo de la Poesía. También hay una foto de Antonio Quintana, fundador de la fotografía social en Chile. Y una en la que aparecen juntos García Lorca, Rafael Alberti, Delia del Carril, María Teresa León, Miguel Hernández y Pablo Neruda, con fecha de finales de abril de 1936, antes de la guerra civil en España. La importancia histórica de esta imagen radica en que es el último registro de

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

una reunión de estos personajes, pues meses después algunos de ellos morirían en la lucha contra el franquismo.

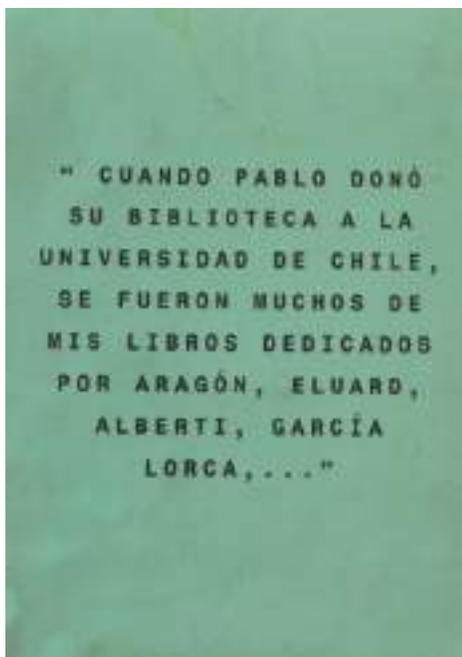
Al fondo del patio hay un enorme árbol que está ahora seco, pero que tiene su historia porque se ponía debajo cuando había buen tiempo. Ahí escribié, se dice, buena parte del *Canto General* y de las *Odas elementales*. El parrón y los maderos que lo sostienen precariamente también son originales del periodo de apogeo de la casona.

Por ahora, debido al estado de la casa posterremoto de 2010, y el paso del tiempo en una construcción que tiene muchos más años de los que la ocuparon Delia y Neruda, se realizan actividades específicas –como su apertura el Día del Patrimonio– y se está a la espera de conseguir los fondos para su restauración.

► Una alegato de Delia sobre sus libros y lo que hizo Pablo Neruda con ellos.

Para terminar, es preciso (re)dimensionar la importancia de la casona de Lynch con la simple pero no menos importante idea de evitar que caiga en la indiferencia y en el olvido. A propósito, y como adelantándose a esta invitación, Virginia Vidal planteó que “Chile tuvo dos muy famosas (tertulias); la de doña Paula Verdugo, madre de los Carre-

ra, durante la Colonia, y la de don Luis Arrieta, en Peñalolén, en los tiempos de Balmaceda. Por su parte, Delia del Carril venía de una familia donde la tertulia literaria era rito sagrado (...) Neruda también venía de un mundo donde la tertulia solía convocar a los escritores y artistas, ya fuera en los cafés, en los bares, en las mismas casas. Como Villa Michoacán no hubo en el siglo XX otra mansión chilena que hubiese albergado juntos a tan ilustres personajes de la cultura universal”<sup>164</sup>.





## GRANDES PIANISTAS: VICENTE BIANCHI Y ROBERTO BRAVO

► Otra vista del dormitorio de Neruda y Delia en Michoacán (2015).

Dos eximios pianistas fueron también antiguos residentes de La Reina. Vicente Bianchi, que como Margot Loyola, se acercó al centenario de vida, falleciendo a los 94 años; y alguien 25 años menor, Roberto Bravo, quien pasó gran parte de su infancia en la comuna, antes de ir a estudiar piano con Claudio Arrau a EE. UU.

“Mis padres llegaron a la Reina (a la sazón Ñuñoa) en 1942, había dos casas en calle Javiera Carrera, la familia Schultz en el N° 615 y mis padres en el N° 647. Se llegaba desde la Plaza Egaña en tranvía y de ahí una victoria. Fueron 69 años en la comuna, toda una vida” recuerda Jorge Bravo, hermano de Roberto.

“Luego de los éxitos obtenidos por Roberto en su carrera, fueron apareciendo diversas personalidades visitando a mis

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

padres y cuando él estaba en Chile era fiesta en el barrio, se hacían malones y entraban todos a saludar, una fraternidad absoluta”, agrega. Roberto Bravo viajaba mucho, pero siempre retornaba a La Reina y permanecía en casa todo el tiempo que visitaba Chile, haciendo sus giras nacionales.

Pero en esta disciplina es Vicente Bianchi quien dejó una huella inconfundible en La Reina, al ser quien desarrolló en su momento el nuevo concepto de “centro cultural” en la Corporación Cultural que se ubica en calle Santa Rita, la que lleva su nombre. Destacadísimo compositor, pianista y director coral, nacido en esta tierra, Ñuñoa, en 1920, tuvo el enorme mérito —mucho antes que lo hicieran Los Jaivas, con su disco *Alturas de Machu Picchu* (1981)—, de musicalizar los poemas de Pablo Neruda.

Su hija, Bernardita, refiere cómo su padre comenzó su carrera en la música desde muy joven, influenciado por una familia de músicos. “Mi papá podía tocar con bulla o lo que fuera; era un hombre que se abstraía de tal manera que estaba en su mundo cuando tocaba”<sup>165</sup>, recuerda ella, que aún vive en la casa que don Vicente bautizara como “La Tonada”, en calle Aguas Claras.

Uno de los momentos más destacados de la vida de Bianchi fue su colaboración con el poeta Pablo Neruda. A través de un amigo común, Bianchi tuvo la oportunidad de musicalizar los versos del *Canto General* de Neruda. “Hicieron una gran comida en su casa e invitaron a Neruda. Mi papá y su trío tocaron la música cientos de veces esa noche, y Neruda quedó encantado”, narra su hija con entusiasmo. Esta colaboración dio lugar a varias obras importantes que Bianchi compuso exclusivamente con los versos de Neruda, creando un legado único.

“Me junté con Neruda para presentarle las tonadas y se volvió loco con esta cosa porque dijo que era lo que había siempre soñado: tener la oportunidad de llegar al pueblo con sus versos cantados”, recordaba el propio Bianchi.

De hecho, el mismo Vicente contó en una entrevista<sup>166</sup> la historia de cómo surgió la musicalización del poema con el que ganaría el Festival de la Canción de Viña del Mar en el año 1998: “Yo lo fui a ver, como tantas veces, en enero de 1973. Él ya estaba muy enfermo, en cama. Lo sentaron en un sillón, bastante abrigado. Le llevé unos discos para que escuchara y, de repente, viene Matilde y me dice: ‘¿Por qué no te quedas a almorzar con Pablo?’. Después de eso, él pidió un cuadernillo y su clásica tinta verde y empezó a escribir. Me lo pasó y me dijo: “Para que le pongas música cuando quieras”. Era ‘La Noche de Chillán’... Luego pasó mucho tiempo y yo no encontraba qué ritmo ponerle, al final lo hicimos un vals. Lo ensayó Alejandro, mi hijo, con *Santiago Cuatro*. Se postuló (en Viña) y, por supuesto, ganó”. Es decir, Bianchi guardó ese poema inédito de Neruda por 25 años y musicalizándolo, ganó el principal certamen de música chileno en su parte folklórica.

Además de su relación con Neruda, Vicente Bianchi también tuvo una amistad cercana con Violeta Parra. “Con Violeta fueron amigos por años, incluso cuando ella estaba fuera de Santiago, mi papá la traía en auto más de una vez”, comenta su hija. El mismo Vicente recordaba las visitas que realizó a su amiga, cuando vivía junto a su familia en la calle Paula Jaraquemada: “Estuve en su casa cuando vivía en la entrada de La Reina... Era muy divertida esa casa, porque en vez de jardín tenía puras plantas de choclo. Estaba Nicanor con su mujer, que era una extranjera... iba también Castillo Velasco, que después le cedió el terreno a Violeta (para su carpa) en una parte más alta de la comuna”.

Aunque planearon grabar un disco juntos, el proyecto no se concretó debido a los viajes de Violeta y a su repentina muerte: “Íbamos a grabar. Un día, cuando ella regresó de Europa, volvió con ropas y cosas muy sofisticadas y nos encontramos en la Odeón, donde yo era artista y había estado grabando por años. El director de la Odeón nos conminó a ver si hacíamos con la Violeta unas grabaciones con piano y orquesta. A ella

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

le encantó la idea, y lo íbamos a hacer cuando se le ocurrió pegarse un tiro. Así terminó nuestro contacto”.

Para qué decir su experiencia con personajes tan variados y famosos como Pedro Vargas, Lucho Gatica, Leo Marini. “Todos llegaban a grabar conmigo”, comentaba sin atisbo de modestia.

En 1964 Bianchi creó la que llamó su “Misa a la chilena”, que incluye ritmos mapuches, cantos corales, danzas nortinas y cuecas, y ello fue toda una revolución musical, porque en aquel entonces aún las misas se hacían en latín y con el sacerdote de espaldas a los feligreses. En 1969, por solicitud del Cardenal Raúl Silva Henríquez, compuso la obra “Te Deum Laudamus”, que desde entonces y por más de treinta años ha sido interpretada por la Orquesta Filarmónica de Santiago en los Te Deum del 18 de Septiembre<sup>167</sup>.

La familia de Bianchi está trabajando en la creación de una Fundación Vicente Bianchi para preservar y difundir su música. “Queremos perpetuar su música y que no se pierda, porque es un legado invaluable”, destaca Bernardita. De “chileno chilénísimo” lo trataba otro pianista eximio, Valentín Trujillo.

A pesar de sus múltiples logros y reconocimientos, el Premio Nacional de Música tardó mucho en llegar, recién se le otorgó el 2016. Un año antes, en una entrevista el músico se lamentaba: “Mire, eso no lo entiende nadie... En todas partes la gente grita lo mismo: ¡El Premio Nacional, el Premio Nacional!...”. Finalmente, el premio llegó, y como correspondía, se celebró: “Ese día fue emocionante, hicimos un lindo almuerzo esperando saber qué pasaba. En realidad, con mucho nervio, pero ya habíamos hecho ya tanto ruido, tanta espera. Bueno, y lo llamaron, fue la ministra de Educación, por encargo de la expresidenta Bachelet, unos amigos le hicieron un esquinazo. Le pusieron un piano y tocó”.

“Yo canté las tonadas y fue realmente emocionante. Es decir, él logró todo lo que quiso porque era el único premio que faltaba, pero lo logró” recuerda Bernardita con emoción.

La casa de Vicente Bianchi recibe, era que no, el nombre de la “La Tonada”, ahí en la calle Aguas Claras el músico se convertía en esposo y en padre. Su hija relató cómo él siempre encontraba tiempo para la familia, a pesar de su apretada agenda. “Recuerdo que solíamos tener tardes musicales en casa, donde papá tocaba el piano y nosotros lo acompañábamos con cantos. Eran momentos muy especiales”, compartió. “Él era un hombre común y corriente; barría, ponía aceite de linaza a las puertas, y siempre estaba dispuesto a recibir a todo el mundo en su casa”, recuerda su hija con cariño.

Como vemos, tenemos tantos premios nacionales y un premio Nobel que vivieron en la comuna; dos premios nacionales de arquitectura, Fernando Castillo Velasco y su hijo Cristián Castillo; premios nacionales de literatura, Pablo Neruda (también Nobel), Pablo de Rokha, Nicanor Parra; y premios nacionales de artes musicales, con Margot Loyola y Vicente Bianchi.

## NOTAS

- 1 Ver José Bengoa, *La comunidad perdida*, Ediciones Sur, 1994.
- 2 Joaquín Edwards Bello, *El roto*, 1968.
- 3 Fernando Sáez, *La Vida Intranquila, Violeta Parra, biografía esencial*, Ediciones Radio Universidad de Chile, 2012, p. 23.
- 4 Ángel Parra, *Violeta se fue a los cielos*, Catalonia, 2006.
- 5 Mónica Echeverría, *Yo Violeta*, Plaza & Janes, 2011.
- 6 Violeta Parra, canción Tranquilo el perro.
- 7 Ángel Parra, *Ibíd.*, p. 34.
- 8 *Ibíd.*, p. 168.
- 9 Ángel Parra, *Ibíd.*, p. 169.
- 10 Isabel Parra, *El Libro Mayor de Violeta Parra*, 1985, Ediciones Michay, p. 34.
- 11 Fernando Sáez, *La Vida Intranquila, Violeta Parra, biografía esencial*, Ediciones Radio Universidad de Chile, 2012, p. 23.
- 12 Ángel Parra, *Ibíd.*, p. 94.
- 13 *Ibíd.*, p. 100.
- 14 Isabel Parra. *El Libro Mayor de Violeta Parra*, 1985, Ediciones Michay, p. 38.
- 15 *Ibíd.*
- 16 *Ibíd.*, p. 101.
- 17 *Ibíd.*, p. 45.
- 18 *Ibíd.*, p. 103.
- 19 *Ibíd.*
- 20 *Ibíd.*, p. 104.
- 21 *Ibíd.*, p. 105.
- 22 Ricardo García citado en: Isabel Parra. *El Libro Mayor de Violeta Parra*, 1985, Ediciones Michay, p. 42.
- 23 *Ibíd.*
- 24 *Ibíd.*, p. 46-47.
- 25 Ricardo García citado en: José Osorio, Ricardo García. *Una obra trascendente*, 1996, Editorial Pluma y Pincel, p. 37.
- 26 Fernando Sáez, *La Vida Intranquila, Violeta Parra, biografía esencial*, Ediciones Radio Universidad de Chile, 2012, p. 107.
- 27 Isabel Parra, *El Libro Mayor de Violeta Parra*, 1985, Ediciones Michay, p. 71.
- 28 Fernando Sáez, *Ibíd.*, p. 107.
- 29 Isabel Parra, *Ibíd.*

- 30 Violeta Parra hablando sobre sus arpilleras, citada por Víctor Casaus, en el prólogo del libro de Isabel Parra: *El Libro Mayor de Violeta Parra*, 1985, Ediciones Michay, p. 13.
- 31 Isabel Parra, *Ibíd.*, p. 13.
- 32 *Ibíd.*, p. 109.
- 33 Violeta Parra, canción Cueca de los poetas.
- 34 Mónica Echeverría, *Yo Violeta*, Plaza & Janes, 2011, p. 81.
- 35 *Ibíd.*
- 36 Fernando Sáez, *La Vida Intranquila: Violeta Parra, biografía esencial*, Ediciones Radio Universidad de Chile, 2012, p. 64.
- 37 Nicanor Parra citado en: Leónidas Morales, *Violeta Parra: La última canción*, LOM ediciones, 2003, p. 79.
- 38 Isabel Parra: *El Libro Mayor de Violeta Parra*, 1985, Ediciones Michay, p. 59.
- 39 Elegía para Cantar, Pablo Neruda, citado en Isabel Parra: *El Libro Mayor de Violeta Parra*, 1985, Ediciones Michay, p. 60.
- 40 *Ibíd.*, p. 95.
- 41 Defensa de Violeta Parra, Nicanor Parra, citado en Isabel Parra: *El Libro Mayor de Violeta Parra*, 1985, editorial Ediciones Michay, p. 67.
- 42 Isabel Parra, *Ibíd.*, p. 59.
- 43 *Ibíd.*
- 44 Ángel Parra, *Ibíd.*, p. 141.
- 45 *Ibíd.*
- 46 Pablo de Rokha, prólogo en *Décimas, autobiografía en verso*, Violeta Parra, 1998, p. 19.
- 47 Patricia Tagle de Rokha, entrevista personal, octubre 2014.
- 48 *Ibíd.*
- 49 *Ibíd.*
- 50 Patricia Tagle de Rokha, entrevista personal, octubre 2014.
- 51 Fernando Sáez, *La Vida Intranquila: Violeta Parra, biografía esencial*, Ediciones Radio Universidad de Chile, 2012, p. 109.
- 52 Isabel Parra, *Ibíd.*, p. 62.
- 53 Fernando Sáez, *Ibíd.*, p. 110.
- 54 Víctor Jara en Isabel Parra, *El Libro Mayor de Violeta Parra*, 1985, Ediciones Michay, p. 146.
- 55 *Ibíd.*, p. 121.
- 56 Isabel Parra, *Ibíd.*, 72.
- 57 Carta a Gilbert Favre, escrita el 4 de agosto del año 61 y citada en Isabel Parra, *El Libro Mayor de Violeta Parra*, 1985, ediciones Michay, p. 73.
- 58 Isabel Parra, *Ibíd.*, p. 83.

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

- 59 Cartas incluidas en *El Libro Mayor de Violeta Parra*, de Isabel Parra, 1985, Ediciones Michay, p. 98.
- 60 Isabel Parra, *Ibíd.*, p. 140.
- 61 Natalia Contesse, documental *La carpa, un sueño violeta*. Escuela Chilena de Folclore y Oficios. Ver en <https://www.youtube.com/watch?v=cSqIoKBxMpI>.
- 62 Fernando Sáez, *La Vida Intranquila: Violeta Parra, biografía esencial*, Ediciones Radio Universidad de Chile, 2012, p. 150.
- 63 *Ibíd.*, 152-153.
- 64 Drysdale, S. y Escobar, M. *Nicanor Parra, la vida de un poeta*, 2004, Ediciones B Chile, p. 74.
- 65 *Diario El Siglo*, septiembre de 1966, citado en *El Libro Mayor de Violeta Parra*, de Isabel Parra, 1985, Ediciones Michay, p. 141.
- 66 Carta a Gilbert Favre incluida en *El Libro Mayor de Violeta Parra*, de Isabel Parra, 1985, ediciones Michay, p. 142.
- 67 *Ibíd.*
- 68 *Ibíd.*, p. 143
- 69 Violeta Parra, en entrevista realizada en 1966, citada en *El Libro Mayor de Violeta Parra*, de Isabel Parra, 1985, Ediciones Michay, p. 9.
- 70 Citado en *El Libro Mayor de Violeta Parra*, de Isabel Parra, 1985, Ediciones Michay, p. 19.
- 71 Carta a Gilbert desde Buenos Aires, incluida en *El Libro Mayor de Violeta Parra*, de Isabel Parra, 1985, Ediciones Michay, p. 77.
- 72 María Teresa Cárdenas, *Así habló Parra*, El Mercurio Aguilar, 2011, p. 90.
- 73 Jorge Montealegre, en revista *La Reina de Corazones*, número 1, agosto de 2014.
- 74 María Teresa Cárdenas, *Así habló Parra*, El Mercurio Aguilar, 2011, p. 98.
- 75 *Ibíd.*
- 76 Nicanor Parra, entrevista en *Así habló Parra*, El Mercurio Aguilar, 2011, p. 104.
- 77 *Ibíd.*, p. 107.
- 78 Nicanor Parra, entrevista en *Así habló Parra*, El Mercurio Aguilar, 2011, p. 131.
- 79 *Ibíd.*, p. 161.
- 80 Marcelo Mendoza, *Revista Apsi*, del 11 al 17 de mayo de 1987.
- 81 Patricia Tagle de Rokha, entrevista personal, octubre 2014.
- 82 Patricia Tagle de Rokha, intervención sobre la vida de Pablo de Rokha en la comuna de La Reina. 10 de abril de 2013.
- 83 Patricia Tagle de Rokha, entrevista personal, octubre 2014.
- 84 Para profundizar sobre la vida del poeta ver: documental *Pablo de Rokha. El amigo piedra*. Dirigido por Diego Meza. Coproducida por la Cresta Producciones y Deboom Studio.
- 85 Marcelo Mendoza, *Revista Apsi*, del 11 al 17 de mayo de 1987, p. 50.

- 86 Patricia Tagle de Rokha, intervención sobre la vida de Pablo de Rokha en la comuna de La Reina. 10 de abril de 2013.
- 87 Patricia Tagle de Rokha, entrevista personal, octubre 2014.
- 88 Patricia Tagle de Rokha, intervención sobre la vida de Pablo de Rokha en la comuna de La Reina. 10 de abril de 2013.
- 89 *Ibíd.*
- 90 Patricia Tagle de Rokha, entrevista personal, octubre 2014.
- 91 *Ibíd.*
- 92 Patricia Tagle de Rokha, intervención sobre la vida de Pablo de Rokha en la comuna de La Reina. 10 de abril de 2013.
- 93 *Ibíd.*
- 94 *Ibíd.*
- 95 *Ibíd.*
- 96 Patricia Tagle de Rokha, entrevista personal, octubre 2014.
- 97 Pablo de Rokha, *Epopeya de las comidas y las bebidas de Chile*, Editorial Universitaria, 1949, p. 20
- 98 *Ibíd.*
- 99 Para profundizar sobre la vida del poeta ver: documental *Pablo de Rokha. El amigo piedra*. Dirigido por Diego Meza. Coproducida por la Cresta Producciones y Deboom Studio.
- 100 Pablo de Rokha, poema Soy el hombre casado.
- 101 Pablo de Rokha, *Fuego Negro*, 1953.
- 102 *Ibíd.*, Antología 1916-1953, Multitud, 1954, p. 464.
- 103 *Ibíd.*
- 104 Marcelo Mendoza, *Revista Apsi*, del 11 al 17 de mayo de 1987, p. 50.
- 105 *Ibíd.*
- 106 Pablo de Rokha, *Neruda y yo*, 1955.
- 107 Patricia Tagle de Rokha, entrevista personal, octubre 2014.
- 108 Marcelo Mendoza, *Revista Apsi*, del 11 al 17 de mayo de 1987, p. 50.
- 109 Patricia Tagle de Rokha, entrevista personal, octubre 2014.
- 110 Pablo de Rokha, *Los Gemidos*, 1922/1994, LOM Ediciones, p. 29.
- 111 Patricia Tagle de Rokha, *Ibíd.*
- 112 Patricia Tagle de Rokha, entrevista personal, octubre 2014.
- 113 Diego Meza, *Ibíd.*
- 114 Pablo de Rokha, *Epopeya de las comidas y las bebidas de Chile*, Editorial Universitaria, 1949, p. 61.
- 115 Marcelo Mendoza, *Revista Apsi*, del 11 al 17 de mayo de 1987, p. 49.
- 116 Emiliano de Rokha, entrevista personal, octubre 2013.

#### 4. La llegada de las grandes figuras: Violeta y los Parra Sandoval, De Rokha y Neruda

- 117 *Ibíd.*
- 118 *Ibíd.*
- 119 *Ibíd.*
- 120 René León Echaiz, *Ñuñoahue*, 1972, p. 115, que cita memoria de la alcaldía de Ñuñoa de 1894.
- 121 Ricardo Boizard, *Pacios interiores*, Editorial Nascimento, 1948, Cita extraída de [www.neruda.uchile.cl/casamichoacan.htm](http://www.neruda.uchile.cl/casamichoacan.htm) , junio 2015.
- 122 *Ibíd.*
- 123 *Ibíd.*
- 124 Virginia Vidal, *Hormiga Pinta caballos: Delia del Carril y su mundo (1885-1989)*, RIL Editores, 2006, p. 70.
- 125 Ricardo Boizard, *Ibíd.*
- 126 *Ibíd.*
- 127 Virginia Vidal, *Hormiga Pinta caballos: Delia del Carril y su mundo (1885-1989)*, RIL Editores, 2006, p. 71.
- 128 Ricardo Boizard, *Ibíd.*
- 129 *Ibíd.*
- 130 *Ibíd.*
- 131 Virginia Vidal, *Hormiga Pinta caballos: Delia del Carril y su mundo (1885-1989)*, RIL Editores, 2006, p. 70-71.
- 132 *Ibíd.*, p. 69.
- 133 Delia del Carril citada en: Virginia Vidal, *Hormiga Pinta caballos: Delia del Carril y su mundo (1885-1989)*, RIL Editores, 2006, p. 75.
- 134 La compra la habría realizado Gabriela Matte a través de un poder otorgado por Neruda. Fernando Sáez, *La Hormiga. Biografía de Delia del Carril, mujer de Pablo Neruda*. Catalonia, 2004, p. 147.
- 135 Fernando Sáez, *La Hormiga. Biografía de Delia del Carril, mujer de Pablo Neruda*. Catalonia, 2004, p. 148.
- 136 Virginia Vidal, *Hormiga Pinta caballos: Delia del Carril y su mundo (1885-1989)*, RIL Editores, 2006, p. 85-86.
- 137 *Ibíd.*, p. 79
- 138 Pablo Neruda, citado en: Virginia Vidal, *Ibíd.*, p. 79. La frase original pertenece al discurso realizado por el vate el 6 de enero de 1948 ante el Congreso chileno denominado “Yo acuso”.
- 139 Fernando Sáez, *La Hormiga. Biografía de Delia del Carril, mujer de Pablo Neruda*. Catalonia, 2004, pp. 164-165.
- 140 *Ibíd.*, p. 165.
- 141 Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, Seix-Barral, 1974, p. 102.
- 142 *Ibíd.*
- 143 *Ibíd.*

- 144 Virginia Vidal, *Hormiga Pinta caballos: Delia del Carril y su mundo (1885-1989)*, RIL Editores, 2006, p. 85.
- 145 *Ibíd.*, p. 79. Posteriormente, el proyecto cobraría vida en los terrenos de Punta de Tralca bajo el nombre de Fundación Cantalao.
- 146 Ricardo Boizard, *Ibíd.*
- 147 *Ibíd.*
- 148 *Ibíd.*
- 149 Virginia Vidal, *Hormiga Pinta caballos: Delia del Carril y su mundo (1885-1989)*, RIL Editores, 2006, p. 76-77.
- 150 Boizard, *Ibíd.* El texto entre paréntesis no pertenece al escrito original.
- 151 *Ibíd.*
- 152 *Ibíd.*
- 153 *Ibíd.*
- 154 Virginia Vidal, *Ibíd.*, p. 71.
- 155 Boizard, *Ibíd.*
- 156 *Ibíd.*
- 157 Fernando Sáez, *La Hormiga. Biografía de Delia del Carril, mujer de Pablo Neruda*. Catalonia, 2004, p. 160.
- 158 *Ibíd.*, p. 168.
- 159 Nemesio Antúnez en: P. Verdugo. *Ibíd.*, p. 53.
- 160 Mireya Moreno, entrevista personal, diciembre 2013.
- 161 Virginia Vidal, *Hormiga Pinta caballos: Delia del Carril y su mundo (1885-1989)*, RIL Editores, 2006, p. 75.
- 162 *Ibíd.*, p. 74.
- 163 Extracto de escrito de Ana María Díaz. Puede ser observado en una de las salas principales de la Casa Michoacán.
- 164 Virginia Vidal, *Hormiga Pinta caballos: Delia del Carril y su mundo (1885-1989)*, RIL Editores, 2006, p. 78.
- 165 Entrevista personal a Bernardita Bianchi, Santiago, 2024.
- 166 Entrevista personal a Vicente Bianchi, revista *La Reina de Corazones*, septiembre-octubre 2015.
- 167 Memoria Chilena, Vicente Bianchi Alarcón (1920-2018), junio 2024.



## 5.

# REFLEXIONES FINALES: PROYECTANDO EL FUTURO SOBRE EL PASADO

Concluimos este relato creyendo haber aportado a la construcción de una identidad colectiva en estas tierras de los Larraín, los Egaña, los Maroto, los Arrieta y también de los Neruda, los de Rokha y los Parra.

Ojalá tengamos la capacidad para mantener los rasgos urbanísticos y socioculturales que hicieron de este un buen lugar para personas de ese talante y que muchos más puedan llegar a los parajes de la antigua Ñuñohue. Aún quedan muchas flores, quizá no de *ñuños* –afectados posiblemente por el cambio climático y la disminución de los hielos cordilleranos–, pero sí de muchas otras especies, que honran el pasado verde y florido de estas tierras.

Quizá tengamos el privilegio de ver funcionando de nuevo el Centro de Entretenimientos Populares de la Fundación Arrieta, recuperando el antiguo Teatro-Circo, en Vespucio con Av. Arrieta. O tal vez podamos gozar de un acceso más permanente a la antigua casona de los Arrieta, antes de los Egaña, al final de la calle del mismo nombre. Quizá logremos recuperar para fines educativos –sobre la importancia de cuidar el agua– los antiguos estanques de agua potable del sector poniente del Parque Padre Hurtado, logrando allí un nuevo parque para la comuna.

Ojalá podamos fortalecer la memoria de Fernando Castillo Velasco y de su mujer Mónica Echeverría y sus deseos de constituir

## 5. Reflexiones finales: Proyectando el futuro sobre el pasado

una comunidad integrada, abierta y participativa. Quizá podremos honrar lo que fue la presencia de Vicente Bianchi y de Margot Loyola. Quizá los más jóvenes descendientes de los Parra y de los de Rokha puedan seguir haciendo crecer el legado de sus padres o abuelos y surjan nuevos caminos de creación e ilusión en estos territorios.

Exponentes más jóvenes de la familia Parra, Tita Parra, hija de Isabel; Ángel Parra, hijo de Ángel; Colombina y Barraco (Juan de Dios), hijos de Nicanor, residen también en estas tierras o, al menos, las tienen como referencia de tantas vivencias de sus padres y abuelos. La familia de Pablo de Rokha, en la figura del hoy presidente de la Fundación de Rokha, Emiliano, un joven artista visual y la nieta del poeta, Patricia Tagle de Rokha, se muestran interesados en que el territorio donde el vate levantó su casa, le rinda tributo. De partida, esa familia aún espera que se cambie el nombre de la calle por el del poeta que viviera singulares años en ella.

Ojalá contemos con personalidades tan valiosas, por su aporte a la integración social del país, como el pianista Roberto Bravo, para fortalecer y consolidar la identidad de estos territorios.

No es casualidad que otros exponentes del folklore local, alumnos de Margot Loyola como Natalia Contesse, levantaran su pequeña Escuela de Artes y Oficios a pocos metros de donde Violeta levantó su carpa para instalar su Universidad del Folklore, en el condominio La Quintrala. Ojalá ese condominio pasara a llamarse Violeta Parra y no lleve el nombre de una hacendada conocida por maltratar esclavos. Poco homenaje a la principal embajadora cultural del país es que exista una brevísima calle con su nombre entre Blest Gana y Nuncio Laghi y un modesto monolito en el lugar donde dejó la vida en estas tierras.

Tenemos la figura del escultor Roberto Pohlhammer y su delicado trabajo en madera, cuya labor se proyecta en los talleres impartidos en el Parque Mahuida. Un hombre que buscaba que la madera expresara su propio espíritu y cuya sabiduría

irradió a sus cercanos. Y, a propósito, pudiéramos generar proyectos sustentables de recreación y educación ambiental, de acceso a nuestra cordillera.

También hay figuras sin suficiente reconocimiento como Rubén Sotoconil, destacado fotógrafo y uno de los fundadores del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, a quien se le debe un tributo como antiguo vecino, junto a quien fuera su esposa, la actriz Mireya Moreno.

También a escritores y vecinos como Pía Barros, Alejandra Basualto, Diego Muñoz y Jorge Montealegre, que aportan su enorme trabajo a la comunidad desde distintas ópticas literarias.

Desearíamos que las Fundaciones Delia del Carril, Pablo de Rokha, Pablo Neruda y Violeta Parra y, probablemente, la de Nicanor Parra, además de la Academia que formó Margot Loyola, trabajaran en conjunto para fortalecer el gran legado de sus representados en estas tierras.

Y, por supuesto, está el vecino de a pie, a quien se dirige preferentemente este libro, aquel que en cada decisión que le ha correspondido y en su devenir diario, muestra su determinación de profundizar una determinada identidad y no alterar en demasía el paisaje de la antigua Ñuñohue, sus áreas verdes, su visión a la cordillera, su urbanización a baja altura. Mucho se puede hacer desde la sociedad civil y las activas organizaciones sociales, juntas de vecinos y otras, de la propia comuna. También eso es cultura y patrimonio; y de eso es responsable cada uno de sus vecinos y vecinas.

Sin duda, los reininos tenemos mucho de qué enorgullecernos, mucho que cuidar, y mucho que sostener, en términos de una identidad que nos proteja de nosotros mismos.

Un conjunto de historias, vivencias, experiencias de vida, muchas de ellas intensas y hasta trágicas, nos dan el sustento para impulsar el futuro que reclamamos para nosotros y nuestros hijos.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

### LIBROS Y ARTÍCULOS

- Amunátegui Solar, D. *Sociedad Chilena del Siglo VIII, Mayorazgos y Títulos de Castilla*, Memoria Histórica presentada a la Universidad de Chile, 1879, p. 426.
- Arrieta Cañas, L. *Centro de Entretenimientos Populares José Arrieta*, 1921.
- Ayala, I. *Pobladores de Villa La Reina. Constructores de su Población, Artificios de su Historia*. Santiago de Chile. 2008.
- Azarola Gil, Luis. *Don José Arrieta*. Santiago de Chile. Impresión Universitaria. 1935.
- Bello, A. *Oración por Todos*, 1843.
- Bengoa, J. *La comunidad perdida*. Ediciones Sur. 1994.
- Bengoa, J. *Historia de los antiguos Mapuches del Sur. Desde antes de la llegada de los españoles hasta las paces de Quilín*, Catalonia, 2007.
- Binda E. y Ferrari C. *Levantamiento “Proyecto de Restauración Casa de la Cultura de Ñuñoa”*. Escuela de Arquitectura PUCCH. Santiago, 1981.
- Boizard, R. *Patios interiores*. Editorial Nascimento. 1948.
- Calvo Mackenna, *Juicio crítico sobre las obras de agua potable de Santiago*. Anales del Instituto de Ingenieros de Chile, 1901.
- Correa, M. *Nemesio Antúnez. 1918-1993*. Aguilar Chilena de Ediciones. 2009.
- De Rokha, P. *Epopeya de las comidas y las bebidas de Chile*. Editorial Universitaria. 1949.
- De Rokha, P. *Fuego Negro*. 1953.
- De Rokha, P. *Antología 1916-1953*. Multitud. 1954.
- De Rokha, P. *Neruda y yo*, 1955.
- De Rokha, P. *Los Gemidos*, LOM Ediciones. 1994.
- Dibam, *Doble de letras: Mujeres y trazos escritos: Voces, rostros y escrituras de mujeres en el Siglo XIX*, 2009.
- Drysdale, S. y Escobar, M. *Nicanor Parra, la vida de un poeta*, Ediciones B Chile, 2004.
- Echeverría, M. *Yo Violeta*. Plaza & Janés. 2010.
- Edwards Bello, J. *El roto*. 1968.
- Egaña, J. *El chileno consolado en los presidios o filosofía de la religión: Memorias de mis trabajos y reflexiones escritas en el acto de padecer y de pensar*. Tomo I. 1826.
- Egaña, J. *Colección de algunos escritos políticos, morales, poéticos y filosóficos*. 1826.
- Falabella, F., Uribe, M., Sanhueza., Aldunate, C., e Hidalgo, J. (editores), *Prehistoria en Chile, desde sus primeros habitantes hasta los incas*, Editorial Universitaria, Sociedad Chilena de Arqueología, 2019.

- Figueroa, V. *Diccionario histórico, biográfico y bibliográfico de Chile*, Santiago: Impr. y Litogr. La Ilustración, 1925-1931.
- Fundación Arrieta. *Don José Arrieta y Perera, E.E. y M.P. ad perpetuum y ad honorem del Uruguay: 1833-1911*. Santiago de Chile. 1957.
- Gillis, J. *US Naval Astronomical Expedition to the Southern Hemisphere*, 1854.
- Guzmán, Nancy. *Una luz sobre la sombra*, 2010, y *Los crímenes que estremecieron Chile*, coautoría, 2013.
- Graham, M. *Diario de mi Residencia en Chile en 1822*. Editorial Francisco de Aguirre. 1972.
- Larraín de Castro, C. *La familia Larraín*, Academia Chilena de Historia, 1982.
- Lechner, N. *Las Sombras del mañana*, Editorial LOM, Santiago, 2002
- León Echaiz, R. *Ñuñohue*. Editorial Francisco de Aguirre. 1972.
- León Echaiz, R. *Historia de Santiago*, 1975.
- Márquez, F *Relatos de una Ciudad Trizada*, Ocho libros Editores. 2017.
- Márquez, F. “Resistencia y sumisión en sociedades urbanas y desiguales: poblaciones, villas y barrios populares en Chile”. En Zicarddi (comp). *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social: Los retos de las políticas sociales de las ciudades latinoamericanas del siglo XX*. Clasco. 2008.
- Meneses, B. *Rescatando la memoria de Villa La Reina*, 2016, p. 21.
- Mery, H. *Mejoramiento del Agua Potable de La Reina*, sin año.
- MINVU, *Historia de un Sueño que Construye Barrio. Unidad Vecinal n°13, Villa La Reina*, 2018.
- Mostny, G. *Un cementerio incásico en Chile Central*, 1947.
- Morales Alliende, M. *100 años de la Cruz Roja Chilena*. Santiago. 2004.
- Morales, L. *Violeta Parra: La última canción*, LOM, Santiago, 2003.
- Neruda, P. *Confieso que he vivido*. Seix-Barral. 1974.
- Osorio, J. *Ricardo García. Una obra trascendente*, 1996, Editorial Pluma y Pincel.
- Parra, A. *Violeta se fue a los cielos*. Catalonia. 2006.
- Parra, I. *El Libro Mayor de Violeta Parra*, Ediciones Michay, 1985.
- Piwonka, G. *Las Aguas de Santiago de Chile 1541-1999*. Editorial Universitaria. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. 1999.
- Romero, M. *Un Museo en Villa Grimaldi: Espacio para la Memoria y la Educación en Derechos Humanos / Seminario Internacional*. Municipalidad de Peñalolén. 2005.
- Sáez, F. *La Intranquila, Violeta Parra, biografía esencial*, Ediciones Radio Universidad de Chile, 2012.
- Sáez, F. *La Hormiga. Biografía de Delia del Carril, mujer de Pablo Neruda*. Catalonia, 2004.
- Salazar, G. *Villa Grimaldi (Cuartel Terranova). Historia, testimonio, reflexión*. LOM, Santiago, 2013.
- Soto, C. “Hoy un parque para la paz... ayer, un lugar para la muerte. Villa Grimaldi, ex Cuartel Terranova. Chile, 1974-1978: un espacio para la memoria colectiva”. *Revista Sans Soleil*. 2012.
- Stehberg, R. *El Tawantinsuyu en el área de Apoquindo*, 2021.

## 6. Bibliografía

- Stehberg, R., Gatica, C., Torrijos, F., *Habitantes del Mapocho sacralizan Quebrada de Ramón durante el Periodo Tawantinsuyu*, 2018.
- Stehberg, R. y Sotomayor, G. *Mapocho Incaico*, en Boletín del Museo Nacional de Historia Natural, Boletín 61, 2012.
- Stehberg, R., Osorio, G. y Cerda, J. *Mapocho Incaico Central: Distritos prehispánicos de irrigación*, publicación ocasional Museo Nacional de Historia Natural, N°71, 2021.
- Sin autor. *Ñuñoa: Identidad y Memoria*. Ediciones la Casa de Todos de Ñuñoa. 1992.
- Torres Marín, M. *Chacabuco y Vergara. Sino y camino del Teniente General Rafael Maroto Yserns*. Impresión Andrés Bello. Santiago. 1981.
- Thomas W., C., Benavente A., M. A., & Durán M., A. (1980). *Análisis crítico comparativo del cementerio Parque La Quintrala, La Reina*. Revista Chilena De Antropología, (3). Recuperado a partir de <https://revistadeantropologia.uchile.cl/index.php/RCA/article/view/17717>
- Universidad Internacional SEK, *Parque Arrieta. Monumento Histórico Nacional*. Santiago de Chile. 1995.
- Vassalo Rojas. *Villa Grimaldi. Historia y características de las grandes mansiones*. Imprenta Siglo XX. 1967.
- Verdugo, P. *Conversaciones con Nemesio Antúnez*. Ediciones ChileAmérica, CESOC. Santiago de Chile. 1995.
- Vicuña Mackenna, B. *Los Lisperguer y La Quintrala*, imprenta de El Mercurio, Valparaíso, 1877.
- Vidal, V. *Hormiga pinta caballos: Delia del Carril y su mundo (1885-1989)*, RIL Editores, 2006.
- Von Bennewitz, J. *Historia de los servicios de agua potable y alcantarillado de Santiago de Chile*, 1959,

## ARCHIVOS

- Casa de la Cultura de Ñuñoa. Informe del Dpto. de Extensión Cultural de la I. Municipalidad de Ñuñoa, 1983.
- Archivo de Oficina de Monumentos Nacionales. Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas.
- Patricia Tagle de Rokha. Intervención sobre la vida de Pablo de Rokha en la comuna de La Reina. 10 de abril de 2013.

## RECURSOS AUDIOVISUALES

- Meza, D. (director). *Pablo de Rokha. El amigo piedra*. Coproducida por la Cresta Producciones y Deboom Studio.
- Contesse, N. (productora). *La carpa, un sueño violeta*. Escuela Chilena de Folclore y Oficios. Fundación Pablo Neruda

## REFERENCIAS WEB

[www.almagro.cl](http://www.almagro.cl)  
[www.conapyme.cl](http://www.conapyme.cl)  
[www.culturalareina.cl](http://www.culturalareina.cl)  
[www.cuzroja.cl](http://www.cuzroja.cl)  
[www.eldesconcierto.cl](http://www.eldesconcierto.cl)  
[www.fundacionvictorjara.cl](http://www.fundacionvictorjara.cl)  
[www.genealog.cl](http://www.genealog.cl)  
[www.historia.uchile.cl](http://www.historia.uchile.cl)  
[www.lareina.cl](http://www.lareina.cl)  
[www.latercera.cl](http://www.latercera.cl)  
[www.memoriachilena.cl](http://www.memoriachilena.cl)  
[www.memoriaviva.com](http://www.memoriaviva.com)  
[www.monumentos.cl](http://www.monumentos.cl)  
[www.neruda.uchile.cl](http://www.neruda.uchile.cl)  
[www.portaldelarte.cl](http://www.portaldelarte.cl)  
[www.radio.uchile.cl](http://www.radio.uchile.cl)

## PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista *En viaje*, n°192.

*El Siglo*

Revista *APSI*.



**Juan Pablo Ormazábal** es Magíster en Hábitat Residencial de la Universidad de Chile y Licenciado en Historia de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Ha participado en diversos proyectos de investigación en torno al rescate patrimonial, la recopilación de historias locales y la planificación urbana. Promueve la participación ciudadana fomentando el involucramiento de las comunidades en la protección y difusión de las distintas formas de habitar desde una escala humana.



**Carlos Álvarez Cortés** es periodista de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Magíster en Políticas Públicas de la Universidad de Santiago de Chile, USACH. Se especializó en periodismo económico y social y comunicaciones, en general, desarrollando labores de este tipo en el sector público y privado. Es miembro y participó del directorio de la Asociación Latinoamericana de Periodistas de Economía y Finanzas, Capítulo Chileno (Aipef Chile). Ha sido dirigente social en la comuna de La Reina, donde reside, y mantiene un vivo interés por el rescate de los temas históricos y patrimoniales locales, desarrollando diversos proyectos comunales en este ámbito.

Este libro es un recorrido desde los personajes, por las historias de vida de quienes construyeron y siguen sosteniendo la identidad de un territorio llamado Ñuñohue o lugar de ñuños, y que hace muy pocos años comprende a la comuna de La Reina.

Poseedora de una notable identidad, construida primero por los Larraín, los Egaña, los Maroto y los Arrieta, y después por los Parra, Neruda, Loyola, Bianchi y De Rokha, entre otros, además de la huella imborrable de la familia Castillo Velasco, La Reina ha sido un territorio de creación, reflexión y pensamiento cordillerano. Acá grandes exponentes de la cultura, la arquitectura y el arte, y también de la alta política, han gestado mundos y construido ilusiones, e incluso dejando la vida en el intento.

En estas tierras se terminaron de redactar algunas de las primeras Constituciones de Chile, existieron dos de las tertulias artísticas y políticas más importantes de la historia del país, fue sitio de producción de importantes obras de Neruda, la antipoesía de Nicanor Parra, de la portentosa creación musical y artística de su hermana Violeta, la música chilena de Bianchi y Loyola, y de los furiosos y bellos versos de Pablo de Rokha.

Las nuevas generaciones de esas familias aún viven en el territorio o lo tienen como referencia para sus propias vidas y creaciones, así como son representadas por activas fundaciones.

Corresponde ahora a sus actuales habitantes y a los representantes que éstos eligen, conservar y proyectar esa identidad, porque de ello dependerá el futuro común en nuestro territorio.

ISBN 978-956-418-667-2



9 789564 186672